



Gyles Brandreth

OSCAR WILDE
Y EL CLUB DE LA MUERTE

Lectulandia

En mayo de 1892, Oscar Wilde ya es toda una celebridad, famoso por sus fiestas y sus ocurrencias. Pero ni él mismo podría haber adivinado lo que provocaría cuando, en una reunión del club Sócrates, propone jugar al «Asesinato». Cada uno de sus invitados debe escribir en un papel el nombre de la persona a la que desearían matar. Sólo se trata de un juego, una broma macabra, por supuesto... Pero pocas horas más tarde, las catorce «víctimas» escogidas empiezan a morir, una tras otra... Wilde no tarda en deducir que el asesino es uno de los miembros del club y, con la ayuda de sus fieles amigos Robert Sherard y Arthur Conan Doyle, deberá detenerlo si no quiere convertirse él mismo en la próxima víctima.

Desde los fastuosos salones de los selectos clubes londinenses hasta los sórdidos confines del ring de boxeo y el engañoso universo del teatro, *«Oscar Wilde y el club de la muerte»* nos ofrece una fascinante historia de pasiones, engaños y homicidios en medio de la doble moral de la sociedad victoriana.

Lectulandia

Gyles Brandreth

Oscar Wilde y el club de la muerte

Saga: Los misterios de Oscar Wilde - 2

ePub r1.0

SebastiánArena 30.04.14

Título original: *Oscar Wilde and the Ring of Death*

Gyles Brandreth, 2008

Traducción: Alejandro Palomas

Retoque de cubierta: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Merlin y Emma.

¿Os gustaría saber cuál es el gran drama de mi existencia?
Haber puesto mi genio en mi vida...
y tan sólo mi talento en mis obras.

OSCAR WILDE (1854-1900).

Prefacio

Mi nombre es Robert Sherard y fui amigo de Oscar Wilde. Nos conocimos en París, en 1883. Él tenía en aquel entonces veintiocho años y ya había alcanzado la fama como escritor, hombre de avezado ingenio, *raconteur* y por haberse convertido en la «personalidad» preeminente del momento. Yo tenía veintidós años y no era más que un aspirante a periodista y a poeta y prácticamente un desconocido. Nos vimos por última vez en 1900, de nuevo en París, no mucho antes de su muerte prematura. Durante los diecisiete años que duró nuestra amistad, mantuve un diario de nuestros encuentros. Aunque no fuimos amantes, conocí bien a Oscar. No creo faltar a la verdad si me atrevo a afirmar que pocos le conocieron mejor que yo. En 1884, fui el primero a quien Oscar recibió tras su boda con Constance Lloyd. En 1895, fui también el primero que le visitó en Wandsworth Gaol tras su encarcelamiento. En 1902, me convertí en su primer biógrafo.

Cuando escribí ese primer testimonio de la vida de Oscar, conté lo acontecido lo mejor que supe y pude. Dije la verdad y nada más que la verdad..., aunque no toda. Poco antes de su muerte, confesé a Oscar que planeaba escribir sobre él después de que él nos abandonara. Su respuesta fue terminante: «No lo cuentes todo. ¡Aún no! Cuando escribas sobre mí, no hables de los asesinatos. Deja eso para más adelante». Así lo he hecho... hasta ahora. Escribo estas líneas en septiembre de 1939. Estoy ya viejo y el mundo está al borde de una nueva guerra. Mi tiempo se acaba, pero antes de marcharme tengo aún por delante un último cometido: contar todo lo que sé sobre el Oscar Wilde poeta, dramaturgo, amigo y detective...

En *De Profundis*, mi amigo me hizo un gran honor. Me describió como «el más valeroso y caballeroso de todos los seres brillantes que pueblan el mundo». Oscar Wilde fue siempre extremadamente bondadoso conmigo y ruego que me crean si les digo que he puesto en las páginas que siguen a este prefacio todo mi empeño a fin de hacerle justicia.

RHS.
Dieppe, Francia.
Septiembre de 1939.

Considera tu buen nombre como la joya más valiosa que poseer puedas, pues el reconocimiento es como el fuego: una vez que hemos logrado que prenda, conservamos fácilmente encendida su llama, pero si alguna vez permitimos que se extinga, nos resultará ardua la tarea de volver a avivarla.

El modo de labrarnos una buena reputación es esforzarnos por ser lo que deseamos aparentar.

SÓCRATES (470-399 a. C.).

1.

La pitonisa

Era domingo, 1 de mayo de 1892. Hacía frío aunque lucía un sol radiante. Recuerdo en particular el modo en que un luminoso rayo de luz vespertina se colaba por la ventana delantera del primer piso del número 16 de Tite Street, en el barrio de Chelsea, la residencia londinense de Oscar y Constance Wilde, e iluminaba perfectamente dos figuras sentadas muy juntas delante de una mesilla, al parecer tomadas de la mano.

Yo las observaba de pie junto a la ventana. Una de las figuras era una mujer, una viuda de poco más de cuarenta años y de agradable figura, bien conservada y con un rostro fino y bondadoso —ligeramente salpicado de arrugas aunque en ningún caso ojeroso— y ojos grandes y expresivos. Iba toda vestida de seda negra, y en la cabeza, que mantenía perfectamente erguida sobre los hombros, llevaba un turbante de terciopelo, también negro, coronado por una única y asombrosa pluma de pavo real turquesa y plateada. El color de la pluma hacía juego con el de su pelo.

La otra figura sentada a la mesa resultaba igualmente llamativa. Se trataba de un hombre corpulento de treinta y siete años, alto, entrado en carnes, con una elegante cabeza coronada por una densa mata de cabello castaño oscuro, grandes ojos semicerrados y labios carnosos que al abrirse dejaban a la vista una boca generosa abarrotada de dientes irregulares. Tenía la tez clara y pálida, salpicada de pecas. Vestía un traje de lino de color arena diseñado por él mismo. Llevaba al cuello una holgada corbata también de lino de color verde Lincoln y una amarilis fresca de color coral en la solapa.

La mujer era la señora Robinson, una clarividente cuya clientela incluía, entre otros, al mismísimo príncipe de Galés. El hombre era Oscar Wilde, poeta, dramaturgo y sin duda la sensación literaria del momento.

Despacio, con sus dedos enguantados, la señora Robinson acariciaba la mano derecha de Oscar Wilde, contra cuya palma frotaba repetidamente y con suavidad el dedo meñique. A su vez, iba tomando entre el índice y el pulgar derecho cada uno de los dedos del poeta, tirando de ellos con delicadeza. Durante un buen rato, mantuvo la mirada concentrada en la mano abierta que él le tendía sin decir nada. Por fin, se llevó la palma a la mejilla y la mantuvo allí. Suspiró, cerró los ojos y murmuró:

—Veo una muerte repentina en esta mano infeliz. Una muerte cruel, inesperada y extraña. ¿Será un asesinato? ¿O acaso un suicidio?

—¿O será quizá que la pitonisa intenta ganarse su guinea añadiendo a su lectura un toque melodramático? —Oscar retiró la mano del tierno contacto de la señora Robinson y dio una palmada en la mesa, acompañando el gesto con una sonora risotada—. Va usted demasiado lejos, mi querida señora —exclamó—. Esto no es más que una simple merienda y no esperamos invocar aquí al barón de Cawdor^[1]. Hay niños presentes. La hemos convidado para divertir a los invitados, señora Robinson, no para aterrorizarlos.

La mujer inclinó su cabecita de pájaro hacía un lado y sonrió.

—Yo veo lo que veo —dijo sin el menor asomo de rencor.

Oscar también sonreía. Se volvió de espaldas a la mesa para mirar al otro lado del caudal de luz y fijar los ojos en un joven de porte militar que, como yo, observaba la escena a un metro de allí en solitario.

—Acuda en mi rescate, Arthur —le instó—. La señora Robinson ha visto «una muerte repentina» en mi «infeliz mano». Usted es médico. Necesito una segunda opinión.

Arthur Conan Doyle, cuyo trigésimo tercer cumpleaños tendría lugar dentro de tres semanas, prácticamente se había convertido ya en un héroe nacional. Sus *Aventuras de Sherlock Holmes*, publicadas en la revista *Strand*, eran una auténtica sensación en todo el país. El propio Doyle, físicamente hablando, tenía más en común con Watson que con Holmes. Era un hombre apuesto, corpulento y ancho de hombros, provisto de un potente apretón de manos, unos ojos brillantes y una sonrisa genial que ocultaba bajo un formidable bigote de morsa. En suma, un hombre como pocos y un verdadero amigo de Wilde, tanto en los buenos como en los malos momentos.

—Como bien sabe, he dejado la práctica de la medicina, Oscar —dijo, acercándose a la mesilla que estaba junto a la ventana—. Aun así, si desea saber mi sincera opinión, no debería prestar atención a esta clase de tonterías. Pueden resultar peligrosas. Conducen vaya usted a saber dónde. —Dedicó una reverencia ligeramente envarada a la señora Robinson—. Espero no haberla ofendido, señora.

—No se preocupe —replicó ella con elegancia—. Nada de lo que haga el creador de Sherlock Holmes puede provocar la menor ofensa.

Las mejillas de Doyle se tiñeron de escarlata. Ciertamente, se sonrojaba con facilidad.

—Es usted demasiado amable —masculló sin ocultar su incomodidad.

—Y usted demasiado ridículo, Arthur. No le haga caso, señora Robinson, Doyle está en todo. Aunque no me sorprende. Se ha mudado a South Norwood..., dondequiera que esté eso.

—No queda lejos —protestó Doyle.

—Está a un mundo de aquí, Arthur, y usted lo sabe. Por eso ha llegado tarde.

—He llegado tarde porque estaba terminando una cosa.

—Su escultura. Sí, ya lo sé. La escultura es su nueva afición.

Conan Doyle se apartó de la mesa.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó—. No se lo he dicho a nadie..., a nadie en absoluto.

—Oh, vamos, Arthur —dijo Oscar, levantándose con una sonrisa e inclinando la cabeza hacia la señora Robinson al tiempo que se alejaba de la mesa—. Le he oído cuando le hablaba a mi esposa de la espaciosa cabaña que tiene al fondo de su nuevo jardín y de las horas de felicidad que tiene previsto pasar en ella, «en su fría humedad». Sólo un escultor puede sentir deseos de disfrutar de ese modo de un espacio húmedo y frío: es el marco ideal para mantener húmedo el barro.

—Me asombra usted, Oscar.

—También la señora Robinson habría descubierto su secreto... simplemente examinándole las uñas. Mírelas, Arthur. ¡Le delatan por completo!

—Es usted extraordinario. No deja de maravillarme. ¿Sabe que he pensado incluirle en una de mis historias..., en el papel del hermano mayor de Sherlock Holmes?

—Sí, eso me ha dicho. Aunque, si mal no recuerdo, será un hombre obeso e indolente. No sabe cuánto me halaga.

Conan Doyle se rió y propinó a Oscar una palmada en el hombro que impactó en él con desconcertante fuerza.

—Me alegro de haber venido a su fiesta, amigo mío. A pesar de las compañías que frecuenta —dijo.

—No es mi fiesta, Arthur, sino la de Constance. Los invitados son en su totalidad poseedores de una alarmante respetabilidad, y el motivo del evento es incuestionablemente justo.

La fiesta, organizada para unos cuarenta invitados entre hombres, mujeres y niños, pretendía acumular fondos para ayudar a una de las organizaciones de caridad favoritas de Constance: la Asociación para la Racionalidad en el Vestir. La organización, inspirada en el ejemplo de Amelia Bloomer en Estados Unidos, se dedicaba a promover modas para mujeres que no «deformaran el cuerpo ni lo pusieran en peligro». La asociación mantenía la convicción de que ninguna mujer debía verse obligada a soportar la incomodidad y el riesgo para la salud que implicaba la corsetería restrictiva y en exceso apretada ni a llevar encima más de dos kilos y medio de ropa interior. Constance hablaba conmovedoramente del peligro al que se exponían muchas mujeres —montones de ellas todos los años: jóvenes y ancianas, muchachas del servicio y damas de alta alcurnia— que sufrían mutilaciones o que ardían hasta la muerte cuando sus voluminosas faldas, enaguas y corsés prendían accidentalmente en la llama de una vela o rozaban accidentalmente la

lumbre de un hogar y ardían como piras.

Oscar y Arthur se quedaron juntos de pie, recorriendo la estancia con los ojos. Conan Doyle se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el respaldo de una de las sillas de bambú blanco y negro de los Wilde.

—Sin duda la fiesta es por una buena causa —dijo—. No tema: ya he formalizado mi suscripción. —Sonrió a Oscar y añadió—: Sin embargo, todavía no estoy del todo convencido de la absoluta respetabilidad de sus invitados. Por ejemplo, ¿quiénes son esas dos de ahí? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el piano.

—Ah —fue la respuesta de Oscar—. La señorita Bradley y la señorita Cooper.

—Parecen un par de deshollinadores.

—Sí —dijo Oscar, entrecerrando los ojos para mirar a las dos señoras—. Diríase que han venido *en travestie*. Creo que los disfraces son una elección deliberada. Probablemente deseaban traernos suerte. Ni que decir tiene que no son deshollinadoras de profesión, sino poetisas. O quizá debería decir mejor que «son un poeta». Escriben juntas bajo un solo nombre. Se autodenominan «Michael Field».

—Las he estado observando en el pasillo y las he visto fumar cigarrillos y besarse en los labios.

—Qué extraordinario —dijo Oscar, meneando la cabeza con cierto aire melancólico—. Sobre todo teniendo en cuenta la feroz epidemia de gripe que está azotando Chelsea esta primavera.

—¿Y qué me dice del caballero de aspecto enfermizo que tenemos allí? Apostaría a que es uno de esos rufianes adictos a las drogas, Oscar.

—¿George Daubeney? —exclamó el poeta—. ¿El honorable reverendo George Daubeney? Es un clérigo, e hijo de barón.

—¿En serio? —respondió Arthur, riéndose entre dientes—. ¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

—Desgraciadamente, ha aparecido en todos los periódicos. El reverendo George ha sido demandado por haber roto su compromiso de matrimonio. Un asunto de lo más desafortunado. Ha perdido el pleito y con él toda su fortuna.

—Al parecer no es un hombre de mucha palabra —dijo Conan Doyle.

—Y me temo además que tiene un padre severo que se niega a salir en su defensa. Aun así, le profeso cierto cariño. Es el asistente del capellán de la Cámara de los Comunes y ejerce de párroco a tiempo parcial en el Circo Astley, en la orilla sur del puente de Westminster.

—¡No me extraña que le haya tomado cariño, amigo mío! Es usted incapaz de resistirse a lo improbable.

Fue Oscar quien se rió entonces entre dientes al oír el comentario del médico. Tocó a Conan Doyle en el hombro, invitando a su amigo a estudiar con detenimiento a los presentes en la estancia.

—Mire a su alrededor, Arthur. Es usted un hombre de mundo, acostumbrado a lo mejor y lo peor de él. Ha viajado por el Ártico a bordo de un ballenero. Ha vivido en Southsea fuera de temporada. Está familiarizado con todo tipo y con toda suerte de hombres. Eche una mirada a la surtida muestra de individuos reunidos aquí esta tarde, en este salón, y dígame cuál de ellos, a su entender, le resulta, por su aspecto, el más incontrovertidamente «respetable».

A Doyle el reto se le antojó entretenido. Dio un paso atrás y se quedó de pie con los puños apoyados en la cintura. Frunció los labios, entrecerró los ojos y despacio, con sumo cuidado, contempló la escena que tenía ante los ojos. Indudablemente, Constance había logrado reunir a una variopinta multitud con motivo de su merienda para recaudar fondos para una causa caritativa.

—¿Qué es lo que estoy buscando exactamente, Oscar?

—El sùmmum de la respetabilidad —fue la respuesta de Wilde—. El rostro, la figura, la actitud, la apariencia que le diga: «Este tipo es de fiar, no me cabe la menor duda».

—Mmm —gruñó Doyle, escudriñando uno a uno los rostros que le rodeaban—. Todos me resultan un poco dudosos, ¿no le parece? —Miró entonces más allá de donde estaba George Daubeney, en dirección a la puerta, al lado de la que estaban Charles Brooke, el raja inglés de Sarawak y una amiga íntima de Constance inmersos en una entretenida conversación—. Brooke es a todas luces un líder, ¿no cree? Le conozco ligeramente. Un auténtico caballero donde los haya.

Oscar levantó el índice y lo agitó en el aire en un ademán claramente admonitorio.

—No, no, Arthur. No me hable de la gente a la que ya conoce. Quiero oír de usted un juicio basado única y exclusivamente en las apariencias. Eche una mirada al salón y elija a una persona que, a su entender, posea cierto aire de absoluta respetabilidad.

—¡Ya la tengo! —exclamó Doyle, triunfal—. ¡Allí! —añadió, señalando a un joven de pelo rojizo y altura y constitución medias que estaba en compañía de Constance Wilde en el extremo más alejado de la habitación. Cyril, el hijo mayor de Constance, que casi había cumplido siete años, estaba al lado de su madre con los brazos alrededor de sus faldas. Vyvyan, el menor, de cinco años y medio, estaba felizmente sentado sobre los hombros del joven, tirándole del cabello.

—He ahí a su hombre, Oscar —dijo Conan Doyle—. Tiene mano con los niños... y los niños se encuentran a gusto con él. Ésa es una buena señal.

—Es el padrino de Vyvyan.

—No me sorprende. Buena elección. Tiene el aspecto de ser un tipo de absoluta confianza. ¿Cómo se llama?

—Edward Heron-Allen.

—Un nombre fiable —apuntó Conan Doyle con evidente satisfacción.

—Sin duda —intervino Wilde con una sonrisa.

—Un apellido respetable.

—Ciertamente.

—¿Y su profesión, Oscar? No hay más que verle para saber que es todo un profesional.

—Abogado. E hijo de abogado.

—Naturalmente. Tendría que haberlo adivinado. Mire su rostro despejado..., un rostro que infunde confianza. Es el rostro de un joven bondadoso, un hombre respetable y de intachable conducta. ¿Qué edad tiene? ¿Lo sabe?

—Calculo que debe de rondar los treinta años.

—¿Y puedo preguntarle qué edad tiene el honorable reverendo George Daubeney?

—Supongo que la misma, más o menos.

—Sin embargo, Daubeney parece diez años mayor, ¿no cree? —dijo Doyle al tiempo que apartaba los ojos de Oscar para fijarlos en Constance—. Me temo que el rostro de Daubeney es el vivo reflejo de una vida de disipación. El de mi hombre, en cambio, habla de La Gran Vida al Aire Libre. Tiene buen color en las mejillas, una mandíbula bien perfilada, los ojos brillantes y la conciencia tranquila.

—Vaya, Arthur. Ya veo que siente una clara atracción hacia él.

La risa de Conan Doyle saludó el comentario.

—Simplemente me limito a hacer lo que me ha pedido, Oscar..., juzgar por las apariencias. La de Edward Heron-Allen resulta absolutamente tranquilizadora. No me lo negará. Mire su traje.

—El corte es excepcional.

—Exacto. Lejos de ser un dandi, es todo un caballero. Su traje es sobrio, exactamente de la suerte que puede esperarse de un abogado en domingo. Y, a juzgar por su corbata, me atrevería a afirmar que estudió en Harrow.

—Así es —dijo Oscar con una amplia sonrisa—. Y que jugó al criquet con los First XI.

Conan Doyle echó una mirada a la amplia y maliciosa sonrisa de su amigo y de pronto empezó a golpearse la frente con el puño cerrado.

—Oh, Oscar, Oscar —gruñó, arrepentido—. ¿He mordido acaso su anzuelo? ¿He caído de cabeza en una trampa para elefantes? ¿Está a punto de revelarme que mi supuesto modelo de respetabilidad es en realidad el mayor rufián del salón?

—No —respondió Oscar con expresión despreocupada—. En absoluto. Pero todos tenemos nuestros secretos, Arthur, ¿no cree?

—¿Y cuál es el de mi hombre? ¿Ha malversado quizás el capital de toda su clientela?

—Está enamorado de Constance.

—¿De su esposa?

—La misma.

Conan Doyle pareció preocupado. Era un marido fiel y concienzudo. Su joven esposa, conocida como «Touie», padecía tuberculosis. Aunque Doyle se movía con absoluta libertad sin ella, Touie jamás estaba lejos de sus pensamientos. Se atusó suavemente el bigote.

—¿Y no le preocupa que ese tipo, el tal Heron-Allen, esté enamorado de su esposa?

—No —respondió Oscar—. En lo más mínimo.

—¿Y la señora Wilde? —preguntó Doyle—. ¿Cómo se siente?

—A la señora Wilde no le importuna —dijo el escritor con una sonrisa—. Aunque puede que a la señora Heron-Allen sí le resulte un poco molesto.

—Ah —comentó Doyle, al tiempo que fruncía el ceño—. Así que el hombre está casado. Nadie lo diría.

—En eso debo darle la razón, Arthur. Diríase que es un hombre totalmente libre, ¿no le parece?

—A mí me resulta un tipo de lo más común —manifestó Conan Doyle—. Por eso le elegí cuando me invitó a jugar a este juego absurdo. No debería haberle dado el gusto, Oscar.

—Edward Heron-Allen no tiene nada de común, Arthur. Cultiva espárragos. Construye violines. Habla el persa con fluidez. Y es una autoridad mundial en necrofilia, zoofilia, pederastia y en el tráfico de prostitución infantil.

—¡Santo Dios! —Arthur Conan Doyle palideció y miró horrorizado en dirección a Edward Heron-Allen. El joven abogado levantaba en ese instante de sus hombros a Vyvyan Wilde. Luego besó al niño en la cabeza y lo depositó sano y salvo en el suelo—. ¡Santo Dios! —repitió.

—Le he sentado a su lado en la cena, Arthur. Le resultará un hombre fascinante. También lee las palmas de las manos... como la señora Robinson. Permítale que le lea la suya entre plato y plato y le aconsejará si le conviene decantarse por el cordero o por el buey.

—Me ha dejado usted perplejo, Oscar —dijo Conan Doyle sin apartar aún la mirada de Edward Heron-Allen y de Constance Wilde—. No tengo palabras.

—No importa —fue la despreocupada respuesta de su amigo—. Heron-Allen hablará por usted. Tiene mucho que decir y no tardará en ver que nada de lo que dice carece de interés.

—¿No hablará en serio? —protestó Doyle—. ¿De verdad ese hombre va a cenar con nosotros?

Oscar se rió entre dientes.

—¿Por qué no? A mí me parece un hombre absolutamente respetable. De hecho,

esta noche es mi invitado de honor. Sherard ha venido acompañado del honorable reverendo George Daubeney. ¿Quién va a ser su invitado?

Conan Doyle se sonaba en ese momento ruidosamente la nariz con un gran pañuelo rojo.

—Willie... Willie Hornung —dijo, vacilando al anunciar el nombre—. No le conoce. Es un joven periodista, un tipo excelente. Uno de los hombres más bondadosos y delicados que conozco.

—Hornung... Willie Hornung. —Oscar paladeó el nombre como si de un vino desconocido se tratara.

Doyle se guardó el pañuelo en el bolsillo y miró a su amigo a los ojos.

—Quizá debería avisar a Hornung de que se mantenga en un discreto segundo plano. Willie no es exactamente lo que se dice un hombre de mundo.

—No sea absurdo, Arthur. ¿Qué edad tiene?

—No lo sé. ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Keats murió a los veinticinco, Arthur. Al señor Hornung le hará bien vivir un poco peligrosamente y tomarse la vida tal como le venga. Es la posibilidad de la perla o del veneno en la ostra lo que convierte la perspectiva de abrirla en una experiencia tan seductora. Además, le necesitamos. De lo contrario seremos trece a la mesa.

—¿Vendrá lord Alfred Douglass?

—¿Bosie? Por supuesto. —Oscar echó atrás la cabeza y se mesó los cabellos—. Bosie vendrá, naturalmente. Y lo hará acompañado de Francis, su hermano mayor. Le gustará lord Drumlanrig, Arthur. Tiene aproximadamente la misma edad que su joven amigo Hornung y es también un hombre de dulce naturaleza. Lo cierto es que aunque me encanta compartir mis banquetes con panteras, también es agradable contar con algunos delicados corderillos en el comedero. No es difícil hartarse de lo malo —añadió, recorriendo la estancia con los ojos—. ¿Dónde se habrá metido Bosie? Ya debería estar aquí.

El salón de los Wilde empezaba a vaciarse. Katharine Bradley y Edith Cooper, las poetisas vestidas de deshollinadores, estaban junto a la puerta lanzándole besos a Oscar. La señorita Bradley, la más alta de las dos, había cogido una alta anea de un jarrón colocado junto a la chimenea y le gritó a su anfitrión:

—Me llevo esto, queridísimo. Espero que no le importe. Moses y Rebecca Salaman vienen a cenar esta noche. Con esto se sentirán como en casa. —Oscar asintió benevolentemente.

Charles Brooke, raja de Sarawak, hacía en ese momento entrega de un cheque a Constance al tiempo que la felicitaba grandilocuamente por sus labores caritativas a favor de la humanidad en general y de la Asociación para la Racionalidad en el Vestir. Su esposa, Margaret, una mujer paciente y sencilla, le tiraba del brazo.

—¿Es que no piensas dejar nunca de hablar? —preguntó.

—Sólo si empezamos a escucharle —respondió Constance con una risa bondadosa, al tiempo que besaba a su amigo en la mejilla—. Gracias a los dos por venir. Y gracias, Charles, por su generosidad. Han sido todos muy amables, muy generosos.

—Es usted, señora Wilde —dijo Edward Heron-Allen, adelantándose hacia su anfitriona y llevándose la mano de Constance a los labios—. Usted nos inspira.

Conan Doyle farfulló algo en su pañuelo rojo y susurró a Oscar:

—Ese hombre es absolutamente intolerable.

—Inspira usted nuestra devoción —prosiguió Heron-Allen, todavía sosteniendo en la suya la mano de Constance y mirándola a los ojos—. La queremos. Es así de simple.

—También queremos a Oscar —dijo una voz procedente del vestíbulo—. Aunque, naturalmente, eso es más complicado.

—Ah —dijo el escritor, dando unas palmadas—. Aquí llega Bosie.

Lord Alfred Douglas apareció en la puerta del salón de los Wilde y posó para los que allí estábamos. Bosie era un muchacho de una belleza arrebatadora. Utilizo la palabra «muchacho» deliberadamente. Aunque en esa época tenía veintiún años, parecía poco mayor que un niño. Tanto es así que, según él mismo me dijo más adelante, en el transcurso de ese verano, una dama de alcurnia se quedó totalmente perpleja cuando, tras invitarle a la merienda de sus hijos, descubrió su error. Incluso ya cumplidos los treinta y un años, la gente solía preguntarle si ya había terminado sus estudios. Oscar a menudo decía: «Bosie contenía la esencia misma de la juventud. Jamás la perdió. Por eso le amaba».

Y es cierto que amaba a lord Alfred Douglas, y jamás sintió el menor reparo en admitirlo. Esbelto como un carrizo y con un rostro perfectamente proporcionado, el cabello un poco rizado y del color del maíz maduro y el cutis como el melocotón más delicado, Bosie era todo un Adonis. Ni siquiera Conan Doyle o yo podíamos negarlo. Oscar le amaba por su aspecto, pero también por su inteligencia. Bosie era un joven dotado de una mente aguda y de un ingenio afilado —a menudo reclamaba mayor crédito por ser la fuente de algunas de las salidas más originales de Oscar— y dominaba el lenguaje y las palabras de un modo que yo no podía sino envidiar. Era inteligente, aunque indolente. Cuando al año siguiente dejó Oxford, lo hizo sin ningún título. (Como yo mismo lo había hecho. O como los mismísimos Shelley y Swinburne. Y aunque la poesía de Boscawen quizá no mereciera ser comparada con la de ellos, lo mejor de su obra ha soportado el paso del tiempo). Oscar Wilde también amaba a lord Alfred Douglas por ser quien era. Por mucho que no dejara de hacer irónicos comentarios que sugerían lo contrario, Oscar era un esnob. Le gustaban los títulos nobiliarios. Estaba encantado de mantener una buena «relación de conversación» con el príncipe de Galés. Le hacía feliz que el grueso de sus conocidos

incluyera al menos a una docena de duques. Y estuvo no menos encantado cuando descubrió que Bosie Douglas (con su perfecto perfil y modales) era el tercer hijo de un octavo marqués..., aunque se tratara de un marqués de cierta reputación.

Ya en 1892, el padre de Bosie —John Sholto Douglas, noveno marqués de Queensberry— era un hombre de notable fama. Físicamente desfavorecido, achaparrado, iracundo y agresivo, lord Queensberry era un bruto, un matón, un derrochador y un mujeriego. Su única fuerza radicaba en el hecho de que no conocía el miedo. El único motivo que le había permitido requerir cierta fama merecida era que, junto con un amigo de la universidad llamado John Graham Chambers, había codificado las normas de conducta del deporte del boxeo. Él mismo boxeaba en la categoría de peso ligero y, como tal, era un pugilista tenaz y avezado. Era también un yóquey audaz y decidido (montaba sus propios caballos en el Grand Nacional) y un cazador que se distinguía por su crueldad en el campo. Llevaba siempre la fusta encima. Según decían, la empleaba de igual modo con los caballos, con sus perros y con sus mujeres. En 1887, lady Queensberry, la madre de sus cinco hijos, se divorció de él a causa de sus repetidos adulterios.

Bosie despreciaba a su padre y adoraba a su madre. A sus ojos, nada de lo que hacía Sybil Queensberry estaba mal.

—Mi padre no me ha dado nada —decía—. Ha sido mi madre quien me lo ha dado todo, incluido mi nombre.

Lady Queensberry le había bautizado con el sobrenombre de «Boysie» cuando era apenas un bebé. Oscar le llamaba «mi querido niño» desde el mismo momento en que se habían conocido, a principios del verano de 1891. Se hicieron grandes amigos al instante. Ya en el verano de 1892 eran prácticamente inseparables. Allí donde iba Oscar iba también Bosie. A mí me caía bien. A Constance también. Conan Doyle mostraba con él ciertas reservas.

De pie y posando en la puerta del salón, con la cabeza inclinada a un lado como un santo mártir en su cruz, Bosie miró directamente a Constance.

—Señora Wilde —exclamó—, *peccavi*. Me he perdido su fiesta y me había propuesto no perdérmela por nada del mundo. ¿Será capaz de perdonarme? —Sacó entonces de detrás de su espalda un pequeño ramo de primulas sujetas con un lazo azul. Dio un paso adelante y se las ofreció.

Constance le besó como lo habría hecho con un niño y dijo:

—Qué detalle tan conmovedor, Bosie. Gracias. Me alegra que haya venido. Estoy convencida de que Oscar estaba empezando a ponerse ansioso.

Tras saludar con una inclinación de cabeza a Edward Heron-Allen, Bosie se acercó a Oscar y a Conan Doyle. Yo me moví de mi sitio junto a la ventana para unirlos a ellos.

—Te ruego que aceptes mis disculpas, Oscar —dijo el joven Adonis, frunciendo

el ceño—. He tenido una tarde espantosa.

Peleándome con mi padre por dinero. Como bien sabes, ha recibido cuatrocientas mil libras y es incapaz de adelantarme cincuenta. Es un monstruo. A veces le asesinaría.

Arthur Conan Doyle arqueó una ceja y se chupó el bigote.

—Hablo en serio —insistió Bosie—. Me gustaría asesinarle, a sangre fría.

—Bueno, pues no puedes hacer tal cosa —dijo Oscar—. Y menos aún esta noche.

—¿Por qué no? —preguntó el joven, petulante.

—Porque es domingo, Bosie, y un caballero jamás asesina a su padre en domingo. Deberías saberlo. ¿Es que no te enseñaron nada en Winchester? Además, es el primer domingo del mes y vamos a ir a cenar al Cadogan. Supongo que no lo habrás olvidado.

2.

El club Sócrates

En el verano de 1892, Oscar estaba en la cumbre de su fama y de su fortuna. *El abanico de lady Windermere*, su primer éxito teatral, se había estrenado en el Teatro Saint James en febrero y lo había convertido en el héroe de la ciudad por derecho propio. A pesar de que, en aquel entonces, percibía una renta de trescientas libras semanales en concepto de derechos de autor, yo tenía la sensación de que no estaba satisfecho.

Hacía diez años que éramos amigos. Durante un breve intervalo previo a su boda y a la mía habíamos compartido habitaciones en Mayfair. Disfrutábamos relajadamente de nuestra mutua compañía: éramos buenos compañeros. Él era siete años mayor que yo y me consentía como lo habría hecho con un hermano menor. Jamás me sentí juzgado por él. Al contrario: simplemente me aceptaba tal y como era. A diferencia de mis padres, cuando mi primer matrimonio empezó a hacer aguas —yo no le había sido a Martha todo lo fiel que debía—, Oscar no me dedicó ni un solo reproche. (Algo que sí hizo el mundo en general. Aunque no nos engañemos, en aquellos tiempos, si el matrimonio de un hombre fracasaba se daba por hecho que también él había fracasado). Oscar se limitó a decir:

—Pobre Robert. —Acto seguido añadió—: No estoy seguro de que ningún matrimonio tenga una esperanza de vida superior a los siete años.

Eso fue ese mismo verano de 1892, cuando Constance y él llevaban casados casi ocho años.

—Pero tú todavía amas a Constance, ¿verdad? —pregunté, en cierto modo perplejo. Yo era el hermano menor: los Wilde eran la Estrella Polar de mi firmamento—. ¿Eso no ha cambiado?

—No, no ha cambiado —respondió, aunque no sin cierto melancólico retraimiento—. Aunque ella sí lo ha hecho. Cuando me casé con Constance, era una joven hermosa, blanca y esbelta como un lirio, con unos ojos vivarachos y una risa alegre y gorjeante como la música. En cosa de un año más o menos, tras el nacimiento de nuestros hijos, la florida elegancia de mi esposa se había desvanecido. Constance se había vuelto pesada, amorfa, deforme.

—No puedes estar hablando en serio, Oscar —protesté. Constance no era nada de todo eso. Más al contrario, era una mujer en todo momento adorable. Sin embargo, como era de esperar, había dejado de ser la jovencita de antaño. Tenía en ese entonces

treinta y cuatro años y, a juicio de Oscar, la edad y el deterioro iban indefectiblemente de la mano. Y, al menos a ojos de su esposo, Constance ya no resultaba tan divertida como le había parecido en su momento.

—Nunca dice nada y no dejo de preguntarme qué estará pensando —comentó.

Oscar buscaba distraerse de ese «ennui doméstico» (como él lo llamaba) llenando su tiempo con una implacable ronda de trabajo y de juego. Aunque disfrutaba pasando por un holgazán, jamás estaba de brazos cruzados. Durante el día, puertas adentro, sentado a su escritorio favorito (que en su día fuera propiedad del gran Thomas Carlyle), envuelto en un nubarrón de humo de cigarrillo, se pasaba las horas leyendo y escribiendo. Poseía el don que más admiración despertaba en Napoleón: *fixer les objets longtemps sans être fatigué*^[2]. Era uno de los hombres más trabajadores que he conocido. Laboraba industriosamente y jugaba con extravagancia. De noche, bebía y comía y luego volvía a beber y a comer. Y, entre el almuerzo y la cena, asistía a representaciones teatrales, óperas, ballets, conciertos y exposiciones. «¿Qué será esta noche, Robert? ¿El Wolsey de Henry Irving en el Lyceum o el muletón de Marie Lloyd en el Bedford Music Hall?». Lo veía todo y conocía a todo el mundo. Y, por supuesto, todo el mundo deseaba conocerle. No creo equivocarme al decir que no había nadie en la sociedad de las postrimerías de la era victoriana que tuviera un círculo más amplio de conocidos que Oscar Wilde. De lunes a sábado, su agenda estaba abarrotada. El único día de la semana que le resultaba duro era el domingo. «El domingo nunca pasa nada —solía quejarse—. Todo está cerrado. Nadie sale. Nadie recibe. Hasta Dios tiene que ir a la iglesia. No hay nada más que hacer». Eso explica que, a principios de 1892, decidiera constituir el Club Sócrates.

El club fue bautizado en honor del gran filósofo griego. Conan Doyle había sugerido el nombre de Diógenes, pero Oscar respondió que Diógenes era «un perro aburrido, un provinciano que ni siquiera tenía un epigrama en su nombre», mientras que Sócrates era «un ciudadano del mundo» por el que él sentía una gran empatía.

—Sócrates fue uno de los hombres más inteligentes que ha tenido la humanidad —decía—, aunque afirmaba no saber nada, salvo el hecho de su propia ignorancia. Es un hombre por el que bien merece la pena brindar un domingo por la noche, ¿no es verdad?

El club no era más que un club de cenas. Carecía de local propio y tenía un único propósito: divertir a su fundador el primer domingo del mes. Lo componían sólo seis miembros: Oscar, Conan Doyle, lord Alfred Douglas, Bram Stoker, Walter Sickert y yo.

Bram Stoker se había incorporado al club previa recomendación por parte de Conan Doyle, una recomendación que Oscar bendijo al instante. A pesar de que Conan Doyle no se encontraba cómodo con todos los socios de Oscar, le agradaba la

compañía de Abraham Stoker porque, como decía, era un hombre «sensato» (en aquella época, era ya un hombre maduro cercano a los cincuenta) y «de fiar» (en la universidad, había sido atleta y, mejor aún, científico). Además, era director de una empresa, secretario y amigo personal de Henry Irving, el más grande y célebre actor del momento, para quien, como joven escritor, Conan Doyle abrigaba la constante ambición de escribir un papel. Oscar estuvo encantado de contribuir a juntar a Conan Doyle y a Bram Stoker. Tanto Oscar como Bram eran dublínenses.

—Nuestro vínculo se remonta a un pasado muy remoto —decía—. Cada uno conoce los secretos del otro.

En 1878, Bram se había casado con la primera novia de Oscar, la jovencita de ojos almendrados de nombre Florence Balcombe.

Walter Sickert, el pintor, era otro de los amigos cuya relación con Oscar se remontaba a muchos años atrás. Tenía mi edad (treinta y un años), pero Oscar le conocía desde que era niño. En sus años de juventud, había pasado sus vacaciones con los Sickert en Dieppe, y aunque durante su infancia Wat había tratado a Wilde con cierto recelo, a medida que pasaron los años y la intimidad entre ambos fue consolidándose, el pintor y el escritor descubrieron que tenían mucho en común.

—Ambos estamos ávidos de risa, escándalo y aplauso —decía Sickert.

Éste accedió a formar parte del Club Sócrates a condición de no tener que vestirse para cenar y de que se permitiera fumar incluso antes de formalizar el consabido Brindis de Fidelidad. Cuando Conan Doyle expresó su malestar ante semejante sugerencia, el pintor apuntó que «Sócrates» era un anagrama de «*coarsest*»^[3] y se salió con la suya. Conan Doyle y Sickert descubrieron que compartían la afición por los juegos de palabras y por Henry Irving. Antes de convertirse en pintor a tiempo completo, había sido actor a tiempo parcial. A los dieciocho años había pasado a formar parte de la compañía de Irving en calidad de actor suplente, uno de los «Jóvenes del Lyceum», como se les conocía. Además de portar una lanza y de hacer bulto, se le ofrecía la posibilidad de declamar alguna que otra frase ocasional.

—Creo que Irving me tenía cierto cariño porque yo era joven y rubio —le dijo en una ocasión a Conan Doyle—. Y yo le adoraba porque era Irving y porque se había fijado en mí.

El Club Sócrates se reunía en un comedor privado de la planta baja del recientemente inaugurado Hotel Cadogan, situado en la esquina de Sloane Street y de Pont Street, a unos minutos andando de la casa que Oscar tenía en Tite Street. El hotel había sido en su día el hogar de Lillie Langtry, amiga de Oscar (y amante durante un tiempo del príncipe de Gales). La señora Langtry (que mantenía una *suite* en el hotel) se dejaba ver de vez en cuando en el vestíbulo del hotel, junto al mesón de recepción, con uno de sus famosos sombreros y dando a la notable cotorra del hotel, predicablemente llamada *Capitán Flint*, frágil conversación. La cotorra era una

criatura vil, ruidosa y maligna. Tanto es así que ninguno de nosotros alcanzaba a imaginar por qué la señora Langtry la encontraba tan fascinante. Al contrario de lo que ocurría con la cotorra, no era difícil entender por qué todos los hombres que la conocían se quedaban absolutamente prendados de «el Lirio de Jersey». Era una mujer fascinante, y también una superviviente. Conan Doyle, especialmente entusiasmado por ella, decía que la señora Langtry tenía «el rostro de las mujeres más hermosas y la mente de los hombres más resueltos».

El «secretario» del club era Alphonse Byrd, encargado nocturno del Cadogan. Byrd era un hombre que ya había cumplido los cincuenta años y tan flaco, pálido y calvo que parecía un esqueleto andante. A pesar de lo memorable de su aspecto, por lo que yo sabía no tenía una personalidad demasiado definida. En raras ocasiones pronunciaba palabra o miraba a los ojos de sus contertulios, pero Oscar le tenía aprecio y encontraba su aspecto desteñido extrañamente reconfortante. Durante sus años de juventud, Byrd había trabajado en los teatros como prestidigitador e ilusionista, y había fracasado en el intento.

—Tiene moho en el alma —decía Oscar—. El fracaso es mucho más interesante que el éxito. Yo prefiero sin duda leer la biografía de Napoleón que la de Wellington, ¿tú no?

Siendo justos con Byrd, lo cierto es que como secretario del club su trabajo era excelente. Era el responsable de los menús, los vinos y la disposición de la mesa, y, a pesar del coste relativamente modesto de la comida —media corona por cubierto, todo incluido—, nos trataba a cuerpo de rey. Oscar insistió en que las cenas constaran siempre de seis platos. Además de la sopa, el pescado, el asado y los postres de rigor, Byrd servía una selección de *hors d'oeuvres* que invariablemente incluían caviar ruso, arenques holandeses, gambas, langosta, atún en vinagre, salmón y jamón ahumado, además de unos dulces y sabrosos *entremets* de frutas y verduras. Cada uno de los miembros del club tenía permitido invitar a alguien a las cenas —sólo caballeros o, previo permiso del fundador, a ciertas actrices—. La señora Langtry acudió en dos ocasiones y Wat Sickert a veces llegaba tarde en compañía de una de sus amigas del mundo del teatro.

La noche del 1 de mayo de 1892, el invitado de Oscar fue el admirador casado de Constance, el joven abogado Edward Heron-Allen. El invitado de Bosie fue su hermano mayor, lord Drumlanrig, en ese entonces la futura gran promesa de Westminster, *protégé* de lord Rosebery, que a su vez había sido en su día secretario del Foreign Office, cargo que no tardaría en volver a ostentar.

Aunque mi invitado era también un heredero de la aristocracia, adolecía de las perspectivas y de los contactos de Francis Drumlanrig. El honorable reverendo George Daubeney, hijo menor del barón de Bridgwater, era conocido —si es que llegaba a serlo por algún motivo— por ser el hombre que había abandonado a su

prometida una semana antes del día de la boda, falta por la que ya había pagado. Si bien es cierto que yo no conocía íntimamente a Daubeney, también lo es que le profesaba cierta simpatía. Yo mismo me había casado con Martha apresuradamente cuando ambos éramos demasiado jóvenes. De haberla dejado plantada en el altar, probablemente nos habríamos ahorrado mucha angustia en los años que estaban por llegar.

El invitado de Arthur Conan Doyle esa noche era Willie Hornung, su amigo «delicado». Aunque, según Arthur, el joven era un periodista que acababa de regresar de Australia, la figura menuda de Hornung, su tez pálida, el pelo lacio y el *pince-nez* eran más propios de un nervioso cura de pueblo que de un sabueso de la prensa recién arribado de las antípodas.

—Es que es un poco tímido —explicó Arthur.

—Le hablaré entonces con voz queda —fue la respuesta susurrada de Oscar.

Walter Sickert y Bram Stoker aparecieron acompañados de sendos actores. Sickert llegó con Bradford Pearse, un tipo de la vieja escuela con el pecho como un barril, un hombretón con barba de marino y un rostro rojizo que parecía mucho mayor de la edad que en realidad tenía (en aquel entonces todavía no había cumplido los cuarenta años). Sickert y Pearse se habían conocido cuando eran novatos en la compañía de Irving y el mayor logro de Pearse en su carrera en pos de la fama era haber asumido el papel de suplente de Irving en el periplo escocés de la obra que protagonizaba e incluso haber sustituido al gran hombre en una ocasión en el Lyceum..., el Lyceum de Sunderland.

Charles Brookfield, el invitado con el que Bram Stoker había hecho su entrada al club esa noche, jamás había sustituido a nadie en su vida. Imagino que era un primer actor desde la cuna, envidiablemente bendecido por unos padres complacientes, unas hermanas mayores que le admiraban y ni una sombra de duda sobre sus capacidades personales. Era un hombre a todas luces dotado —en Cambridge recibió el premio Winchester de declamación— y además versátil. Valía tanto para la pantomima como para un Shakespeare; Ellen Terry tenía de él buena opinión, y lo mismo podía decirse de Herbert Beerbohm-Tree. Gozaba de energía, ambición, una innegable presencia y de eso que ahora llamamos aires de ídolo de *matinée*. Aun así, ni el sentido del humor ni la humildad figuraban entre sus virtudes. Personalmente, no le tomé la menor simpatía. Y tampoco creo que a Oscar le hiciera demasiada gracia. Por extraño que parezca, creo que en cierto modo Brookfield veía en Oscar a un rival. Escritor además de actor, llegó al Hotel Cadogan esa noche cargado de noticias sobre su última aventura: una obra que acababa de escribir titulada *El poeta y las marionetas*.

—Se estrena el diecinueve de mayo —anunció—, el día de mi treinta y cinco cumpleaños. Será mi propio regalo. ¡Y gira en torno a usted, Oscar!

Éste inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Qué inteligente de su parte dar al público lo que desea, Charles.

—Es una caricatura, Oscar... una sátira de *El abanico de lady Windermere*. Un poco mordaz en algunos momentos, pero Bram me ha asegurado que no le molestará.

—Las alabanzas me tornan humilde —respondió Oscar—. Es cuando me insultan cuando sé que he tocado las estrellas.

A las siete y media de la noche, la hora en que solía servirse la cena en el Club Sócrates, Oscar preguntó a Byrd:

—¿Estamos todos? Me parece que sólo somos trece en el salón.

—Mi invitado llega con retraso, señor Wilde —respondió Byrd, con un estremecimiento—. Y no es propio de él retrasarse. Le ruego acepte mis más sinceras disculpas en su nombre. Estará aquí dentro de un instante.

Oscar echó una mirada a la hoja de papel en la que había dibujado la disposición de los asientos para la velada.

—Ah, sí —dijo—. Victor Amteim... No le conozco, ¿verdad?

—No lo creo, señor Wilde —dijo Byrd, mirando ansioso hacia la puerta.

—Al parecer él sí te conoce, Oscar —intervine.

—¿Le conoces, Robert?

—Un poco —respondí—. Coincidimos en una ocasión.

—¿Amteim? —preguntó Charles Brookfield, arqueando una ceja—. Me suena ese nombre. ¿Se trata de un caballero?

—Es lo que podría llamarse «mitad caballero», señor —terció Byrd en son de disculpa—. Su madre era una dama y su padre un lacayo.

—¿Un lacayo! —exclamó Oscar—. Qué fascinante. ¿Cuánto medía?

Byrd pareció confundido.

—No le entiendo, señor Wilde.

—¿Cuánto medía el padre de Amteim? ¿Lo sabe? Cuanto más alto fuera el lacayo, mayor era su remuneración.

—No sabría responderle a eso, señor Wilde. Lo que sí puedo decirle es que Amteim debe de medir más de un metro ochenta.

—Me alegra saberlo —dijo Oscar, que también medía más de un metro ochenta—. ¿Y su amigo es también lacayo como su padre? No crea ni por un momento que tengo la menor objeción a cenar con un lacayo, aunque no estoy muy seguro de que el señor Brookfield pudiera soportarlo.

Byrd soltó una risilla nerviosa.

—Oh, no, señor. Victor Amteim es boxeador. Trabaja en las ferias. Le conozco de mis años en el mundo del espectáculo. Fue en su día un gran campeón. Según creo, tuvo el honor de disputarle uno o dos asaltos al propio lord Queensberry. Le aseguro que jamás ha estado al servicio de nadie. Es un hombre de porte. Le gustará, señor Wilde.

En ese preciso instante, un hombre alto, apuesto y corpulento de unos cuarenta años apareció en la puerta del comedor. Llevaba la cara y la cabeza totalmente afeitadas y un lustre como de castaña pulimentada cubría su piel bronceada. Tenía una nariz prominente aunque intacta; unos ojos de color azul marino, aunque cálidos. Lucía un immaculado traje de tarde y llevaba un clavel verde en el ojal de la solapa.

—Me encanta —dijo Oscar.

—Eso supuse —masculló Byrd, evidentemente aliviado—. ¿Desea que mande servir la cena, señor Wilde?

—Se lo ruego, Byrd. Gracias. —El dramaturgo cruzó el comedor y estrechó cordialmente la mano de Amteim—. Bienvenido a nuestro pequeño club, señor Amteim. Sócrates nos enseñó que existe un único bien y ése es el conocimiento. Y un único mal: la ignorancia. Ya me siento mejor por haberle conocido.

—Gracias, señor Wilde —dijo Amteim, inclinando la cabeza y empleando un tono tan suave que apenas resultó audible.

—Aquí no tiene por qué susurrar —dijo Oscar, en una clara muestra de genialidad—. Está usted entre amigos.

—Me temo que no tengo otra elección —respondió el boxeador, empleando de nuevo el más suave de los susurros—. Hace unos años, en Birmingham, me destrozaron las cuerdas vocales durante un combate. Un lunático me machacó el cuello.

—Lo lamento —dijo Oscar, bajando la voz para equiparar su tono al de Amteim.

—No todo el mundo respeta las Reglas de Combate de Queensberry —dijo el boxeador con una sonrisa.

—Muy cierto —respondió el escritor. Volvió entonces al salón y dio unas fuertes palmadas en el aire.

—¡Silencio! —exclamó Bosie—. ¡Habla el presidente!

—Les ruego que ocupen sus asientos, caballeros —dijo Oscar—. La cena está a punto de ser servida. Encontrarán una tarjeta con su nombre en el lugar que les ha sido asignado. El orden y la disposición de los asientos es responsabilidad mía, pero el menú y la elección de los vinos ha corrido como siempre a cargo de Byrd. Rara es la vez que nos decepciona.

Cuando todos encontramos por fin nuestro sitio, Oscar ocupó su lugar en la cabecera de la mesa y volvió a dar una palmada.

—Bienvenidos, caballeros, bienvenidos. Debo explicar a los recién llegados que éste es un club que carece prácticamente de normas. Para hacer feliz a Wat, incluso permitimos a nuestros socios venir vestidos como deseen. Esta noche bendeciremos la mesa porque entre nosotros hay un clérigo —anunció, asintiendo con la cabeza en dirección a George Daubeney—, y, como es habitual, brindaremos por la reina, porque Su Majestad está siempre presente en nuestros corazones. Aparte de eso, no

nos regimos por ningún ceremonial (ningún discurso) y pueden ustedes decir lo que deseen. —Oscar miró directamente a Victor Amteim—, o susurrar lo que deseen, sabedores de que todo lo que se diga o lo que se oiga en este salón permanecerá entre estas cuatro paredes.

Múltiples «¡Hurra!, ¡hurra!» recorrieron la mesa, tan sólo interrumpidos por Bosie, que de pronto exclamó:

—Aunque carecemos de normas, hay una tradición que sí respetamos, Oscar.

—¿Ah, sí? —preguntó Sickert.

—Por supuesto que sí —respondió el joven—. El juego de Oscar.

—Ah, sí —confirmó el dramaturgo—. Después de cenar, jugamos a un juego.

—¿Y de que se tratará esta noche? —preguntó Bosie—. ¿Lo has decidido ya?

—Por supuesto —respondió Oscar—. Lo tengo controlado... o, como diría la señora Robinson, controlado en mi «desgraciada mano»... El nombre del juego de esta noche es «Asesinato». Señor Daubeney... George, ¿sería usted tan amable de bendecir la mesa?

Plano de disposición de los comensales para la cena del Club Sócrates celebrada en el Hotel Cadogan el domingo, 1 de mayo de 1892

Oscar Wilde

Edward Heron-Allen – Lord Alfred Douglas

Arthur Conan Doyle – Lord Drumlanrig

Willie Hornung – Bram Stoker

Robert Sherard – Bradford Pearse

Honorable reverendo George Daubeney – Walter Sickert

Charles Brookfield – Victor Amteim

3.

El juego

La cena de Byrd resultó ejemplar. Tomé buena nota de los vinos en mi diario: con el pescado, un borgoña de textura extraordinariamente sedosa; con la carne, un margaux de 1888 tan añejo que hasta Charles Brookfield reconoció que era poseedor de «mérito». Por absurdo que pueda resultar, con el *brandy*, el oporto y el resto de los licores, Oscar insistió en que Byrd sirviera una licorera de Vin Mariani, curioso brebaje donde los haya, del color del estiércol, hecho a partir de vino barato de Burdeos tratado con hojas de coca.

—¿Qué es esto? —preguntó Brookfield cuando Byrd le ofreció una copa.

—No es obligatorio beberlo —aclaró Oscar desde la cabecera de la mesa. Tenía el don de poder estar atento a varias conversaciones a la vez.

—Pero ¿qué es? —insistió Brookfield—. Tiene un aspecto asqueroso.

—Es un cordial por el que siente especial inclinación Su Santidad el Papa —explicó Oscar.

—Bueno, pero ahora no estamos en Roma —replicó Brookfield, despidiendo a Byrd con un gesto de la mano, que tendió acto seguido hacia la botella de oporto.

—Ni en Oporto —murmuró Oscar—. Le he pedido a Byrd que sirviera el Mariani en honor del doctor Doyle. Según creo, el licor contiene cocaína. Me pareció que quizás a Arthur le gustaría presentársela a su amigo Sherlock Holmes.

Conan Doyle saludó el comentario con una risa atenta.

—En ese caso, será mejor que pruebe una copa.

—Al parecer, también Su Majestad la Reina es aficionada a él —apuntó Oscar.

—Olvidémonos del vino, Wilde —dijo Brookfield, haciendo girar lentamente la copa de oporto en su mano—. ¿Qué hay de ese juego?

—Oh, sí, Oscar —exclamó Bosie—. ¡Empecemos con el juego!

—¿Está seguro de que es una buena idea? —preguntó Conan Doyle, inclinándose hacia el dramaturgo al tiempo que dirigía una mirada hacia Willie Hornung.

Oscar se dirigió entonces a todos los presentes.

—Arthur mantiene ciertas reservas en relación con nuestro juego, caballeros. El mes pasado jugamos a «Amantes»... y el buen doctor declinó participar.

—Me pareció indecoroso —opuso Conan Doyle con voz queda.

—Que yo recuerde, fue del todo indecoroso —terció Sickert—. Aunque creo que ésa era precisamente la idea. —Se volvió a explicarle a su vecino de mesa, Amteim,

el boxeador—. Oscar nos invitó a seleccionar la amante de nuestra elección. Según creo recordar, él eligió a Juana de Arco.

—¿Y qué tiene eso que ver con Sócrates? —inquirió Brookfield, disfrutando de una nueva libación de oporto.

—Sócrates nos enseñó que la mejor forma de vivir honorablemente en este mundo radica en ser lo que fingimos ser.

—No le sigo —protestó Brookfield.

—Oh, ya lo creo que sí, Charles —dijo Oscar—, me entiende perfectamente.

—Vamos —intervino Bosie—. ¡Empecemos con el juego!

—Muy bien —dijo Oscar. Miró a Conan Doyle y susurró con una sonrisa bondadosa—: No es más que un juego, Arthur.

—Muy bien —respondió el doctor, asintiendo con la cabeza como respuesta y dando una palmadita en el dorso de la mano de Willie Hornung en un intento por tranquilizar a su amigo—. Media copa de ese Mariani suyo, Oscar, y tengo la impresión de que estaré preparado para cualquier cosa.

—Así me gusta —dijo el dramaturgo, levantándose. Se mantuvo firmemente de pie en la cabecera de la mesa y nos dirigió una mirada divertida a los trece comensales que estábamos sentados delante de él—. «Asesinato» es el nombre del juego de esta noche. Fue el propio Sócrates el primero en sugerir que quizá sea la muerte la mayor de las bendiciones humanas, y esta noche, caballeros, estamos a punto de hacer realidad esa bendición en las víctimas de nuestra elección. ¿Me he explicado con claridad?

Hubo un murmullo de asentimiento general.

—¿Todos los presentes llevan consigo una pluma o un lápiz? —preguntó.

Brookfield masculló a su vecino:

—Así que hemos vuelto a la escuela, ¿es eso?

Oscar prosiguió:

—Ahora el señor Byrd dará una vuelta a la mesa y les entregará a cada uno una hoja de papel y, en caso de que así lo requieran, también un útil de escritura. En su hoja de papel en blanco, que no mostrarán a sus vecinos, les invito a escribir el nombre de la persona o personas a las que más desearían asesinar.

—Me gusta este juego —tronó Bradford Pearse—. ¿Cómo se llama el crítico teatral del *Era*?

—En cuanto hayan escrito el nombre de su víctima —prosiguió Oscar—, Byrd volverá a dar una vuelta alrededor de la mesa y recogerá sus hojas para colocarlas en esta pequeña bolsa de tela. —Mostró en alto una diminuta bolsa de terciopelo de color ciruela del tamaño de una mano—. A continuación, y siguiendo mis instrucciones, extraerá, uno a uno, los papeles al azar e irá leyendo cada uno de los nombres. Nuestra misión será entonces, caballeros, descubrir quién desea asesinar a

quién.

—Y por qué —sugirió Charles Brookfield, chupando la punta de su lápiz.

—Exacto —dijo Oscar—. Y por qué.

—¿Jugará usted también, señor presidente? —preguntó lord Drumlanrig—. ¿Tiene usted permitido también elegir a una víctima?

—Naturalmente —fue la respuesta de Oscar, que en ese mismo instante tomó asiento, sacó una pluma estilográfica del bolsillo de su chaqueta y procedió a escribir el nombre de su víctima en su hoja de papel con la deliberación con la que un estadista firmaría un tratado internacional—. No hay nada como una muerte inesperada para subir los ánimos.

Mientras escribíamos los nombres de las víctimas que cada uno de nosotros había propuesto en las pequeñas hojas de papel que nos había facilitado Alphonse Byrd, en la habitación se hizo un curioso silencio. Yo anoté de inmediato el nombre de la víctima de mi elección sin darle demasiada importancia al asunto. Luego eche una mirada a la mesa y observé a los demás. La mayoría parecían profundamente concentrados, como un grupo de estudiantes enfrentados a un examen a la luz de las velas. Bosie chupaba su lápiz, al parecer ostensiblemente divertido ante la idea de quién sería su víctima. Bradford Pearse, el actor, contemplaba lo que había escrito con lo que bien podía ser recelosa satisfacción. Wat Sickert me pareció estar dibujando un bosquejo de su víctima. Como a Bosie, era evidente que a Sickert le divertía la presa de su elección. Todos —incluidos el cínico y altanero Brookfield y el apacible Willie Hornung— daban la impresión de estar totalmente absortos en la tarea que se les había encomendado. Sólo Arthur Conan Doyle parecía ajeno a lo que tenía lugar en el salón. Sostenía su pluma cerrada en la mano izquierda y miraba distraídamente adelante, fijando sus ojos vacíos de cualquier expresión en la pared desnuda detrás de lord Drumlanrig y Bram Stoker.

—Esto está silencioso como un cementerio —susurró Amteim.

—Vaya —intervino Sickert con una sonrisa ladina—, me ha parecido oír batir sus alas al Ángel de la Muerte.

Oscar levantó la mirada.

—No hay lugar que albergue emoción más auténtica ni gusto más deleznable que un cementerio —sentenció.

Bosie reprimió una risilla.

—Eso es muy bueno, Oscar. ¿Es tuyo?

El aludido doblaba en ese momento su hoja de papel en dos y la introducía en la bolsa de tela.

—Merece serlo —replicó—, aunque mucho me temo que no lo es. Lo oí por primera vez en Oxford hace ya unos años. En Balliol, para más desgracia. —Sostuvo en alto la bolsa de terciopelo para dársela a Byrd—. ¿Estamos todos? —preguntó.

—Así es —tronó Bradford Pearse.

—Esto es muy divertido —proclamó Willie Hornung, sacándole brillo a su *pincez* con el extremo de la servilleta.

—Me alegro de que esté disfrutando de una velada feliz —dijo Oscar—. Sírvase otra copa de Mariani.

Cuando Byrd terminó de dar la vuelta a la mesa y cada uno de nosotros hubo metido su hoja de papel en la bolsa, Oscar cogió una cucharilla y la hizo sonar repicando con ella contra su copa de *brandy*.

—Caballeros —anunció—, ha llegado el momento. Si tienen sus copas llenas y sus cigarros encendidos, procederemos con el juego. —Se volvió hacia Byrd, situado a su diestra—. Señor Byrd, si es tan amable, le ruego que extraiga el primer papel de la bolsa y lea en voz alta el nombre que encontrará escrito en él.

Byrd se retiró el puño de la camisa como lo habría hecho un mago para demostrar a su público que nada se ocultaba debajo de su manga e introdujo la mano en la bolsa. Nos permitió ver sus dedos buscando a tientas en el interior de la bolsa hasta que, con una deliberada floritura, extrajo un papel y lo sostuvo en alto delante de sus ojos.

—Qué divertido —repitió Willie Hornung, inclinándose hacia delante en su asiento.

Oscar le sonrió y volvió entonces la mirada hacia Alphonse Byrd.

—Señor Byrd —dijo—, ¿sería tan amable de leer en voz alta el nombre de la primera víctima de asesinato?

Byrd escudriñó el papel que tenía en la mano y volvió la mirada hacia el otro extremo del salón. El encargado del turno de noche del Cadogan no era una figura impresionante —de hecho, tenía los hombros encorvados y los ojos acuosos de un hombre derrotado por la vida—, pero en su día había sido un actor profesional y durante ese breve instante, con el papel en una mano y su bolsa de mago en la otra, atraía nuestra atención con una autoridad que hasta el mismísimo gran Robert-Houdini habría envidiado.

Oscar puso fin al momento.

—Byrd —dijo bruscamente—, ya hemos esperado bastante. Lea el nombre.

Tras estremecerse momentáneamente, como si Oscar acabara de darle un papirotazo en la oreja, Byrd hizo lo que se le pedía.

—La primera víctima será «La señorita Elizabeth Scott-Rivers» —anunció.

El silencio de la habitación, que un instante antes había sido tan expectante —casi estimulante en su densidad—, se tornó incómodo. Todos los presentes conocíamos el nombre de Elizabeth Scott-Rivers. La señorita Scott-Rivers era la infeliz novia que había sido plantada una semana antes de su boda por el honorable reverendo George Daubeney, mi invitado particular a la cena del Club Sócrates esa noche. Era la doncella abandonada —heredera e hija única de padres ancianos ya fallecidos— que

se había granjeado la compasión del público y la rebuznante aprobación de la prensa cuando, en el Alto Tribunal de Chancery, había denunciado a su prometido por haber incumplido su compromiso, ganó su caso y puso al pobre desgraciado de rodillas, llevándolo al borde de la ruina económica.

—Bien, bien... —dijo Oscar con un suspiro. Conan Doyle se llevó los dedos a los ojos y sacudió la cabeza. George Daubeney estaba sentado a mi derecha. Le puse la mano en el brazo—. ¡Siguiente! —ordenó el presidente de nuestro club.

De pronto, y violentamente, Daubeney retiró su brazo y se levantó, derramando una copa del absurdo licor Mariani.

—Lo lamento muchísimo, caballeros —estalló—. No sé en qué estaría pensando. Desprecio a esa mujer. La odio. Pero no le deseo ningún mal. No debería haber incluido su nombre en el juego de este modo. Es inexcusable. Que Dios me perdone. Y también ustedes. He bebido demasiado.

Oscar levantó la mano derecha y la mantuvo en alto, como un obispo en el acto de pronunciar su bendición.

—Tome asiento, George. Cállese. No puede haber tomado más de una copa.

Volví a tender la mano y a tomar a Daubeney del brazo. Tiré de él hasta que recuperó su asiento.

—Soy un estúpido —masculló—. Un maldito estúpido.

—Vamos —se apresuró a decir Oscar—. Prosigamos. Y les ruego que recuerden, caballeros, que el propósito del juego es que el resto de nosotros adivine quién ha elegido a quién como víctima, y no que el supuesto perpetrador del crimen ofrezca una confesión inmediata. —Daubeney permaneció sentado, envuelto en un pesado silencio y mirando desconsoladamente su copa vacía—. Byrd —dijo Oscar—, extraiga el nombre de la siguiente víctima, si es tan amable.

El secretario del club extrajo un segundo papel de la bolsa y leyó el nombre en voz alta, esta vez sin tanta ceremonia.

—Lord Abergordon —anunció.

—¿Quién? —preguntó Heron-Allen.

Byrd repitió el nombre:

—Lord Abergordon.

—Curiosa elección —dijo Oscar, tomando un sorbo de *brandy*.

—¿Quién es? —preguntó Sickert.

—Ni lo sabemos ni nos importa —tronó Bradford Pearse.

—Creo que es un anciano y oscuro miembro del gobierno —intervino Bram Stoker.

—En ese caso, no será una gran pérdida —dijo Heron-Allen con una irónica sonrisa.

—Muy gracioso, Edward —murmuró Oscar—. Veo que está empezando a entrar

en el juego. El siguiente, si es tan amable, señor Byrd. Mantengamos el ritmo del juego, señores.

El secretario extrajo el tercer papel y sonrió. Acto seguido, leyó el nombre:

—*Capitán Flint*.

—Era de esperar —dijo Oscar.

—¿Quién es el capitán Flint? —preguntó William Hornung.

—La cotorra del hotel —respondió Bosie—. Esa criatura apolillada que vive en la jaula que está junto al mostrador de recepción. Es un bicho impertinente y parlanchín que se merece todo lo que se le viene encima. Ni que decir tiene que a quien deseaba matar era a mi padre, pero Oscar dijo que no podía hacerlo, al menos no en domingo, así que he optado por la cotorra.

Oscar se volvió a mirar a su apuesto y joven amigo y le reprendió.

—Bosie, acabas de malbaratar una elección excelente. El propósito del juego no es que reveles quién es tu pretendida víctima, sino que seamos los demás quienes adivinemos su identidad. —Se volvió a mirar a Byrd—. ¡Prosiga, hombre! ¡Prosiga!

Él extrajo el cuarto papel de la bolsa de terciopelo y leyó en voz alta el nombre con una floritura.

—El señor Sherlock Holmes —dijo.

—¡Fantástico! —exclamó Oscar.

—Estoy de acuerdo —dijo Conan Doyle.

—¡Siga, siga, Byrd! No se entretenga, hombre. Denos el siguiente nombre.

El encargado del turno de noche tenía ya el quinto papel a punto. Lo miró y vaciló.

—¿Y bien? —preguntó Oscar.

—El señor Bradford Pearse —anunció Byrd.

—Caramba —dijo Bradford Pearse con una risilla hueca—. Alguno de los presentes me quiere fuera de circulación...

Un cortés runrún de disconformidad circuló por la mesa. Conan Doyle habló entonces.

—Este juego no es divertido, Oscar —protestó.

—No es el juego lo que no resulta divertido —respondió el dramaturgo sin alterarse—, sino el Fabian de Pearse el que no logró divertir al público. ¡Ay! Es un papel espantoso. Fueron varios los críticos que opinaron que Pearse merecía un buen disparo... —Oscar dedicó una bondadosa sonrisa al desafortunado actor—. Es sólo un juego, Bradford —dijo amablemente. Pearse asintió con la cabeza, se encogió de hombros y alargó la mano en busca de la botella de *brandy*. Oscar se volvió hacia el encargado nocturno del hotel—. Siga, señor Byrd. Ya hemos llegado casi a la mitad. ¿Quién será nuestra próxima víctima?

Byrd ya tenía en la mano el siguiente papel.

—El señor Victor Amteim —anunció.

—Santo Dios —dijo William Hornung.

—Esto no puede continuar, Oscar —intervino de pronto Conan Doyle—. Ya es suficiente. El señor Pearse y el señor Amteim son nuestros invitados. Han venido a divertirse... y no a recibir amenazas de muerte, aunque sea en broma.

—No me lo tomo como una cuestión personal —susurró Amteim desde el extremo opuesto de la mesa.

—¿En serio? —murmuró Charles Brookfield. Estaba sentado directamente delante de Amteim y le miraba a los ojos—. ¿Y de qué otro modo podría tomárselo? —preguntó.

—Como dice nuestro presidente —respondió Amteim, apartando la mirada de Brookfield y volviéndose hacia Oscar—, no es más que un juego.

—Gracias, señor Amteim —dijo el dramaturgo, alzando su copa de *brandy* en su dirección—. Los hombres del clavel verde nos entendemos bien.

Conan Doyle soltó un gruñido taciturno y sacudió la cabeza. Oscar se inclinó hacia el buen doctor.

—No esté tan serio, Arthur. La humanidad ya se toma bastante en serio. La seriedad es el pecado original del mundo. Si los hombres de las cavernas hubieran sabido reírse, la historia sin duda habría sido muy distinta... y mucho más alegre. Vamos, Byrd. ¿Quién es el siguiente?

El encargado nocturno del hotel introdujo la mano de nuevo en la bolsa. Sacó otro papel.

—Léalo en voz alta —le apremió Oscar.

—El señor Victor Amteim —dijo Byrd.

—¿Otra vez? —preguntó Heron-Allen, que parecía haber despertado de golpe de un ensueño.

—Sí, señor —confirmó Byrd—. Otra vez.

—Saque otro —ordenó Oscar—. Terminemos con esto.

—¿Qué número es éste? —preguntó Bosie.

—El octavo, lord Alfred —respondió Byrd, sosteniendo ante él el siguiente papel.

—¿Qué nombre es esta vez? —preguntó Oscar.

—Me temo que el mismo —dijo Byrd—. El señor Victor Amteim.

—Ponga fin a esto, Oscar —protestó Conan Doyle—. ¡Ahora mismo!

—No —intervino Amteim con voz áspera y estridente—. Le aseguro que no estoy en absoluto disgustado. No tiene ninguna importancia.

—Así me gusta, señor Amteim —dijo Oscar—. De hecho, nada de lo que ocurre tiene la menor importancia. —A pesar de que formuló su aforismo despreocupadamente (era uno de sus favoritos), yo le observaba atentamente mientras hablaba y vi la sombra de ansiedad que asomó a sus ojos—. Vamos, Byrd, prosiga —

ordenó categóricamente—. Ya prácticamente hemos terminado. Tres de nosotros parecen estar dispuestos a asesinar al señor Amteim. Veamos si hay un cuarto. Extraiga el siguiente nombre, si es tan amable.

Byrd así lo hizo. Se acercó el papel a los ojos y guardó silencio.

—¿Y bien? —preguntó Bosie.

—El señor Victor Amteim —volvió a decir Byrd.

—«No preguntes por quién doblan las campanas...»^[4] —murmuró Oscar, arrugando la frente y volviendo a alzar su copa en dirección a Amteim—. El siguiente, Byrd —añadió—. Ya estamos demasiado metidos en faena como para detenernos ahora. Sin duda Amteim estará de acuerdo conmigo.

El aludido inclinó la cabeza hacia el dramaturgo y sonrió.

—Es muy amable de su parte mostrarse tan atento —apuntó Conan Doyle.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Oscar.

Byrd extrajo un nuevo papel de la bolsa.

Amteim, desde el extremo más alejado de la mesa, miró hacia él y preguntó con voz queda:

—¿Y bien?

—La siguiente víctima es «El Tiempo, el Viejo Escultor» —anunció el señor Byrd.

—Genial —clamó Bram Stoker, dando una suave palmada en la mesa para indicar su aprobación.

—Aunque poco excitante —dijo Bosie—. Quizás, al fin y al cabo, debería haber citado a mi padre. —Se volvió a mirar a su hermano, que estaba sentado a su izquierda. Lord Drumlanrig encendía en ese instante un cigarro—. ¿Por qué no has elegido como víctima a nuestro padre, Francis? Le odias tanto como yo y tú tienes mucho más que ganar con la herencia.

—Puede que lord Drumlanrig haya elegido como víctima al marqués de Queensberry, Bosie —dijo Oscar, posando ligeramente los dedos en el dorso de la mano derecha de su joven amigo—. A Byrd todavía le faltan por revelar tres nombres. —Se volvió una vez más hacia el secretario del club—. ¿Quién va ahora?

El hombre estaba ya a punto, papel en mano.

—La siguiente víctima es «Eros» —anunció.

—¿Eros? —preguntó Willie Hornung, dejando su copa de Mariani y recorriendo la mesa con una inocente mirada de ojos brillantes que resultó cuando menos enternecedora—. ¿Acaso cuenta Eros? ¿No es un dios de la mitología griega?

—Si se puede asesinar al Tiempo —dijo Oscar—, supongo que también es posible destruir a un mito. De hecho, conozco a quien ha hecho ambas cosas. Soy de la opinión de que Eros es una víctima permisible en el marco de las normas del juego, Willie. Continúe, Byrd.

—Sí —terció Brookfield, que parecía ya ostensiblemente hinchado a causa de la bebida—. Terminemos de una vez. ¿A quién nos vamos a cargar ahora?

Alphonse Byrd introdujo la mano en la bolsa y extrajo un papel. Se lo acercó a los ojos y pareció confundido. Luego le dio la vuelta y lo examinó más detalladamente.

—Está en blanco, señor Wilde —dijo, entregándole el papel.

Oscar sostuvo delicadamente el pequeño papel entre el índice y el pulgar.

—Así es, Byrd. Definitivamente, donde no hay, no hay. ¡El siguiente, por favor!

—Según creo, éste es el penúltimo papel —dijo Byrd.

—¡Procedamos! —se mofó Brookfield.

El secretario del club se aclaró la garganta antes de leer el nombre en alto.

—El señor Oscar Wilde.

Una oleada de risas recorrió la mesa. Stoker palmeó repetidamente la caja de puros para dar muestra de su aprobación. Hasta Conan Doyle sonrió. Oscar recibió la burlona ovación con una pequeña reverencia desde su asiento.

—Supongo que era inevitable —masculló—. Aunque lo que realmente lamento es que mi nombre haya salido en el puesto número trece. Vamos, señor Byrd, sepamos el nombre de la última víctima y terminemos con esto.

Byrd, que estaba a un lado de la mesa, detrás de Willie Hornung y de Conan Doyle, introdujo la mano en la pequeña bolsa de terciopelo para proceder con la última extracción. Sacó el papel y lo miró. Sorbió y se frotó la boca con los nudillos.

—Vamos, hombre —exclamó Brookfield desde su esquina de la mesa—. ¿Qué dice?

—Dice «Señor Oscar Wilde» —anunció Byrd. Habló con voz queda y sacudió la cabeza para dejar luego el papel y la bolsa encima de la mesa y mirar al presidente del club—. Lo siento, señor Wilde.

—Santo cielo —exclamó Oscar, con una sonrisa de oreja a oreja—. Soy casi tan impopular como Amteim. No estoy seguro de si debería sentirme satisfecho u horrorizado.

—Bienvenido al club, señor Wilde —dijo Amteim con una risa ronca.

—No es más que un juego —gruñó Bradford Pearse.

—Cierto —concedió Oscar amigablemente.

Arthur Conan Doyle estaba inclinado hacia Edward Heron-Allen. Tenía en la mano el último papel que Byrd había extraído de la bolsa y lo estudiaba con atención.

—Esto ha dejado de ser un juego —sentenció.

—Es sólo una broma, Arthur —dijo Bosie envuelto en una nube de humo de cigarro—. Y Oscar encaja bien las bromas.

—Yo diría que la broma ha terminado —proclamó Conan Doyle, poniéndose en pie. Se acercó a la cabecera de la mesa y, rodeando a Oscar por los hombros, sostuvo ante sus ojos el papel—. El nombre de esta última «víctima», el nombre que está aquí

escrito... Mírelo atentamente, Oscar. ¿Qué dice?

El dramaturgo estudió el papel que Conan Doyle sostenía ante él y leyó las palabras:

—«Señora de Oscar Wilde».

4.

Vivimos y aprendemos

Fue el joven Willie Hornung quien llenó el silencio que había caído a plomo sobre el comedor privado del Hotel Cadogan.

—¿Quién iba a desear asesinar a la señora Wilde? —preguntó.

—Nadie en su sano juicio —respondió Bram Stoker—, ni siquiera en broma. — El irlandés apagó el cigarro en un plato de postre y retiró la silla de la mesa. Luego se levantó y recorrió el comedor con los ojos mientras se rascaba la barba—. El juego se ha agriado —dijo.

—Estoy de acuerdo —concedió Conan Doyle. Nos miró severamente uno a uno—. No sé ustedes, caballeros, pero yo me retiro.

Todos empezaron a moverse.

—¡No caballeros, no! —protestó el dramaturgo—. Debemos llegar al fondo de esto.

—Esta noche no, Oscar —dijo firmemente Stoker.

—Insisto —dijo él—. Soy el presidente del club.

—Pero yo soy el animal más viejo —gruñó Stoker—, y ya he tenido demasiados sobresaltos por esta noche. El señor Irving se embarcará en *El rey Lear* por la mañana. Es el primer día de ensayos. Aunque Lear no pueda fiarse de sus hijas, al Jefe sí le gusta pensar que puede confiar en mí. Es tarde, Oscar, y, diga usted lo que diga, yo me voy a dormir.

—Nos vamos todos —canturreó Wat Sickert desde el extremo más alejado de la mesa. También él se había levantado—. La medianoche ha sonado con lengua de hierro^[5] —añadió con suavidad. Luego se inclinó sobre la mesa, se lamió la palma de la mano izquierda y la ahuecó para utilizarla como matacandelas y apagar con ella las velas semiextinguidas colocadas en círculo alrededor de lo que en su día había sido el *epergne* favorito de Lillie Langtry. El salón quedó sumido en una penumbra sepulcral. La única fuente de luz era un par de lamparillas de aceite colocadas encima de la chimenea—. Ya es casi la hora en que salen las hadas^[6] —dijo antes de volverse hacia Bradford Pearse—. Vamos, Brad, puede ser mi invitado un rato más y pasar la noche en mi casa. Me ocuparé de que no muera asesinado mientras duerme.

Pearse se rió. Me pareció ver que sudaba. Tenía un gran pañuelo blanco en la mano y lo empleó para secarse el sudor del rostro, el cuello y la frente.

—Cuando quiera —dijo.

Sickert se inclinó sobre su amigo para estrechar la mano de Bram Stoker.

—Buenas noches, Bram —se despidió cálidamente—. Exprésele mis respetos a Irving.

—Así lo haré.

—Y si algún día necesita un retrato...

—Sabemos dónde encontrarle, Wat —respondió Stoker en un alarde de genialidad. Volvió la mirada hacia el otro lado de la mesa envuelta en penumbra donde estaba Conan Doyle, que en ese momento ayudaba a Oscar a levantarse—. Buenas noches, Arthur. Denos de una a tres semanas para sacar adelante a nuestro Lear (el Jefe se ha cargado con una rolliza Cordelia y con un problemático Bufón) y le conseguiré una hora de entrevista con él para que pueda hablarle en profundidad de su obra. Creo que podrá convencerle...

—Pero ¿es que Arthur se dedica ahora a escribir teatro? —masculló Oscar con un gruñido burlón—. Quizá debería plantearme abrir una consulta médica.

—Buenas noches, señor presidente —dijo Stoker—. Ha sido una noche agitada aunque memorable. Gracias. Y gracias, Byrd, por el banquete. Hemos cenado como unos príncipes, como siempre. Buenas noches a todos. Vamos, Brookfield..., compartiremos coche.

Charles Brookfield, con su apuesto y alargado rostro encendido a causa del vino, estaba ya en la puerta. Se mantenía extrañamente erguido. Lo cierto es que estaba muy beodo.

—Buenas noches, caballeros —gritó al salón—. Mi obra se titula *El poeta y las marionetas*. Se estrena el diecinueve de este mes. Espero que me honren con su presencia.

Mientras Stoker tomaba a Brookfield del brazo y le acompañaba fuera de la estancia, Oscar sacudía la cabeza y murmuraba:

—La ambición es el último refugio del fracaso.

—Buenas noches, Oscar —dijo lord Drumlanrig—. Gracias por su hospitalidad.

—*Bonne nuit, mon cher* —gritó Bosie al presidente del Club Sócrates, tirando de su hermano hacia la puerta.

—Buenas noches, caballeros —se despidió Oscar—. ¿Te veré mañana, Bosie?

—Siempre que lo permitan los asesinos —respondió su joven amigo con una risotada, dedicando al salón un juguetón gesto de despedida con la mano.

Oscar vio marchar a los hermanos Douglas.

—Bosie es deliciosamente divertido, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose a nadie en particular.

Los miembros del grupo que todavía seguían en el salón intercambiaban despedidas y se dirigían ya hacia la puerta. Amteim ayudaba a Byrd a retirar las licoreras y las botellas de vino vacías de la mesa, dejándolas en una gran bandeja

situada en un aparador. Willie Hornung le decía a Conan Doyle que había disfrutado de una «noche inolvidable», «fantástica», «una de las mejores que he vivido». Según pude observar, Edward Heron-Allen ya había desaparecido, al parecer desapercibido. Me volví a despedirme del honorable reverendo George Daubeney y le encontré sentado e inmóvil, apartado del grupo. El pobre hombre —¡mi invitado especial!— estaba derrumbado en su silla, con una mirada vacía y perdida a media distancia.

—Vamos, George —le apremié—. Tomaremos un coche.

Daubeney giró despacio hacia mí su agotado rostro marcado por la viruela y, no sin esfuerzo, retiró su silla de la mesa. Cuando intentó ponerse de pie, tan sólo llegó a tambalearse hacia delante y a caer de rodillas, abrazándose a mis rodillas y pidiendo ayuda.

—Perdóneme, Robert —masculló. Volvió a apoyar la mano en el borde de la mesa mientras yo le ayudaba a levantarse—. He bebido demasiado —balbuceó.

—Aunque sólo del pozo del infortunio —dijo Oscar, que seguía de pie en la cabecera de la mesa, todavía con su copa vacía de *brandy* en la mano.

—¿Desea el señor una cama en el hotel? —preguntó Byrd—. Podemos encontrarle una habitación.

Daubeney alzó la mirada hacia el encargado nocturno y le dedicó una sombría sonrisa.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable, pero tengo asuntos que atender. Debo irme.

—¿Está seguro, George? —pregunté.

—Puedo volver andando a casa —respondió—. No está lejos de aquí. Me hará bien un poco de aire fresco.

Luego me estrechó la mano y, tras despedirse de Oscar y de los demás con una inclinación de cabeza, se marchó.

—Qué criatura más desafortunada —apuntó Wilde—. Hay algo infinitamente patético en las tragedias de los demás.

Entregó a Alphonse Byrd su copa de *brandy vacía*.

—Gracias, amigo mío —dijo con una sonrisa cohibida. Miró a Victor Amteim, el socio de Byrd, y asintió con la cabeza en dirección al calvo boxeador—. Ha sido un placer conocerle, señor. Me pregunto por qué cuatro de los comensales sentados esta noche a la mesa le han elegido su víctima de asesinato.

—Soy boxeador profesional e hijo de lacayo —contestó él con su voz curiosamente ronca—. No tenía derecho a estar aquí. Este no es sitio para mí.

—Qué duda hay de que viste usted demasiado elegante para pasar por un caballero inglés —dijo Oscar con una sonrisa.

—¿Eso cree? —susurró Amteim.

—Por supuesto. Lleva los zapatos demasiado lustrosos. Aunque probablemente

haya sido el clavel verde que luce en el ojal lo que haya sellado su destino. Goza usted de fuerza física, belleza personal, una historia interesante y un gusto exquisito, señor Amteim. No es de extrañar que provoque el inmediato desagrado en los demás.

El boxeador se rió.

—Buenas noches, señor —dijo Oscar—. Confío en que volvamos a vernos. Quizás algún día tenga el placer de verle pelear. —Le estrechó la mano y durante un instante no la soltó—. ¿En qué feria se le puede encontrar estos días?

—Estaré todo el verano en el Circo Astley —respondió cordialmente el boxeador, mirando a Oscar a los ojos—. Hay un combate el lunes que quizá pueda gustarle, señor Wilde. Le enviaré entradas.

—Gracias. Muchas gracias. Me encantaría. —Se dirigió entonces al secretario del club—: Nos gusta su amigo, Byrd. Bien hecho. Buenas noches. —Se volvió entonces hacia el resto de nosotros—: Arthur, Willie, Robert, vamos. Expongámonos a la amenaza de esa espantosa cotorra y tomemos un coche.

De hecho, la cotorra estaba en silencio cuando cruzamos el vestíbulo principal del Hotel Cadogan, para entonces sumido en la oscuridad. La jaula había sido cubierta por un enorme chal bordado. También estuvimos de suerte al pisar la calle. Dos coches vacíos esperaban en la parada de la esquina de Sloane y Knightsbridge.

—El señor Sickert es un personaje fascinante —empezó entusiasmado Willie Hornung—. Esta noche me ha dicho que «Knightsbridge» es la única palabra en inglés que tiene seis consonantes seguidas.

Conan Doyle se rió entre dientes.

—Vaya, jamás... Vivir para ver.

—Para luego morir y olvidarlo todo, naturalmente —añadió Oscar con voz queda. Acompañamos al joven Hornung al primer coche y nos despedimos de él, viéndole alejarse en dirección a las habitaciones que ocupaba en Bayswater. Al partir, nos miró desde el cupé y gritó alegremente:

—No olvidaré esta noche. ¡Muchas gracias!

—Qué joven más encantador —dijo Oscar mientras el coche de Willie Hornung desaparecía en la oscuridad—. El secreto de permanecer joven es no tener jamás ninguna emoción que resulte inapropiada. Tengo la sensación de que nuestro Willie no dejará jamás de ser un niño.

—Es un buen chico —dijo Conan Doyle.

—Tiene un buen amigo —comentó Oscar poniendo la mano sobre el hombro de Arthur—. Pasaré la noche en Tite Street, ¿verdad? Es demasiado tarde para peregrinar hasta Norwood.

Los tres subimos al segundo coche y, mientras ocupaba su asiento, Oscar agitó ligeramente sus guantes sobre las rodillas de Doyle y dijo:

—Odio tener que admitirlo, mi querido doctor, pero tenía usted razón: el juego ha

sido un error. Había desconocidos entre nosotros...

—Y se ha bebido vino —añadió Conan Doyle—. Quizá demasiado.

—Cierto —concedió el dramaturgo con una sonrisa de arrepentimiento—. Aunque lo que decimos cuando estamos bebidos es lo que pensamos cuando estamos sobrios. ¿De verdad era «Señora de Oscar Wilde» el nombre que aparecía en ese último papel?

—Eso me temo —respondió Doyle—. Naturalmente, pretendía ser una broma, aunque de muy mal gusto.

—¿Y no puede haber sido un simple error de escritura? —sugerí.

—Supongo que sí —concedió el doctor.

—No creo que debamos mencionárselo a Constance, ¿no le parece? —dijo Oscar.

—Creo que todos deberíamos olvidarlo —nos apremió rotundamente Conan Doyle—. A fin de cuentas, no era más que un juego.

Cuando llegamos a Tite Street, la casa estaba a oscuras. La calle también. Era la una. La familia dormía y el servicio —sus tres miembros: Arthur, el leal mayordomo de Oscar; la señora Ryan, la cocinera, y Gertrude Simmonds, la devota institutriz de los niños— se habían retirado ya. Arthur había dejado la lámpara de gas del vestíbulo encendida ardiendo a baja intensidad y unas velas preparadas con las que poder iluminarnos hasta nuestras camas.

—Dormirás en el estudio, Robert. En el diván —dijo Oscar—, como corresponde a un hombre casado que está al borde del divorcio. Usted dormirá en la habitación de invitados, Arthur, en la segunda mejor cama de la casa. Ni que decir tiene que voy a dejársela a Constance en herencia. Buenas noches, caballeros. Que duerman bien. No den muchas vueltas a lo ocurrido esta noche. Lo pasado, pasado. Como bien dice Arthur, al fin y al cabo no era más que un juego.

Dormí profundamente. Por absurdo que parezca, me abandoné al sueño albergando pensamientos poco confesables sobre Constance Wilde. Mi matrimonio con Marthe se había transformado en una situación muerta y triste —tanto que ni siquiera me veía con ánimos de iniciar los trámites del divorcio— y mis flirteos con Kaitlyn y con Aniela, en su día tan excitantes, habían tocado a su fin. Tenía treinta y un años y estaba deseoso de vivir el amor. Aunque pensar en Constance en términos de romance era sin duda una ridiculez —ella era cuatro años mayor que yo y sólo tenía ojos para Oscar—, imaginarme en sus brazos, aunque fuera en sueños, resultaba una experiencia tremendamente deliciosa.

No me desperté hasta las diez de la mañana. Encontré a Oscar y a Arthur ya desayunados, vestidos y afeitados, sentados en el salón blanco de los Wilde leyendo los periódicos de la mañana. En cuanto entre al soleado salón, Oscar suspiró desde detrás de su ejemplar del *Morning Post*.

—Díganme —jadeó fatigosamente—: ¿Por qué, oh, por qué me empeño en seguir

leyendo estas cosas? Los periódicos de hoy en día relatan con degradante avidez los pecados de los ciudadanos de segunda, y con la diligencia de los analfabetos nos ofrecen precisos y prosaicos detalles de las actividades de personas que carecen en absoluto de interés. Tengo que dejar de leerlos.

—Buenos días, Robert —saludó amigablemente Conan Doyle, mirándome por encima de su ejemplar de *The Times*.

Oscar dejó su periódico a un lado.

—Necesito un pasatiempo —declaró—. Debería dedicarme a la escultura como nuestro querido Arthur. Buenos días, Robert. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Oscar. Sí, gracias. Estupendamente.

—Espero que hayas soñado a gusto. Sé muy bien que soñar es tu pasatiempo favorito.

Me reí y recorrí la estancia con los ojos con la esperanza de poder encontrar una cafetera a la vista.

—¿Está Constance en casa? —pregunté.

—Gertrude Simmonds y ella han llevado a los niños a los Jardines de Kensington. Se han ido a dar de comer a los patos. Al parecer, todo el mundo, excepto yo, tiene un pasatiempo útil.

—Si me lo permites, iré a buscar un poco de café —dije.

—Por supuesto —respondió Oscar—. La señora Ryan te hervirá también un huevo. Y estoy seguro de que Constance no tardará en volver. Pero recuerda, Robert, cuando la veas, ni una palabra sobre anoche, te lo ruego. Aunque no fue más que un juego, mi querida esposa es una criatura sensible y no quisiera por nada del mundo preocuparla.

—Lo sé —dije—. No diré una sola palabra. Pero no dejo de preguntarme a cuál de los miembros de nuestro variopinto grupo pudo ocurrírsele nombrar a Constance, aunque todo no fuera más que un juego.

—Deje de darle vueltas —intervino Conan Doyle—. Olvide todo lo que tenga que ver con ello.

—Así lo haré —respondí—. A decir verdad, ya lo he hecho.

—Bien —dijo Oscar, volviéndose a mirar a la ventana—. Hace un día espléndido, ¿no les parece?

Mientras hablaba y el doctor y yo seguíamos su mirada hacia el marco de la ventana, los tres nos vimos violentamente sobresaltados por el repentino *pum-pum-pum* de lo que parecieron unos disparos de pistola.

—¡Santo Dios! —exclamó Conan Doyle, poniéndose en pie al instante—. ¿Qué ha sido eso?

El triple estallido sonó de nuevo, esta vez más alto que el anterior.

—Es alguien que está en la puerta —dijo Oscar, levantándose y acercándose con

suma cautela a la ventana. El furioso *pum-pum-pum* continuó—. Algún lunático que se ha puesto hecho una fiera con el aldabón de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Conan Doyle, reuniéndose con Oscar junto a la ventana y mirando a la calle.

—No sabría decirle —respondió él. Los golpes habían cesado—. O se ha ido o Arthur le ha hecho pasar.

Acto seguido tuvo lugar una repentina conmoción en el vestíbulo de la planta baja: el sonido de dos hombres discutiendo. Hasta nosotros llegó el ruido de una momentánea refriega, seguido del feroz repicar de pasos en las escaleras y luego, de pronto, en la puerta del salón, apareció ante nuestros ojos, con un manchado y maltrecho traje de noche, el honorable reverendo George Daubeney arrastrando los pies. Tenía las manos cubiertas de sangre.

—La señorita Elizabeth Scott-Rivers... —sollozó—. La mujer a la que anoche confesé que deseaba asesinar... ¡Está muerta! Ha sido quemada viva.

5.

Una muerte en Cheyne Walk

—Cálmese, hombre —dijo Conan Doyle.

—¿Es usted el autor? —preguntó Oscar.

George Daubeney entró dando tumbos al perfecto salón de los Wilde y se derrumbó en una *chaise-longue*. Ocultó el rostro en sus manos ensangrentadas y rompió a sollozar descontroladamente.

—¡Contrólese, señor! —le ordenó Conan Doyle. El buen doctor escocés, que, a pesar de llevarme poco más de dieciocho meses siempre me había parecido mayor que mi padre, salió entonces al vestíbulo, donde el mayordomo de Oscar esperaba presa de la ansiedad—. Un cuenco con agua hirviendo, toallas y jabón, si es tan amable —dijo—. ¿Y podría la señora Ryan preparar un poco de té?

—¿Desea que traiga también el *brandy* de la cocina, señor? —preguntó el mayordomo por encima del hombro mientras bajaba apresuradamente las escaleras en respuesta a la clara orden de Doyle.

—No, gracias, Arthur. Creo que el alcohol ya ha hecho bastante daño por esta noche. Le agradecería que me subiera mi bolsa cuando vuelva. La he dejado junto al perchero del vestíbulo.

En el soleado salón, Oscar estaba sentado en un sillón delante del miserable Daubeney. Los sollozos del clérigo habían dejado paso a un patético y susurrado lloriqueo.

—¿Ha sido usted el autor? —repitió Oscar—. ¿Ha asesinado usted a la señorita Scott-Rivers?

Daubeney levantó la cabeza de sus manos. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, bañados en lágrimas, con el iris de un color amarillo sucio, el color de la paja vieja. Miró a Oscar directamente a la cara, pero no dijo nada.

—Está en estado de *shock* —dijo Conan Doyle, regresando en ese instante a la habitación.

—Pues no es el único —respondió Oscar con voz queda.

Conan Doyle se puso en cuclillas delante de George Daubeney.

—Vamos a limpiarle, hombre, y luego podrá contarnos lo que ha ocurrido.

El reverendo negó con la cabeza.

—No sé —masculló.

—¿Qué es lo que no sabe? —preguntó Doyle.

—No sé lo que ha ocurrido —dijo Daubeney muy despacio. Parecía sumido en una especie de trance. Apartó los ojos de Arthur y miró a Oscar, implorante—. Ayúdeme —susurró.

—Huelo a humo reciente —dijo Doyle, olisqueando el maltrecho traje del hombre—. Sin duda ha estado en un incendio.

—Está muerta —susurró Daubeney. Su voz apenas resultó audible.

—¿Ha sido usted? —Oscar repitió la pregunta por tercera vez.

—Su rostro había desaparecido, totalmente abrasado. Sus cabellos seguían todavía envueltos en llamas.

Wilde se levantó de la silla y caminó hasta la ventana.

—Tenemos que sacarle de aquí antes de que llegue Constance. —Se volvió hacia mí—. ¿Dónde vive?

—No estoy seguro —respondí.

—Es amigo tuyo, Robert —me soltó sin contemplaciones—. Fuiste tú quien le introdujiste en nuestras vidas.

—Creo que tiene una habitación en Wandsworth —vacilé—. Apenas le conozco, Oscar.

—Perdóname —dijo él enseguida. Eran raras las ocasiones en que daba rienda suelta a su temperamento. Como regla general, mantenía la serenidad incluso en los momentos más delicados—. Ha sido un comentario poco caritativo de mi parte, Robert. E imperdonable. Sé, por lo que tú mismo me dijiste, que su familia le ha desheredado. No te pediré que hagas tú lo mismo.

—Poco es lo que sé de él —protesté.

—Ayúdenme —baló la desventurada criatura acomodada en la *chaise-longue*.

Arthur y la señora Ryan entraron en ese momento a la sala. El mayordomo, con una toalla sobre el hombro, llevaba una cacerola de agua hirviendo y una barra de jabón de fenol en una mano y la bolsa de Conan Doyle en la otra. El ama de llaves entró con una bandeja llena de tazas y de platos, jarras, una tetera y una cafetera, una lata de galletas y una pequeña botella de coñac.

—Aquí traigo té y café —anunció—, y también un poco de *brandy*... para uso médico.

—No será necesario —protestó Conan Doyle.

—El *brandy* es para el señor Wilde —replicó cortante la señora Ryan. Dejó la bandeja encima del magnífico piano del salón—. ¿Desean servirse ustedes mismos, caballeros?

—Naturalmente —dijo Oscar, dedicando una resplandeciente sonrisa a su ama de llaves—. Gracias, señora Ryan. —Ella salió de la estancia con una sonrisa y se despidió de su señor con una pequeña reverencia—. No hay ninguna necesidad de mencionarle a la señora Wilde este contratiempo cuando regrese —añadió—. Mejor

no preocuparla, ni a ella ni a los niños.

El mayordomo salió del salón detrás del ama de llaves. Cuando se marchó, pude ver que Oscar inclinaba hacia él la cabeza y juntaba las yemas de los dedos como ofreciéndole a su criado un silencioso *salaam*. Le ayudé a servir los refrigerios. Él añadió un generoso chorro de coñac a mi café y al suyo y yo le llevé una taza de té a George Daubeney. Conan Doyle había lavado ya las manos y el rostro del hombre y estaba en ese momento aplicando tintura de iodina a la piel desgarrada de las palmas de sus manos, brazos y muñecas. Daubeney se estremeció. Le acerqué la taza de té a los labios y bebió despacio. Al mirar detenidamente al hombre a la cara probablemente por primera vez, me di cuenta de que Conan Doyle había acertado en su diagnóstico inicial: Daubeney era un pobre debilucho.

—Cuéntenos lo ocurrido —empezó el doctor—. Tómese su tiempo, pero cuéntenoslo todo. Quizá debamos llamar a la policía.

—La policía debe de haber llegado ya —respondió Daubeney, tomando de mis manos la taza de té y dando cuenta de su contenido en un único y largo sorbo.

—¿Dónde? —preguntó Oscar.

—En el veintisiete de Cheyne Walk. En su casa.

—¿Es de ahí de donde viene? —preguntó Doyle.

—Sí.

Se hizo el silencio.

—¿Y bien? —dijo Oscar.

—¿Qué ha ocurrido? —le increpó Conan Doyle—. ¡Por el amor de Dios, hombre, cuéntenos de una vez por todas lo que ha ocurrido!

Su estallido obtuvo el resultado deseado. Daubeney me devolvió la taza de té y recorrió el salón con los ojos, como si por primera vez tomara conciencia de dónde estaba.

—Cuando anoche les dejé —empezó—, me dirigí a la orilla del río y seguí en dirección a Wandsworth Bridge. Aunque no había luna, hacía una noche preciosa, y cuando llegué a su casa, vi que había luz en la ventana.

—¿La ventana de quién? —preguntó Conan Doyle—. ¿La ventana de la señorita Scott-Rivers?

—Sí —respondió Daubeney—. La ventana de su salón.

—¿Fue hasta allí con la intención de visitarla? —inquirió Oscar.

—No, para nada —protestó. Hasta entonces jamás había alzado tanto la voz. Su repentina vehemencia resultó cuando menos sorprendente.

—Y, sin embargo —insistió Oscar calmadamente—, cuando se marchó del Hotel Cadogan, dijo que tenía un asunto que atender, ¿no es así?

—Estaba bebido —replicó el hombre, clavando la mirada en el suelo.

—Eso no es cierto —dijo Oscar—. Le estuve observando durante la cena, señor

Daubeney. Tomó dos copas de vino durante la velada, tres a lo sumo.

—Yo no la he matado, señor Wilde. Créame. Por eso he venido. Necesito que me crea.

—Según nos dijo a todos, su deseo era verla muerta —dijo Oscar.

—Pero no la maté.

—Y, aun así, dice usted que está muerta.

Daubeney se estremeció.

—Quemada viva —dijo cerrando los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Conan Doyle—. Cálmese, hombre.

Daubeney abrió los ojos y miró directamente al doctor.

—Llegué a la casa. Está a unos cincuenta metros de la orilla del río. Vi luz en su ventana... en la ventana de su salón, situada en la planta baja. Sí, lo reconozco. Durante un rato, a punto estuve de acercarme a la puerta principal y llamar al timbre para que me dejara pasar, pero no lo hice. Les juro, como que hay Dios, que no lo hice.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Oscar.

—Me senté delante de la casa, en un banco de piedra del paseo que da al Támesis. Me senté y recé. Recé por el alma de ella y también por la mía.

—¿Y después?

—Me quedé dormido.

—¿Se quedó dormido? —exclamó Conan Doyle—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Me despertó el chillido de la sirena de un barco de bomberos que se acercaba por el río. Lo oí. Me desperté. Luego vi el humo de la chimenea del barco de bomberos en las sombras, dirigiéndose hacia el embarcadero. Me volví de espaldas y vi la casa... Las llamas lamían la ventana de la señorita Scott-Rivers. El salón estaba ardiendo. Corrí hasta la casa, subí a toda prisa los escalones y golpeé la puerta. Luego salté la reja de hierro. Fue entonces cuando me rompí la chaqueta. Trepé desde la escalera delantera hasta el alféizar de la ventana de la planta baja y golpeé el cristal con los brazos hasta hacerlo trizas. Caí hacia delante y me agarré al borde del marco. Y entonces la vi, tumbada junto a la chimenea con el rostro abrasado y las llamas bailoteando alrededor de su cráneo, quemándole los restos de cabello como en un incendio forestal.

Oscar se había levantado.

—Debemos ir allí ahora mismo.

Conan Doyle seguía agachado junto a Daubeney.

—¿Qué ocurrió después? ¿Entró en el salón?

—Las llamas me hicieron recular —dijo el reverendo, ocultando el rostro tras los dedos como presa de la vergüenza—. Volví a trepar por el alféizar y salté a la acera. Oí entonces a los bomberos junto al embarcadero. Estaban saltando a la orilla. Me

asusté y huí. Busqué refugio no muy lejos de allí..., en la iglesia de Todos los Santos. Me oculté en la capilla de santo Tomás Moro. Me agazapé tras el altar y recé por su alma y por la mía. Y creo que me quedé un rato dormido. Cuando se hizo de día y la iglesia empezó a despertar a la vida, salí a hurtadillas y llegué aquí. —Se volvió hacia Oscar—. Necesitaba verle, señor Wilde. Necesitaba que supiera que, a pesar de lo que dije anoche mientras jugábamos a ese juego suyo infernal, no maté a Elizabeth. Le juro por lo más sagrado que no lo hice.

El dramaturgo no dijo nada.

—Señor Daubeney —empezó Conan Doyle, poniéndose de pie—, ahora debe contarle a la policía todo lo que nos ha dicho.

El reverendo dedicó una mirada suplicante a Oscar, que dijo:

—El doctor Doyle tiene razón. No hay tiempo que perder. Cuanto más tarde en contar lo que sabe a las autoridades competentes, más sospechoso resultará su comportamiento.

—Soy inocente —imploró Daubeney, levantándose y mirando alternativamente a Oscar y Conan Doyle, desesperado.

—Lo sé —dije entonces—. Pero siga el consejo de mis amigos, George. Será lo mejor.

—Acaba de llegar el coche —anunció nuestro anfitrión, mirando por la ventana—. Vayamos a Scotland Yard y pasemos de camino por Cheyne Walk.

Conan Doyle lo miró con expresión desconcertada.

—¿Ha llegado ya un coche? —preguntó.

—Sí —fue la respuesta de Oscar—. Un landó..., que es lo que he pedido. —Sonrió y nos acompañó hasta la puerta—. Como diría su Holmes, Arthur: «Tengo mis propios métodos».

A pesar de la densidad del tráfico, el trayecto que comunicaba Tite Street con el paseo del Támesis no llevaba más de un cuarto de hora. Recorrimos la distancia en silencio. George Daubeney y yo íbamos sentados delante de Oscar y de Conan Doyle con las rodillas casi pegadas, aunque cada uno parecía inmerso en sus propias cavilaciones. Arthur miraba concentradamente por la ventanilla del coche como un turista que visita una fascinante ciudad por vez primera. Intuí que el buen doctor deseaba distanciarse del asunto que teníamos entre manos. Oscar, en cambio, parecía absorto en George Daubeney. Le miraba fijamente, estudiando primero su rostro y sus manos, luego sus zapatos y la ropa y volviendo al final la mirada al rostro del reverendo. Daubeney tenía los ojos cerrados y la cabeza gacha, y la piel pálida y reseca como la grava. Apenas le asomaba una sombra de barba. Su nariz era fina y respingona, y aunque de labios prácticamente invisibles, su boca resultaba notable a causa de las perlas de saliva que le perfilaban las comisuras. No era un espectáculo agradable.

Al llegar a nuestro destino, el coche se detuvo junto a un pequeño calesín. Vimos a dos jóvenes bomberos con el rostro sucio apoyados en el coche, fumando sendos cigarrillos y tomando té en tazones de latón.

—Son buenos chicos —dijo Oscar cuando bajábamos del landó.

Nos quedamos durante un instante junto al coche y observamos la escena. Era evidente que la casa, un edificio de ladrillo rojo, alto y hermoso, construido durante el primer año del reinado de la reina Victoria, había sobrevivido al incendio. El daño sufrido por la edificación había quedado concentrado en el salón de la planta baja, situada a la derecha de la puerta principal. Los cristales de las ventanas estaban totalmente destrozados. Los marcos habían sido pasto de las llamas. Incluso desde la calle, pudimos ver que las paredes de la estancia estaban ennegrecidas desde el techo hasta el suelo y que los muebles habían quedado prácticamente destruidos.

—Yo he estado aquí antes —dijo Oscar, alzando los ojos hacia la casa—. Hubo un tiempo en que Bram Stoker vivió aquí.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Conan Doyle.

—Hará diez años, como poco —respondió él—. Esta casa no es ajena a las muertes inesperadas. Bram me contó que en una ocasión rescató a un hombre que se ahogaba en el río, lo trajo a esta casa y lo estiró sobre la mesa del comedor. El pobre hombre no lograba recuperarse y Bram fue a buscar a la policía. Salió de la casa e, instantes más tarde, la señora Stoker, que desconocía por completo el drama que estaba teniendo lugar, entró al comedor con un jarrón de flores recién cortadas que pensaba colocar en el aparador. Imaginarán su consternación cuando encontró el cuerpo de un desconocido muerto sobre la mesa de su comedor.

Conan Doyle miró a George Daubeney.

—¿Cuánto tiempo hacía que vivía aquí la señorita Scott-Rivers? —preguntó.

—Compró la casa hace dos años —dijo el reverendo—. Cuando fallecieron sus padres.

—¿Y quién es su heredero? —preguntó Oscar, guiando a nuestro grupo hacia la casa.

—Durante nuestro compromiso hizo testamento en mi favor, aunque imagino que, dadas las circunstancias, lo habrá cambiado.

Cuando subíamos ya los escalones que llevaban a la puerta principal, encontramos esquirlas de cristales bajo nuestros pies.

—Con cuidado, caballeros —dijo Conan Doyle.

Oscar echó una mirada por encima de la verja de hierro a la zona situada al otro lado.

—Hay cristales por doquier —apuntó.

—Así es —tronó una voz desde la ventana—, aunque no por mucho tiempo. En menos que canta un gallo habremos limpiado todo esto. Ya casi hemos terminado. —

El propietario de la voz era un escocés corpulento, pelirrojo y de rostro encendido. Llevaba un abrigo de *tweed* con el cuello levantado. Debía de rondar los cuarenta y cinco años, aunque parecía mucho más joven. La vida todavía no había sacado lo mejor de él. Tenía unos alegres ojos marrones, una amplia sonrisa y llevaba un lápiz tras la oreja derecha—. ¿Qué le trae por aquí, señor Wilde? —preguntó, arqueando una ceja y ladeando la cabeza.

—¡Por todos los santos! —exclamó Oscar—. ¡Si es el inspector Archy Gilmour!

El inspector de policía y Oscar eran viejos conocidos. Para entonces, Gilmour era detective superior del Departamento de Investigaciones Criminales de la Policía Metropolitana. Su camino y el del dramaturgo se habían cruzado en varias ocasiones anteriormente. Gilmour y yo también nos conocíamos, aunque él no parecía acordarse de mí. Inevitablemente, se acordaba de Conan Doyle y, cuando nos abrió la puerta del número 27 de Cheyne Walk, fue la mano del doctor la que estrechó en primer lugar.

—Acabo de leer *La liga de los pelirrojos*, doctor Doyle. Es su obra maestra. No alcanzo a imaginar de dónde saca usted sus ideas. —Alzó la mirada hacia el límpido cielo azul, entrecerró los ojos y olisqueó el aire—. Hace una mañana fresca y radiante, ideal para dar un paseo por el río, caballeros, estoy de acuerdo. Aun así, me pregunto qué puede traerles a esta puerta en particular. ¿Por casualidad no habrá sido idea suya, señor Wilde?

Oscar sonrió. Aunque mantenía el principio de que los pelirrojos mayores de cuarenta años no eran de fiar, había decidido que Archy Gilmour era la excepción que confirmaba la regla.

—Hemos venido acompañando a este caballero —respondió—. El reverendo George Daubeney.

—Ah —dijo Gilmour, estrechándole la mano—, el que fuera el prometido de la señorita Scott-Rivers. Leí lo que se publicó del caso. —Se observó cierto cambio en sus modales. Guardó silencio e inspiró hondo—. Me temo que tengo malas noticias... —empezó.

—Lo sabemos —le interrumpió Oscar—. La señorita Scott-Davis ha muerto. Por eso hemos venido. El señor Daubeney estaba fuera de la casa cuando se inició el incendio.

—¡Ah! —exclamó Gilmour—. ¡De modo que éste es nuestro testigo desaparecido! Los bomberos le vieron bajar desde el antepecho de la ventana cuando llegaban a la orilla. —Miró a Daubeney—. Me alegro de que haya vuelto, señor. Tendremos que tomarle declaración.

—Lo entiendo —dijo él, bajando la mirada.

—Está asustado —explicó Oscar—. Son circunstancias harto delicadas.

—Cierto —dijo Gilmour, sin apartar los ojos de Daubeney—. Si mal no recuerdo, la señorita Scott-Rivers le denunció con éxito por haber roto su compromiso con ella

y percibió por ello una sustanciosa cantidad en concepto de daños y perjuicios.

—Todo lo que poseo —respondió Daubeney con voz queda—. La amé en su momento, y mucho. Luego llegué a odiarla. Pero por nada del mundo habría deseado que su vida terminara como lo ha hecho. —Alzó la cabeza y se estremeció al volver la mirada hacia las ventanas chamuscadas.

—Por supuesto que no —dijo Gilmour—. Ha sido una muerte espantosa. Un terrible accidente.

—¿Cree usted que se trata de un accidente? —preguntó suavemente Oscar.

—Poca duda hay de ello, señor Wilde —fue la respuesta de Gilmour—. Estaba sola en casa. Era domingo por la noche y los dos criados habían salido. La puerta principal estaba cerrada con llave y perfectamente bloqueada con pestillo desde el interior. Lo mismo puede decirse de la puerta que da al jardín, situada en la parte trasera, y de la puerta del sótano que hay al pie de los escalones principales. La señorita Scott-Rivers se había encerrado para pasar la noche. Y entonces, trágicamente, antes de acostarse, se acercó demasiado al fuego que ardía en el salón... Su vestido prendió y las llamas la engulleron. Ocurre muy a menudo. El año pasado, en Londres, murieron así una docena de mujeres.

—Le creo —dijo Oscar—. ¿Nos permitiría visitar la escena del desastre? —preguntó.

—No hay nada que ver —dijo Gilmour—. La habitación está totalmente abrasada. Miren. —Dirigió nuestras miradas por la ventana delantera al interior del salón. El humo había ennegrecido las paredes. Lo que en su momento habían sido muebles había quedado reducido a un reguero de humeantes cenizas negras—. Fue un milagro que la brigada de bomberos llegara cuando lo hizo. De lo contrario, la conflagración podría haberse extendido al resto de la casa.

—¿Sabemos quién dio la alarma? —preguntó Conan Doyle.

—Nadie —respondió Gilmour—. Por pura casualidad, uno de los barcos de bomberos de la ciudad regresaba en ese momento a Southwark Bridge después de haber patrullado durante toda la noche y el capitán vio las llamas en la ventana y se acercó a la orilla.

—¿Dónde encontraron el cuerpo? —preguntó Oscar, sujetándose a la verja y poniéndose de puntillas tratando de gozar de una mejor perspectiva del salón.

—Justo delante de la chimenea —dijo Gilmour—, en el hogar.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Conan Doyle.

—De camino a la morgue de Millbank.

—¿Estaba la pobre mujer boca abajo o boca arriba? —inquirió Oscar, todavía intentando conseguir una perspectiva más completa del salón.

—Boca arriba —respondió el inspector—. Tenía la cabeza y el cuello apoyados sobre el guardafuego.

—¿Tenía los ojos abiertos o cerrados? —preguntó Oscar.

—Cerrados.

El escritor dio un paso atrás y soltó la verja. Se volvió entonces a mirar a George Daubeney.

—¿Coincide eso con lo que usted recuerda, George?

—Sí —respondió despacio Daubeney—, en todos sus detalles. El infierno es un lugar lleno de fuego, y esto era un infierno. Por eso huí. —Volvió a bajar los ojos—. Me avergüenzo de mi conducta. No me comporté como corresponde a un caballero.

—Bueno —dijo Gilmour con tono cordial—, lo que importa es que esté dispuesto a prestar declaración ahora. Lo haremos en Scotland Yard, si no le importa. El sargento Rossiter le acompañará. —Señaló al agente uniformado que en ese preciso instante salía de un coche de policía aparcado junto al carruaje de Oscar—. No le entretendremos mucho tiempo.

—Ni nosotros a usted, inspector —fue la respuesta de Oscar, al tiempo que estrechaba su mano—. Ha sido un placer volverle a ver, incluso a pesar de lo desafortunado de las circunstancias.

Todos nos estrechamos la mano y bajamos la escalera principal en dirección a los carruajes, que esperaban junto a la acera. Cuando Daubeney se separó de nuestro grupo para reunirse con el sargento junto al coche de policía, nos lanzó una mirada suplicante y, secándose el sudor de los labios con el índice y con el pulgar, murmuró:

—Les ruego que acepten mis disculpas por haberles implicado en este asunto, caballeros. Lo lamento enormemente.

—Le veremos pronto, George —dije—. Cuídese.

Conan Doyle asintió hacia él con la cabeza y masculló un conciso:

—Buenos días, señor.

Oscar se limitó a levantar la mano y a despedirse con ella del desafortunado clérigo.

Daubeney subió al coche de policía en compañía del sargento Rossiter. El inspector Gilmour cruzó la acera en dirección a nuestro coche de alquiler y observó cómo subíamos al vehículo.

Cuando se metía en el coche, Oscar se detuvo, se volvió hacia Gilmour y le dijo:

—Inspector, dice usted que tenía los ojos cerrados... ¿Está completamente seguro de eso?

—No tengo ninguna duda al respecto, señor Wilde —le respondió Gilmour—. Tenemos una fotografía.

6.

Jugando con fuego

En cuanto nos instalamos de nuevo en el landó e iniciamos el trayecto de regreso a casa de Oscar en Tite Street, Conan Doyle empezó a tironearse de su poblado mostacho de morsa y dijo caviloso:

—No sé qué pensar de Daubeney, ¿y ustedes?

—¿Dónde le conociste, Robert? —preguntó Oscar.

—En la librería francesa —respondí—. En Beak Street.

—Vaya —dijo bruscamente Conan Doyle.

Oscar se rió.

—Es usted un escocés con alma de inglés, Arthur. Cualquiera cosa remotamente afrancesada levanta sus sospechas.

Conan Doyle sonrió.

—*Touché!* —dijo.

—¿Qué estaba comprando? —preguntó Oscar.

—Sólo miraba —respondí—. Entablamos conversación. No sabría decir por qué, pero reconozco que me sorprendió ver a un clérigo en una librería francesa.

—¿Fue él quien inició la conversación? —preguntó Oscar.

Lo pensé durante un instante.

—Sí —dije—. Creo que así fue. Me pareció un hombre simpático, aunque solitario.

—Ciertamente —dijo mi amigo—. Es un hombre triste y nervioso. Y, al parecer, notablemente distraído. Anoche me di cuenta de que los gemelos de su camisa eran distintos.

—¿En serio? —exclamó Conan Doyle—. Me sorprende no haber reparado en ello cuando le he limpiado las manos esta mañana.

—Esta mañana no llevaba los gemelos —dijo Oscar.

El landó dejó Cheyne Walk y giró por Royal Hospital Road. Cuando pasamos por delante del viejo Apothecaries's Garden, dejándolo a nuestra derecha, Oscar comentó:

—¿Alguno de ustedes conoce este magnífico jardín? Contiene plantas y hierbas que pueden curar cualquier enfermedad conocida por el hombre.

Esta vez fue el doctor Doyle quien se rió.

—¿Cualquiera?

—Eso es lo que me dijo un boticario. O, para ser más exactos, es lo que le dijo un boticario a Edward Heron-Allen, que a su vez se lo dijo a Constance, que a su vez me lo dijo a mí. De vez en cuando Heron-Allen y mi esposa dan un paseo por el jardín en invierno.

—¿Y eso le parece prudente? —preguntó el doctor—. ¿Y seguro?

—Llevan chanclos —respondió Oscar con una amplia sonrisa.

—Sabe perfectamente a lo que me refiero —protestó Doyle, un poco sonrojado y cambiando incómodamente el peso de su cuerpo de una nalga a la otra—. Usted mismo me dijo que ese hombre está enamorado de su esposa y, como él mismo reconoció ante mí durante la cena del domingo por la noche, tiene algunos intereses ciertamente peculiares...

—Es una autoridad mundial en espárragos —intervino alegremente Oscar—. En lo que concierne a Edward Heron-Allen y a mí, lo que nos une es la admiración que ambos compartimos por mi esposa. En lo que concierne a Edward y a Constance, lo que les une es el amor que ambos comparten por la botánica.

Intervine para cambiar de tema. Me incomodaba oír hablar a mi amigo de su mujer en tono burlón.

—Dime, Oscar: ¿por qué, precisamente ahora, te has mostrado tan interesado por los ojos de la difunta? —pregunté, inclinándome hacia delante y dándole una palmada en la rodilla.

—Porque algo de lo que dijo George Daubeney me dejó preocupado —respondió—. Eso es todo. Esta mañana, cuando, en Tite Street, tu *camarade de librairie*, el honorable reverendo, nos describió por primera vez cómo había visto el cuerpo de Elizabeth Scott-Rivers por la ventana del veintisiete de Cheyne Walk, nos dijo que el rostro de su exprometida estaba «abrasado»...

—Lo recuerdo, sí —dije.

—Y, sin embargo, más tarde —prosiguió—, cuando estábamos en Cheyne Walk y el inspector Gilmour describió la postura del cuerpo de la señorita Scott-Rivers y nos dijo que los ojos de la pobre mujer estaban sin duda cerrados, Daubeney dijo que eso era también lo que él recordaba.

—No creo que la discrepancia tenga ninguna importancia —apuntó Conan Doyle—. El hombre estaba confundido. Acababa de vivir una experiencia traumática.

—Cierto —dijo Oscar—. En cualquier caso, Archy Gilmour parece estar seguro de que no se trata de un acto criminal... y Gilmour es un buen tipo. Un hombre de fiar.

—¿No ha sido él quien ha dicho que una docena de mujeres al año pierden la vida en incendios semejantes?

—Así es —respondió Oscar, sacando del bolsillo uno de sus pañuelos favoritos (uno blanco con borde de color fresa) y sonándose con fuerza la nariz—. Eso es lo

que dijo, sí, aunque diría que la cifra puede ser mucho mayor. No sé si sabrán que dos de mis hermanas murieron víctimas de una tragedia semejante.

Conan Doyle se incorporó en su asiento y, ceñudo, dedicó a Oscar una mirada compasiva.

—No lo sabía —dijo.

—No sabía que tuvieras dos hermanas —intervine—. Creía que sólo tenías una.

—Tenía tres hermanas —replicó mi amigo con una gentil sonrisa en los labios mientras miraba por la ventanilla del coche durante un instante, como en un intento por recuperar la imagen de ambas mujeres.

Oscar Wilde era un fabulador..., un irlandés. Podía contar una historia como sólo sabe hacerlo un dublinés. Cuando estaba de humor, y si se sentía con ganas de embarcarse en esa historia, se inventaba un mundo de amigos y de parientes imaginarios a los que describía con tanta convicción —y con tanto detalle— que sólo el biógrafo más diligente y decidido podría haber diferenciado entre los hechos y la fantasía. A menudo, cuando se dejaba llevar por esa suerte de invenciones, encontraba algún puntal con el que ayudarse en su relato. Fue precisamente el pañuelo de bordes color fresa lo que me puso en guardia.

—¿Tres hermanas, Oscar? ¿Es eso cierto? —inquirí.

—Oh, sí —respondió, volviéndose a mirarme—. Ya lo creo. Me has oído hablar a menudo de mí hermana Isola. Murió a la edad de diez años. La quería con locura. Todavía llevo siempre encima un mechón de sus cabellos. Pero tenía también dos hermanas mayores: Emily y Mary Wilde. Mi padre era un hombre liberal en sus favores. Cuando era joven, antes de casarse con mi madre, tuvo tres hijos ilegítimos: un niño y dos niñas. A pesar de que se criaron como los pupilos de mi tío, yo siempre les conocí como hermanos y no como primos. Y les quería.

—¿Y las dos niñas murieron quemadas? —preguntó Conan Doyle con evidente ansiedad.

—Así es —repuso Oscar—. Yo tenía en aquel entonces diecisiete años. Ellas, veintidós y veinticuatro, y eran de una hermosura sin par. Una noche de noviembre asistieron juntas a un baile en County Monaghan y Emily bailó demasiado cerca del fuego. El fuego prendió en su vestido. Mary corrió a salvar a su hermana y las llamas las engulleron a ambas. Mi padre nunca se recuperó de la tragedia. —Esbozó una sonrisa triste y me miró a los ojos—. Supongo que me crees, Robert.

—Así es —respondí.

—Eran encantadoras y preciosas en vida, y la muerte no consiguió separarlas. Precisamente gracias a ellas mantengo una fe ciega en la labor de la Asociación para la Racionalidad en el Vestir y animo a mi amada Constance en los esfuerzos que imprime a su papel en ella.

El landó avanzaba por Tite Street y se detuvo delante del número 16.

—Hablando de ángeles —exclamó Oscar, volviendo a sonarse la nariz—. ¡Miren quién está aquí!

Constance Wilde estaba de pie en la acera junto al coche. Hermosa como un cuadro, llevaba un vestido de verano de color amarillo prímula decorado y bordeado de lazos de color azul celeste. En la cabeza lucía un *canotier* con una ramita fresca de mirto encajada en la banda. A su modo, el vestido de Constance resultaba tan llamativo como el traje de Oscar. Menos vistoso, sin duda, pero igual de original. Sus pequeños desaparecían en ese instante por la puerta principal de la casa en compañía de Gertrude Simmonds, la institutriz. Oscar murmuró al tiempo que descendíamos del carruaje:

—Ni una palabra de la aventura de esta mañana, caballeros. Ni una palabra.

—Bienvenidos a casa —saludó alegremente Constance, alzando hacia su marido una mirada cariñosa—. Robert, Arthur..., llegan justo a tiempo. Estamos a punto de almorzar.

Arthur protestó diciendo que, desgraciadamente, no podía quedarse.

—South Norwood, mi despacho, mi esposa, mi hija..., ¡todos me requieren! — Declaró que debía recoger su maletín y marcharse de inmediato. En cualquier caso, estaba seguro de que ya se había quedado más tiempo de lo debido.

Oscar insistió al doctor para que se quedara, pero él era un hombre obstinado. Luego se volvió hacia mí.

—No irás a dejarnos tú también, ¿verdad, Robert? —suplicó.

Protesté diciendo que también yo tenía una novela que exigía mi atención, pero no mostré tanta convicción como el doctor y él fue muy insistente. Sentí que mi amigo deseaba que me quedara a almorzar, no tanto porque estuviera ávido de mi compañía, sino porque no quería quedarse a solas con su mujer.

Arthur se marchó a South Norwood y yo me quedé a almorzar. Fue un almuerzo excelente —sopa de berros seguida de rodaballo a la parrilla, tarta fría de manzana y budín de crema— durante el cual Oscar estuvo encantadoramente perfecto. Habló de esto y de lo otro..., con excepción de los acontecimientos de la noche anterior y del drama que había tenido lugar durante la mañana. Como regalo especial, el pequeño Cyril, al que le faltaba un mes para cumplir siete años, tuvo permiso para almorzar con nosotros en el comedor. Cyril era un niño encantador de ojos brillantes y curiosos y modales impecables. No hablaba mucho, pero escuchaba con atención y, cuando se manifestaba, sus contribuciones a la conversación general eran memorables. En un momento dado, se volvió hacia su padre y le preguntó:

—Papá, ¿tú alguna vez sueñas?

—Por supuesto, cariño —respondió Oscar—. El primer deber de cualquier caballero es soñar.

—¿Y qué sueñas? —preguntó Cyril.

—¿Que qué sueño? Oh, sueño con dragones de escamas doradas y plateadas que escupen llamas escarlatas de sus bocas; con águilas de diamantes que pueden ver el mundo entero a la vez; con leones de melenas amarillas y voces como el trueno; con elefantes que cargan pequeñas casas sobre el lomo; con tigres y cebras de pieles de rayas y lunares... —Por fin, su derroche de imágenes pareció haberse agotado y, volviéndose a mirar a su hijo, preguntó—: Pero, dime, Cyril, ¿qué sueñas tú?

—Yo sueño con cerdos —dijo el chiquillo.

Ese día nos reímos mucho durante el almuerzo. Fue un banquete delicioso y feliz. Cuando terminamos de comer, Constance se llevó al niño para que durmiera su siesta de mediodía y Oscar y yo regresamos al Hotel Cadogan dando un lento paseo por Sloane Street.

—¿Por qué volvemos tan pronto a la escena del crimen? —pregunté.

—Todavía no ha habido ningún «crimen» —respondió él con rotundidad—, sino simplemente una desafortunada coincidencia. Volvemos al Cadogan para encontrarnos con Alphonse Byrd. El domingo que viene, en Tite Street, Constance y yo seremos los anfitriones de una nueva velada para recaudar fondos para una obra de caridad y Byrd se ha ofrecido amablemente a proporcionar la diversión al acto, ayudado, creo, por su amigo Amteim.

—Ah, eso explica que les viera en Tite Street la otra tarde. Constance me los presentó, pero no me dijo exactamente por qué estaban allí.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Oscar, parándose en seco—. No recuerdo haber conocido a Amteim hasta anoche.

—Tú no estabas —le expliqué—. Creo que te habías ido al Savoy a tomar el té con Bosie y con su hermano. A veces tengo la sensación de que paso más tiempo en tu casa que tú, amigo mío.

Oscar pasó por alto mi regañina.

—El domingo que viene —dijo, retomando el paso—, el té en Tite Street superará, y con mucho, todo lo que mi querido Cesari pueda ofrecer en el Savoy. Deleitaremos a nuestros invitados con vino blanco del Rin y agua mineral, Robert; té perfumados, cafés helados, sándwiches de pepino, tartaletas de limón, pastel de Madeira y, además, una pequeña sesión de magia. La señora Ryan se encargará de los comestibles y el señor Byrd de la magia. Estás invitado, *mon ami*, aunque me temo que la entrada te costará una libra.

—Iré —dije, preguntándome al acto cómo iba a conseguir los fondos necesarios para la ocasión—. Es por una causa justa. No tenía ni idea de que hubiera tanto peligro asociado con la ropa femenina.

—No es un acto en beneficio de la Asociación para la Racionalidad en el Vestir, Robert. El domingo solicitamos apoyo para el Club Infantil de Earl's Court. Quieren un cuadrilátero de boxeo ¡y Bosie me ha pedido que sea yo quien lo pague! Su padre

es el presidente del Club Infantil y Bosie, que no quiso asesinar al marqués, está ansioso por congraciarse con él. Y yo hago lo que puedo por ayudarle.

Cuando nos acercamos al Hotel Cadogan, encontramos a un grupo de jóvenes señoras congregadas en el escalón principal.

—¡Qué vanidosas me resultan! —exclamó Oscar entre susurros—. Supongo que son norteamericanas en pleno inicio del Grand Tour. Cuando las norteamericanas salen de su tierra natal, adoptan un aspecto de enfermas crónicas, convencidas de que es una muestra de refinamiento típicamente europeo.

—Estás muy ocurrente, amigo —le susurré justo cuando estábamos a punto de abrirnos paso entre el grupo de pálidas joven citas.

—Y me gustaría pensar que acertado —replicó, tomándome de pronto del codo derecho y alejándome de la entrada del hotel—. ¡Por aquí! —ordenó. Adyacente a los escalones principales del edificio había una puerta estrecha enclavada entre rejas de hierro. Al otro lado, una empinada escalera de piedra bajaba hacia las cocinas del hotel—. ¡Te sigo, Macduff!^[7] —siseó Oscar—. Así evitaremos a las doncellas yanquis y a la parloteante cotorra.

Para ser un hombre que padecía un sobrepeso más que considerable y que aborrecía toda forma de ejercicio, Oscar Wilde era sorprendentemente ágil. Fui yo quien bajó primero la escalera y él me siguió, no tanto apoyándose en mi hombro para mantener el equilibrio como empujándome en mi descenso. Evidentemente, Byrd nos esperaba ya y, por la ventana del sótano, debía de haber visto nuestros pies en pleno descenso. Cuando llegamos al suelo de la cocina, le encontramos allí. Saludó a Oscar con una elegante inclinación de cabeza, como lo habría hecho un camarero con su príncipe, y dijo:

—Bienvenido, señor Wilde. Está todo a punto.

—Buenos días, Byrd —dijo, y ahuecó curiosamente las aletas de la nariz en respuesta a la inclinación de cabeza del encargado nocturno de hotel.

—¿Es humo lo que huelo? —preguntó.

—Por aquí, caballeros —dijo el hombre.

Olisqueé el aire. Aunque algo pude percibir, opté por guardar silencio.

Byrd nos condujo por la vasta, oscura y desierta cocina del hotel, pasando por un pasillo amplio y de altos techos hasta una cavernosa despensa situada al fondo. Era una habitación desprovista de ventanas y pobremente iluminada con lámparas de aceite. Allí, sentado a la cabecera de un largo y estrecho mesón de madera, estaba Victor Amteim, el boxeador, amigo personal e invitado de Byrd a la velada de la noche anterior. Delante de él, sobre la mesa, tenía un rollo de cuerda, una vela en un candelero y un surtido de botes de mermelada semivaciados de líquidos de varios colores. En la mano, Amteim sostenía una vela que ardía intensamente y cuya llama verde azulada se elevaba varios centímetros en el aire. En cuanto entramos a la

habitación, soltó la vela en uno de los botes de mermelada. La llama siseó y chisporroteo hasta extinguirse.

—Ah —dijo Oscar mirando a Byrd—. Esto explica el humo...

Victor Amteim se levantó para saludarnos. El aspecto del hombre nos pilló desprevenidos. Iba completamente desnudo de cintura para arriba y su poderoso pecho lampiño y sus brazos largos y musculosos brillaban embadurnados de aceite. Nos sonrió, inclinó la cabeza como lo había hecho Byrd y dijo con su susurro ronco, rasposo y extraño:

—Buenas tardes, señores.

—Buenas tardes —saludó Oscar, sonriendo a su vez—. Byrd nos había dicho que es usted un caballero a medias. Ahora entiendo que se refería a la mitad superior de su cuerpo.

Amteim soltó una risa incómoda y se volvió a coger la toalla que colgaba del respaldo de su silla.

—No le entiendo —dijo, empezando a limpiarse con la toalla.

—Tiene usted el torso de un caballero —dijo Oscar.

—Lo tomaré como un cumplido. ¿Qué ha querido decir exactamente? —preguntó Amteim.

—Que no lleva tatuajes —respondió Oscar—. Se gana la vida como boxeador de feria. Esperaba que su cuerpo diera testimonio de su profesión, pero no veo en él ninguna cicatriz, marca, ni tampoco tatuajes.

—Es usted muy observador —susurró Amteim, cogiendo una sencilla camisa de algodón y metiéndose los faldones en los pantalones negros de pana—. Tengo algunas cicatrices, pero aquí dentro está demasiado oscuro. No llevo tatuajes porque mi cuerpo es mi herramienta de trabajo. Vivo gracias a él... y hago lo que está en mi mano para lucirlo y sacar de él el mayor beneficio. De ahí que lleve la cabeza, el pecho y los brazos afeitados.

—¿Y de ahí también el aceite? —preguntó Oscar.

—No. El aceite tiene una función distinta.

Mi amigo lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—Hemos estado jugando con fuego, señor Wilde —prosiguió el boxeador—, y todo por su honor.

—¿Por mi honor? —preguntó él, arqueando una ceja burlona.

—Hemos estado probando materiales para su merienda benéfica del domingo, señor Wilde. El aceite es una capa que protege mi piel mientras paso por ella una llama encendida. Puede que haga un número de tragafuegos en Tite Street el domingo. Hemos preparado un variado programa que confío merecerá su aprobación. Si es así, lo ensayaremos con la señora Wilde mañana cuando la veamos. Ya hace años que Alphonse y yo no practicamos muchos de estos trucos, pero resulta

agradable redescubrir a viejos amigos. Serrar a tu ayudante por la mitad es divertido. También lo es jugar con fuego. Le gusta que le diviertan, ¿no es así, señor Wilde?

—Sobre todo me gusta que me dejen encantado —dijo él.

—Naturalmente —susurró Amteim, sonriente—. Esa es también una de nuestras especialidades. —Mientras hablaba, el rollo de cuerda que tenía encima de la mesa pareció retorcerse y de pronto, inexplicablemente y sin ayuda aparente, un extremo de la cuerda se elevó despacio en el aire como una cobra desde el interior de la cesta de un encantador, alcanzando una altura considerable sobre la mesa. Oscar y yo contemplamos el espectáculo presas del asombro. Amteim dio una palmada y la cuerda cayó de inmediato encima de la mesa—. Alphonse, ¡un refrigerio para nuestros invitados, si es tan amable!

Animados por el *brandy* y la cerveza, Oscar y yo pasamos dos gratas horas sentados en la despensa del Hotel Cadogan, según palabras textuales de mi amigo: «Totalmente encantados y enormemente divertidos por el repertorio de trucos de los señores Byrd y Amteim». Yo creí entender que Byrd era el mago y Amteim su ayudante. Sin embargo, cuando nos presentaron el programa de «ilusiones de salón» que pensaban presentar en Tite Street el domingo siguiente, quedó más que claro que, aunque Byrd iba a ser el actor principal de la velada, Amteim era la fuerza motriz de la pareja.

A medida que transcurría la tarde, vimos pasar a varios miembros del servicio del hotel junto a la despensa de regreso a sus quehaceres. Cuando apenas habían dado las cinco y media de la tarde, alguien llamó de pronto a la puerta y un joven de mejillas enrojecidas, el rostro cubierto de pecas y gorro de chef asomó la cabeza y dijo:

—Disculpe, señor Byrd, pero necesitamos hacer uso de la despensa.

—Ya casi hemos terminado, Hawkins —respondió él.

—¡Hemos terminado! —declaró Oscar, tendiéndome la mano para que le ayudara a levantarse. Se volvió entonces hacia nuestros anfitriones y les dedicó una luminosa sonrisa—. Gracias por esta tarde memorable, caballeros. Su programa merece mi aprobación... en su totalidad. ¿Y dicen que van a reunirse mañana con mi esposa? Estoy seguro de que estará tan satisfecha como yo con todo lo que incluye su oferta. Y, si la representación hace justicia a su descripción, no me cabe duda de que mis hijos estarán especialmente encantados con la «Ilusión del León Desaparecido», sobre todo si utilizan ustedes para ello al gato bermejo de la señora Ryan. El domingo que viene vamos a pasarlo en grande. Estaremos preparados.

Eran ya las seis, aunque todavía no se había hecho oscuro, cuando salimos a la calle del Hotel Cadogan.

—Esos dos saben bien lo que se llevan entre manos —musitó Oscar al tiempo que miraba a ambos lados de la calle en un intento por encontrar un coche.

—Son una pareja peculiar —dije—. Un dúo estrafalario.

—Sí —concedió él reflexivamente—. Me preguntó cuál puede ser la verdadera razón que les une.

—¿Volvemos a Tite Street dando un paseo? —sugerí—. Nos hará bien un poco de aire.

—Discúlpame —exclamó mi amigo, agitando la mano en dirección al landó que en ese momento se acercaba desde Pont Street y dirigiéndose hacia él—. He quedado en encontrarme con Bosie. Vamos al Lyric a ver *The Mountebanks*,^[8] Gilbert sin Sullivan. Supongo que será la historia de siempre, aunque al menos la melodía será distinta. Ve tú a Tite Street, Robert. Cuida de mi querida Constance por mí. Nos veremos mañana para almorzar... en el Club Chelsea Arts a la una. No lo olvides. —Trepó al landó—. Puede que incluso te vea esta noche, amigo. No creo que tarde mucho. Bosie y yo cenaremos algo en Kettner's y después me iré a casa. ¿Se lo dirás a Constance...? Lo entenderá. Que pases una feliz tarde. Y ahora debo irme. Discúlpame. *Au revoir, mon ami!* ¡Discúlpame! —Y, agitando la mano desde la ventanilla del coche, y al parecer repentinamente vigorizado, mi amigo desapareció.

7.

«El capricho ocasional»

Le disculpé. Era fácil disculpar a Oscar Wilde. Constance también le disculpaba... una y otra vez.

Esa noche, ella y yo cenamos juntos en Tite Street. No hubo necesidad de tener con nosotros a ninguna carabina: era como si él estuviera constantemente con nosotros. Constance hablaba de él como lo habría hecho una madre de su hijo adorado. Oscar era la perfección: a sus ojos, él no podía cometer ningún error. Se maravillaba ante su genialidad y se consideraba «profundamente dichosa» de tenerle a su lado, de que fuera el padre de sus hijos y el centro de su universo. Comprendía perfectamente que él necesitara pasar tiempo fuera de casa, para escribir, pensar y ver a sus amigos. No tenía queja alguna. Simplemente se sentía agradecida de que «una mente tan importante» y «un espíritu tan generoso» fueran parte de su vida. Me dijo con toda solemnidad:

—Oscar y yo creemos en el concepto de un contrato matrimonial de siete años de duración, renovable si, y sólo si, ambas partes así lo desean. Nosotros acordamos embarcarnos en nuestros segundos siete años juntos el pasado mes de mayo. Como dice el señor Browning, «Lo mejor está aún por llegar».

A las once le dije que debía volver a la habitación de Gower Street donde me alojaba. Cuando, sin ocultar mi reticencia, me levanté dispuesto a marcharme, comenté:

—Supongo que Oscar no tardará en volver.

—No —respondió con una sonrisa—. No volverá esta noche. Está con Bosie. Estoy segura de que se quedará en la ciudad. Y me alegro. Oscar se cansa. Necesita sus horas de sueño. A su manera, es un hombre hermosísimo, ¿no le parece?

—La hermosa es usted, Constance —respondí—. Buenas noches. —Y la besé en los labios.

Ella se rió.

—Es usted todo un romántico, señor Sherard. ¡No me extraña que Oscar le adore tanto!

Me desperté por la mañana temprano —era martes, 3 de mayo de 1892, y el cielo que veía desde mi ventana era azul y, en él, el sol brillaba con fuerza— y dediqué dos horas a avanzar en la escritura de mi novela. En cuanto tuve trescientas palabras escritas, salí con destino a Chelsea. Había decidido que no podía permitirme un coche

y en esos días moverse por el centro de Londres en un autobús tirado por caballos era una aventura interminable. A fin de pasar el rato durante la hora que se tardaba en llegar desde Oxford Street a King's Road, compré la edición matutina del *Evening News*. Una vivida descripción del dramático incendio ocurrido en el número 27 de Cheyne Walk ocupaba más de dos columnas de la portada. Había una fotografía de la desafortunada heredera, Elizabeth Scott-Rivers, tomada el día de su dieciocho cumpleaños, y otra más reciente de Gilmour. El artículo citaba profusamente al inspector de Scotland Yard, que lamentaba «el trágico accidente» y que ensalzaba el valor de la Brigada Antiincendios de Londres, cuya pronta aparición en el lugar de los hechos había impedido que la conflagración se extendiera, con lo que había conseguido salvar las vidas y las propiedades vecinas. No aparecía ninguna referencia al honorable reverendo George Daubeney.

Era ya casi la una y media cuando llegué al Club Chelsea Arts. El club, todavía en sus primeros balbuceos, estaba en aquel entonces ubicado en la planta baja y en el sótano del número 181 de King's Road, una casa de estilo georgiano de aspecto poco distinguido y desangelada fachada inmediatamente contigua al edificio de nueva construcción del Ayuntamiento de Chelsea. Encontré a Oscar con Walter Sickert, su amigo pintor, en la sala común del club, el estudio situado en la parte posterior de la casa. Estaban sentados juntos, solos, en el extremo más alejado de la mesa común. Tomaban vino argelino, comían Ángeles a Caballo (es decir, ostras envueltas en beicon servidas con tostadas con mantequilla) y hablaban de Degas.

—¿Day-gas? —oí objetar a Wat Sickert—. ¿Cómo que Day-gas? ¡No se llama Day-Gas, Oscar! Sabes muy bien, pues te lo he repetido en numerosas ocasiones, que Gas es el nombre de la ciudad francesa de la que proceden los ancestros del pintor. El apellido original era «de Gas». Y así debería pronunciarse. ¿Por qué sigues empeñándote en esta historia de Day-gas?

—Para molestarte, Wat —respondió él, alzando su copa en un fingido brindis por el joven artista.

—Querrás decir para insultarle —fue la réplica de Sickert—. Es un gran hombre. Merece ser tratado con respeto.

—Respeto su arte —dijo él con frialdad, levantando los ojos e invitándome al verme a sentarme a la mesa con ellos.

—Ya veo que no le has perdonado la pulla que te lanzó —dijo Sickert, limpiándose su exuberante bigote con el dorso de la mano.

—Prefiero pensar que era una broma y no una pulla —dijo Oscar. Se volvió hacia mí cuando ocupé la silla que estaba junto a la de él y puse el periódico sobre la mesa—. El gran Edgar Degas, a quien Wat me hizo el honor de presentarme hace unos años, dijo de mí: «*Oscar Wilde? Il a l'air de jouer Lord Byron dans un théâtre de Banlieu*»^[9]. Lo cierto es que su ocurrencia me pareció divertida. Como verás, me la

he aprendido de memoria.

—Su ocurrencia te pareció insultante —le corrigió Sickert, riéndose—. Por eso no has podido olvidarla.

—¿Cómo fue la ópera cómica? —pregunté a Oscar, pensando que sería diplomático cambiar de tema..., y quizás inducido por el maravilloso aspecto de Wat Sickert. A pesar de que era un hombre apuesto, con unos ojos verde esmeralda y su cabello de color miel, sus bigotes elaboradamente cepillados tenían algo de ridículos. Vestía una vieja túnica escarlata de guardia real con el cuello abierto y un pañuelo de un tono verde chillón holgadamente anudado. Parecía el personaje de un monólogo de cabaret: un soldado de Bohemia víctima del desamor en momentos bajos.

Oscar sorbió por la nariz y tomó un poco de vino de su copa.

—Gilbert contó un chiste que ya he olvidado y Cellier no nos deleitó con ninguna melodía que recuerde bien. No fue una noche precisamente memorable... —Me miró y sonrió—. Mientras que Constance y tú, Robert, según tengo entendido, tuvisteis una *soirée* deliciosa, un agradable *diner à deux* en Tite Street.

Me sonrojé estúpidamente como una colegiala pillada en falta. Wat Sickert soltó un gruñido de placer mientras me servía una copa de vino argelino.

—Ah, ya veo que también usted ha sucumbido a la dulzura de la deleitable señora Wilde.

—Sí —dijo Oscar al tiempo que una sonrisa picara dejaba a la vista sus dientes horribles—. Robert está compitiendo con Edward Heron-Allen por el afecto de mi esposa. Mucho me temo que esto termine en duelo.

—No seas ridículo, Oscar —protesté—. Soy un hombre casado.

—Todos somos hombres casados —protestó Sickert, levantando su copa en un brindis—. ¡Por la bendita monogamia... razonablemente templada por el capricho ocasional! —Hizo tintinear su copa contra la mía y al alzar la mirada vio a lord Alfred Douglas, que en ese momento cruzaba el salón hacia nosotros—. ¡Hablando del Papa de Roma!

Bosie, que bien podría haber pasado por un querubín confundido, bostezaba mientras se aproximaba a la mesa.

—Buenos días, caballeros —balbuceó—. Lamento llegar tarde.

—Buenas tardes, Bosie —dijo Oscar—. Como habrás visto, ya hemos almorzado.

—Sí —respondió él, apartándose el flequillo rubio de la frente y tomando asiento al lado de Sickert. Se inclinó hacia delante y dio una pequeña palmada sobre mi ejemplar del *Evening News*—. ¿Han leído el periódico?

—Yo sí —dije, abriéndolo y colocándolo en el centro de la mesa.

—Yo lo he visto antes —declaró Oscar—. El informe sobre el incendio no es gráfico, sino iluminador.

—Qué más da el incendio —dijo Bosie—. Miren las «Últimas noticias». —Cogió

el periódico, lo volvió del revés y señaló la columna de «Últimas noticias» de la contraportada—. Miren —volvió a decir.

Leí el breve de última hora. Decía así:

MUERE MINISTRO DEL GOBIERNO.

Lord Abergordon fue encontrado muerto ayer por la tarde en la biblioteca de la Cámara de los Loes.

El primer ministro desea expresar el profundo pesar y conmoción del Gobierno.

—¿Quién diantre es lord Abergordon? —preguntó Wat Sickert, agitando una botella de vino vacía por encima de su cabeza en un vano intento por llamar la atención del camarero del club.

—El vicesecretario del Ministerio de la Guerra —respondió Bosie con tono casual.

—Y el segundo nombre de nuestra lista de víctimas de asesinato —añadió Oscar.

—¿Qué? —dijo Sickert, dejando la botella vacía sobre la mesa.

—Era un viejo ridículo —dijo Bosie.

—¿Le conocía? —pregunté.

—Muy bien, la verdad. Era amigo de la familia. Mi padre y él eran íntimos. De hecho, hacía años que lo eran. Era el padrino de mi hermano. Drumlanrig le despreciaba. Sin duda eso explica que, cuando jugábamos ayer en el club, le escogiera a él como «víctima de su elección».

—¿Ah, sí? —preguntó Oscar de pronto.

—Eso creo. No lo sé —dijo el joven, cogiéndole la copa y vaciándola de un trago—. En ese momento es lo que creí. ¿Quién si no iba a pensar en asesinar a un viejo idiota como Abergordon?

Oscar se había acercado el periódico y estudiaba con atención el artículo en cuestión.

—¿Dónde está ahora tu hermano? —preguntó.

—No soy su niñera. No tengo ni idea. Supongo que en la Cámara de los Loes. A Drumlanrig le encanta la política. Se ha convertido en el hombre de moda: el pequeño ayudante de lord Rosebery.

—¿Cree que su hermano podría haber matado al tal Abergordon? —preguntó Sickert, agitando de nuevo la botella sobre su cabeza.

—No sea absurdo, Wat. Francis no es capaz de matar una mosca. Imagino que lord Abergordon murió a causa de alguno de sus excesos con la comida. Un conejo galés de más. Eso terminó con él. Jamás fue capaz de resistirse a un buen aperitivo. Era un viejo gordo e idiota..., como pueden suponer. Y una pieza básica del

Gobierno. Apuesto a que murió en un sillón de cuero rojo, profundamente dormido bajo las páginas abiertas del *Sporting Life*.

—Mi más sincero pésame a su ahijado —dijo Oscar, retirando su silla de la mesa—, y también a lady Abergordon, en caso de que exista.

—No hay ninguna lady Abergordon —fue la réplica de Bosie—, ni la ha habido nunca. El viejo muchacho murió sin dejar progenie ni parientes, de modo que sobran los pésames. Mi hermano Francis será quien herede el lote.

—¿Qué? —exclamó Oscar—. ¿Tu hermano es quien va a recibir toda la herencia de Abergordon?

—¡Hasta los últimos diez mil acres de terreno! —Bosie se volvió a mirar a Sickert, que seguía agitando en vano su botella en el aire—. Estoy de acuerdo con usted, Wat. Me iría bien una copa.

Oscar se levantó y, por fin, el camarero del club —un infeliz criollo que había sido despedido la noche antes— llegó a la mesa maldiciendo por lo bajo y con una nueva botella de vino.

—Les dejaremos disfrutando de su vino, caballeros —murmuró Oscar—. Algunos tenemos responsabilidades que atender.

También yo me levanté. Me caía bien Wat Sickert; (en realidad, todo el mundo le tenía simpatía a Wat Sickert: en ese sentido era muy parecido a Oscar) y, a grandes rasgos, el incorregible encanto de Bosie me resultaba divertido, pero yo había perdido la costumbre de actuar pensando sólo en mí. Si Oscar deseaba mi compañía, la tenía..., tanto si había almorzado como si no. En cierto modo, sin tan siquiera ser consciente de cómo había ocurrido, me había convertido en una criatura suya. Actuaba según su antojo, sin necesidad de que él me lo pidiera.

Me reuní con mi amigo cuando él se dirigía hacia la puerta. Oscar depositó discretamente un florín en la expectante mano del infeliz criollo. Se volvió después a despedirse de nuestros compañeros con una floritura. Bosie estaba llenándose de nuevo la copa.

—Te veré a las siete en el teatro, amigo mío —comentó—. Trae a tu hermano, si está libre... Podría invitarnos a cenar. —Sickert prendía en ese instante una pequeña pipa de barro—. Gracias por el almuerzo, Wat. Ha sido divertido. Creo que mi favorito es *Mujeres en el baño* de monsieur Day-gas. ¡Buenos días! Te veremos el domingo.

Oscar se reía entre dientes mientras cruzábamos el salón de billar del club y bajábamos las escaleras hacia la calle.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Volvemos al Cadogan —respondió—. Constance va a encontrarse allí a las tres con Byrd y con Amteim para repasar el programa que le han propuesto para la velada del domingo. No quiero que por su innata delicadeza de sentimientos se oponga a

algunos de los efectos más melodramáticos y escabrosos del espectáculo.

Tardamos apenas unos minutos en llegar en coche al hotel. La escena que nos recibió allí no fue desde luego tan escabrosa ni melodramática como penosa y grotesca. La zona de recepción del Cadogan, un vestíbulo con las paredes revestidas de roble de no más de diez metros cuadrados, estaba cubierta de un mar de plumas verdes. Las plumas estaban por doquier: sobre las baldosas del suelo, en los escalones del rellano, en el mostrador del recepcionista, dentro del paragüero, atrapadas entre los lirios del jarrón colocado en el antepecho de la ventana, flotando en el agua del estanque ornamental situado al pie de la escalera...; por todas partes. Cuando empujamos la puerta principal para acceder al vestíbulo, la repentina brisa que entró con nosotros levantó las plumas del suelo como se sacude la sábana de un colchón. En cuanto volvieron a su sitio, vimos que el suelo estaba salpicado de sangre de lado a lado y de un extremo al otro.

—¿Qué significa este horror? —jadeé.

—¿Quién podría haber imaginado que un pájaro tan pequeño podía tener tantas plumas? —dijo Oscar, sacudiendo tristemente la cabeza y mirando a su alrededor.

Mientras seguíamos allí de pie, perplejos en la puerta del vestíbulo, una joven ayudante de cocina —una muchacha de catorce o quince años, con las mejillas enrojecidas y lágrimas en los ojos— surgió al pie de la escalera que teníamos delante. Llevaba en la mano un cubo de metal y una fregona y la seguía un pecoso chiquillo vestido de uniforme —uno de los botones del hotel— con un guardapolvo, una escoba y un recogedor. Oscar y él parecían conocerse.

—Triste asunto, señor Wilde —dijo el muchacho.

—Ciertamente, Nat —respondió él—. Muy triste. Pobre *Capitán Flint*. ¿Está el encargado?

—No —respondió el chico—. Está enfermo. El señor Byrd ha venido en su lugar. Le encontrará en su oficina.

Con mucho tiento, como un par de chiquillos cruzando un arroyo por un precario sendero de piedras, pasamos de puntillas por la escena de la masacre y salimos del vestíbulo para adentrarnos en un oscuro pasillo.

—Aquí es —anunció Oscar. Se movía con soltura por el Cadogan. La oficina del encargado había sido hasta hacía poco el salón de la planta baja de Lillie Langtry. La puerta que daba acceso a la habitación estaba abierta y entramos sin mayor ceremonia. Allí, en el centro de la estancia, de pie y agrupados en torno al escritorio del encargado, estaban Victor Amteim, Edward Heron-Allen y Constance Wilde. Sentado al escritorio, de cara a ellos, estaba Alphonse Byrd, con el rostro ceniciento y tembloroso. Parecía un hombre roto. En el escritorio, desplegados sobre el papel secante como un espécimen a la espera de ser disecado, vimos los despedazados restos de la cotorra del hotel. Las lastimosas alas, como ramas arrancadas de una

higuera, estaban desplegadas sobre la mesa. La patética cabeza del animal colgaba del cuerpo por una simple franja de tejido sanguinolento, y el ojo, como el de un pez, nos miraba sin vida.

Nadie hablaba. Oscar cruzó la habitación directamente hacia el escritorio. Se inclinó hacia delante y mi asombro fue mayúsculo cuando le vi apoyar su mano derecha en el cadáver del pájaro. Allí la dejó con gesto tierno.

—La pobre criatura está helada —dijo.

—¿Significa eso algo? —preguntó Heron-Allen.

—Sí —respondió Oscar con voz queda—. Por supuesto.

—Esto es terrible —intervino Constance, acercándose a su marido y entrelazando su brazo al de él.

Oscar sonrió a su esposa y preguntó:

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de minutos —respondió ella.

—Cinco a lo sumo —dijo Heron-Allen—. Como bien sabe, Constance y yo hemos almorzado juntos, y me ha pedido amablemente que la acompañara hasta aquí para ver el espectáculo de magia preparado por el señor Byrd. Hemos llegado a las tres.

—La cita era a las tres —dijo Amteim con voz ronca—. Hemos llegado todos a la vez...

—¡Y nos hemos encontrado con esto! —exclamó Alphonse Byrd, cubriéndose el rostro con sus manos todavía temblorosas.

—¿Han venido desde el exterior del edificio? —preguntó Oscar. Las tres figuras que estaban de pie en el salón asintieron con la cabeza.

—Yo estaba en el piso de arriba —susurró Byrd—. Cuando el reloj del vestíbulo ha dado las tres, he bajado y me he encontrado con el horror que tiene usted ante sus ojos..., exactamente como lo ve. La sangre y las plumas en el vestíbulo, el cuerpo de la cotorra en mi escritorio...

—¿Dónde estaba el portero?

—Los dos porteros estaban en la segunda planta, recogiendo los baúles del grupo de señoritas norteamericanas. Tenemos a un grupo de jóvenes señoras procedentes de Nueva Inglaterra que abandonan el hotel esta tarde.

—¿Alguna de ellas ha visto algo?

—No lo sé —respondió Byrd—. Lo dudo. Pasé por el vestíbulo a las tres menos diez y estaba desierto. Todo estaba en su sitio. Cuando volví a bajar a las tres, me encontré con... —Se volvió de espaldas con la cabeza entre las manos.

—Bien —dijo Oscar, encogiéndose de hombros—. Hemos venido a disfrutar de una velada de magia familiar y en vez de eso nos hemos encontrado con el *Grand Guignol*. Creo que deberíamos respetar el dolor del señor Byrd y posponer hasta otro

día el asunto que nos ha traído hoy aquí. —Miró a Constance y a Heron-Allen y les dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Me aseguraré de que no haya moros en la costa —añadió, saliendo del salón.

Le esperamos en silencio. Amteim, de pie y de brazos cruzados, mirando sombríamente al pájaro mutilado. Heron-Allen se acercó a Constance y le tocó el brazo. Oscar estuvo de vuelta un minuto después.

—Su admirable personal ha limpiado el grueso de la carnicería, Byrd —se apresuró a decir—. Veo que tiene una petaca en su escritorio. Confío en que esté llena de algún brebaje vigorizante. Le sugiero que tome un trago. Ha sufrido una conmoción. Usted y todos. —Señaló con la cabeza a Victor Amteim—. Si nos excusa, nos retiraremos. —Ofreció el brazo a Constance y la condujo, junto con Heron-Allen y conmigo, fuera de la oficina. Al llegar a la puerta, se detuvo, se volvió y miró por última vez a la cotorra muerta que yacía sobre el escritorio—. Pobre *Capitán Flint* —dijo.

Cuando se volvió de nuevo hacia la puerta, dispuesto ya a salir, Victor Amteim le preguntó:

—Señor Wilde, ¿qué nos aconseja? ¿Deberíamos informar del incidente a la policía?

Byrd alzó la cabeza y se apresuró a decir:

—¡No! No... Sería perjudicial para el negocio.

—Estoy de acuerdo —dijo Oscar—. No hay necesidad de molestar a la policía. ¿Qué podrían hacer?

Salimos a la calle y nos habíamos alejado ya unos metros del hotel, caminando hacia el sur por Sloane Street en dirección a Sloane Square, cuando Oscar rodeó a Constance por el hombro y dijo:

—Has sufrido una experiencia terriblemente desagradable, querida. Lo siento.

—Ha sido horrible, ¿verdad? —dijo ella—. ¿Quién puede haber hecho algo así? ¿Y por qué?

—Comprender la crueldad es casi tan difícil como comprender el amor —respondió él, deteniéndose en plena calle, inclinándose hacia ella y besándola tiernamente en la frente—. ¿Qué hora es, Robert? —me preguntó.

Miré mi reloj.

—Las tres y media.

Oscar se volvió hacia Heron-Allen.

—¿Podría hacerme un favor, Edward? ¿Acompañaría a mi esposa a Tite Street y se quedaría con ella mientras la señora Ryan les sirve una taza de té y el reconfortante consuelo de unos bollos?

—Hace demasiado calor para comer bollos, Oscar —protestó Constance.

—La aliteración no sabe de estaciones, querida.

Ella se rió mientras Heron-Allen se acercaba a ella con la masculina actitud de un caballero de buena cuna, hacía repicar sus talones y decía:

—Será un placer acompañar a casa a la señora Wilde y un honor tomar el té con ella. Le prometo que no hablaremos del desagradable incidente ocurrido durante la última hora.

—Bien —dijo Oscar—. Gracias. —Miró a su esposa y volvió a besarla en la frente—. Hasta luego, Constance. Estás en buenas manos. Intentaré no llegar muy tarde esta noche.

Nos quedamos mirando en silencio cómo se alejaban. Creí que se volverían a saludarnos con la mano, pero no fue así. Vi, en cambio, a Heron-Allen ofrecer su brazo a Constance y, cuando ella lo aceptó, sentí una absurda punzada de celos. En cuanto estuve seguro de que no podían oírnos, le dije a Oscar:

—¿No deberías pasar la tarde con tu esposa?

—¿Te parece que Heron-Allen no es digno de confianza? —preguntó él, aparentemente confuso—. Es abogado. Sí, ya sé que eso debería preocuparme. Y también es un hombre apuesto.

—No me refería a eso —dije, aturullado y consciente de mi actitud intimidatoria.

—Entonces, ¿a qué te referías? —inquirió.

—Me refiero a que no le has hablado del juego al que jugamos el domingo por la noche.

—Así es.

—No sabe que fue nombrada como potencial víctima de asesinato.

—Por supuesto que no.

—Puede que esté en peligro, Oscar. Tu esposa está en la lista de los elegidos como víctimas potenciales de asesinato, ¡y tú te vas de nuevo al teatro con lord Alfred Douglas!

—No hace falta que me recuerdes la existencia de la lista, Robert. La llevo conmigo —dijo, sacando de pronto una hoja de papel del bolsillo de la chaqueta y agitándola ante mí—. Conozco bien la lista y veo perfectamente que el nombre de Constance es el que aparece en último lugar... ¡Justo después del mío! ¡Y del de Eros y del Tiempo, el Viejo Escultor! No te obsesiones en exceso con la lista, Robert. El juego del domingo no era más que eso: un juego.

—¿Ah, sí? —pregunté duramente—. En los tres días que han pasado desde el supuesto juego, los tres primeros nombres de la lista de «víctimas» han muerto. ¿Te sigue pareciendo «sólo un juego»?

—¿Cuál es el siguiente de la lista? —preguntó Oscar, desplegando la hoja de papel.

—Sherlock Holmes, creo.

—Efectivamente —dijo, estudiando el papel. Justo en ese instante, el botones del

Hotel Cadogan llegó corriendo por la acera hasta nosotros. Oscar sonrió—. ¿Y bien, Nat? —preguntó—. ¿Cuál es la respuesta?

—Es «Sí», señor Wilde..., en todos y cada uno de sus detalles.

—Excelente —dijo mi amigo—. Gracias. —Le dio al muchacho una moneda de seis peniques—. Gástatelos de inmediato, Nat —añadió—. Es la única forma. —El chico se rió y, tras guardarse la moneda en el bolsillo, volvió corriendo al hotel.

Oscar se volvió hacia mí con una expresión de silenciosa satisfacción en el rostro.

—Muy bien —anunció—. Conan Doyle se encontrará con nosotros por la mañana, Robert. Ha aceptado mi invitación a desayunar a las nueve en el Hotel Langham. Le veremos entonces; eso, suponiendo que sobreviva a esta noche.

El juego de Oscar

Las «víctimas de asesinato» en el orden en que fueron extraídos los nombres de la bolsa durante la cena celebrada en el Club Sócrates el domingo, 1 de mayo de 1892:

Señorita Elizabeth Scott-Rivers

Lord Abergordon

Capitán Flint, la cotorra del Hotel Cadogan

El señor Sherlock Holmes

El señor Bradford Pearse

Victor Amteim

Victor Amteim

Victor Amteim

Victor Amteim

El Tiempo, el Viejo Escultor

Eros

Una papeleta en blanco

El señor Oscar Wilde

La señora de Oscar Wilde

8.

Desayuno en el Langham

Esa noche cené solo en mi habitación de Gower Street. En aquella época cenaba solo a menudo: normalmente en mi cuarto, pan con queso o una salchicha fría y medio tomate maduro. A veces salía a cenar al Mermaid, la taberna de Chenies Street que tenía delante de casa: una costilla de cordero con salsa de cebolla, la «especialidad» del Mermaid.

Oscar, por supuesto, rara vez comía solo. Ese martes por la noche, lord Alfred Douglas y él habían modificado sus planes, dejando a un lado el teatro e instalándose en cambio en el Café Royal con una botella de champán de cinco chelines, a la que siguió una cena de dos chelines en el restaurante Florence de Rupert Street.

—¡No tomamos una última copa antes de retirarnos, Robert! —exclamó la mañana siguiente en cuanto me vio. Yo había llegado puntualmente a las nueve al Hotel Langham y había encontrado a mi amigo sentado a solas a una mesa redonda preparada para tres en uno de los rincones más oscuros del absurdamente boscoso Palm Court del hotel. Me indicó con un gesto que me uniera a él y, sin tan siquiera hacer un alto para dar o recibir un saludo, prosiguió—: Me comporté como te habría gustado, amigo. He sido un mártir bajo el yugo de la autodisciplina y de mi responsabilidad marital. Me resistí a todas y a cada una de las tentaciones a las que me sometió Bosie. Propuso que fuéramos a tomarnos un whisky con soda al Albemarle. Sugirió luego *schnapps* y helado en el Savoy. Llegó incluso a intentar tentarme con la promesa de una pinta de cerveza negra en el Empire de Leicester Square. Aun así, no di mi brazo a torcer.

—¡Atrás, Douglas! —le grité—. Me voy a casa. —Y estuve de vuelta en Tite Street a las diez y media.

—Me alegra oírlo.

—No te alegrarás tanto cuando te diga lo que allí encontré...

—¡Dios mío! —exclamé, de pronto alarmado—. ¿Qué? Cuéntame.

—Me encontré con Edward Heron-Allen en casa.

—¿Con Constance? —Negué con la cabeza—. Ese hombre no tiene vergüenza.

Oscar asintió solemnemente.

—Tienes razón, Robert. Seguía hablando de los espárragos. —Se recostó contra el respaldo de la silla y estalló en carcajadas. Desplegó su servilleta de lino con una floritura—. He pedido riñones y huevos escalfados para los dos. Los refrigerios están

ya presentes y son los que ves.

—¿Qué hiciste con Heron-Allen? —pregunté mientras mi amigo me servía una taza de té.

—Le mandé a su casa... después de darle las gracias por haber hecho compañía a mi esposa. Edward Heron-Allen adora a Constance.

—Lo sé —gruñí—. Por eso no confío en él.

—Pues deberías, Robert. Yo sí confío en él. Ambos queremos a Constance, ¿no? Nunca está tan segura como cuando está aquí Heron-Allen. Él la ama. Daría la vida por salvaguardar la de ella.

—No lo había pensado —dije—. Aun así —añadí bajando la voz—, sigo sin fiarme. —Me incliné hacia Oscar y murmuré, *sotto voce*—. Ese hombre es un pornógrafo confeso, ¿o no es así?

Oscar sonrió y removi6 su té.

—A juzgar por las raíces griegas del término —respondió, bajando la voz hasta mi propio tono—, un pornógrafo, literalmente hablando, es aquel que se dedica a escribir sobre prostitutas. Los intereses de Heron-Allen van mucho más allá que todo eso. Los vulgares apetitos corporales de los hombres y de los animales, en toda su rica variedad, son la peculiar obsesión de ese hombre. Cuanto más infrecuente sea la práctica en cuestión, más intrigado está nuestro Edward. Aunque estoy convencido de que no habla de estas cosas con Constance, la otra noche me presentó una nueva palabra cuyo significado quizás adivines: «necrofilia».

—¡Santo cielo!

Oscar sonrió.

—Ésa fue exactamente la reacción de Conan Doyle —dijo alzando la voz, levantando la mirada y dando la bienvenida a nuestra mesa a una bandeja de tostadas.

—¿D6nde está Conan Doyle? —pregunté—. ¿Estás seguro de que va a venir?

—Eso es lo que nos ha dicho Nat.

—¿Nat?

—El botones del Cadogan, ¿te acuerdas? Fue él quien nos trajo el mensaje de Arthur ayer por la tarde. Por eso estamos aquí.

—Ah —dije sin demasiada convicción. Estaba confundido.

Me miró con una ceja arqueada y levemente altiva.

—Ayer por la tarde, Robert, cuando me di cuenta de que el pobre *Capitán Flint* era la tercera de nuestras «víctimas» que habíamos encontrado muerta desde el domingo por la noche y que Sherlock Holmes era el siguiente nombre de la lista, se me ocurrió que debíamos tomar la precaución de encontrarnos con Arthur para hablar de la situación. Justo antes de salir del Cadogan, encontré a Nat y le pedí que le diera a Arthur mi mensaje. Inmediatamente después de salir del Cadogan, Nat nos encontró en la calle y nos trajo la respuesta del buen doctor.

—Entonces, ¿estaba Arthur en el hotel en ese momento?

—No —fue la respuesta de Oscar—. Arthur estaba en South Norwood.

Me quedé en silencio durante un instante.

—No lo entiendo, Oscar. Si estaba en South Norwood y el muchacho en el Hotel Cadogan, ¿cómo diantre se comunicaron?

—¡Por teléfono! —exclamó mi amigo, triunfal.

Me quedé perplejo.

—¿Acaso tiene teléfono Conan Doyle... en South Norwood?

—No hay lugar donde un teléfono sea más necesario que en South Norwood, Robert. —Esbozó su sonrisa maliciosa y pasó ruidosamente el cuchillo de mantequilla sobre su tostada—. Arthur se ha hecho instalar un teléfono porque es médico. Al parecer, los médicos tienen prioridad. Aunque, según tengo entendido, muy pronto estaremos todos comunicados por el teléfono... a lo largo y ancho del mundo. El teléfono está a punto de revolucionar tanto el arte de la conversación como la ciencia de la detección. Estoy pensando en mandar instalar uno en Tite Street.

—¿Sabes utilizar un teléfono?

—Todavía no, pero tengo hijos, Robert. Ellos me enseñarán.

Me reí al tiempo que alzaba los ojos y veía venir hacia nuestra mesa, uno al lado del otro, a nuestro camarero con nuestros riñones y los huevos escalfados y a Arthur Conan Doyle, claramente aturullado y mojado.

—Me ha sorprendido un inesperado chubasco —gruñó.

—Peor que eso —dijo Oscar—. Acaba de darse cuenta de que ha olvidado su paraguas en el *hackney* que le ha traído aquí...

El doctor se detuvo en seco y miró a nuestro amigo sin ocultar su asombro.

—¿Cómo diantre sabe eso? —preguntó.

Oscar sonrió.

—Le he visto entrar por la puerta hace un instante, mojado aunque relativamente sereno. De pronto, se le ha ensombrecido el rostro al tiempo que miraba frenéticamente a su alrededor. ¿Qué podía haber olvidado? Podría haberse tratado de su sombrero, es cierto, pero tiene el pelo seco mientras que lleva la ropa empapada. Tiene que ser un paraguas... y probablemente su paraguas favorito, ese tan especial con el delicado mango de marfil...

—Es demasiado temprano para esto, Oscar. Vamos, hombre, explíquese. ¿Acaso me ha visto alguna vez con el paraguas?

—No —dijo él complacientemente—, pero si se vuelve y mira detrás de usted, Arthur..., de pie junto al mostrador, hablando con el *maître d'hôtel*, verá a un cochero de Londres con un paraguas plegado de caballero que se parece notablemente al que acabo de describir.

De inmediato, el rostro preocupado de Conan Doyle se cubrió de sonrisas.

—Para mí sólo té y tostadas —comentó al tiempo que se alejaba a grandes zancadas para reclamar su paraguas perdido. Le vimos dar una propina al cochero y estrecharle calurosamente la mano.

—Le estará diciendo que es la sal de la tierra y la columna vertebral del Imperio —dijo Oscar—. No hay en Inglaterra hombre más decente que Arthur Conan Doyle.

Cuando regresó a la mesa, el doctor era un hombre totalmente transformado. No cabía en sí de gozo.

—Ese cochero es la sal de la tierra —dijo.

—¿Dónde está el paraguas? —pregunté.

—Espero que en el guardarropa, con mi sombrero. El *maître d'hôtel* se ha ofrecido a cuidar de él. Podemos confiar en él, ¿verdad?

—Sí —confirmó Oscar—. Franco es del lago Como.

—Excelente —intervino Doyle, estudiando la mesa del desayuno y cogiendo la mermelada.

Oscar se inclinó hacia mí para explicarme.

—Arthur y su esposa disfrutaron de unas vacaciones especialmente agradables a orillas del lago Como hace dos veranos.

Doyle mordió su tostada y exclamó entre una lluvia de migas:

—¡Me asombra usted, Oscar! No se le pasa nada por alto.

—No estoy demasiado seguro de eso —dijo él golpeando con su siguiente cigarrillo en el dorso de su pitillera de plata—. Aunque al menos sí me he fijado en que el cuerpo de la pobre cotorra estaba frío... muy frío.

—Ah, sí —dijo Doyle, limpiándose la mermelada del bigote—, vamos a lo que vamos. Lamento lo de la cotorra. ¿A qué hora la encontraron?

—A las tres —respondí.

—Pero debía de llevar muerta algún tiempo —dijo Oscar—, como mínimo poco más de una hora. Y las plumas que encontramos en el vestíbulo del hotel no se le cayeron al desafortunado pájaro en pleno vuelo, sino que alguien se las arrancó del cuerpo, de las alas y de la cola después de muerto y las esparció deliberadamente a diestro y siniestro como confeti.

—Extraño —dijo Conan Doyle.

—Brutal —apuntó Oscar—. La sangre de la pobre criatura estaba esparcida por todo el suelo.

—¿Presentaba algún dibujo en particular? —preguntó Doyle.

—No. Me fijé bien. Parecía haber sido esparcida a toda prisa y al azar. ¿Quién puede haber hecho algo así?

—¿Quienquiera que esté terminando con los componentes de nuestra lista de víctimas, uno a uno? —sugerí.

—Posiblemente... —dijo Oscar, aspirando hondo el humo de su cigarrillo y

alzando los ojos hacia las hojas de la palmera que tenía encima.

Conan Doyle negó con la cabeza y atacó otra tostada.

—Gilmour de Scotland Yard está convencido de que la muerte de Elizabeth Scott-Rivers fue un desafortunado accidente, ¿no es así?

—Así es. —Oscar emergió bruscamente de su ensueño—. Y lord Abergordon, nuestra segunda «víctima», era un anciano caballero que no trataba su cuerpo como un templo y que al parecer, y para sorpresa de nadie, murió mientras dormía.

—Así pues —empezó Conan Doyle, volviendo a limpiarse el bigote antes de dejar la servilleta encima de la mesa en una clara muestra de satisfacción y de finalidad—, tenemos dos muertes accidentales, fácilmente explicables, seguidas de un brutal e inexplicable asesinato... ¿Qué más?

—El siguiente de la lista —dijo Oscar, sacándosela del bolsillo del pecho— es un tal «Señor Sherlock Holmes».

—¿Y quién diantre iba a querer asesinar a Sherlock Holmes? —pregunté.

—Yo, sin ir más lejos —dijo Conan Doyle, recostándose en el respaldo de la silla y cruzándose de brazos—. Y cuanto antes, mejor.

Oscar dio un respingo.

—¿Cómo, Arthur? ¿Qué está diciendo?

—He decidido acabar yo mismo con Sherlock Holmes.

—Entonces, ¿fue usted quien escribió el nombre de Holmes el domingo por la noche?

Doyle se rió.

—No, por supuesto que no. Como bien sabe, no quise participar de su juego, Oscar. Pero lo admito abiertamente: en lo que a mí respecta, Holmes tiene los días contados...

—Pero si Holmes ha sido la causa de su éxito, Arthur —protestó Oscar.

—Y también podría ser la de mi desgracia. Hay muchas más cosas que quiero escribir: romances, aventuras, historias que profundicen en el futuro y en el pasado. Tengo poesía por escribir, dramas por crear. ¿Deseo acaso que dentro de cien años se me recuerde simplemente como el hombre que inventó a Sherlock Holmes? No lo creo. He pensado matarle en la flor de la vida. Y sí, debo admitir que fue precisamente el domingo por la noche cuando decidí cómo hacerlo.

Oscar y yo nos habíamos inclinado hacia delante en nuestras sillas, dedicando a Conan Doyle nuestra absorta atención. Jamás había visto a nuestro amigo escocés tan apasionado.

—El domingo, antes de la cena —prosiguió—, sin duda inspirado por la perspectiva de su juego, uno de nuestros invitados me pidió mi opinión sobre «el crimen perfecto». Para ser más precisos, sobre dónde y cómo cometerlo. Puesto que ésa es una pregunta que se me ha hecho en otras ocasiones, tenía mi respuesta

preparada. «En los acantilados de Dover», respondí. «O en Beachy Head. Al menos, en algún acantilado donde, juntos e inadvertidos, el asesino y su víctima puedan dar un paseo. Lo único que el asesino tiene que hacer para conseguir su fin es aprovechar la ocasión. Cuando *esté* seguro de que no hay moros en la costa, nuestro asesino propinará un brusco empujón a su inocente víctima y la lanzará a su perdición por el borde del acantilado. Es fácil, rápido, limpio y tiene varias ventajas: no hay testigos, no hay tampoco arma del crimen y tiene todo el aspecto de haber sido un desgraciado accidente», le expliqué.

Sin bien es cierto que Conan Doyle no era un hombre vanidoso, era más que evidente que estaba disfrutando de que tenía acaparada nuestra atención. Oscar era un público agradecido. Se quitó una mota de tabaco del labio inferior.

—Sabe usted contar una historia, doctor Doyle —dijo—. Continúe, se lo ruego.

Conan Doyle sonrió.

—Si mal no recuerdo, el domingo por la noche fue la palabra «accidente» la que despertó el interés de lord Drumlanrig, el hermano de su amigo Bosie —prosiguió—. «Un cuerpo que se precipita desde los acantilados de Dover o de Beachy Head no me sugiere un “accidente”», dijo. «Quizás un suicidio, pero no un accidente. Para maquinar un accidente, hay que ir a Suiza».

—Ah —dijo Oscar—. Drumlanrig le habló de su tío.

—De su tocayo Francis, efectivamente. Según me dijo, murió asesinado en los Alpes suizos. Al parecer, se hallaba en compañía de unos amigos, en su mayoría experimentados montañeros. Habían escalado con éxito un pico enclavado en algún lugar entre Zermatt y las cataratas de Reichenbach y descendían ya, cuando tuvo lugar el accidente. Hacía buen día, claro y despejado; la nieve se encontraba estable y las condiciones eran las ideales para la práctica del montañismo. Nadie sabe exactamente lo que ocurrió. En cuestión de segundos, Francis Douglas pasó de estar vivo y en perfectas condiciones a desaparecer bruscamente. Cayó de cabeza a un profundo barranco y jamás volvieron a verle.

—¿No encontraron el cuerpo? —pregunté.

—No —respondió Arthur—. Su hermano mayor, el marqués de Queensberry, viajó desde Inglaterra para ayudar a dirigir la búsqueda. Tan sólo pudieron encontrar los guantes del pobre desafortunado, su cinturón y una de sus botas..., pero eso fue todo.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunté de nuevo.

—Hace veinticinco años —dijo Oscar—. Quizá más.

—Lo fundamental es que el destino de Sherlock Holmes está sellado —dijo Conan Doyle, alcanzando la tetera—. Cuando lo considere oportuno, llevaré a mi héroe a Suiza y le veré precipitarse de cabeza a un barranco alpino. Holmes ejecutará su última reverencia y se desvanecerá sin dejar rastro.

—¿Y qué me dice de sus guantes, su cinturón y su bota? —pregunté.

El doctor mordió su tostada.

—Tendré que pensar en ello.

Oscar encendía en ese momento otro cigarrillo y llamaba al camarero, indicándole que nos trajera más té y café.

—Y, Arthur, ¿sigue insistiendo en que no fue usted quien escribió el nombre de Sherlock Holmes y lo convirtió en una de nuestras víctimas el domingo por la noche?

—Le aseguro que no fui yo.

—Entonces, ¿quién fue? —pregunté.

—Ya que lo pregunta —dijo Conan Doyle con voz queda—, fue mi invitado. Mi joven amigo Willie Hornung.

—¿Qué? —exclamó Oscar, sin ocultar un balbuceo incrédulo—. ¿El bonachón de Willie Hornung? ¿Está seguro, Arthur?

—Él mismo me lo dijo. Lo confesó, sonrojándose al hacerlo. Se disculpó profusamente. Según dice, está enloquecidamente celoso de mi creación.

—La envidia es la úlcera del alma —dijo Oscar, viendo cómo un penacho de humo de su cigarrillo se elevaba hasta perderse entre las hojas de la palmera que tenía encima—. Fue Sócrates quien nos enseñó eso.

—Olvídese de Sócrates —dijo Arthur riéndose entre dientes—. Le dije a nuestro Willie que, puesto que aspira a ser también él escritor, lo único que tiene que hacer para vengarse de Sherlock Holmes es crear un villano propio con el que ensombrecer al gran detective. Bendito muchacho. Creo que va a picar el anzuelo.

—«Picar el anzuelo...» —Oscar repitió reflexivamente la frase—. Me preguntó si no será ése el motivo por el que asesinaron a la cotorra.

Nos trajeron café y té. El servicio retiró los restos del desayuno y vació discretamente el cenicero de Oscar. Luego dispuso ante nosotros un juego limpio de tazas de té. Oscar desplegó la lista de «víctimas» sobre la mesa y sacó de su pitillera de plata uno de esos pequeños lápices que se emplean para anotar el conteo de puntos en las partidas de cartas.

—Bien —empezó, subrayando la lista mientras hablaba—. Sabemos que el honorable reverendo George Daubeney dio el nombre de Elizabeth Scott-Rivers como su pretendida víctima. Así lo confesó él mismo en su momento. Sabemos también que fue Bosie quien postuló la muerte del desafortunado *Capitán Flint*. Bosie, como Daubeney, descubrió el pastel ya entonces. También sabemos, y también por Bosie, que fue su hermano Francis quien nombró como víctima de su elección a lord Abergordon, aunque todavía no lo hemos oído de boca del propio Drumlanrig. Y ahora, Arthur, nos dice usted que es Willie Hornung el responsable de que el nombre de Sherlock Holmes aparezca en la lista.

Oscar había puesto una pequeña cruz junto a cada uno de los primeros cuatro

nombres de la lista.

—Lo que realmente necesitamos descubrir —empezó Conan Doyle, cogiendo la hoja de papel y estudiándola con atención— es quién dio el nombre de Victor Amteim. Cuatro de las personas que estaban en la habitación lo eligieron a él como el hombre al que desearían asesinar. ¡Cuatro!

Aunque sentía la garganta seca, hablé.

—Yo fui uno de esos cuatro —confesé. En cuanto lo dije, me di cuenta de que me estaba sonrojando tanto como a buen seguro debía de haberle ocurrido a Willie Hornung.

—¿Usted? —preguntó Conan Doyle, dejando con brusquedad la taza en el plato.

—¿Por qué, Robert? —inquirió Oscar, mirándome con los ojos como platos, totalmente perplejo—. Pero si me habías dicho que sólo habías coincidido una vez con él. ¿Por qué diantre elegiste a Victor Amteim como potencial víctima de asesinato?

—No era más que un juego, Oscar —imploré—. Tú mismo lo dijiste.

—Ciertamente —respondió él—. Pero ¿por qué Amteim, aunque fuera un juego?

—Tenía mis motivos.

—¿Y bien? —preguntó mi amigo, inclinándose hacia mí y apagando su último cigarrillo con evidente aspereza—. ¿Cuáles eran esos motivos?

—Preferiría no tener que confesarlos, Oscar —protesté—. De verdad.

—Oh, vamos, hombre —dijo Conan Doyle—. Suéltelo.

—Les ruego que me excusen —insistí.

—Pues no, no te excusamos —dijo Oscar. Me miró a los ojos y de pronto la ira dibujada hasta ese momento en su frente se disipó y me dedicó una sonrisa bonachona—. Estás entre amigos, Robert. Puedes confiar en nosotros. No, no sólo puedes. Debes.

—Muy bien —concedí. Aun así, seguí vacilando—. Muy bien... Decidí que Amteim fuera mi víctima de asesinato por... por algo que dijo.

—¿Algo que dijo? —arguyó Oscar—. ¡«Algo que dijo»! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿A quién?

—Me lo dijo a mí cuando nos vimos un momento en Tite Street. Byrd y él habían ido a ver a Constance para echar una mirada a la habitación donde van a presentar su función de magia y casualmente yo estaba allí. Fue entonces cuando lo dijo.

—¿Qué dijo?

—Algo personal... y ultrajante. Imperdonable.

—¿Le insultó? —preguntó Conan Doyle.

—No, no era sobre mí.

—¿Fue sobre mí acaso? —preguntó Oscar—. ¿Volvió alguien a mancillar mi reputación?

—No, amigo, no fue sobre ti. —De nuevo, vacilé. Ambos me miraban expectantes. Por fin, dije—: Fue sobre Constance... o, para ser más exactos, sobre su padre.

—Ah —dijo Oscar al tiempo que doblaba cuidadosamente su servilleta—, el finado Horace Lloyd QC^[10].

—Me temo que está usted dando demasiados rodeos, Robert —intervino Conan Doyle—. Me he perdido. Por favor, límitese a explicar lo ocurrido. Díganos lo que se dijo... exactamente.

—Haz lo que te pide el doctor —sugirió Oscar, fijando la mirada en su servilleta.

—Fue cuando estaban a punto de marcharse. Byrd estaba en el vestíbulo con Constance y yo con Amteim en el salón del primer piso. Algo dije sobre acompañarle a la puerta y él respondió con un comentario jocoso. Dijo que había sido un auténtico placer conocer a la señora Wilde y yo asentí con la cabeza en señal de acuerdo. Luego me preguntó si conocía bien a los Wilde. «Lo suficiente, gracias», fue mi respuesta. «El señor Wilde es un hombre notable», dijo él entonces. Le dije que sí, mostrándome bastante cortante, e intenté que se dirigiera hacia la puerta. Su familiaridad estaba empezando a resultarme fastidiosa. Pero él no se iba. Seguía allí y, mirándome con una espantosa sonrisa en el rostro, dijo: «Y la señora Wilde no parece en absoluto afectada, dadas las circunstancias». No pude ocultar mi indignación. «¿A qué se refiere, señor?», le pregunté. «A lo que sabemos sobre su padre», respondió. «El padre de la señora Wilde fue un respetable miembro de la abogacía». «Eso he oído», dijo Amteim. «También fue famoso por exhibirse a las jovencitas en Temple Gardens. ¿No lo sabía usted?». Conan Doyle sacudió la cabeza con incredulidad.

—Tuve ganas de azotar al canalla allí mismo —dije—. Pero me limité a invitarle a que abandonara la casa..., y cuando volví a verle el domingo por la noche y jugamos a ese ridículo juego tuyo, Oscar, no vacilé ni un segundo a la hora de elegirle para que fuera mi víctima de asesinato. Es un difamador.

—Amteim es muchas cosas, sin duda —dijo mi amigo con voz queda—, pero, en el caso que nos ocupa, no es un difamador. Todo lo que te dijo es cierto.

—No te creo —protesté.

—Aun así... —dijo él con una sonrisa. Cogió su lista de «víctimas», la dobló cuidadosamente y volvió a guardársela en el bolsillo—. Pobre Horace Lloyd —añadió—. Todos tenemos nuestros secretos.

9.

Otro misterio

Conan Doyle recorrió el comedor del Hotel Langham con la mirada.

—¿Lo sabe Constance? —preguntó.

—No —respondió Oscar, entre una nube de humo de cigarrillo—. Creo que no. En esa época no era más que una niña. Sabe que el matrimonio de sus padres no era particularmente feliz pero, hasta la fecha, desconoce los detalles del pequeño pecado de su padre. —Nos dedicó una pálida sonrisa y tomó un sorbo de café.

—Supongo que no hay ninguna duda al respecto —dije.

—Me temo que no —contestó nuestro amigo, dejando la taza en el plato y cogiendo el cenicero—. El escándalo fue la comidilla del Inns of Court durante años. El abogado de la reina, Horace Lloyd, tenía habitaciones en el número uno de Brick Court. Muchos fueron los irrespetuosos jóvenes abogados que supieron sacarle buena punta a esa dirección. Lo que resultaba especialmente curioso sobre el comportamiento de Lloyd era su descaro. Según cuentan, a plena luz del día se paseaba por Temple Gardens con la bragueta desabrochada y su miembro inhiesto a la vista de todos.

—Extraordinario —murmuró Doyle.

—Es verdad —concedió Oscar, dejando a la vista sus dientes mellados—. Se decía que estaba magníficamente dotado.

Arthur no le vio la gracia.

—Me sorprende que no le arrestaran —dijo secamente.

—Sin duda lo habrían hecho —aclaró Oscar—. A punto estaban de hacerlo cuando un bondadoso colega, un juez del tribunal supremo, se ocupó de él, por así decirlo, y le puso al corriente del peligro que corría... Pobre Horace Lloyd. Murió poco después.

—¿De vergüenza? —preguntó Conan Doyle sin asomo de crueldad.

Oscar sonrió.

—Probablemente, Arthur. ¿Quién sabe? El certificado de defunción tan sólo hablaba de problemas pulmonares. Tenía cuarenta y seis años..., demasiado joven para morir.

El doctor suspiró y apartó su taza de té a un lado.

—¿Qué puede llevar a un hombre en su sano juicio a comportarse así? —preguntó—. Era un hombre casado. Y abogado de alto rango. ¡Imagínense los riesgos

que corría!

—Al parecer, le dijo a su amigo el juez que gran parte de la excitación era precisamente el peligro.

De pronto, sobre nosotros cayó el silencio que sólo interrumpió la llegada junto a Oscar de una figura alta y delgada vestida con levita que sostenía un sobre en la mano.

—Ah —dijo él—. La nota. No llevo dinero encima, camarero. ¿Sería tan amable de cargarlo a mi cuenta?

—No puedo, señor.

—¿Por qué no?

—Permítame que yo me encargue —se ofreció Conan Doyle, sacando su cartera.

—¡No, Arthur, no! —gritó Oscar—. Usted es mi invitado. Aquí tengo un buen crédito, estoy seguro de ello. ¿Por qué no puede poner esto a mi cuenta, camarero?

—Porque esto no es su cuenta ni yo su camarero, señor.

—¿Qué? —dijo bruscamente Oscar. Alzó entonces la mirada—. ¡Wat! —exclamo. Por primera vez, todos nos volvimos a mirar a la figura de la levita. Era Walter Sickert.

—Nadie repara jamás en el camarero —dijo sonriéndonos desde las alturas—. Lo sé porque lo fui en una época. Es el destino de la servidumbre. Nadie mira nunca al pobre servicio a la cara. Es la regla más antigua del manual. De ahí que en muchos casos sea el mayordomo «quien lo hizo», pues ninguno de los testigos es capaz de recordar su aspecto.

—¿Qué diantre estás haciendo aquí, Wat? —preguntó Oscar, mirando a su alrededor en un intento por encontrar a un auténtico camarero. El restaurante se había quedado vacío—. Coge una silla. ¿Qué hora es? Dada la hora, bien podemos disfrutar de un buen aperitivo.

Sickert cogió una silla de una mesa contigua y se sentó en ella a horcajadas como un húsar a caballo (sus absurdos mostachos le daban todo el aspecto de un héroe de ópera cómica).

—Me quedaré un minuto, pero no puedo entretenerme. Voy de camino a Eastbourne.

—¿A Eastbourne? —exclamó Oscar—. ¿Te refieres a Eastbourne-on-Sea? No hay duda de que necesitas una copa.

Un joven camarero se había acercado a nuestra mesa. Oscar inspeccionó al muchacho.

—¿Cómo te llamas, jovencito?

—Dino —respondió el camarero.

—Dino —dijo Oscar con toda solemnidad—, mi amigo acaba de decirnos que va de camino a Eastbourne-on-Sea. Semejante declaración bien se merece algo un poco

especial. ¿Quizás una botella de su Scharzhofberger de 1884?

—Ahora mismo, señor —dijo el muchacho—. ¿Y cuatro copas de vino blanco?

Oscar sintió con la cabeza aprobatoriamente. El camarero sonrió y giró con elegancia sobre sus talones.

Conan Doyle carraspeó y se dio un tirón al chaleco.

—Me temo que no puedo quedarme —dijo.

—Quédese sólo un momento —le pidió Oscar—. Al menos hasta que hayamos descubierto por qué Wat va de camino a Eastbourne.

—La razón es la siguiente —empezó Sickert, inclinándose hacia delante sobre el respaldo de la silla y agitando en el aire el sobre que apenas un momento antes Oscar había confundido con su cuenta—. Por esto estoy aquí. He recibido la carta esta misma mañana... de Eastbourne, y he pensado que debía compartirla contigo. He ido a Tite Street y Constance me ha dicho que estabas aquí, así que aquí me tienes.

—Continúa —dijo Oscar—. ¿De qué se trata?

Walter Sickert abrió el pequeño sobre y extrajo de él una hoja de papel que se veía cubierta en ambas caras de revoltosos garabatos.

—Es una nota de Bradford Pearse..., el actor. Se acordarán ustedes del invitado con el que asistí a la velada del domingo por la noche.

—Nos acordamos, sí —dijo Conan Doyle, estudiando atentamente a Sickert.

—El suyo era el quinto nombre de la lista de víctimas de asesinato —añadí.

—Gracias por recordárnoslo, Robert —dijo Oscar no sin cierta picardía.

—Me gustó su amigo —intervino Conan Doyle.

—A todo el mundo le ocurre lo mismo —dijo Sickert—. Es un tipo estupendo.

—¿Y bien? —insistió Oscar—. ¿Qué es lo que dice?

—Es una carta de agradecimiento —explicó Sickert, sosteniendo la nota delante de él—. Pero hay algo en ella que me preocupa.

—Léanosla —le pidió Conan Doyle. Sonrió a Sickert—. Si no le importa.

El pintor leyó la carta. Y lo hizo con absoluta sencillez, sin emplear el menor asomo de énfasis dramático.

Martes, 3 de mayo. Eastbourne.

Mi querido Wat:

La velada del domingo fue memorable: buena comida, buenos vinos y mejores amigos. Gracias por tu hospitalidad. Y gracias por acordarte de mí. ¡Espero que no dejes de hacerlo! No te olvidaré, ni a ti ni tu(s) muestra(s) de amabilidad conmigo..., pase lo que pase. Para serte sincero, no sé lo que me depara el futuro. Sé que me persiguen y tengo miedo.

Esta semana estoy en Eastbourne. En el Devonshire Park. Ven a ver la obra. El miércoles por la noche sería perfecto. Y trae a Wilde contigo. La obra es tan mala que creo que le divertirá. Es un hombre sabio y maravilloso. Inspirador, a decir verdad. También me gustó Conan Doyle... y su tímido y joven amigo, el del nombre imposible de recordar. ¿Era Hornbeam? Charles Brookfield estuvo tan detestable como siempre. Ni me gusta ni me fío de él. Nunca lo he hecho.

¿Y de quién podemos fiarnos hoy en día? Por supuesto de ti, mi viejo amigo.
Gracias por eso.

Ven a verme si encuentras el momento. Temo contar, la verdad. Ven a verme.

Siempre tuyo,
BRADFORD PEARSE.

Sickert hizo entrega de la carta y del sobre a Conan Doyle.

—¿Qué tren tienes previsto tomar? —preguntó Oscar.

—El que sale a las tres de la estación Victoria —respondió el pintor.

—Iremos contigo —dijo Oscar.

—Me temo que yo no puedo ir —dijo Conan Doyle, retirando la silla de la mesa—. Tengo obligaciones domésticas. El médico vendrá a ver a mi esposa esta tarde y tengo que estar presente —añadió, levantándose—. Pero creo que usted y Robert deberían ir, Oscar. Y también, con el permiso de Wat, que debería mostrar esta carta al inspector Gilmour de Scotland Yard —concluyó, dándole la nota a Oscar.

—¿Cree que quizá Pearse corra peligro? —pregunté.

—El parece estar convencido de ello —respondió Conan Doyle. Parecía muy serio—. Me cayó bien el señor Pearse..., mucho. —Miró su reloj—. Debo irme... Disculpen. ¿Me mantendrá informado, Oscar? Gracias por el desayuno. Caballeros. —Se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó.

Oscar le recordó entonces:

—¡No se olvide el paraguas, Arthur! ¡Y no mate a Sherlock Holmes demasiado pronto!

Conan Doyle se volvió, se rió y nos saludó cordialmente con la mano. Al marcharse pasó por delante de Dino, el joven camarero, que llegaba con el vino. Doyle detuvo al muchacho y habló con él.

—¿Qué te ha dicho el señor Doyle, Dino? —preguntó Oscar cuando el joven camarero llegó a la mesa y estaba ya descorchando la botella.

—Que cuide bien de usted, señor.

Oscar se rió entre dientes.

—¿Hablas en serio?

—Así es, señor —dijo el muchacho, olisqueando el corcho con aires de avezado sumiller. No podía tener más años que el vino: quince, dieciséis a lo sumo.

—Dime, Dino —empezó Oscar tomando un sorbo del Scharzhofberger y saboreándolo de modo bastante ruidoso—. ¿Qué te ha dicho exactamente el señor Doyle? ¿Cuáles han sido sus palabras precisas?

—Ya que usted lo pregunta, señor —respondió el chiquillo, haciendo una mueca mientras llenaba nuestras copas—. Sus palabras exactas han sido: «Sólo esta botella.

Tienen trabajo por delante».

Oscar dio una palmada sobre la mesa, encantado.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Se puede confiar en Arthur! Y, naturalmente, tiene razón. Sin duda tenemos trabajo por hacer y me alegro de que así sea. Como Arthur bien sabe, el trabajo es el mejor antídoto para la pena.

—¿Acaso te sientes melancólico, Oscar? —preguntó Sickert—. Pues nadie lo diría. No lo pareces.

—Todos tenemos nuestros secretos, Walter —respondió él, vaciando su copa de un solo trago y dándole un segundo y reluciente chelín al joven camarero—. No hay excepciones a la regla... —Se volvió en la silla y alzó su copa en dirección de la puerta, señalando con ella el comedor—. Mirad a esos dos.

Merodeando junto a la entrada del Palm Court del Hotel Langham estaban Charles Brookfield y Bram Stoker. Iban vestidos con abrigos de paseo y los rostros de ambos delataban una expresión ansiosa. Stoker negaba con la cabeza y Brookfield escudriñaba la sala.

—Estoy de acuerdo: se diría que ocultan algo —apuntó Wat Sickert riéndose entre dientes.

—Apuesto a que hay alguna dama implicada en el caso —exclamó Oscar, agitando la servilleta en dirección a la puerta.

El camarero volvía en ese momento a llenar nuestras copas.

—Dino —dijo Oscar—, ¿serías tan amable de pedir a esos dos caballeros que vengan a unirse a nosotros?

El camarero acompañó a Brookfield y a Stoker a nuestra mesa.

—Buenos días —saludó este último con tono cordial.

—No podemos quedarnos —anunció Charles Brookfield—. Tenemos una cita.

—¿Con una dama? —conjeturó Oscar con una sonrisa.

—Una actriz —dijo Stoker—. Brookfield tiene una emergencia entre manos. Ha perdido a su actriz protagonista y yo he accedido a encontrarle otra. Hemos quedado en encontrarnos aquí a las once con la señorita Tilvert.

—Me temo que la dama llegará con retraso —dijo Oscar—. Quítense los abrigos, caballeros. Les aseguro que tendrán tiempo para una copa.

—Entonces, ¿conoce usted a la señorita Tilvert? —preguntó Brookfield, recorriendo la estancia con los ojos.

—No —respondió Oscar con suavidad—, pero conozco bien a ese tipo de mujer. Tómese una copa de Scharzhofberger, Charles. Le calmará los nervios.

—Tampoco nosotros pensamos quedarnos mucho tiempo —añadió Sickert—. Vamos de camino a Eastbourne.

—A Eastbourne —repitió Stoker, cogiendo una silla y sonriendo al tiempo que Dino le servía una copa del vino alemán—. Me encanta Eastbourne. Eastbourne tiene

estilo. —Alzó la copa hacia Oscar—. Como sabrá, la ciudad entera es propiedad del duque de Devonshire.

—No es a su excelencia a quien vamos a visitar —dijo Oscar—, sino a Bradford Pearse. Actúa en una obra en el Devonshire Park. Vamos a verla.

Brookfield, que se había quedado de pie, rechazó con un gesto de la mano la copa de vino que Dino le ofrecía y miró a Oscar.

—¿Van a Eastbourne a ver una obra de teatro? Debe de ser increíblemente buena.

—Al contrario —respondió Oscar, soltando un largo penacho de humo gris azulado de cigarrillo al hablar—. Bradford Pearse nos ha dicho que la obra es espantosa..., absolutamente atroz. Al parecer, no podría ser peor. Por eso estoy firmemente decidido a no perdérmela. Adoro el exceso en todo.

—Es usted realmente raro —dijo Charles Brookfield bajando la voz.

—Dele recuerdos a Pearse de mi parte —dijo Stoker con evidente entusiasmo, mientras saboreaba su vino—. Es un buen tipo y un gran actor..., y el candidato menos apto para morir asesinado que quepa imaginar. No entiendo cómo alguien pudo elegirle como víctima cuando jugamos a ese juego suyo, Oscar. Bradford Pearse no tiene un solo enemigo en el mundo. Apostaría mi vida a que es así.

—¿Y qué me dice de sus acreedores? —preguntó Charles Brookfield con un leve sorbido, cruzándose de brazos.

—No sé nada sobre sus acreedores —dijo Bram Stoker, ofreciendo su copa para que se la volvieran a llenar—, pero da la casualidad de que conozco a sus prestamistas, y hablan maravillas de él.

—Imagino que deben de conocerle excepcionalmente bien —dijo Brookfield con una sonrisa.

—No hay amigo más verdadero que un prestamista honrado —apuntó Oscar.

—¡Cierto! —exclamó Stoker—. El mío es Ashman, del Strand. Un tipo sensacional. ¿Quién es el suyo, Oscar?

—El mismo. Un buen hombre. Hace diez años, cuando estaba pasando por un momento francamente desesperado, le llevé mi posesión más preciada, mi Medalla de Oro de Berkeley, y me dio por ella trece guineas. ¡Trece guineas! Le dije: «No creo que valga ni siquiera cinco libras, señor Ashman». Y él me contestó: «Señor Wilde, conozco bien el valor de esta medalla. En mis tiempos, fui también alumno de griego. Usted ganó esto cuando estudiaba en el Trinity College de Dublín, ¿no es así? Es el galardón máspreciado en lenguas clásicas de la universidad. Seguro que para usted no tiene precio. Tengo quince guineas en mi caja fuerte esta mañana. Me hace enormemente feliz darle esa cantidad por su medalla».

—Qué historia más maravillosa —dijo Bram Stoker.

—Ashman no sólo es un erudito, sino también un caballero —declaró Oscar.

—Y judío —añadió Charles Brookfield.

—Naturalmente —dijo Oscar con una sonrisa—. Según veo, gran parte de las mejores personas que conozco lo son.

—¿Han visto el periódico esta mañana? —preguntó Wat Sickert, cambiando con destreza de tema—. Hay un artículo sobre la cotorra del Hotel Cadogan. Al parecer, la pobre criatura fue asesinada ayer en el vestíbulo del hotel y a plena luz del día. ¿No les parece increíble?

—¿La cotorra ha muerto? —dijo Charles Brookfield—. No lo sabía.

—Qué raro —dijo Bram Stoker—. Brookfield y yo desayunamos allí ayer. Si mal no recuerdo, la cotorra estaba bien.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —preguntó Sickert—. Según el periódico, fue un asunto de lo más desagradable. Había plumas y sangre por todas partes.

Charles Brookfield sonrió.

—Quizá fuera uno de tus vampiros, Bram —sugirió—. Bram está obsesionado con los vampiros, ¿no es así? A mí me parece que es por haber trabajado con Irving, el viejo chupasangre.

—Podría haber sido un murciélago vampiro —sugirió alegremente Oscar.

—¿En Knightsbridge? —aventuró Brookfield.

—En Sloane Street —le corrigió Oscar.

—Es una idea cuando menos absurda —afirmó Brookfield con tono burlón.

—Poco probable, es cierto —concedió Oscar benévolutamente—, aunque dentro de los límites de lo posible. Hay una especie de murciélago sudamericano, el *Desmodontidae*, que subsiste a base de sangre y que se alimenta de aves, animales y humanos.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Stoker.

—Estudí en Oxford, además de en el Trinity College de Dublín. El pobre *Capitán Flint* era una cotorra sudamericana. Quizá fuera víctima de algún murciélago sudamericano.

—¿Le parece probable? —preguntó Bram Stoker, vaciando su copa.

—No —respondió el dramaturgo, negando con la cabeza—. Francamente, no.

—Entonces, ¿quién mató a la cotorra, Oscar? —inquirió Charles Brookfield—. Díganos.

—No puedo.

Brookfield paseó la mirada por la mesa.

—Oscar se tiene por una especie de detective aficionado..., el Sherlock Holmes de Tite Street. ¿No es así, Oscar?

—No estoy muy seguro de eso —fue la respuesta de Wilde, que abrió aún más los ojos y dejó a la vista sus dientes—, aunque desde luego me confieso un ferviente admirador de los poderes de observación y deducción de Holmes. Gracias a ellos, por si mi opinión sirve de algo, Charles, puedo decirle que esta mañana salió usted de su

casa apresuradamente.

Brookfield arqueó una ceja.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Simplemente mirándole, Charles. Lleva el abrigo mal abrochado, ha olvidado afeitarse bien bajo el mentón y el lustre de sus botas es desigual. No anda usted sobrado de fondos: prueba de ello son sus puños deshilachados. No tiene ayuda de cámara: se limpia usted mismo los zapatos y esta mañana ha estado más tiempo lustrándose el zapato izquierdo que el derecho.

Charles Brookfield lo miró fijamente y rompió a aplaudir despacio en un gesto fingido.

—Muy bien, Oscar. Muy bien. Entonces, ¿quién ha matado a la cotorra?

Él le devolvió la mirada, pero no dijo nada.

—Oh, vamos, Oscar —le abucheó Brookfield—. Acepte el desafío, compañero. ¿Quién mató a la cotorra? Si antes de que caiga la noche es capaz de demostrar sin la menor sombra de duda quién mató a esa cotorra, le daré...

—¿Qué me dará, Charles? —preguntó Oscar.

—Le daré... —Brookfield vaciló, se inclinó hacia delante y le miró a los ojos—. Le daré... trece guineas.

—Muy bien, Charles —respondió Oscar con una sonrisa—. Acepto el desafío.

10.

Asesinato a bordo

Logramos llegar por apenas unos segundos al tren de las tres a Eastbourne. Apresurándonos por el andén al tiempo que sonaban los silbatos y el vapor se arremolinaba a nuestro alrededor, debimos de ofrecer un curioso espectáculo. Oscar, con su capa carmesí y sombrero de fieltro, iba delante, avanzando a grandes zancadas y con la cabeza alta, como un legado papal dirigiéndose a toda prisa a una conferencia internacional. Wat Sickert caminaba ansioso a su lado como un solícito mayordomo, con su levita negra, pantalones de rayas y sus encerados mostachos, lustrosos como su sombrero de copa. Yo iba detrás como un humilde e inútil secretario corriendo jadeante en un intento por alcanzar a mis señores. En realidad, si me había retrasado y avanzaba jadeante, era sólo porque a nuestra llegada a la estación Victoria Oscar me había enviado a comprar los periódicos del día.

Viajamos en primera clase, gracias a *Lady Windermere*. Dispusimos de un compartimiento para nosotros solos y, justo cuando subimos y nos derrumbamos en nuestros asientos, sonó el silbato final y el tren empezó a emerger entre sacudidas de la estación.

—¡Lo conseguimos! —jadeó Sickert, echándose el sombrero hacia atrás y secándose el sudor que le perlaba la frente con un enorme y arrugado pañuelo manchado de pintura.

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó Oscar al tiempo que se quitaba el sombrero con sumo cuidado y acariciaba afectuosamente el fieltro antes de dejarlo en el asiento vacío que tenía a su lado.

—Naturalmente, Oscar. Creía que Brookfield y tú estabais a punto de batiros en duelo en Portland Place. ¿Qué ocurre entre tú y ese hombre?

—Que no le caigo bien.

—Eso es evidente. Pero... ¿por qué?

—Por envidia —intervine, sentándome hacia delante y recobrando el aliento—. Brookfield envidia a Oscar.

Sickert se rió.

—¡Todos envidiamos a Oscar! Llevo envidiando a Oscar desde que era niño. Pero eso no quiere decir que tenga que ir por ahí soltando comentarios sarcásticos sobre él, ¿no? Ni monto una obra con el único propósito de satirizarle y menospreciarle; ni tampoco le propongo absurdos desafíos sin razón aparente. No hay duda de que no se

trata tan sólo de una muestra de envidia corriente y moliente.

—En una ocasión —empezó Oscar, desabrochándose la capa y dejando que cayera de sus hombros— di motivos a Brookfield para que se ofendiera.

—¡Vaya! —gruñó Sickert, metiéndose el pañuelo en el bolsillo de los pantalones—. Ya me parecía. ¿Qué hiciste?

—Ocurrió en Nueva York, hace unos años. Yo estaba en mi periplo de conferencias y él actuaba en una obra. Nos encontramos en una merienda. Él apareció con guantes. La merienda en cuestión tenía lugar en un local cerrado. Un caballero no lleva guantes en una merienda. Y así se lo hice saber. En público. No me ha perdonado desde entonces.

Se había llevado la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar la pitillera. Le miramos, expectantes. Encontró un cigarrillo —uno de sus cigarrillos turcos— y se lo puso entre los labios. No dijo nada.

—¿Eso es todo? —preguntó Sickert.

—A mí me parece suficiente —respondió Oscar, encendiendo una cerilla—. Herí a Brookfield en su orgullo. Le humillé... en Norteamérica, delante de desconocidos. Hablé sin pensar. Me equivoqué y lo lamento. —Se volvió a mirar por la ventanilla del vagón al tiempo que las pequeñas casas de campo construidas junto a las vías del sur de Londres pasaban como destellos por delante de nosotros—. Cuidado con vuestros pensamientos, porque se convierten en palabras —dijo—. Cuidado con vuestras palabras, porque se convierten en actos. Cuidado con vuestros actos, porque se convierten en hábitos. Cuidado con vuestros hábitos, porque se convierten en vuestro carácter. Cuidado con vuestro carácter, porque termina por convertirse en vuestro destino.

—¿Crees que descubrirás quién mató a la cotorra? —le pregunté.

Se volvió a mirarme con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me costará trece guineas si no lo hago! Veamos esos periódicos, Robert. Tenemos trabajo que hacer.

Yo llevaba quizás una docena de periódicos encima. Los dividí y fui pasándoselos a Oscar y a Sickert.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —pregunté.

—Cualquier cosa que resulte relevante —respondió Oscar—. Más detalles sobre el incendio de Cheyne Walk; declaraciones del inspector Gilmour de Scotland Yard; obituarios de lord Abergordon; noticias que informen de que murciélagos vampiros han huido del zoo de Regent's Park...

—No hablabas en serio cuando has dicho lo de los murciélagos vampiros, ¿verdad? —preguntó Sickert, desplegando sobre sus rodillas el *Evening Chronicle*.

Oscar no respondió a la pregunta. Había hundido la nariz en las páginas del *Daily Graphic*.

—Veamos, caballeros —anunció con satisfacción—. Ya tenemos algo..., una fotografía del último lord Abergordon, subsecretario de Estado para la Guerra, dirigiéndose a las carreras de Epsom Down en compañía de su viejo amigo, el marqués de Queensberry...

—¿Es eso importante? —preguntó Sickert.

—Probablemente... Según palabras del corresponsal gráfico del *Graphic*, los dos nobles caballeros compartían «un ferviente interés» por toda manifestación deportiva: «las carreras, la caza, el tiro, el boxeo, el montañismo...». ¿Y qué hay de esto? —Oscar hizo crujir encantado el periódico—. Al parecer, sus señorías se conocieron cuando eran jóvenes, en 1865, «cuando se produjo la trágica muerte de Francis, el hermano menor de lord Queensberry... Lord Abergordon era miembro de la misma desgraciada expedición alpina de la que formaba parte lord Francis Douglas, aunque felizmente sobrevivió a la catástrofe de la montaña».

—¿Y eso es importante? —repitió Sickert, dejando a un lado el *Evening Chronicle*.

—Probablemente, no —dijo Oscar, bajando el periódico y sonriendo a Wat Sickert—, pero reconocerás que sí resulta intrigante... En 1865, lord Francis Douglas muere en un accidente mientras practicaba montañismo y resulta que lord Abergordon estaba presente. En 1892, el siguiente Francis Douglas (lord Drumlanrig, ahijado de Abergordon) dice que le gustaría ver muerto a Abergordon, cosa que ocurre al cabo de cuarenta y ocho horas.

—Entonces, ¿Drumlanrig citó a Abergordon como su «víctima de asesinato»? —preguntó Sickert—. No lo sabía.

—Sí —respondió Oscar—, según me ha dicho Bosie. Aunque todavía tenemos que hablar con el propio Francis.

—Pero eso no significa que lo hiciera..., eso no le convierte en asesino.

—Por supuesto que no.

—Sin duda recordaréis —dijo Sickert, sacudiéndose el polvo de los pantalones con el dorso de la mano— que hace un par de años me vi perseguido por las callejuelas de King's Cross por un atajo de prostitutas que no dejaban de llamarme a gritos Jack el Destapador.

—Lo recuerdo —dijo Oscar—. Me lo habías contado.

—Y yo no soy Jack el Destripador —protestó el pintor.

—Lo sé —concedió Oscar.

—Lo único que digo —insistió Sickert— es que es un error sacar una conclusión de forma precipitada a partir de una prueba poco sólida.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —prosiguió Oscar—. Yo no lo hago. No lo he hecho. No lo haría y no lo haré, te lo aseguro. —Agitó el periódico en el aire—. Pero me intriga la coincidencia, eso es todo...

Sickert sorbió por la nariz y se retorció los bigotes al tiempo que miraba por la ventanilla. En ese momento pasábamos por Paddock Wood. El andén estaba desierto.

—Nunca me has dicho, Wat, qué hacías deambulando por los callejones de King's Cross en plena noche —continuó Oscar con una sonrisa maliciosa—. ¿Acaso encontrabas excitante el peligro?

Wat se volvió desde la ventanilla para mirarlo a los ojos.

—No fue en plena noche, sino a medianoche. Soy un pintor inglés: buscaba sujetos ingleses a los que retratar. Había estado dibujando en un teatro de variedades de Somers Town y me perdí de camino a casa...

—¿Ibas vestido como ahora?

—Puede ser —respondió Sickert—. Este es uno de mis abrigo favoritos. Era invierno. Llevaba también una capa.

—¿Y el sombrero? ¿Y esos bigotes? —Oscar soltó una risilla—. ¡No me extraña que al grupo de hijas de la alegría de King's Cross tu presencia le resultara alarmante! Lo que me sorprende es que no te tomaran por uno de los vampiros de Bram. —Me reí. Sickert esbozó la sombra de una sonrisa. Oscar se inclinó hacia delante y puso la mano en la rodilla de su amigo—. Nadie cree que seas Jack el Destripador, Wat. Y tampoco creo que el hermano de Bosie asesinara a lord Abergordon. Es más, Scotland Yard nos asegura que la muerte de la señorita Scott-Rivers fue un accidente. El señor Sherlock Holmes parece estar a salvo en manos de Conan Doyle y no me cabe duda de que cuando lleguemos a Eastbourne encontraremos a Bradford Pearse igualmente a salvo, con buena salud, buen ánimo y dispuesto a revelarnos su secreto.

—¿Su secreto? —preguntó Sickert, recobrando la compostura—. No recuerdo que dijera nada acerca de ningún secreto.

—Todos tenemos nuestros secretos, Wat —dijo Oscar con una sonrisa—. Yo tengo los míos y tú los tuyos. Bradford Pearse tiene también los suyos. Al menos, eso confesaba en su carta.

—¿Ah, sí? —dijo Sickert, claramente perplejo—. Me decía que estaba asustado. No hizo mención de ningún secreto.

—¿Estás seguro? —preguntó Oscar. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó la carta de Pearse. La desplegó y se la pasó a Wat—. Vuelve a leer el último párrafo.

Sickert buscó el final de la carta y estudió con atención la letra garabateada de Pearse. Leyó entonces la conclusión de la misiva, despacio y en voz alta:

—«Ven a verme sí encuentras el momento. Temo contar la verdad». —Miró a Oscar—. A mí me parece que está muy claro. El hombre tiene miedo. Y así lo expresa.

Él recuperó la carta y volvió a examinarla.

—Me pregunto... —empezó con tono reflexivo—. Mucho me temo que la falta

de precisión de Pearse en lo que respecta a la puntuación dé pie a la ambigüedad. Quizá me equivoque, pero a mí me parece que la frase final de tu amigo es una admisión de que teme oírse decir la verdad. En realidad, lo que está diciendo es: «Wat, temo contar la verdad...». ¿No te parece?

Llegamos a la estación de Eastbourne cuando eran poco más de las seis y media. El tren iba con retraso. Hubo un fallo de agujas en Polegate. El Devonshire Park Theatre, recientemente construido y la joya de la refulgente corona teatral de Eastbourne, estaba situado en el sudoeste de la ciudad, a una considerable distancia a pie desde el centro de la villa aunque a tiro de piedra del mar. Llegamos a la entrada de artistas, situada en la parte trasera del teatro, a las siete menos un minuto. Nos quedamos en la calle bajo la luz crepuscular, y nos dirigimos al portero de la entrada a través de una pequeña reja cuadrada abierta en la puerta a la altura de la cabeza. Por lo poco que pudimos ver y oír de él, era un lúgubre y viejo tipejo originario de Lancashire que daba la impresión de haberse pasado la vida trabajando en el teatro y odiando cada minuto de ella.

—No se admiten visitas antes de la función —gruñó sin apenas lanzarnos una mirada. Era un hombre implacable que no se dejó conmovir ni por las súplicas de Wat ni, y eso sí es de tener en cuenta, por el tintineo de los relucientes chelines de Oscar—. No se admiten visitas —repitió.

—¿Está el señor Pearse en el teatro? —preguntó Oscar, pegando el rostro a la reja. El portero no respondió. Le oímos sorber alguna suerte de poción. Eructó luego despacio al tiempo que Oscar repetía la pregunta—. ¿Está el señor Pearse en el teatro? Necesitamos saberlo.

—Más le vale que esté —gruñó el portero—. ¿A quién si no van a matar en el cuarto acto?

Cuando abandonamos la entrada de artistas y rodeamos el edificio en dirección a la taquilla situada en la parte delantera, Oscar sacudió la cabeza y suspiró:

—Como se habrán dado ya cuenta, caballeros, he dedicado mi vida a entretener a las clases obreras, a enfurecer a las clases medias y a fascinar a la aristocracia..., aunque creo que acabo de encontrar a un igual. Nuestro Celador de Accrington^[11] forma en sí mismo una clase aparte, fuera de mi alcance.

Compramos sin dificultad tres entradas para la función de la noche. *Asesinato a bordo*, «un drama moderno fiel a la tradición», no había logrado ganarse la atención de la ciudad. A pesar de que Oscar esperaba poder ocupar un asiento en mitad de platea para ver la función, el señor Standen Triggs, el director del teatro, que casualmente estaba de servicio, demostró ser poseedor de una naturaleza indudablemente aristocrática al reconocer a Oscar en cuanto entramos al vestíbulo y manifestarse evidente, obsesiva y absolutamente fascinado por él. El señor Triggs estaba del todo abrumado por el honor de contar en su teatro con una eminencia de

las letras como el señor Wilde e insistió, consecuentemente, en que nuestro grupo ocupara el palco real en calidad de invitados personales de la dirección, disfrutando en todo momento de su humilde y sobrecogida servidumbre. Desde el mismo instante en que llegamos al Devonshire Park hasta que, tres horas más tarde, salimos del teatro, creo que Triggs no apartó la mirada de Oscar ni un solo momento. Le miraba fijamente, embelesado, como si tuviera ante sus ojos a la mismísima reina de Saba.

Afable y voluble en la misma medida en que el portero de la entrada de artistas de su teatro era taciturno y malcarado, Triggs resultaba en cierto modo fascinante. Era un hombre de porte menudo que todavía no había cumplido los sesenta años, de pulcro vestir y delicados modales. Su diminuta cabeza era francamente extraordinaria: redonda como un rábano y separada de los hombros por un cuello largo y delgado como un tallo. Cuando hablaba, se balanceaba de un lado a otro como un tentempié. Era casi calvo y tenía las mejillas rosadas y suaves, casi aterciopeladas; la nariz pequeña, aunque respingona y con la punta roja, parecía una obra de maquillaje teatral; los ojos, acuosos y enrojecidos, eran redondos y desconcertantemente protuberantes. Al tiempo que hablaba una y otra vez del «inmenso y desmesurado júbilo» que le embargaba ante nuestra presencia, durante toda la velada pareció estar al borde de un colapso emocional. Le temblaban las manos; el sudor le goteaba por la cara y el cuello en un constante reguero y sus ojos saltones derramaban una y otra vez densas lágrimas.

Antes de la función y durante cada uno de los tres largos intermedios, el señor Triggs nos recibió en su despacho, donde habló incesantemente. Su exuberancia y entusiasmo resultaban a la vez cómicos y conmovedores. Nos ofreció un vino alsaciano caliente y curiosamente desagradable.

—Excelente, ¿no les parece? —preguntó, riéndose al hablar. Cantaba las alabanzas de todo y de todos—. Su teatro, inaugurado hacía tan sólo ocho años, era probablemente, posiblemente... no, indudablemente, el teatro de estilo italiano más elegante fuera de Italia. Los dueños del mismo (la Devonshire Park and Baths Company) eran, «sin duda alguna», los más justos y decentes para los que cualquiera podía aspirar a trabajar y, aunque todavía no conocía al nuevo duque, y tampoco a la nueva duquesa del nuevo duque, sólo había oído hablar maravillas de ambos: «Sólo cosas muy buenas, excelentes». Y en cuanto a nuestro amigo Bradford Pearse..., «Uno de los actores favoritos de Eastbourne... ¿Existe acaso mejor actor de provincias de su generación y particular físico? No lo creo, sinceramente. ¿Existe acaso algún hombre de teatro más popular que él, salvando a los presentes? No, que yo sepa».

—¿Pearse goza de las simpatías de sus colegas? —preguntó Oscar, cuyos propios ojos parecían haber empezado a aguarse (probablemente a causa del vino).

—No tiene un solo enemigo en el mundo —declaró el señor Triggs—. Lo cierto

es que es tanta la simpatía, el respeto y la *confianza* que despierta su señor Pearse —añadió, inclinándose hacia Oscar confidencialmente— que le concedemos un privilegio que no concedemos a ningún otro actor del circuito de las obras en gira.

Oscar arqueó las cejas, interrogante.

—Le permitimos pasar la noche en el edificio. Aunque va contra las normas.

—¿Duerme aquí? —preguntó Sickert.

—Sí —respondió Triggs, sin apartar aún los ojos de Oscar—. Puede que Bradford Pearse suela ir corto de fondos, pero jamás está falto de amigos. Cuando aparece en el Devonshire Park Theatre, le permitimos que utilice su camerino como alojamiento.

—¿Y el portero de la entrada de artistas lo permite? —murmuró Oscar perplejo.

El señor Standen Triggs asintió solemnemente con la cabeza al tiempo que se secaba los ojos.

—Tal es la reputación de Bradford Pearse en esta selecta profesión —dijo.

Sería injusto pretender que la reputación profesional del señor Bradford Pearse se vio en algo mejorada gracias a su aparición en *Asesinato a bordo*.

—Ni siquiera es lo bastante mala como para ser buena —me susurró Oscar al tiempo que las lámparas del teatro atenuaban su luz para que diera comienzo el último acto—. Si no me equivoco, la palabra «farsa» se acuñó en el año 1528. Hace tiempo que me pregunto por qué. Ahora lo sé. Esta obra no es más que una tediosa farsa. No me extraña que el señor Triggs esté bostezando en la parte trasera del palco. Espero francamente que asesinen a nuestro amigo Pearse cuanto antes.

Pero no fue así. El último acto de *Asesinato a bordo* era el más largo, o al menos eso es lo que nos pareció. En el drama, Pearse desempeñaba el papel de padre y marido cruel: un capitán de barco que se desentiende por completo de su esposa y de sus hijos cuando está en el mar y que los maltrata sin remordimientos cuando regresa a casa. En los últimos instantes de la obra, su esposa decide que no puede seguir soportando su crueldad y, con una pistola que le ha robado a un desconocido que estaba de paso —personaje que forma parte de la compleja subtrama de la obra: ¡un ladrón de ganado peruano, si mal no recuerdo!—, mata a su marido de un tiro por la espalda cuando él, en un arrebato beodo y látigo en mano, la aparta de sí para azotar a su hija deforme, encogida, ciega y tísica.

Fue Oscar quien dijo eso de: «Hay que tener un corazón de piedra para leer sobre la muerte de la pequeña Nell sin reírse». Durante los instantes finales de *Asesinato a bordo* vi a mi amigo inclinarse sobre el borde del palco real del Devonshire Park mordisqueándose los nudillos.

Sickert, sentado justo detrás de Oscar, siseó:

—¿Y si el arma está cargada?

Oscar reprimió una risilla.

—Si lo está, podríamos matar al autor.

El pintor insistió.

—Alguien ha amenazado la vida de Bradford. Si va a morir, esta noche es el momento...

Oscar se volvió a mirarle.

—Silencio, hombre. Déjale morir en paz.

La pistola tronó en el escenario coincidiendo con las palabras de Oscar. El estallido fue tremendo. Desde el auditorio medio vacío se elevaron gritos de «¡No!». En la parte trasera del palco, un Standen Triggs totalmente reanimado masculló:

—Realista, ¿eh?

En el escenario, la actriz que representaba el papel de la esposa de Pearse soltó la pistola todavía humeante y se tapó angustiada los ojos. La joven que representaba a la hija de Pearse miró, enloquecida, a su madre y dejó escapar un espantoso chillido, y el propio Bradford Pearse se volvió en el centro del escenario a mirar al público. Tenía el pecho y las manos teñidos de sangre, los ojos cerrados y el rostro contraído. Se tambaleó, primero a la izquierda y luego a la derecha; de pronto, cayó hacia delante, hacia las candilejas. Durante un instante pareció que iba a precipitarse en el foso de la orquesta, pero no fue así. Con los brazos repentinamente extendidos, retrocedió de pronto y se derrumbó como un peso muerto en el suelo.

Cayó el telón.

—Merecía la pena la espera, ¿eh? —exclamó el señor Standen Triggs, poniéndose en pie para dar la señal de salida a la calurosa ovación.

También nosotros nos levantamos y vitoreamos al tiempo que recorriamos con los ojos el auditorio casi vacío. Vimos a otros espectadores que también se habían puesto en pie para ofrecer sus aplausos.

Instantes más tarde —el aplauso empezaba ya a vacilar—, el telón volvió a levantarse. Y allí, detrás de las candilejas, en fila, uno al lado del otro, tomados de la mano, la cabeza alta, a punto para saludar una vez más, estaban todos los miembros del reparto de *Asesinato a bordo*. Todos, excepto uno. Bradford Pearse había desaparecido.

11.

«Me temo lo peor»

—Se está haciendo de rogar —dijo el señor Standen Triggs, riéndose entre dientes—. Hará su entrada en el segundo saludo.

—Veremos —murmuró Oscar.

El telón cayó para volver a alzarse. Bradford Pearse seguía sin aparecer. Cuando se inclinó para saludar, la protagonista de la obra tenía los ojos puestos en los bastidores.

—Aquí llega —anunció un entusiasta señor Triggs.

—No creo —dijo Oscar, que ahora parecía preocupado—. Vayamos entre bastidores.

Al tiempo que se evaporaba el aplauso procedente del auditorio, el telón cayó por segunda vez. Antes de que tocara el suelo —con un desconcertante tañido: debían de haber rellenado el dobladillo con pesos metálicos—, vimos cómo los pies de los actores situados detrás rompían filas y desaparecían apresuradamente del escenario.

—¡Vamos! —ordenó Oscar.

—¡No se muevan! —respondió Triggs, acercándose a la parte delantera del palco e indicando, con una mano temblorosa aunque no exenta de orgullo, el foso de la orquesta que teníamos debajo—. Estamos en el palco real, éste es nuestro momento —declaró. En cuanto se puso elegantemente en posición de firmes, los cinco ancianos miembros de la orquesta residente del Devonshire Park Theatre rompieron a tocar el himno nacional. Tocaban como si les temblaran las manos casi tanto como a Triggs. Oscar se detuvo y se quedó totalmente inmóvil de cara al auditorio, sacando pecho, la cabeza erecta y la expresión del rostro hierática. Aunque no llevaba barba, tenía trece años menos y era diez centímetros más bajo, mostraba un más que aceptable parecido con el príncipe de Galés.

En cuanto el himno dejó de sonar, Oscar pasó de inmediato a la acción. Se volvió hacia Sickert.

—Tenemos que encontrar a Pearse —siseó.

—Por supuesto —dijo el señor Triggs, tomando a Oscar del hombro—. Le he oído. Pero primero... —Con una amplia sonrisa, asintiendo felizmente con la cabeza, con el rostro bañado en sudor y los ojos más bulbosos que nunca, el director del teatro señaló una vez más al foso de la orquesta. El director de orquesta, con la batuta alzada en el aire, alzó los ojos hacia nosotros y saludó con una elegante inclinación de cabeza. Cuando Oscar le devolvió el saludo (dando muestra de una pizca menos de elegancia), el quinteto de maduros virtuosos se embarcaron en una selección de

melodías favoritas de las óperas cómicas de Gilbert y Sullivan.

—¡Ah, *patience!* —exclamó Oscar, cerrando los ojos.

—En su honor, señor Wilde —gorgojeó el señor Triggs—, y están aumentando la intensidad de las luces de la casa para que pueda usted apreciar la cúpula del techo. Los querubines y las cariátides son obra de Schmidt de Holloway. Estoy convencido de que admirará usted su delicadeza.

—¡Naturalmente! —exclamó con desesperación Oscar, alzando la mirada hacia la decoración de yeso del techo—. Pero también estoy ansioso por saber de nuestro amigo Bradford Pearse.

—Por supuesto —respondió Triggs, asintiendo con la cabeza, todavía sonriente, aunque ya con los ojos humedecidos—. Es comprensible.

—Discúlpeme —dijo Oscar.

—Sígueme —fue la respuesta de Triggs. Hizo un gesto de la mano desde el palco hacia el foso de la orquesta. La selección de piezas de Gilbert y Sullivan cesó de pronto—. Vamos, caballeros. Vayamos al encuentro del amigo Pearse. La verdad es que no es propio de él no salir a saludar.

Moviéndose con ligereza, aunque respirando pesadamente como un duendecillo asmático, el señor Triggs nos sacó del palco real y nos llevó por un corto pasillo curvo hacia lo que él llamó «la puerta de paso».

—Esta puerta nos lleva directamente a los camerinos —explicó—. Aquí no tenemos ninguna de las comodidades tan típicas del West End, señor Wilde, pero, teniendo en cuenta que somos un teatro de provincias, no podemos quejarnos.

Cuando pasamos por la puerta, fue como si hubiéramos cruzado una frontera. De pronto, dejamos atrás el rojo y dorado lujo del país de la abundancia y nos encontramos en un país oscuro y desolado: las paredes eran simples ladrillos; los suelos, tablones desnudos, y la luz, tan pobre que apenas podíamos ver lo que teníamos delante.

—El camerino de Pearse es el primero a la izquierda —anunció Triggs—. Permítanme que vaya delante.

—¿Puede ver algo? —preguntó Oscar.

El señor Triggs, que al parecer avanzaba palpando la pared, soltó una risilla ligeramente nerviosa.

—Mis ojos tardan un poco en adaptarse —dijo—. Eso es todo. —En la penumbra, le vi examinando una tarjeta pegada a la puerta del camerino—. Éste es —dijo. Llamó. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—Entre —le ordenó Oscar.

—Me temo lo peor —susurró Sickert.

Standen Triggs buscó a tientas el pomo de la puerta, dio con él y lo hizo girar despacio.

—Tiene usted visitas, señor Pearse —anunció al tiempo que empujaba la puerta. Nos arracimamos alrededor de la entrada sin saber qué esperar.

—¿Está ahí? —preguntó Oscar.

—¡Bradford! —gritó Sickert, dando un paso al interior del camerino. Le seguimos—. No está aquí —dijo, volviéndose hacia Oscar—. Se ha ido.

La habitación era pequeña y cuadrada, de techo bajo, húmeda y sin ventanas, como la celda de una prisión. Con nosotros cuatro dentro, apenas quedaba espacio para poder movernos. Estaba iluminada por una sola lámpara de gas que colgaba de lo alto de la pared delante de la puerta. Debajo de la lámpara había un tocador cubierto con una toalla medio rota llena de todo tipo de lápices de maquillaje teatral. En el suelo, debajo del tocador, un estrecho colchón de paja ocupaba la habitación a lo largo, con una manta de marinero de color azul oscuro enrollada en un extremo a modo de almohada. A la derecha de la mesa vimos un pequeño armario de madera con la puerta abierta. El armario estaba bastante vacío. Tirado de cualquier modo sobre la silla de madera colocada delante del tocador, estaba el traje utilizado por Pearse durante la representación: unos pantalones, una chaqueta y la camisa empapada en sangre que llevaba en la escena final de la obra. Vi a Oscar hundir los dedos en la sangre y llevárselos después a la boca.

—¡Miren! —exclamó Wat Sickert, sobresaltado. A la izquierda del tocador había un espejo de cuerpo entero con el ambarino cristal moteado y picado. A la altura de los ojos, garabateadas con un lápiz de maquillaje en grandes letras mayúsculas que apenas se distinguían en la oscuridad del cuarto, se leía la palabra: «CONDIOS».

Oscar estudió de cerca el espejo y sorbió por la nariz.

—La ortografía de Bradford Pearse es tan pobre como su puntuación. —Se volvió de pronto hacia el director del teatro.

Debemos irnos, señor Triggs. ¿Sería tan amable de acompañarnos a la salida de artistas?

Sudoroso y sin dejar de temblar, el hombre se quedó donde estaba sin apartar la mirada del espejo.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Significa, mucho me temo, que debería avisar al sustituto del señor Pearse y hacerle saber que es muy posible que sea llamado a filas mañana por la noche.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido, Oscar? —preguntó Wat Sickert con una voz enronquecida por la alarma—. ¿Te parece que es lo que nos temíamos?

—¿Lo que se temían? —intervino el señor Triggs, con una respiración más trabajosa que nunca—. ¿Y qué es lo que se temían? —Miró a Oscar con sus enormes ojos velados por las lágrimas. Parecía desolado y exultante a la vez.

—Nada, señor Triggs —respondió Oscar, conciliador—. Esperábamos ver esta noche al señor Pearse y nos temíamos que hubiera huido, eso es todo. Sabemos que

está preocupado por sus acreedores. Vamos, debemos irnos. Sin duda daremos con él en alguna de las tabernas cercanas.

El señor Triggs nos acompañó desde el camerino de Pearse hasta la puerta de entrada de artistas por una empinada escalera de hierro. A pesar de que no debían de haber transcurrido más de quince minutos desde que el melodrama había tocado a su fin, el teatro estaba ya vacío. Al llegar a la puerta de entrada de artistas, nos encontramos con la actriz principal de la obra —la señorita Dolly Justerini, «otra de las grandes favoritas de la escena teatral de Eastbourne»—, que devolvía en ese momento la llave de su camerino al lúgubre portero. Cuando Triggs hizo las debidas presentaciones, ella nos dedicó una apresurada inclinación de cabeza, pero pidió ser excusada. Su «caballero andante» le había prometido una generosa copa de oporto en el The Devonshire Arms, y, dados el precio del oporto y la naturaleza de los hombres, no tenía la menor intención de hacer esperar a ninguno de los dos.

Tras felicitarla por su actuación, empleando para ello términos exacerbadamente exagerados que la señorita Justerini aceptó tal como se esperaba de ella, Oscar preguntó:

—¿Cree usted que encontraremos al señor Bradford Pearse en The Devonshire Arms?

—Lo dudo —trinó ella por encima del hombro al tiempo que desaparecía por la calle—. Últimamente, Brad pasa la mayor parte de su tiempo ocultándose. Salió corriendo al término de la función, antes de que tuviéramos que volver a escena para saludar. Probablemente se haya encerrado en su camerino, el muy travieso. Buenas noches, dulces príncipes. Buenas noches, Harold. —Había ya desaparecido en la noche cuando respondimos a sus palabras. El portero soltó un ligero eructo, pero no dijo nada.

—¿Cree usted que Pearse puede estar todavía en el teatro? —preguntó Wat Sickert.

Por primera vez, el portero levantó la mirada del periódico.

—Se dio el piro hace veinte minutos. Quizá sabía que ustedes venían.

Oscar escribía en ese momento algo con un lápiz en el dorso de una de sus tarjetas de visita. Miró al señor Triggs y sonrió.

—¿Tiene el señor Pearse llave propia de la puerta de acceso de artistas? —preguntó.

—Sí —respondió el hombre, que parecía más calmado—. Pero sólo puede volver a entrar al edificio antes de la medianoche, porque es a esa hora cuando Harold —señaló con la barbilla al portero sin cruzar con él la mirada— se va a dormir. El señor Pearse dispone de una llave de la cerradura principal, pero a medianoche Harold se marcha a casa y cierra otras dos cerraduras con llave antes de irse. Desde medianoche hasta las ocho de la mañana, es imposible acceder al interior del edificio.

—¿De veras? —preguntó Oscar.

—Como se lo digo —fue la respuesta del señor Triggs. Abrió de un tirón la puerta de acceso y salió con nosotros a la calle. En lo alto del cielo brillaba una luna blanquecina y el aire de la noche era templado. A lo lejos, el reloj de una iglesia dio la hora y una gaviota chilló en la oscuridad por encima de nuestras cabezas.

—Si ve a Bradford Pearse antes que nosotros, señor Triggs —dijo Sickert, estrechando la mano del director del teatro—, no olvide decirle que hemos estado aquí. Y pídale que se ponga en contacto con nosotros lo antes posible.

—Así lo haré. Le diré que han estado aquí. Pero estoy convencido de que darán con él sin mayor dificultad. Por un momento, el señor Wilde me ha alarmado cuando le he oído hablar de la necesidad de convocar a un sustituto, pero si Pearse no está en The Devonshire Arms, estará en The Cavalier o en The Prince Albert..., o quizás en el Lamb. Darán con él, no me cabe duda. —Me estrechó la mano afectuosamente, aunque tenía los dedos fríos como el hielo. Se volvió entonces a mirar a Oscar y alzó hacia él una mirada totalmente rendida—: Señor Wilde —dijo con unos ojos que habían recuperado por completo su brillo—, ha sido tal el honor...

—El honor... y el placer... han sido nuestros —respondió Oscar, inclinando la cabeza ante nuestro anfitrión y haciéndole entrega de una tarjeta de visita—. Haga uso de esta dirección, señor Triggs —añadió al tiempo que se alejaba de la puerta de acceso—, se lo ruego.

El director del teatro aceptó la tarjeta y se la llevó a los labios como si se tratara de una oblea sacramental.

—¡Buenas noches, caballeros! —nos gritó cuando nos alejábamos ya calle abajo. Nos volvimos entonces y vimos que el hombrecillo había sacado un gran pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta y lo agitaba sobre su cabeza. Siguió agitándolo hasta que llegamos a la esquina y salimos a la calle principal, perdiéndole de vista.

—Standen Triggs es un buen hombre, ¿no os parece? —dijo Oscar.

—Un tipo extraño —respondió Sickert.

—Has escrito algo al dorso de tu tarjeta, Oscar —le dije—. ¿Qué era?

—El nombre de un médico. Un especialista que fue colega de mi padre. Creo que el señor Triggs padece lo que se conoce como enfermedad de Graves. Quizás él no se haya dado cuenta, pero tiene todos los síntomas, pobre hombre..., empezando por sus protuberantes pupilas. Mucho me temo que no le quede demasiado tiempo en este mundo.

—Lamento mucho oír eso —dije.

Wat Sickert se detuvo de pronto.

—¡Eres un auténtico fenómeno, Oscar Wilde! Pareces saberlo todo.

—Desgraciadamente —respondió él, deteniéndose también y rodeando el hombro de Sickert con el brazo—, desconozco el paradero de tu amigo Bradford Pearse.

Sickert se rió.

—Al menos sabemos que no ha muerto asesinado en el último acto. Y que salió vivo del teatro.

—Sí —repuso Oscar con aire ausente—. O al menos eso es lo que ha dicho el portero.

—¿Dudas de su palabra? Estoy seguro de que encontraremos a Pearse en una de las hosterías cercanas.

—No lo creo —replicó Oscar, buscando su pitillera—. Dudo mucho que encontremos a Bradford Pearse esta noche.

—Pero tenemos que buscarle, ¿no? —insistió Sickert.

Oscar encendió una cerilla y la pálida faz y los penetrantes ojos de Wat se iluminaron de pronto. Estábamos juntos en un pequeño círculo en la calle desierta. Colina arriba, hacia la izquierda, se adivinaban las luces de la ciudad. Más abajo, a la derecha, estaba la calle que llevaba a Beachy Head.

—¿Qué hora es? —preguntó Oscar.

—Justo acabo de oír que un reloj daba la hora —dije—. Deben de ser poco más de las once.

Se volvió hacia mí y sonrió al tiempo que entrecerraba los ojos y me miraba fijamente. Así lo hacía cuando estaba a punto de pedirme un favor.

—Robert —dijo—, ¿podrías quedarte aquí vigilando mientras Wat y yo recorremos las tabernas de la ciudad? Te dejaré unos cuantos cigarrillos para que no te aburras. Si Bradford Pearse planea alojarse esta noche en el teatro, volverá antes de la medianoche. Si aparece, cosa que dudo mucho, llévale a The Lamb, en High Street. Nos hospedaremos allí esta noche.

—¿Vamos primero a The Devonshire Arms? —preguntó Sickert.

—Sí —fue la respuesta de Oscar—, aunque será una breve visita, eso en caso de que el dueño nos deje entrar a estas horas. Y también iremos a The Cavalier, a The Prince Consort y a todas las posadas que encontremos por el camino. Y lo haremos, Wat, para calmar tu conciencia... y para que te quedes con la sensación de que «estamos haciendo algo». Pero no daremos esta noche con Bradford Pearse... ni vivo ni muerto.

—¿Crees que está muerto? —preguntó el pintor, repentinamente alarmado.

—No sé más de lo que puedas saber tú, Wat. Si está vivo, y quiera Dios que así sea, se oculta en algún lugar... por motivos que desconocemos todavía. Si el pobre desgraciado ha sido asesinado durante la última media hora y ya está muerto, abandonado en alguna zanja o en algún desolado callejón de Eastbourne, ya es demasiado tarde..., hemos llegado demasiado tarde. Además, está muy oscuro para que podamos dar con él ahora. A fin de complacerte, amigo, seguiremos buscando hasta medianoche. Y mañana, cuando la luz del día lo permita, podremos

reemprender la búsqueda en serio.

El instinto de Oscar no falló. Hasta pasada la medianoche, seguí vigilando en la esquina de Compton Street y Hardwick Road, fumando sus cigarrillos y sin quitarle ojo a la puerta de acceso de artistas del teatro Devonshire Park. Pasó primero un perro solitario, un renqueante cocker spaniel, seguido de dos borrachos que se alejaron tambaleándose, pero no hubo ni rastro de Bradford Pearse. Cuando el reloj de la iglesia dio las doce, vi que la puerta de artistas se abría, dando paso al portero. Me pareció mucho más alto de lo que había imaginado... y también más delgado, y me sorprendió verle sacar una bicicleta del teatro. En cuanto se volvió de espaldas y cerró las dos cerraduras de la puerta de artistas, miró a ambos lados de la calle, montó en la bicicleta y se alejó sobre ella a toda velocidad.

No me moví de mi sitio durante quince minutos más. No vi a nadie. En cuanto creí haber cumplido con mi deber, me dirigí colina arriba hacia High Street. Encontré a Oscar y a Wat juntos. Fumaban, de pie, en los escalones principales de la hostería Lamb.

—Tampoco nosotros hemos dado con él —dijo Oscar—. Los posaderos locales le conocen bien, y al parecer le profesan una gran simpatía, pero nadie parece haberle visto el pelo esta noche. Están completamente seguros, y nadie, nadie en absoluto, tiene la menor idea de dónde pueda estar.

—Estoy angustiado —dijo Wat—. Pearse es mi amigo.

—Le encontraremos —le tranquilizó Oscar, tirando su cigarrillo a la alcantarilla y elevando la mirada hacia la cúpula negro azulada del cielo—, aunque no esta noche. —Rodeó los hombros de Sickert con un brazo reconfortante—. Los astros están cansados, y nosotros también. Acostémonos, *mes amis*. —Entrelazó su otro brazo en el mío—. Hemos reservado habitaciones aquí, Robert. Y, según dice Wat, «están limpias y son baratas y agradecidas, como las mejores hijas del disfrute». Y la señora Fletcher, la esposa del posadero, bendita sea, es una santa. Si dejamos nuestras camisas en la puerta, promete devolvérmolas planchadas y almidonadas en cuanto rompa el día. Esto es Eastbourne, caballeros, donde la era de los milagros sigue siendo una realidad.

No dormí mucho, aunque sí profundamente, y cuando a las seis y media me desperté, para mi sorpresa, repuesto, vi a nuestra sacrosanta posadera junto a mi cama con una amable sonrisa en los labios y con mi ropa limpia, toallas tibias y un cuenco lleno hasta los bordes de burbujeante agua para el afeitado en las manos. La señora Fletcher era sin duda todo un parangón: cuando descorrió las cortinas y abrió la ventana de la habitación, pude ver que debía de tener mi edad y que, aunque un poco entrada en carnes, era hermosa como una lechera de Watteau. Levanté la cabeza de la almohada y le di los buenos días. Ella se limitó a responderme con una breve reverencia y dijo:

—El desayuno estará servido dentro de unos minutos. El señor Wilde ha pedido huevos de oca. —Acto seguido, siguió a lo suyo. (¿Qué necesidad tenía yo de haber ido a París y casarme con una cansina feminista polaca como Marthe Lipska cuando podría perfectamente haber ido a Eastbourne y haberme buscado una saludable muchacha inglesa como la señora Fletcher?). Me levanté y me acerqué a la ventana. El martes, 5 de mayo de 1892, ofrecía una temprana mañana estival, deliciosamente luminosa y fresca. El cielo era de un azul celeste y no se veía en él una sola nube. Soplaban una suave brisa, preñada del aroma de los alhelíos. Me afeité, me vestí y me anudé la corbata, poniendo en ello especial atención al tiempo que pensaba en la señora Fletcher y sonreía al recordar uno de los axiomas favoritos de Oscar: «Una corbata bien anudada es el primer paso serio de la vida».

Él y Wat habían llegado a la mesa del desayuno antes que yo. También ellos parecían notablemente recuperados. Oscar estaba en realidad entusiasmado. Cuando aparecí, se levantó, se dirigió al aparador y empezó a levantar las tapas de los platos del desayuno como un mago que sacara ramos de flores o conejos blancos de un sombrero.

—Permíteme que te sirva, Robert. No lo lamentarás. La señora Fletcher nos ha servido arenques frescos, jamón local, riñones adobados y costillas de cordero. Y también huevos. Un huevo es siempre una aventura, Robert..., nunca se sabe lo que puede esperarse de él. Pero si se trata de un huevo de oca...

—Tomaré uno de los huevos de oca de la señora Fletcher, si te parece —dije, dándole el plato.

No había duda de que mi amigo se había levantado esa mañana de buen humor. Se volvió a mirar a Wat y susurró:

—¿Has oído cómo ha pronunciado Robert el nombre de nuestra posadera? «Señora Fletcher»... —Articuló las dos palabras al tiempo que depositaba un huevo frito de oca en mi plato. Luego me guiñó el ojo.

—¡Robert ha vuelto a enamorarse! —declaró—. Un día lejos de Constance y mi querida esposa pasa al olvido. Este Robert Sherard es todo un caprichoso...

Añadí una loncha de jamón de Sussex a mi plato, cogí una tostada y me senté a la mesa.

—No seas absurdo, Oscar. El afecto que siento por Constance, aunque no deja de ser profundo, es totalmente caballeroso, como bien sabes.

—Mientras que el de Edward Heron-Allen... —dijo él, sonriendo malévolamente.

—No te atrevas a mencionar el nombre de ese hombre en mi presencia —le interrumpí—. En mi opinión, el interés que manifiesta por Constance es del todo insano.

Oscar se rió.

—Es inofensivo, Robert, te lo aseguro. Constance se siente halagada por sus

atenciones y yo se lo agradezco. Las mujeres dan a los hombres el oro de sus vidas, aunque invariablemente desean recuperarlo en pequeñas minucias. Heron-Allen me ayuda con esas pequeñas minucias.

Wat Sickert dio unos golpecitos en el borde de su plato de desayuno con el cuchillo.

—Caballeros, caballeros —exclamó—. ¿No es demasiado temprano para esta clase de chanzas? Creía que sólo la gente aburrída resultaba brillante a la hora del desayuno.

Oscar sonrió.

—Siempre hay excepciones que confirman la regla —murmuró. Tomó un sorbo de café mientras contemplaba la mesa—. Pero tienes razón, Wat. Concentrémonos en el banquete que la señora Fletcher nos ha preparado.

—Estaba pensando en Pearse —dijo el pintor.

Oscar dejó la taza de café en el plato y guardó silencio durante unos instantes.

—Yo también —declaró por fin, cogiendo despacio su servilleta y limpiándose con ella los labios—. Te tengo aprecio, Walter, mucho aprecio. Por eso se lo tengo también a Pearse. Y no olvido en ningún momento que fue mi invitado. El domingo pasado su vida se vio amenazada... y fue en mi club, en mi mesa, durante el absurdo juego al que jugamos instigados por mí. Soy muy consciente de mi responsabilidad. —Dejó la servilleta encima de la mesa y me miró—. Y que no te quepa duda, Robert, de que quiero a Constance más que a mi propia vida. No permitiré que nada la hiera. También su vida se vio amenazada. También su nombre estaba entre los de las «víctimas». No descansaré hasta que hayamos desentrañado este misterio. —Abrió entonces la palma de su mano izquierda y pasó por ella su índice derecho—. Veo una muerte repentina en esta mano infeliz —dijo. Paseó la mirada por nosotros y sonrió—. Coman, caballeros. He pedido un carruaje. Estará aquí a las ocho.

Comimos y lo hicimos con fruición. Sickert estuvo especialmente encantado cuando la señora Fletcher nos sirvió mermelada Keiller's Dundee.

—Es la única marca de los pintores —explicó mientras la esparcía con reverencia sobre su tostada—. Degas, cuando viene a Inglaterra, se niega a comer otra cosa.

—Degas es un gran hombre —dijo Oscar—. No lo dudo.

Nuestro «carruaje», cuando llegó, resultó ser un pequeño carro de dos ruedas tirado por un simple poni. Cuando Oscar se hizo cargo de nuestra cuenta en The Lamb y hubimos dispensado un afectuoso *adieu* a la señora Fletcher, subimos al coche. Oscar y Wat se instalaron juntos en el único asiento para el pasaje y yo me senté delante con el joven cochero. No puede decirse que nos sobrara el espacio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sickert al tiempo que nuestro pequeño grupo emprendía la marcha a un paso no demasiado seguro.

—Colina abajo —respondió Oscar—, hacia el final de la ciudad en dirección al

oeste... Al cabo.

—¿A Beachy Head?

—Sí, Wat. Prepárate. Me temo lo peor.

12.

Beachy Head

Llegamos a la lengua de tierra en poco más de una hora.

Yo había estado allí en una ocasión con mi madre cuando apenas era un niño. Ella era nieta del poeta William Wordsworth (¡cosa que tenía siempre presente!), y me había llevado a Beachy Head cuando era pequeño porque mi bisabuelo la había llevado allí a ella cuando era niña. En esa época ella tenía once años y él setenta. Según me dijo mi madre, mi bisabuelo le había dicho que, con su «magnífica pradera verde, sus altos acantilados blancos y el cielo azul de Dios encima, no hay en Inglaterra paisaje más majestuoso que el que ofrece Beachy Head».

Sin duda habría hecho falta echar mano de un poeta dotado de las facultades de mi bisabuelo para hacer justicia a la impresionante belleza que ofrecía el lugar ese jueves por la mañana cuando Oscar Wilde, Walter Sickert y yo accedimos al promontorio en busca de Bradford Pearse. Nuestro pequeño carruaje abierto subió a trompicones por el largo, empinado y desierto sendero, deteniéndose aproximadamente cada cincuenta metros para que el poni recuperara fuerzas y para que nosotros pudiéramos disfrutar de las vistas. Oscar iba sentado muy erguido en el asiento del pasaje, envuelto en su capa carmesí y observando atentamente la escena.

—El nombre «Beachy» procede de la palabra utilizada en francés antiguo para «hermoso» —anunció, como si fuera un guía turístico acompañándonos en una visita por las callejuelas de Florencia—. Esta hermosa lengua de tierra ha sido llamada así durante casi mil años. La belleza es ajena al tiempo. Como bien nos enseña la vida, el arte y la naturaleza, todas las cosas hermosas (estos blancos acantilados, el cielo azul, los frescos de Giotto, la música de Mozart, el perfil del joven que nos guía esta mañana con tanta destreza) pertenecen a la misma era...

Nuestro joven cochero, que resultó ser el sobrino de la señora Fletcher, se volvió a mirar a Oscar y se rió. Acto seguido detuvo el pequeño carruaje.

—*Rosie* no puede seguir más adelante —dijo—. Si desean subir a la cima del acantilado, tendrán que hacerlo caminando.

—¿Caminando? —exclamó Oscar, fingiendo un desmayo—. Si el caballo no es capaz de subir hasta ahí con sus cuatro patas, ¿imaginas acaso que yo podré hacerlo con sólo la mitad?

—No queda lejos —respondió el muchacho, volviendo a reírse—. Ya prácticamente han llegado. —Tenía una risa amable. Era evidente que encontraba a Oscar maravillosamente cómico—. No se preocupe. Esperaré aquí para volver a llevarles abajo.

Wat Sickert se había puesto de pie y se había protegido los ojos con las manos al tiempo que escudriñaba el horizonte.

—Aquí no hay nadie —dijo—. No veo a nadie. No tiene sentido seguir subiendo.

Oscar descendía en ese momento del coche ayudado por el joven cochero y jadeando trabajosamente.

—Por supuesto que tiene sentido —masculló—. Dicen que si el día está despejado, desde la cumbre puede verse la isla de Wight. Con toda probabilidad Su Majestad estará en la galería de Osborne House, saludando en nuestra dirección con la mano. Sería tremendamente grosero, por no decir antipatriótico, no corresponder a su saludo.

El muchacho se tapó la cara y se rió entre dientes, dando muestras de un alegre descrédito al tiempo que aceptaba el chelín que Oscar le ofrecía.

—No seas absurdo, Oscar —replicó Sickert—. ¿Es que no puedes hablar nunca en serio? —preguntó, visiblemente enfadado—. Estamos aquí porque Pearse ha desaparecido y tú no haces más que decir tonterías.

—Ya conoces mi regla, Wat —respondió él en un alarde de cordialidad, rodeando el carruaje por detrás y ofreciéndole la mano a Sickert, que en ese momento descendía del vehículo—. Debemos siempre ser un poco improbables..., independientemente de cuáles sean las circunstancias.

—No es momento para risas —respondió el pintor.

—Río por no llorar —dijo Oscar, bajando la voz y volviéndose hacia lo alto del acantilado—. Vamos, Wat —prosiguió, poniendo una mano en su hombro—. Subamos a la cima. Para eso hemos venido. Si Bradford Pearse ha estado aquí, tenemos que saberlo.

Los tres recorrimos trabajosamente en silencio los últimos cuatrocientos metros que nos separaban del punto más alto y más lejano de Beachy Head. Una brisa helada nos azotaba la cara. La hierba estaba húmeda y blanda bajo nuestros pies y sobre nuestras cabezas las gaviotas planeaban y chillaban en el aire.

—¡Allí! —gritó Oscar de pronto, señalando el borde del acantilado.

—¿Dónde? —chilló Wat, alarmado.

—¡Allí! —volvió a gritar Oscar—. En la cima, justo en el borde. ¿No lo ves?

Entonces lo vi. Durante un instante creí que se trataba del cuerpo de un perro muerto semioculto entre la hierba. Wat Sickert también lo vio. Juntos, todos a una, corrimos hacia él y frenamos en seco al llegar junto al borde del acantilado. Justo al otro lado del borde, debajo de nosotros —muy, muy por debajo de nosotros—, vimos el mar que rompía contra la base del acantilado y las gotas de agua elevándose hacia nosotros. En la lejanía, el inmenso e impresionante muro de pizarra tenía sin duda un aspecto majestuoso; visto de cerca, lejos de inspirar fascinación, la realidad del profundo precipicio a nuestros pies resultaba aterradora.

—¡Cuidado! —gritó Walter Sickert, cayendo de rodillas—. Agachaos.

Debíamos de estar al menos a un par de metros del borde del acantilado —y por tanto no corríamos un peligro real—, pero, de pronto, la vigorizante brisa que nos había enfriado durante nuestro ascenso a la colina se había convertido al llegar a la cima en un fuerte viento que amenazaba con empujarnos a nuestra perdición. Me tumbé en el suelo y, durante un instante, la tierra pareció girar a mi alrededor. Apoyé la cara contra la hierba húmeda y respiré despacio. Cerré los ojos y recuperé el equilibrio. Cuando los abrí, vi a Sickert que, apoyado sobre los codos y las rodillas, avanzaba despacio hacia el objeto que estaba en el borde del acantilado.

—¿Puede llegar hasta él? —pregunté.

—Sí —respondió, atragantándose al hablar. Durante un breve instante creí que sollozaba o que gimoteaba de dolor, pero me equivoqué: se reía—. Menudo espectáculo debo de parecerles a las gaviotas —gritó—. Oscar tiene razón. Debemos mostrarnos siempre un poco improbables. —Se había acercado alarmantemente al borde del precipicio. Si hubiera rodado un metro hacia su izquierda, se habría precipitado a una muerte segura. Tenía el brazo derecho estirado hacia delante—. Ya casi lo tengo —jadeó.

—¿Qué es? —grité.

A mi espalda, Oscar respondió:

—Es la bolsa de viaje de Pearse. Eso es lo que hemos venido a buscar.

Todavía tumbado boca abajo, giré la cabeza para mirar atrás. Oscar estaba de pie a unos cinco metros de mí, observándonos. Levantó la mano y la agitó en el aire.

—Sois un par de buenos hombres —gritó.

—¡Lo tengo! —exclamó Wat Sickert. Sujetaba con las puntas de los dedos de la mano derecha el borde de un maletín de cuero negro: una vieja bolsa Gladstone, maltrecha y voluminosa. Despacio, centímetro a centímetro, fue arrastrándola sobre la hierba hasta que por fin pudo alcanzar el asa. Le vi deslizarse hacia delante hasta que la agarró con firmeza—. ¡Sí! —gritó, triunfal, rodando sobre su espalda y sosteniendo en alto la bolsa Gladstone.

—¡Bravo! —exclamó Oscar.

—¡Dios mío! —gritó Sickert, presa de un terror repentino al darse cuenta de que tenía el hombro, el muslo y la pierna derechos apoyados en el borde mismo del acantilado. Impulsado por no sé qué fuerza, logré ponerme de pie y me lancé hacia él, cogiéndole de las piernas y apartándole violentamente del borde de un tirón. Tiré de él hasta que conseguí alejarle varios metros del borde. Con la bolsa firmemente agarrada en un brazo y apoyándose en mí con el otro, logró él también levantarse y, entre risas y temblores, bajamos juntos la colina.

—¡Mis héroes! —exclamó Oscar, abriendo los brazos para abrazarnos. Nos quedamos plantados delante de él como un par de escolares que hubieran regresado

de una gran aventura.

Él cogió la maltrecha bolsa Gladstone de manos de Sickert y la sostuvo en alto ante nuestros ojos.

—Examinemos la prueba. Has arriesgado tu vida por esto.

El pintor negó con la cabeza y se secó los ojos y el bigote con las manos.

—¿Es la bolsa de Pearse? —preguntó, recobrando el aliento.

—Eso parece —respondió Oscar—. Aquí están sus iniciales: BP... —Acarició el cuero con la mano—. Está húmeda por el rocío. Lleva aquí unas horas.

—Wat la arrastró sobre la hierba —señalé.

—Sí, pero los excrementos de ave que presenta están secos, incrustados. Dejaron aquí la bolsa anoche... o, si ha sido esta mañana, desde luego ha sido antes del amanecer. ¿Qué es lo que contiene? Supongo que casi nada. Apenas pesa. Y está abierta... —abrió la cerradura con el pulgar y el índice. Luego se inclinó hacia delante y echó una mirada al interior de la bolsa—. Prácticamente nada, como había supuesto... Ni un bote de maquillaje; ni un cepillo; ni un solo útil para el afeitado... Sólo documentos, nada más. Podemos examinarlos en el tren. Vamos, caballeros. Nuestro auriga espera.

—¿Adónde vamos? —preguntó Wat.

—Volvemos a Londres. Nuestra misión aquí ha terminado.

Sickert pareció desconcertado.

—Pero, Bradford... —protestó—. Debemos buscar su cuerpo.

—No daremos con él —dijo Oscar, cerrando la bolsa Gladstone y dándomela para que cargara con ella—. Si tu desafortunado amigo ha saltado al vacío desde lo alto del acantilado, o si le empujaron, el mar debe de haberse llevado su cuerpo hace ya unas horas. La marea ha bajado al amanecer. Informaremos de lo que sabemos a la policía de camino a la estación, ellos se encargarán de alertar al guardacostas. Vamos.

—¿Crees que mi amigo está muerto, Oscar? —preguntó Wat, muy serio.

—Si cayó desde el acantilado, lo está. Es el acantilado más alto de la costa. Se ha llevado más de mil vidas hasta la fecha. No tengo noticia de que haya habido supervivientes.

—Entonces, ¿le han asesinado?

—Es posible —respondió, volviendo la mirada hacia el borde del promontorio—. No hay signos de violencia, aunque eso no significa nada. Tampoco hay huellas de botas en la hierba, pero lo único que eso prueba es que quienquiera que estuviera aquí en último lugar lo hizo antes de que cayera el rocío de la mañana. Sí, es muy posible que el pobre hombre haya sido asesinado.

—No tenía un solo enemigo en el mundo.

Oscar sonrió.

—La mayoría de los asesinatos no son obra de nuestros enemigos, sino de

nuestros amigos.

—¿Podría haberse quitado la vida? —pregunté.

—Ésa es también una posibilidad. Desde la cima de este acantilado se cometen más suicidios que desde ningún otro lugar del planeta. Naturalmente —añadió, volviéndose hacia nuestro pequeño carruaje y su poni, que seguían esperándonos—, resulta demasiado obvio suicidarse en Beachy Head. Roza un poco lo que los franceses conocen como *cliché*. Aunque, teniendo en cuenta lo visto en el melodrama de anoche, Bradford Pearse no es demasiado enemigo de la obviedad. No parecía en absoluto temeroso de caer en un *cliché*.

Wat Sickert se estremeció y negó con la cabeza en un gesto desesperado.

—La vida es una broma —sentenció Oscar—, y la muerte, una certeza. Aunque no sea ahora, llegará, Wat, dalo por seguro. Hay que estar preparados.

El pintor guardó silencio y bajamos a trompicones la colina hacia el camino.

—¿Por qué iba a querer quitarse la vida? —pregunté.

—Quizá su «secreto» le abrumaba —dijo Oscar.

—¿Qué «secreto»? —preguntó Sickert repentinamente—. No creo que tuviera ningún secreto. Hace años que le conozco.

—Todos tenemos secretos, Wat. Nadie es del todo lo que parece. Bajo el engañoso exterior, tras la poblada barba de marino, había otro Bradford Pearse, quizás un hombre al que tú jamás conociste. ¿Te acuerdas de lo que te escribió en la nota que te envió? «Ven a verme si encuentras el momento. Temo contar la verdad». Habíamos llegado adonde nos esperaba nuestro cochero.

—Cambiemos de tema —dijo Wat mientras el chiquillo ayudaba a Oscar a subir al coche. Yo volví a tomar asiento en el pescante, con la bolsa Gladstone de Bradford Pearse sobre las rodillas. Cuando se sentó a mi lado, nuestro joven cochero le lanzó una mirada inquisidora.

—Creo que el señor Wilde desea que nos lleves a la estación —dije.

—Allá vamos —respondió el muchacho, cogiendo las riendas y dándoles una pequeña sacudida para poner al poni en movimiento.

Mientras descendíamos vacilantemente por la ladera, Sickert se protegió los ojos con las manos una vez más y miró despacio a su alrededor, estudiando el paisaje de este a oeste.

—Quiero fijar esta escena en mi memoria —dijo—. Algún día la pintaré.

Oscar se rió entre dientes y buscó su pitillera.

—¿Un paisaje sin figuras, Wat? ¿Tan sólo la hierba, el mar y el cielo? ¿Estás bien? Ya veo que la naturaleza está abriéndose paso en el cautivador círculo del arte y no estoy demasiado seguro de que eso me guste.

—La ladera está plagada de sombras, Oscar. Sé que te gustan.

—¿Sin ningún elemento que sea obra del hombre?

Wat se rió y aceptó el cigarrillo que Oscar le ofrecía.

—Para complacerte, amigo mío, incluiré el faro.

—¿El faro? ¿Dónde está?

—Allí —respondió Sickert, señalando al oeste—. En la siguiente lengua de tierra.

Oscar se inclinó hacia delante y le gritó al muchacho:

—¿Ese faro... está muy lejos de aquí?

—A poco menos de un kilómetro en línea recta. Y a tres por el camino.

—Llévanos hasta allí, si eres tan amable —le ordenó Oscar—. Y lo más deprisa que puedas. Te espera un chelín adicional. Quizás el farero pueda ayudarnos. ¿Le conoces? ¿No seréis, por casualidad... —hizo una pausa antes de seguir— *consanguíneos*?

El muchacho se rió. Se volvió a mirar a Oscar a los ojos y le dedicó un guiño.

—Entiendo lo que me dice, señor. Y la respuesta es «Sí, es sangre de mi sangre». Es mi tío. Le gustará.

Esta vez fue Oscar quien se rió. Le dio una palmada a Sickert en la rodilla.

—¡Ya lo ves! No hay en Londres un solo muchacho que se precie que conozca a su padre. En el campo, en cambio, todo el mundo es familia.

El faro, conocido como el Belle Tout del cabo Siete Hermanas —construido, casualmente, por el bisabuelo de nuestro joven cochero en el año 1832—, era una estructura fea, vulgar, cuadrada, achaparrada y toscamente tallada en piedra. Tenía el inhóspito aspecto de la torre de una prisión militar. A medida que nos acercábamos, en la solitaria ventana del edificio abierta en lo que debía de ser la segunda planta, justo debajo de la misma lámpara, vimos la figura de un hombre corpulento que fumaba en pipa.

—¿Es ése tu tío? —preguntó Oscar.

El muchacho levantó unos ojos entrecerrados hacia lo alto del edificio.

—No —respondió—, no es él. Debe de ser uno de sus hombres. Es imposible no reconocer a mi tío. Es todo un personaje.

El muchacho no exageraba. Su tío podría perfectamente haber sido uno de los personajes de los hermanos Grimm, o incluso de los más oscuros versos de Edgar Allan Poe, el héroe poético de Oscar. Era un hombre de pequeña estatura y deforme en todos los sentidos. Tenía la espalda torcida, cojeaba, tenía una deformación congénita en el pie y una mano inutilizada, una piel áspera y llena de verrugas, su cabeza morena y calva era un desolado paisaje de llagas y agujeros y llevaba un parche negro sobre el ojo izquierdo.

—Es grotesco —murmuró Oscar al ver al hombre que avanzaba renqueante hacia nosotros—. Habla tú con él, Robert. Yo soy incapaz.

La obsesión de Oscar Wilde por la «belleza» rozaba lo patológico. En una de sus famosas citas, Max Beerbohm dijo una vez: «Oscar quizá no haya inventado la

Belleza, pero fue el primero que la paseaba allí donde iba». Sin embargo, el contrapunto a la pasión que Oscar mostraba hacia lo que él consideraba hermoso era su repulsión hacia lo que a sus ojos era feo. Para él la fealdad era un pecado, un mal, obra del diablo, y se negaba a contemplarla. Aunque era un hombre dotado de una gran dulzura y de una enorme generosidad, cambiaba de acera para evitar la visión de un mendigo de desafortunado aspecto. Se compadecía de las desventuradas «Chiquillas Fos», esas pobres criaturas que trabajaban en la Fábrica de Fósforos Victoria y que se dejaban las mandíbulas y los dedos sumergiendo pequeñas varillas de madera en el venenoso fósforo hora tras hora, día tras día. Pero cuando, en una ocasión, una de ellas llamó a la puerta de Tite Street respondiendo al anuncio que los Wilde habían puesto en demanda de una fregona, Oscar le dio un billete de diez libras con la condición de que jamás volviera a acercarse a su puerta. Según me dijo, la visión de la muchacha «le había secado el alma y cerrado la garganta».

Pasamos muy poco rato en el faro de Belle Tout, pues no hubo necesidad de más. Felizmente, el humor del farero era tan benigno como malévolos era su aspecto. Era un tipo jovial, evidentemente dispuesto a complacer, y respondió a mis preguntas —y a las de Wat— dando muestra de una deferente y anticuada cortesía francamente arrebatadora. Por desgracia, no sabía nada de Bradford Pearse: ni conocía su nombre, ni su reputación y tampoco le había visto. Sí, había estado de guardia durante toda la noche y siempre mantenía un «ojo vigilante» en la cima de Beachy Head, pero no, ni él ni sus hombres habían visto nada extraño en la cima del acantilado durante las últimas veinticuatro horas. No había notado la presencia de ningún desconocido en la cumbre durante el día y tampoco ningún tráfico inesperado, luces ni linternas durante la noche. Lamentaba decirnos que los suicidas eran hartos comunes en la zona y que los cuerpos de los pobres desgraciados no siempre aparecían. Cuando lo hacían, no era necesariamente durante la siguiente marea, sino que a veces la reaparición de los cuerpos ocurría días e incluso semanas más tarde, y, a causa de las corrientes, a menudo a un par de kilómetros o más a lo largo de la costa. Lamentaba el triste motivo de nuestra visita, lamentó también que no tuviéramos tiempo de quedarnos para compartir con nosotros un refrigerio y dijo que esperaba que nuestros caminos volvieran a cruzarse de nuevo en circunstancias más agradables.

Cuando nos alejábamos ya del farero, que seguía encorvado aunque satisfecho, diciéndonos adiós con su mano marchita, Wat dijo:

—Qué individuo más extraordinario, quiero pintar su retrato.

Le dije entonces a nuestro joven cochero:

—Tu tío me ha parecido un hombre muy agradable.

Oscar no dijo nada.

De camino a la estación de Eastbourne, nos detuvimos brevemente en el teatro Devonshire Park y dejamos allí un mensaje al señor Standen Triggs en el que le

informábamos de que, desgraciadamente, todo parecía indicar que habría de requerir los servicios del sustituto del señor Bradford Pearse. También hicimos una breve parada en la comisaría de policía de Grove Road, donde el sargento que estaba de guardia tomó buena nota de lo que le dijimos, aunque bien es cierto que lo hizo mostrando cierta reticencia y sólo porque Oscar insistió en que así lo hiciera. Al sargento, un hombre temeroso de Dios de tez rojiza y dotado de un negro bigote de morsa, poco le importaban los modales de Oscar, no sentía el menor aprecio por la gente del teatro y menos simpatía aún por los hombres con inclinaciones suicidas.

—El suicidio es un delito criminal —nos recordó—. Si encontramos a ese hombre, le denunciaremos. Buenos días, caballeros.

Por fin, alrededor de la una, Oscar, Wat y yo, a bordo de nuestra pequeña calesa de dos ruedas, entramos al trote al patio delantero de la estación de tren de Eastbourne. Mientras nuestro joven cochero le ayudaba a bajar del coche, Oscar le entregó media corona.

—Has cuidado bien de nosotros, jovencito. Gracias. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Brian —respondió el muchacho, llevándose la mano a la gorra en reconocimiento de la generosidad de Oscar—. Brian Fletcher.

—Vaya —dijo él con voz solemne—. Lamento oír eso. Deberás cambiar de nombre cuando te dediques profesionalmente al mundo del teatro. Mucho me temo que no es aconsejable llamarse Brian en Londres.

El muchacho pareció desconcertado. Wat intervino entonces.

—No hagas caso al señor Wilde, Brian —dijo con ánimo tranquilizador—. Brian es un buen nombre.

—¡Oh, vamos! —exclamó Oscar—. ¡Nómbreme a algún pintor llamado Brian! ¡O a un compositor! ¡Nómbreme al actor con el papel más insignificante de la compañía de Irving que lleve el nombre de Brian! ¡No puede ser! Brian no es un nombre que cabalque sobre las nubes de la gloria. Si este muchacho quiere ser actor, ¡deberá renunciar a su calesa y cambiarse de nombre!

—Pero ¿por qué iba a querer ser actor? —preguntó un exasperado Wat Sickert, negando con la cabeza—. Es feliz como es.

—Sólo los muertos son felices como son, Wat —respondió Oscar—. Este chico es ya un notable actor aficionado. ¿No es cierto, Brian?

El muchacho se sonrojó y asintió con la cabeza.

—Ahí lo tienes, un shakesperiano en ciernes. Si no me equivoco, ha sido la sensación del momento en una aclamada versión de *Noche de reyes* de los Eastbourne Vagabonds.

—¿La ha visto, señor? —preguntó el muchacho, mirando a Oscar visiblemente asombrado.

—No —respondió él apesadumbrado—. Y lo lamento. Vi al señor Irving y a la señorita Terry representarla en el Lyceum. Nada del otro mundo.

Wat Sickert estaba de pie delante de Oscar con las manos en la cintura y la cabeza echada hacia atrás dando muestra de una burlona incredulidad.

—¿Cómo es posible, amigo? Si no conocías a este muchacho, ¿cómo diantre sabes que ha aparecido en *Noche de reyes* de Shakespeare?

Oscar no miraba a Sickert a los ojos, sino que había clavado la mirada por encima del hombro de su amigo, hacia la fila de coches apostados junto a la estación.

—Vamos, Oscar —dijo el pintor—. Explícate.

Él lo miró y sonrió.

—El muchacho estaba familiarizado con el término «consanguíneo», y se sentía muy orgulloso de estarlo. Es una palabra que ocupa un lugar prominente en *Noche de reyes* de Shakespeare y no, según me atrevo a imaginar, en el discurso diario de los mozos de cuadra de East Sussex... Simplemente, he llegado a una feliz conclusión... después, por supuesto, de haber visto un cartel que anunciaba la producción de los Eastbourne Vagabonds de la obra colgado en el vestíbulo del teatro Devonshire Park.

Me reí.

—¿Cómo sabías que la producción de los Eastbourne Vagabonds había sido «aclamada», Oscar? —pregunté.

—Porque todas las producciones de aficionados lo son, Robert. Ésa es la regla. —Se volvió hacia el muchacho, que seguía de pie entre nosotros, boquiabierto y con los ojos como platos—. Brian —declaró—. He resuelto tu dilema. En el futuro, deberás tener dos nombres: uno para la ciudad y otro para el campo. En Eastbourne, mientras sigas siendo un actor aficionado, puedes continuar conservando el nombre de Brian, pero cuando vayas a Londres y te conviertas en profesional, necesitarás un nuevo nombre..., algo que suene un poco más romántico, si me permites el consejo. —Sacó del bolsillo la pitillera de plata y empezó a darse golpecitos en la barbilla con ella—. ¿Qué te parecería el nombre Sebastian, Brian? ¿Te gusta el nombre de Sebastian?

El muchacho soltó una risilla nerviosa.

—No puedo creerlo —masculló—. Sebastian... es el personaje que represento en la obra.

—Bien —dijo Oscar—. Eso imaginaba. Entonces, decidido. —Tendió la mano derecha y el chico se la estrechó al tiempo que bajaba la cabeza—. Ha sido un placer conocerte, Brian —prosiguió Oscar tendiéndole la pitillera de plata que sostenía en la mano izquierda—. Por favor, acepta esta muestra de mi aprecio... y de mi amistad. Tómallo como un regalo de bautizo.

El chiquillo tomó la pitillera de plata con las dos manos y la contempló, maravillado. Negó con la cabeza.

—No puedo, señor. No debo...

—Puedes y debes —se rió Oscar—. No tienes elección. Mira dentro... como verás, lleva ya tu nombre inscrito.

Oscar se inclinó hacia delante y abrió la pitillera para que el muchacho la viera y señaló el interior de la tapa.

—Aquí —dijo—. Lee lo que dice.

El muchacho entrecerró los ojos y leyó la inscripción:

Para Sebastian, de Oscar
con amor

Oscar se volvió hacia mí.

—¿Llevas la bolsa de Pearse, Robert? Debemos ponernos en marcha o perderemos el tren —anunció, volviéndose a mirar a Sickert—. Vamos, Wat. Aquí ya hemos terminado.

Dejamos al muchacho, que hacía girar en las manos su trofeo una y otra vez, y cruzamos apresuradamente el patio hacia el interior de la estación.

—Eres asombroso, Oscar —exclamó Wat Sickert—. Jamás había presenciado una escena semejante.

—No soy más que un viejo idiota y vanidoso —exclamó él—. Pero también soy un gran observador, eso lo reconozco. ¿Has visto lo mismo que yo... en el patio de la estación?

—No —fue la respuesta de Wat justo cuando encontrábamos un compartimiento de primera clase y empezábamos a subir al tren.

—Con el rabillo del ojo he visto subir a una figura conocida a uno de los coches que esperaban junto a la estación. Me habría acercado a él de no haber estado representando mi pequeño drama por el bien del muchacho...

—¿Quién era? —pregunté, instalándome en mi asiento, todavía sosteniendo la bolsa Gladstone de Bradford Pearse junto a mí.

—¿Tú tampoco le has visto, Robert?

—No —respondí—. ¿Quién era?

—Era Francis Douglas, lord Drumlanrig. El hermano de Bosie. Me pregunto qué habrá venido a hacer a Eastbourne.

13.

¿Qué hay en un nombre?

Mientras nuestro tren ganaba velocidad, Oscar se quedó de pie junto a la ventanilla del vagón, viendo pasar los tejados rojos y grises de Eastbourne.

—Que Drumlanrig haya aparecido así... —musitó—. Qué curiosa coincidencia, ¿no os parece?

—Sí —replicó Sickert, acomodándose en el asiento del rincón mientras contemplaba a nuestro extraordinario amigo—. ¡Aunque nada comparado con la «curiosa coincidencia» de que tuvieras a mano una pitillera de plata que llevaba elegantemente inscrito el nombre «Sebastian» justo cuando la necesitabas! ¿Cómo has hecho ese truco, Oscar? ¿Ha sido una mera coincidencia? ¿O acaso llevas media docena de pitilleras escondidas encima, cada una con el nombre inscrito de un héroe shakesperiano distinto?

Oscar se volvió desde la ventanilla, se desabrochó la capa carmesí, la plegó hasta convertirla en un bulto y la colocó junto con su sombrero de fieltro blanco en el portaequipajes situado sobre nuestros asientos. Sonrió a Sickert y negó con la cabeza.

—¿Qué habrías hecho si el chico hubiera representado el papel de Fabian? —le pregunté.

—El muchacho jamás habría sido elegido para representar el papel de Fabian, Robert. Es demasiado hermoso. Tenía que representar el papel de Sebastian. ¿Cuál otro podría haber representado? —Tomó asiento junto a la ventanilla, delante de mí—. Supongo que el de Curio —añadió—. O el de Valentina. Pero no son papeles protagonistas y algo me dice que el joven Sebastian Fletcher está destinado a papeles protagonistas. —Se inclinó hacia Sickert—. ¿Te importaría darme un cigarrillo de los tuyos, Wat, querido amigo? El chiquillo se ha quedado con los míos.

El pintor le ofreció uno y Oscar lo encendió. Como fumador, era un auténtico sensualista. Con profunda satisfacción llenó nuestro compartimiento de una nube de humo gris azulado entre el cual, agitando el cigarrillo de Wat en el aire, anunció:

—No hay en la historia de la literatura una fuente más rica de nombres perfectos que Shakespeare. Es el maestro de la nomenclatura. Como bien sabéis, los nombres lo son todo.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Lo dices en serio?

—Oh, sí, Robert —respondió muy serio—, ya lo creo. Yo soy como soy porque me llamo como me llamo. Y lo mismo te pasa a ti. Tú empezaste con cinco nombres, ¿verdad, Robert? Yo también. ¿Cuántos tienes tú, Wat?

—Solo tres: Walter Richard Sickert.

Oscar reflexionó sobre los tres nombres.

—Servirán —dijo—, aunque quizá deberías haber empezado con dos o tres más. Yo empecé mi vida como Oscar Fingal O’Flahertie Wills Wilde, un nombre con dos oes, dos efes y dos uves dobles... Lo cierto es que suena bien, ¿no os parece? Pero un nombre destinado a permanecer en boca de todos no debería ser demasiado largo. ¡Resulta muy caro en los anuncios! Cuando uno es un desconocido, hay un montón de nombres de pila que resultan útiles, naturalmente, y quizás hasta necesarios. Sin embargo, cuando uno se hace famoso, se desprende de algunos nombres, como el piloto de un globo que, al ganar altura, se deshace del lastre innecesario... Sólo dos de mis cinco nombres han sido lanzados por la borda. Con el tiempo, descartaré otro. Llegará el día en que seré conocido por cinco letras del alfabeto, no más: dos vocales y tres consonantes, como Jesús o Judas, o Tales o Xenón. Dentro de un siglo, mis amigos me llamarán Oscar; mis enemigos, Wilde.

Wat Sickert sonrió al tiempo que le ofrecía un segundo cigarrillo.

—Todavía no nos has explicado el caso de la pitillera y de su inscripción: «Para Sebastian, de Oscar con amor...».

—Era en realidad un regalo que me había hecho a mí mismo. Oscar no es nombre de santo y tampoco un nombre shakesperiano, y Sebastian es ambas cosas. Sebastian es mi álter ego. Soy Oscar en la ciudad y Sebastian en otros momentos y lugares... Le di al muchacho mi propia pitillera... respondiendo a un simple impulso. Era el momento adecuado para ello, ¿no os parece? Deberíamos aprovechar siempre el momento.

El tren se detuvo de pronto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Wat, estirándose hacia delante.

Oscar miró con atención por la sucia ventanilla.

—En Leap Cross —dijo—. Los nombres lo son todo. ¿Qué os parece si aprovechamos el momento para examinar la bolsa Gladstone de Pearse?

—Quizá debería hacerlo usted —le dije a Sickert, pasándole el maletín—. Era amigo suyo.

—Es amigo mío —dijo él, abriendo la bolsa con un profundo suspiro y vaciando con sumo cuidado su contenido en el asiento contiguo—. No puedo creer que esté muerto. No quiero. ¿Por qué iba a quitarse la vida? ¿Quién iba a querer matarle?

Oscar guardó silencio.

La bolsa no desveló ningún secreto.

—Es tal y como habías dicho, Oscar. Sólo papeles. —Sickert ordenó el material en montones separados—. Aquí hay correspondencia con distintos directores teatrales, postales de caseras confirmando alojamientos, un montón de facturas y de extractos de cuentas...

—¿Hay alguna libreta de banco? —preguntó Oscar—. ¿O el recibo de algún

prestamista... del estilo de Ashman del Strand?

—No, no veo ninguna. Está el libreto de *Asesinato a bordo*, el *Times* del martes, un ejemplar de la *Gazette* de Eastbourne, una copia del horario de trenes de Bradshaw y más facturas, pero ninguna libreta de banco ni el recibo de ningún prestamista... —Wat volvió a meterlo todo en la bolsa Gladstone y la cerró de golpe—. ¿Qué hacemos ahora con esto? —preguntó.

—Guárdala en un lugar seguro y, a su debido tiempo, si es necesario, entrégasela a su familiar más cercano.

—No tenía familia, Oscar. Sus amigos eran su única familia.

—Debe de tener padres...

—Murieron hace tiempo.

—¿Algún hermano? ¿Alguna hermana?

—Ninguno que yo sepa. —Wat se levantó y colocó la bolsa en el portaequipajes. El tren volvía a moverse y él tuvo que mantener el equilibrio sujetándose a una de las argollas de cuero anexas al marco de la puerta del compartimiento. Cuando se volvió hacia nosotros, vi que tenía los ojos velados por las lágrimas—. Maldito seas, Oscar —siseó—. Tú y tu condenado juego.

—Puede que no esté muerto —dijo él en voz baja.

—Pero ¿y si lo está? —se lamentó Sickert, derrumbándose en su asiento y cubriéndose el rostro con las manos. Sacó del bolsillo de la chaqueta un arrugado pañuelo salpicado de manchas de pintura y se secó los ojos—. Perdona, Oscar —balbuceó—. Debería culparme a mí mismo, no a ti. Fui yo quien le llevó al Hotel Cadogan el domingo por la noche. Era mi invitado, no el tuyo.

—Pero era mi juego —respondió él despacio—, y en los cuatro días que han transcurrido desde que jugamos, en el orden exacto en que sus nombres fueron extraídos de la bolsa, las primeras cuatro de las llamadas «víctimas» del juego han corrido idéntica suerte. —Había sacado la lista de «víctimas» de su bolsillo, la había desplegado y se la había colocado sobre las rodillas. Mientras se acariciaba ligeramente las sienes con las yemas de los dedos, la estudió con atención, como si su concentrada mirada pudiera de algún modo ayudarle a penetrar en sus secretos—. Elizabeth Scott-Rivers fue la primera en morir pasto de las llamas, pero la conflagración bien pudo ser fruto de un accidente... Lord Abergordon fue el siguiente, pero tenía sesenta años y al parecer murió mientras dormía... Esa desgraciada cotorra del hotel fue sin duda asesinada, muerta a cuchilladas, de eso no cabe duda... Y ahora Bradford Pearse ha desaparecido...

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Wat, sonándose la nariz.

—El siguiente de la lista —dijo Oscar— es Victor Amteim, el boxeador y socio de Byrd, calvo aunque extrañamente apuesto...

—Le recuerdo —dijo Sickert—. Un caballero a medias.

—Me pregunto quién puede haber elegido como víctima a Amteim —reflexionó Oscar.

Se produjo una pausa. Él y Wat se encendieron mutuamente los cigarrillos.

—Fui yo —dije, un poco incómodo—. Como tú bien sabes, Oscar.

Wat Sickert se recostó contra el respaldo del asiento y dio una lenta calada a su cigarrillo.

—Y yo —dijo en voz baja.

—¿Qué? —exclamó Oscar—. ¿Por qué? ¿Acaso conoces a ese hombre?

—No —se rió el pintor—. En absoluto. Le vi boxear una vez. Encima del cuadrilátero es todo un artista.

—Pero ¿no le conocías?

—No. No nos habían presentado.

—Entonces, ¿por qué demonios le elegiste a él?

—Por su nombre, naturalmente.

—¿Por su nombre? —arguyó Oscar—. ¿Qué quieres decir exactamente, amigo mío?

—Era un juego, Oscar..., tú mismo lo dijiste. Elegí a Victor Amteim por su nombre.

—No te sigo, Wat —dijo Oscar, frunciendo el ceño.

—Como recordarás, le tenía sentado a mi izquierda, y durante la cena, mientras charlábamos y la conversación saltaba de un tema a otro, me dediqué a pasar el rato jugando con mi pluma..., dibujando el perfil de Amteim en el dorso de la carta y jugando con las letras de su nombre...

—¿Jugando con las letras?

—Reordenándolas..., componiendo con ellas un anagrama. Me encantó descubrir que, si lo reordenamos, el nombre de Victor Amteim se convierte en «Vítima Morte». Por eso le elegí, amigo. Simplemente por eso.

Oscar apoyó la espalda en el respaldo de su asiento y soltó una carcajada. No se trataba de su discreta risilla, sino de su risotada ronca y distendida.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Pero ¿será posible? ¿Habremos condenado a muerte a un hombre sólo por su nombre?

—Era sólo un juego, Oscar —dijo Sickert.

—Pero un juego mortal, amigos míos, ¿no lo veis? —Se calmó al tiempo que se inclinaba hacia delante una vez más y tendía una mano suplicante para pedir el último cigarrillo que a Wat le quedaba en la pitillera—. He estado intentando descubrir qué es, o qué podría ser, lo que une a Elizabeth Scott-Rivers, a lord Abergordon, a esa pobre cotorra y a Bradford Pearse. Ahora me doy cuenta de que quizás ese vínculo no exista, de que no sea nada, excepto el hecho de haber sido elegidos como «víctimas» al azar cuando el domingo os obligué a tomar parte de ese juego absurdo. Esas cuatro

desafortunadas criaturas (una dama, un caballero, una cotorra y un actor) no han sido asesinadas por ninguna razón en especial, sino que lo han sido sin motivo alguno...

—Quieres decir acaso que...

—Sí, Wat. Lo que quiero decir es que, del mismo modo que a ti te divirtió nombrar a Amteim como tu «víctima» simplemente porque te gusta jugar con las palabras, puede ser también que entre nosotros haya un asesino frío y calculador al que le resulte «divertido» emplear una lista como ésta —declaró, cogiendo la lista de sus rodillas y agitándola delante de nosotros— para eliminar una a una a las personas que aparecen en ella simplemente por placer..., participando del juego como mera diversión.

Me incliné hacia delante en el asiento, cogí la lista de manos de Oscar y la estudié con atención. Cuando alcé la mirada, vi que mi amigo había cerrado los ojos como si rezara.

—Sé lo que estás pensando, Robert —dijo, casi en un susurro—. Yo pienso lo mismo. El último nombre de la lista es el de Constance... La constante Constance, la inocente Constance, la mejor y más leal de las esposas y de las madres del mundo. Tú la amas tanto como yo, Robert. Quien la conoce no puede sino quererla. Nadie que la conozca puede desearle ningún mal. Aun así, nuestro asesino no necesita conocer a aquellos a quienes pretende asesinar. Está jugando a un juego..., tachando simples nombres de una lista.

Se estremeció y abrió los ojos.

—¿Nos acercamos ya a Londres? —preguntó, poniéndose en pie y cogiendo su capa—. Tengo frío y estoy hambriento —dijo—. Ya hace un buen rato que la señora Fletcher nos sirvió el desayuno.

Pálido, Wat Sickert levantó los ojos hacia Oscar.

—Me temo que estás en lo cierto, amigo mío. Bradford Pearse no se ha quitado la vida. Ha sido asesinado... y no por ser quien era, o lo que era. Ni siquiera por lo que pudiera haber hecho. Ha sido asesinado simplemente porque su nombre aparecía en esa lista.

—Pero ¿quién puso su nombre en esa lista si, como no dejamos de repetirnos, no tenía un solo enemigo en el mundo? —preguntó Oscar despacio.

El tren había aminorado la marcha y pasaba en ese momento por Croydon.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté—. ¿Acudir a la policía?

—Sí —dijo Oscar con decisión—. Debemos seguir el consejo de Conan Doyle. Tenemos que ir a ver al inspector Gilmour de Scotland Yard, enseñarle la carta de Bradford y contarle toda la historia. El domingo por la noche éramos catorce sentados a esa mesa y mucho me temo que al menos uno de nosotros sea un asesino.

—O al menos el instigador de un asesinato —sugirió Sickert—. Uno de nosotros podría haberse llevado la lista y haber contratado a un asesino para que hiciera el

trabajo. ¿No te parece eso más probable?

—¿Necesita el asesino haber estado presente durante la cena? —pregunté—. Si actúa al azar, como tú sugieres, Oscar, ¿no podría uno de nosotros haber relatado lo acontecido durante la noche en algún bar, o en algún pub, en su club o en cualquier otra parte, y haber sido oído por un desconocido?

Él volvió a soltar una carcajada.

—¿Un desconocido empeñado en asesinar? ¿Un desconocido dotado de un fino oído que casualmente buscaba una pulcra lista de la compra de posibles víctimas? Supongo que todo es posible.

El tren había llegado a la estación Victoria.

—¿Qué hora es? —preguntó Oscar al tiempo que buscaba entre sus monedas para anticiparse a los próximos encuentros con los maleteros de la estación y con los conductores de coches de alquiler.

Sickert asomó la cabeza por la ventanilla del vagón y miró el reloj de la estación.

—Pasadas las cinco —dijo.

—Me quedaré con la bolsa de Pearse, si no te importa —dijo Oscar—. Puede que esas facturas revelen algo..., nunca se sabe.

Bajamos del vagón al ruidoso andén de la estación.

—Me voy a casa —dijo Wat—. Espero vender un cuadro esta noche. Me mantendrás informado, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Oscar—. Te enviaré un telegrama en cuanto hayamos ido a ver a la policía. —Me dio la bolsa Gladstone de Pearse para que se la llevara.

—¿Vamos directamente a Scotland Yard? —pregunté—. Es muy tarde. ¿No deberías irte tú también a casa?

—Si nuestro asesino sigue la cronología de la lista, Robert, hasta que Victor Amteim no haya muerto, Constance debería estar a salvo. —Crucé tras él la estación hacia la fila de coches apostados en Victoria Street—. Scotland Yard puede esperar hasta mañana. Creo que antes deberíamos encontrar a Victor Amteim y avisarle del peligro que corre.

—Y también deberías protegerte tú, Oscar —dijo Wat—. Tu nombre aparece en la lista.

Oscar se volvió a mirarle.

—Lo sé.

Wat se detuvo en seco.

—Bosie, tu joven amigo, tiene un arma, ¿verdad? ¿Una pistola? Siempre fanfarronea de ello.

Oscar se rió.

—Así es. ¡No para de repetir que tiene intención de matar a su padre con ella! —

Guardó silencio, recorrió con la mirada el vestíbulo de la estación, volvió a extender los brazos y se rió una vez más—. Estoy rodeado de asesinos y de locos...

Sickert sonrió y tomó las manos de Oscar entre las suyas.

—Hablo en serio, amigo mío. Quizá deberías pedirle prestada la pistola a Bosie y tenerla contigo en Tite Street hasta que el peligro haya pasado.

—No temo por mí, Wat. Puede que la muerte sea en efecto la mayor de las bendiciones humanas. Pero sí temo por mis hijos. Necesitan a su madre, y Constance es demasiado joven para morir. —El poeta y el pintor se abrazaron. Formaban una curiosa pareja: Oscar, de un metro noventa de estatura, con su capa carmesí y su sombrero de fieltro blanco, y Wat Sickert, mucho más menudo, con su artificioso abrigo y sus absurdos bigotes—. Ve a vender tu cuadro, Wat. Robert y yo nos vamos al circo.

14.

El cuadrilátero de la muerte

—¿Por qué diantre vamos al circo, Oscar? —pregunté mientras hacíamos cola en el patio delantero de la estación a la espera de un coche de alquiler.

—Porque el señor Victor Amteim es un boxeador de feria y este verano tiene un contrato con el Circo Astley. Lo sé porque ha tenido la amabilidad de mandarme dos entradas para su próximo combate..., prometedoramente descrito como un «histórico combate de gala». Está programado para el lunes por la noche. Bosie no vendrá. Le horroriza el boxeo. ¿Estás libre?

—Gracias —le dije. Me había acostumbrado a ser el acompañante de Oscar las noches en que Bosie no estaba disponible.

—Me encanta el Astley. Cuando era niño, mi regalo de cumpleaños era siempre ir al circo que «lord» George Sanger tenía en el Astley.

—Sí —murmuró Oscar mientras nos movíamos hacia la cabeza de la fila—. Recuerdo que tuviste una infancia difícil.

Sonreí. Tuve la impresión de que la gente que teníamos detrás estaba atenta a nuestra conversación. Oscar no sentía la menor aversión hacia la atención del público.

—¿Cuál fue tu regalo de cumpleaños en aquel entonces, Oscar? —pregunté.

—Una tarde en el bosque de campanillas del Parque Phoenix leyendo a Eurípides y a Teócrito, seguida de una noche en los claustros de Drumcondra con Platón y John Ruskin. Fui un niño muy sencillo.

Me reí mientras abordábamos nuestro coche.

Se tardaba apenas veinte minutos en llegar en coche desde la estación Victoria al anfiteatro del Circo Astley, situado en la orilla sur del puente de Westminster. Corría el año 1892, un año antes de que el anfiteatro —una de las grandes glorias del Londres Victoriano— fuera demolido.

Hasta que cumplí los dieciocho años —fecha en que empecé a viajar y descubrí la Ópera de París, la Fenice de Venecia, la plaza de toros de Ronda en Andalucía—, el Astley era mi palacio de diversión. Jamás había estado en un edificio tan maravilloso, tan inmenso, tan ornamentado y tan exótico. Estaba iluminado por un candelabro en el que ardían cinco mil velas. El público se sentaba en cuatro gradas curvas y empinadas que alcanzaban una altura de ocho metros sobre el nivel del suelo. Había un escenario convencional para los músicos, los payasos y los acróbatas, y, delante de él, en lugar de la platea que ocupa normalmente la orquesta, una arena inmensa y circular —de trece metros de diámetro— para los caballos del espectáculo y para los

perros bailarines.

Philip Astley, a quien mi abuelo conoció, no utilizaba animales salvajes en sus espectáculos. Era jinete y acróbata. Fue él quien inventó la pista redonda del circo para poder así dar mejor muestra de sus habilidades como jinete. Se dio cuenta de que al galopar alrededor de un pequeño círculo, él y sus colegas jinetes podían generar una fuerza centrífuga que les ayudaría a conservar el equilibrio mientras se mantenían de pie sobre el lomo desnudo de sus corceles.

Mientras nuestro coche traqueteaba lentamente por Victoria Street en el tráfico de la hora punta del martes, intenté compartir mi entusiasmo con Oscar. Él, sin embargo, no mostró ningún interés.

—Creo recordar que Sickert me dijo que *monsieur* Degas también adora el circo —comentó con aspecto cansado.

—Oh, ya lo creo —respondí entusiasmado, haciendo caso omiso de su débil sonrisa y de su ceja educadamente arqueada—. Todos los franceses adoran el circo. En Francia tienen a Astley por un héroe. Le llaman «*le roi des cirques*». ¿Sabías que murió en París?

—¿Astley ha muerto? —preguntó él, fingiéndose sorprendido.

—Hace mucho. Está enterrado en el Père Lachaise.

—Eso no quiere decir nada —respondió Oscar despreciativamente—. Ahora entierran allí a cualquiera.

Cuando llegamos al anfiteatro del Astley, Oscar dio instrucciones al cochero de que nos dejara en la puerta de artistas.

—No me extraña que Conan Doyle quiera acabar con Holmes —gruñó mientras descendía del coche—. La vida del detective privado no es nada fácil —añadió con un suspiro—. Y ahora nos tocará lidiar con otro hosco portero de actores. ¿Será acaso una mujer barbuda? ¿O quizás un enano de dos cabezas? Lo más probable es que nos encontremos con un desventurado acróbata que ha sucumbido a la artritis. —Dio dos chelines al cochero—. No puedo soportar la fealdad del mundo —dijo. El hombre se llevó la mano a la gorra y asintió con la cabeza mostrando así su acuerdo.

Sin embargo, por una vez, Oscar se equivocaba. El portero de actores no era en absoluto grotesco, sino un apuesto muchacho africano: un joven de rostro reluciente, ojos enormes y unos brillantes dientes blancos.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. Esperaba encontrar a Cerbero custodiando las puertas del Hades y en cambio me encuentro con un viejo amigo. Robert, ¡te presento a Antipholus!

El chiquillo, que debía de tener como mucho quince o dieciséis años, se levantó de un brinco y, saliendo del pequeño cubículo del portero de actores, nos saludó con una profunda reverencia. Oscar estrechó afectuosamente la mano del muchacho y al instante buscó un soberano en el bolsillo de su chaleco para dárselo a modo de

saludo.

El chico le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Gracias, señor Wilde. No ha cambiado usted nada.

—Y tú, en cambio, has crecido —respondió él, haciéndole girar sobre sí mismo al tiempo que le inspeccionaba—. Antipholus era limpiabotas en el Savoy cuando nos conocimos —añadió a modo de explicación—. Y ahora parece haber huido al circo. —Estudió ansiosamente el rostro del chico—. ¿Qué estás haciendo aquí, Antipholus?

—Voy a ser payaso, señor Wilde —fue la feliz respuesta del muchacho.

—¡Oh, Santa María, Madre de Dios! —exclamó Oscar—. ¡Payaso! ¡Payaso! —Se tapó los ojos con las manos—. ¿Qué le pasa hoy en día a la juventud? —gimoteó—. Temo por el futuro del imperio.

El chiquillo lo miró y soltó una risilla.

—No ha cambiado nada, señor Wilde —dijo entre risas—. Fue usted quien me dijo que si quería tener éxito en la vida tendría que aprender a caminar por la cuerda floja. Sólo estoy haciendo lo que me dijo.

Oscar tenía los ojos velados por las lágrimas, pero sonreía.

—Que Dios Nuestro Señor me perdone algún día —lloriqueó—. ¡Al parecer es culpa mía!

De pronto, el risueño muchacho pareció ansioso.

—Oh, señor Wilde —dijo—, espero que no haya venido a ver el circo. Se ha trasladado a Blackpool durante el verano.

—No, Antipholus. —Levantó los puños y soltó un par de puñetazos al aire con aire juguetón—. Hemos venido a ver el boxeo. Buscamos al señor Victor Amteim.

—¿Al Gran Amteim, David y Goliath?

—¿Es así como se le conoce?

—Está dentro, señor. Con su señoría.

—¿Con «lord» George Sanger? —intervine, ansioso por fanfarronear de mis conocimientos del circo.

—Creo que no —dijo Oscar, lanzándome una mirada desesperada.

—Oh, no, señor —respondió el chiquillo—. «Lord» George está en Blackpool. Este es un auténtico señor. Les llevaré hasta él. Síganme.

Seguimos al muchacho por una pesada puerta metálica y bajamos luego unos cuantos escalones poco empinados.

—¡Cuidado con la cabeza! —nos gritó agachándose de pronto y conduciéndonos bajo un arco de piedra para adentrarnos después en un pasillo de techo bajo, largo, estrecho, curvo y oscuro. Las paredes eran de ladrillo y el suelo estaba empapado bajo nuestros pies.

—Huele a ratas —dijo Oscar.

—Vuelven en cuanto se van los perros —explicó Antipholus. Luego se rió—.

Esto es peor que las cocinas del Savoy. No se detengan a menos que yo se lo diga. Pisen lo que pisen, sigan caminando.

—¿Es que no hay lámparas de gas? —grité. El chiquillo y Oscar iban un poco por delante de mí. Apenas pude discernir sus figuras en la penumbra.

—«Lord» George gobierna el barco con mano dura —dijo el muchacho soltando una nueva risilla—. No se preocupen. Ya casi hemos llegado.

—El hedor es insoportable —dijo Oscar.

Una criatura pasó deslizándose junto a mis pies.

—Esto es espantoso, Oscar —siseé.

—Esto es el circo, Robert.

—¡Alto! —gritó el chiquillo—. ¡Ya hemos llegado! —Pude ver en la penumbra la silueta de su cabeza—. Vengan —gritó, empujando una puerta situada al final del túnel. Inmediatamente después de la puerta había unas pesadas cortinas negras. Eran de tela tosca y olían a manzanas podridas y a serrín. Antipholus las retiró y nos liberó de nuestro agujero, dándonos salida a la inmensa arena del anfiteatro del Astley.

Yo había esperado encontrarme con un resplandor de luz..., el deslumbrante palacio que recordaba de mis días de infancia. Sin embargo, lo que tenía ante mis ojos era una catedral desierta, oscura y cavernosa como la Cueva de Fingal^[12]. Nos costó unos instantes adaptar los ojos a la penumbra. Al parecer, habíamos entrado a la arena desde detrás del escenario: estábamos al nivel del suelo, de cara al auditorio y en el borde más externo del anillo del circo, en cuyo centro vimos lo que, por un breve instante, confundí por un altar.

Ni que decir tiene que no era un altar, sino una gran tarima cuadrada, elevada a un metro y medio del suelo. Y, de pie sobre la tarima, apoyado contra las cuerdas de lo que en ese momento identifiqué como un cuadrilátero de boxeo, estaba la arrebatadora figura de Victor Amteim. Estaba semidesnudo. Sus poderosos brazos, sus anchos hombros, su fornido pecho —moreno y lampiño— brillaban bañados en sudor.

—Señor Wilde, señor Sherard —dijo con voz áspera y estridente—. ¡Bienvenidos al Cuadrilátero de la Muerte!

Me volví a mirar las cortinas situadas tras el escenario. Antipholus había desaparecido.

—Hemos interrumpido el ensayo —dijo Oscar con tono de disculpa al tiempo que se quitaba el sombrero, ligeramente confundido, y saludaba con una incómoda inclinación de cabeza.

Amteim murmuró:

—Soy boxeador, no actor, señor Wilde. —Cogió un batín de color ciruela que estaba en una de las esquinas del cuadrilátero y se lo puso sin el menor asomo de prisa—. No ensayo. Entreno. Practico. He estado entrenándome con lord

Queensberry. Estoy seguro de que se conocen ustedes.

De la penumbra del extremo más alejado del cuadrilátero emergió la achaparrada y simiesca figura de John Sholto, el octavo marqués de Queensberry. Con sus pequeñas manos se metía los faldones de la camisa en los pantalones de franela de cuadros grises. Llevaba los puños de la camisa sueltos e iba descalzo. Sorbió desdeñosamente y frunció sus pobladas cejas negras. Luego, sin tan siquiera reparar en mi presencia, miró a Oscar y gruñó su nombre:

—Wilde.

Él se adelantó y volvió a inclinar la cabeza, esta vez menos incómodo.

—Su señoría —murmuró—. Qué inesperado placer. Acabo de ver a lord Drumlanrig... en Eastbourne.

Queensberry volvió a sorber y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Al parecer, ve usted a mis hijos más que yo, señor Wilde. Sin duda es porque dispone de tiempo para ello.

—El tiempo... —empezó Oscar, pero su aforismo fue abortado en el acto.

—El tiempo no espera a ningún hombre —gruñó Queensberry, recogiendo sus medias, las botas y la chaqueta del lateral del cuadrilátero. Se deslizó con agilidad entre las cuerdas y saltó desde allí a la arena. Luego, echándose la chaqueta al hombro, y sin volverse a mirarnos, subió con paso ligero por una de las pasarelas y salió del auditorio, gritándole a Amteim—: Que tenga un buen día, amigo mío. Estamos progresando. El lunes haremos historia.

Cuando el marqués por fin desapareció, Amteim se quedó donde estaba, siguiéndole con la mirada.

—Es un gran hombre —dijo con el curioso graznido que tenía por voz—, aunque le falta encanto. —Se volvió entonces y miró a Oscar desde arriba—. En cambio usted, señor Wilde..., usted siempre tiene algo encantador que decir.

—Cuando los hombres renuncian a decir lo que es encantador —respondió Oscar—, renuncian también a pensar en lo que es encantador. Espero que eso nunca me ocurra.

Yo seguía reflexionando sobre la falta absoluta de encanto del recién desaparecido marqués.

—¿De verdad es tan gran hombre? —pregunté.

—Para cualquier boxeador, sin duda, señor Sherard. Las Reglas de Queensberry han transformado por completo el juego, que ha pasado de la gresca sin apenas normas a algo que se aproxima mucho a un deporte. —Amteim extendió los brazos y miró a su alrededor—. Llamamos a esto «El Cuadrilátero de la Muerte» porque es precisamente eso lo que solía ser. Los hombres luchaban a muerte como perros, sin prohibiciones. La multitud les animaba. Los árbitros no hacían nada. Era la fuerza bruta y el poder de mantenerse en pie los que se alzaban con la victoria. Ahora,

gracias a Queensberry, la habilidad desempeña también su papel. Y también la estrategia. Incluso la psicología. Los combates profesionales no eran más que una barbaridad autorizada hasta que apareció su señoría. Le ha llevado más de veinte años hacer valer las reglas, pero el lunes celebraremos aquí nuestro combate y, si todo sale bien, después del verano, por primera vez el campeonato del mundo en la categoría de pesos pesados se adscribirá a las Reglas de Queensberry. Que no les quepa duda: mientras los hombres boxeen, el marqués de Queensberry será recordado.

—En ese caso, debo entender que ha pasado a formar parte de las filas de los inmortales —dijo Oscar alegremente.

Amteim había cogido dos pares de guantes de boxeo. Se quedó en el borde del cuadrilátero sosteniéndolos en alto ante nosotros.

—¿Les apetecen unos cuantos golpes entre amigos, caballeros? No se permite morder, arrancar los ojos, ni el cuerpo a cuerpo, siguiendo estrictamente las Reglas de Queensberry.

—No, gracias —protestó Oscar, agitando con cierta ansiedad las manos en el aire—. No me chiflan las artes marciales.

—Pero tiene usted complexión de boxeador, señor Wilde —dijo Amteim, agachándose y pasando entre las cuerdas. Saltó luego al suelo delante de nosotros—. Y una gran reputación a sus espaldas.

—No estoy muy seguro de eso, la verdad —dijo él entre risas. Percibí que mi amigo se sentía intimidado por la presencia física de Amteim. Además, estaba también desconcertado porque se había quedado sin cigarrillos.

—He oído las historias que se cuentan por ahí —dijo el boxeador, clavando en Oscar la mirada.

—¿Las historias? —repitió mi amigo.

—Sí, cuando en el Trinity College de Dublín, el matón de la clase se burló de su poema y usted le abofeteó..., y cómo, cuando tuvo que defender su honor con los puños a cielo abierto, no tardó usted en tumbarle. Y también he oído que, en el Magdalen College de Oxford, cuando una patrulla de ignorantes estudiantes entraron en masa dispuestos hacer pedazos su habitación, usted les echó sin miramientos escaleras abajo... a todos y cada uno de ellos.

Oscar dio un paso atrás y observó a Amteim perplejo. El boxeador, que seguía sosteniendo los guantes en las manos, se volvió hacia mí.

—Su amigo, el señor Wilde, se las da de esteta, señor Sherard, y finge ser una delicada violeta, pero no es nada de eso. Me consta que sabe hacer buen uso de los puños. Y también de un arma. Es un gran tirador.

—¿Nos conocemos, señor Amteim? —preguntó Oscar en voz baja.

—Ciertamente, señor Wilde. Nos conocimos en una jornada de caza en Connemara. Fue en noviembre del año 79, con los Hicks-Beach. Una gran jornada,

por cierto.

Oscar pareció visiblemente aturullado.

—Me temo que no lo recuerdo —dijo—. Le ruego que me perdone.

—No hay nada que perdonar —respondió cordialmente Amteim—. Éramos un grupo muy numeroso y, según me dice la experiencia, cuando eres caballero a medias, sólo logras granjearte a medias la atención de quienes te rodean.

Oscar parecía haberse quedado mudo de asombro.

—¿Es usted de Connemara? —pregunté, sintiendo que, de algún modo, mi amigo necesitaba que acudiera en su rescate. Resultaba extraño verle perder el control de una conversación.

—No —respondió Amteim—, soy de Dublín, como el señor Wilde. Me crié en Clare Street, a un tiro de piedra de Merrion Square. Soy tres años mayor que el señor Wilde. Conozco a la familia Wilde de toda la vida. De hecho, el señor Wilde y yo tuvimos en una época una novia en común.

Oscar parecía recuperarse poco a poco.

—¿Ah, sí? —sonrió—. ¿Y quién podría ser?

—Florrie Balcombe, naturalmente. —Amteim se volvió hacia mí—. Era la chica más hermosa de todo Dublín.

—Ya lo creo —dijo Oscar—. No tenía ni idea de que la conociera.

—No todo lo bien que me habría gustado. Sólo la besé una vez. No la conocí tan bien como usted, señor Wilde. Ni tanto como el señor Stoker.

Oscar se rió.

—Bram se llevó la mejor parte de los dos. Se casó con ella.

Se hizo el silencio entre nosotros.

—Por casualidad no llevará encima un cigarrillo, ¿verdad? —preguntó Oscar.

Victor Amteim, que estaba desnudo salvo por el batín, dejó caer al suelo el par de pesados guantes de boxeo que tenía en las manos y, con el puño firmemente cerrado, acercó su mano derecha a la oreja derecha de Oscar. Éste dio un respingo. El boxeador se rió, apartó el puño y lo sostuvo delante de Oscar antes de abrirlo despacio. Allí, en la palma de su mano, tenía un cigarrillo.

—Un Player's Navy Cut, señor Wilde. No es un cigarrillo propio de un caballero, pero es lo mejor que tengo.

Oscar aplaudió, visiblemente encantado, cogió el cigarrillo y lo encendió al instante, aspirando el humo con gran satisfacción.

—Estoy en deuda con usted, señor Amteim —dijo—. Es usted todo un fenómeno, señor. Había venido a ofrecerle mi consejo, pero está claro que no necesita mi ayuda. No me cabe duda de que nada de lo que yo pueda decirle le resultará novedoso.

Amteim se agachó para recoger los guantes.

—¿Tiene su consejo alguna relación con su juego? —preguntó.

—Sí —respondió Oscar—. Mi estúpido juego de «asesinato».

—No se lo tome en serio, señor Wilde. Yo no lo hago.

—Quizá debería —me aventuré a decir.

—«La seriedad es el único refugio de los superficiales». ¿No es así, señor Wilde? Oscar lo miró sin ocultar su admiración.

—¿Ha leído usted mis *Frases y filosofías para uso de la juventud*?

—Así es —respondió el boxeador—. Me interesa la filosofía moderna.

—Y creo que también la psicología moderna —dijo Oscar, sosteniendo en el aire el cigarrillo de Amteim y haciéndolo girar entre los dedos—. A usted le interesan los impulsos que mueven a los hombres. Le gusta saber qué es lo que les mueve.

—Soy boxeador de profesión, señor Wilde. Busco las debilidades de los hombres... y también sus puntos fuertes. A diferencia de usted, yo no fui a la universidad, pero sé leer. Leo a los psicólogos modernos. Tengo en la mesita de noche *Los principios de la psicología* de William James.

Oscar se rió.

—Y yo tengo uno de los voluminosos tomos de su hermano en la mía. ¿Quién necesita en Inglaterra un somnífero mientras los hermanos James sigan garabateando sus tratados?

Servicial, Amteim soltó a su vez una risilla. Luego sacó otro cigarrillo del bolsillo del batín y se lo dio a Oscar.

—Es usted un hombre extraordinario, señor Amteim —dijo mi amigo, dándole las gracias con una inclinación de cabeza y encendiendo de inmediato el segundo cigarrillo con los restos del primero—. Púgil, psicólogo, filósofo..., aunque ni siquiera usted es invulnerable.

—¿Le parece que corro peligro? —preguntó el boxeador con voz áspera y ronca, evidentemente divertido.

—Me preocupa su seguridad, señor Amteim —respondió Oscar con tono solemne.

—Pues no debería.

—Me siento responsable. El domingo pasado vino usted a la cena de nuestro club en calidad de invitado y dando muestras de su buena fe...

—Y me marché encantado. Y, como puede comprobar, sigo sano y salvo.

—Pero, señor Amteim —insistió Oscar—, cada día que ha pasado desde el domingo algo desafortunado le ha ocurrido a cada una de las sucesivas «víctimas» de la lista.

—Entonces, ¿el actor barbudo está muerto? —preguntó el boxeador.

—Bradford Pearse ha desaparecido —fue la respuesta de Oscar.

—Nos tememos lo peor —añadí.

—Lamento oír eso —dijo Amteim—. Me cayó bien el hombre.

—¿Le conocía? —preguntó Oscar.

—Nuestros caminos se habían cruzado antes —respondió el boxeador—. Conozco a mucha gente.

—La cuestión es que —dijo Oscar, dándole una última calada de deleite al primer cigarrillo antes de hacerlo de inmediato con el segundo—, si esto es una serie de asesinatos y éstos guardan un orden cronológico, usted es el siguiente, señor Amteim. Mañana es su turno...

—Mañana —dijo el boxeador con una sonrisa—. O el sábado, o el domingo, o el lunes..., ¿no le parece? A fin de cuentas, mi nombre apareció cuatro veces.

—Cierto —dijo Oscar—. ¿A qué cree usted que se debe eso?

—No tengo la menor idea.

—¿Quién puede haberle elegido a usted como víctima?

—No sabría decirle, señor Wilde. No tengo ni la más remota idea. —Se volvió de espaldas y echó a caminar hacia la pasarela, indicándonos que le siguiéramos con la mano—. Puede que el señor Charles Brookfield fuera uno de los que incluyeron mi nombre —sugirió sin mostrarse demasiado convencido—. Esa noche el humor de Brookfield no me pareció demasiado equilibrado. Me parece que no le hizo mucha gracia tener al secretario del club, que no es del todo un caballero, sentado a su derecha. No creo que le gustara tenerme sentado delante. Sé que le irritó mi clavel verde.

—Cuando jugamos, señor Amteim —preguntó Oscar—, ¿a quién eligió usted como víctima?

—Oh, preferí no arriesgar. Seguí las Reglas de Queensberry. No golpeo por debajo de la cintura. Elegí a Eros, el dios del amor.

—¿A Eros? —inquirió Oscar—. Eros es sin duda una curiosa elección para un boxeador profesional.

—Oh, vamos, señor Wilde. No sólo los discípulos de la estética saben que el amor es un diablo.

Llegamos a lo alto de la pasarela. Amteim sostuvo abierta una lustrosa puerta de roble cubierta por un espejo que comunicaba con el vestíbulo de entrada tapizado de espejos del anfiteatro.

—Si me disculpan, caballeros, debo ir a cambiarme. —Evidentemente la audiencia había tocado a su fin—. Gracias por haber venido. Y también por la advertencia.

—Gracias a usted por los cigarrillos —respondió Oscar con una sonrisa—. Y por las entradas para la noche del lunes..., el combate de gala.

—¿Vendrá?

—¿Con un asiento de primera fila esperándome? ¿Cómo iba a resistirme? Y, para corresponder a su regalo, señor Amteim, si le apetece ver mi obra, asistiré con un

grupo al Teatro Saint James el sábado por la noche. Sería un honor para mí que se uniera a nosotros.

El boxeador respondió con una inclinación de cabeza.

—Será un placer, señor Wilde, gracias. —Con una mano sostenía abierta la puerta para nosotros; con la otra, nos indicaba el camino que debíamos seguir por el vestíbulo hacia la salida que daba a la calle.

—Excelente —dijo Oscar, ajustándose el sombrero, aunque sin cruzar todavía el umbral—. Dejaré una entrada a su nombre en la taquilla.

—Excelente —repitió Amteim—. Discúlpenme, pero ahora tengo que marcharme.

—Oh —dijo Oscar, tendiendo la mano y tocando con ella el brazo del boxeador—. Una cosa más, si no le importa. La cotorra. La cotorra del Hotel Cadogan. ¿Quién cree que la mató?

—Oh, señor Wilde. No tengo ni idea.

—Valoraría mucho su opinión. Por favor.

—Bien —repuso Amteim con un suspiro—. Dicen, si no ando muy errado, que los primeros sospechosos son los que primero llegan a la escena del crimen, ¿no es así? En ese caso, supongo que podrían ser usted o el señor Sherard, o Alphonse Byrd o yo, o incluso la señora Wilde o su amigo, el señor Heron-Allen... Pero lo más probable es que el autor haya sido algún desaprensivo miembro del servicio del hotel o algún huésped airado enfurecido por el constante griterío y escándalo que formaba la criatura.

—¿Le parece que el señor Byrd pudo haber matado a la cotorra? —preguntó Oscar.

—No, no puede haber sido él. Adoraba a la pobre criatura.

—Entonces, ¿quién?

—No sé quién podría desear hacer algo semejante... y de un modo tan brutal.

—Le interesa la psicología, señor Amteim. ¿Qué nos diría un psicólogo moderno?

—Toda suerte de tonterías. Probablemente, le diría que el señor Heron-Allen mató a la cotorra porque está enamorado de su esposa. Heron-Allen es abogado. Como no se atreve a matarle a usted, mata a una criatura indefensa cuyo exótico plumaje rivaliza con el suyo...

—Una noción harto divertida —concedió Oscar—. No sabía que Heron-Allen hubiera hecho tan evidentes los sentimientos que alberga hacia mi esposa.

—Heron-Allen podría sugerir que la señora Wilde fue la culpable del crimen porque su bisabuelo tenía una colección de ochenta pájaros disecados y cuando era una niña la opresiva presencia de los pájaros le provocaba pesadillas...

Oscar entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Hasta podría sugerir que tiene usted parte de culpa en el crimen, señor Wilde.

—¿Yo? —dijo Oscar, echándose a reír.

—¿Acaso no se llamaba Parrot^[13] el organista del Magdalen College? ¿No era acaso amigo suyo? ¿No se alojó con usted en Dublín en el año 74? ¿No tuvieron ustedes dos una célebre pelea?

—¡Santo cielo, hombre de Dios! Lo sabe todo sobre mí.

Amteim se rió al tiempo que volvía a extender la mano para indicarnos la salida.

—No todo, señor Wilde. Nada más lejos de la verdad. Ojalá fuera así... Pero mantengo los oídos y los ojos bien abiertos. Es algo que llevo en la sangre. Mi padre era lacayo, como usted bien sabe.

15.

Gilmour de Scotland Yard

—Qué tipo más extraordinario —dijo Oscar riéndose entre dientes mientras salíamos del desierto vestíbulo del anfiteatro del Astley al Westminster Bridge Road. Era una perfecta noche de mayo: el sol, bajo, redondo y anaranjado, había teñido de oro la mampostería de los muelles del Támesis; soplabla una brisa cálida y hasta nosotros llegó ese olor especial del Londres de mis años de juventud..., el reconfortante olor a heno y a caballo.

—No me gusta, Oscar —dije—. Es arrogante. E impertinente. Y...

—Te confunde, Robert. Lo que pasa es que con él no sabes a qué atenerte, eso es todo. Si Bosie o Drumlanrig hablaran como lo hace él, no le darías ninguna importancia. Son hombres ricos, por lo tanto pueden hacer lo que les plazca. Pero Amteim... es sólo un caballero a medias. Y eso no es fácil ni para él ni para nadie. Camina siempre por la cuerda floja.

—Pues no me gusta —insistí—. No me fío de él.

—¿Y no te ocurre lo mismo con mi pequeño amigo Antipholus?

—Naturalmente que no.

—¿Será porque es negro y sabe cuál es su lugar?

No hubo tiempo para protestar. Ya habíamos cruzado la calle y teníamos delante al muchacho africano de ojos brillantes de cuya luminosa sonrisa me fié instintivamente.

Antipholus no estaba solo. Estaba apoyado contra el parapeto de piedra que daba al río con una encantadora niña a su lado, una pequeña negra de quizá nueve o diez años. Junto a ella estaba el honorable reverendo George Daubeney. El trío contemplaba atentamente entre risas un sólido trozo de cartón del tamaño de una cuartilla.

En cuanto fue consciente de nuestra presencia, Antipholus se puso alerta.

—Señor Wilde, y amigo del señor Wilde, ¿me concederían el honor de presentarles a mi hermana Bertha?

La pequeña, que iba vestida con un sencillo vestido blanco, saludó con una profunda reverencia, cerró con fuerza los ojos y se mordió el labio cuando Oscar se agachó ante ella y estrechó su mano.

—Eres muy guapa —le dijo con suavidad.

—Es muy hermosa, Oscar —declaró George Daubeney a voz en grito—. Es una auténtica princesa, Robert..., una princesa de cuento. —Se inclinó por turno hacia nosotros y nos estrechó vigorosamente la mano.

—Veo que está usted en buena forma, George —dijo Oscar, ladeando la cabeza al tiempo que examinaba al clérigo—. Parece haberse vestido también *en prince*. —Y así era: desde la última vez que le habíamos visto, Daubeney parecía otro hombre. Seguía teniendo los ojos hinchados y cansados y la piel gris y estropeada, y mostraba pequeños destellos de humedad en las comisuras de los labios. Aun así, la expresión de perro apaleado del hombre había desaparecido por completo. Aunque llevaba el deshilachado cuello de clérigo como antes, había sustituido el negro traje de sargo de cura por una chaqueta de dandi con solapas de seda.

—Soy un hombre feliz —dijo dando un afectuoso tirón a una de las pequeñas coletas de la niña—. Un hombre libre. Un nubarrón se ha disipado sobre mi cabeza.

—¿Ah, sí? —preguntó Oscar—. Se refiere usted a la investigación judicial.

—El tribunal de instrucción se reunió esta mañana a las once en punto en el salón delantero del Hotel Pier, de Cheyne Walk, y el asunto se dio por zanjado antes de que el reloj del salón diera la media hora. El jurado siguió el dictamen del juez instructor del caso y ratificó el dictamen de la Policía Metropolitana y de la Brigada de Bomberos de Londres: «La muerte de la señorita Scott-Rivers fue accidental».

—Enhorabuena —le felicitó Oscar.

—Habría estado usted satisfecho, amigo mío. En su sumario, el juez (un hombre encantador, una especie de señor Pickwick, pero en versión irlandesa) hizo referencia específica a la importante y pionera labor de la Asociación para la Racionalidad en el Vestir.

—¿Ah, sí? —dijo Oscar, frunciendo el labio y pasándose el dedo índice por las cejas—. Cuando todo esto haya terminado, le daré a Constance la buena noticia.

—Bien hecho, George —añadí calurosamente—. Bravo. Creo que deberíamos celebrarlo con una copa.

—Ya he tomado unas cuantas, y de considerable tamaño —exclamó jubilosamente Daubeney—. ¡Y tengo intención de tomarme unas cuantas más y de proporciones aún más generosas!

—¿Se sabe algo de las últimas voluntades y del testamento de la señorita Scott-Rivers? —inquirió Oscar—. ¿Los había modificado, tal y como usted se temía, o muy pronto tendrá a su disposición unas cuantas y útiles bolsas de oro rojo y amarillo?

—No se le escapa nada, ¿eh, Oscar? —Daubeney tenía sujeta a la niña por las dos coletas y la zarandeaba suavemente por la cabeza de un lado a otro—. Al parecer, mi antigua prometida había comunicado a su abogado su intención de cambiar el testamento, pero todavía no lo había hecho... Aunque había concertado una cita para poner en orden sus asuntos, no pudo cumplir con ella. No es del todo seguro, pues existe la posibilidad de que su familia se muestre en desacuerdo con el testamento, pero, según su amigo Heron-Allen (un tipo excepcional, por cierto, y buen abogado donde los haya), todo apunta en mi favor. Parece que el botín pasará a mis manos.

—¡Nos ha traído regalos, señor Wilde! —anunció Antipholus encantado.

Daubeney soltó las coletas de Bertha y levantó hacia nosotros sus palmas abiertas al tiempo que adoptaba un repentino aire solemne.

—Lamento la muerte de mi prometida..., por supuesto que sí. Aunque ya no éramos amigos, no le deseaba ningún mal. Emplearé lo que haya tenido a bien dejarme para cumplir con la obra de Dios. Lo dedicaré todo a la educación y al bienestar de los más pequeños. —Se inclinó hacia delante y besó a Bertha en la cabeza.

—A mí me ha traído tabaco —dijo Antipholus, mostrando un puñado de tabaco—, y a Bertha estos lazos y este aro. —El muchacho estiró una de las coletas de su hermana para mostrarnos el lazo de color azul celeste que sujetaba su extremo en un delicado lazo. La pequeña, que sostenía el aro de madera con la mano izquierda, intentó ocultarlo tras la espalda de su hermano.

—Aquí el capellán soy yo y estos niños están a mi cargo —dijo Daubeney, ofreciéndonos una beatífica sonrisa.

—Está usted borracho —dijo Oscar—. No me sorprende.

Bertha tomó la mano del clérigo y le besó con suavidad los nudillos.

—El aro es a cambio de la fotografía —explicó Daubeney.

—¡Miren! —exclamó orgulloso Antipholus. Sostuvo en el aire el trozo de cartón que el trío había estado admirando cuando Oscar y yo les habíamos descubierto. Era una fotografía, una exquisita fotografía de estudio de la pequeña con un elegante vestido. En la fotografía, la niña estaba sentada en un taburete de tres patas, vestida con una falda deshilachada y parcheada y con un chal de cuadros sobre los hombros. Tenía la cabeza inclinada a un lado, apoyada contra el palo de una escoba de cocina, y el pelo suelto, rizado y con todo su volumen. Sus ojos brillantes miraban directamente a la cámara y por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—Está representando a la Cenicienta —explicó Antipholus.

—Las lágrimas no son reales —añadió George Daubeney.

—Eso parece —dijo Oscar, estudiando atentamente la fotografía—. Supongo que son gotas de glicerina. El maestro Archer es un joven inteligente.

—¿Quién? —pregunté.

—El fotógrafo —respondió Oscar, señalando la leyenda ubicada en la esquina inferior derecha de la fotografía. Decía: «John Archer, Battersea Park Road, London S»—. Le conozco. Vino de las Barbados, vía Liverpool y Ponder's End. Es un tipo brillante, dotado de una gran inteligencia e inventiva. El resto de los fotógrafos te sacan como si fueras un corredor de bolsa ante un pelotón de fusilamiento. Archer me ha fotografiado en dos ocasiones, y también a Bosie, y, para nuestro mutuo asombro, las dos veces casi nos gustó lo que vimos. Parecíamos hasta humanos. Parecer natural es una pose difícil de mantener. El maestro Archer sabe cómo lograrlo. Ese muchacho

llegará lejos^[14]. Oscar le devolvió la fotografía a Bertha, que a su vez se la dio a George Daubeney, quien se la metió en el bolsillo interior de su elegante gabán.

—¿Había dicho usted algo sobre una copa para celebrarlo, Robert? —preguntó haciendo girar su dedo índice en el aire y mirándome al tiempo que dedicaba un guiño a Oscar con el rabillo del ojo—. ¿Qué le parece si le convencemos para que nos lleve a algún sitio distinguido, Oscar? Uno no se convierte todos los días en acaudalado viudo sin tener que sufrir las miserias del matrimonio. Yo diría que se tercian un par de copas, ¿no cree?

—Lamentablemente, yo debo retirarme ya —dijo Oscar, con una leve inclinación de cabeza hacia Daubeney—. Robert cuidará de usted... y Antipholus lo hará de mí. Me liaré un cigarrillo mientras charlamos de los viejos tiempos y luego me buscaré un coche, ¿verdad, amigo mío?

El chiquillo negro volvió a ponerse alerta y respondió a Oscar con un enérgico saludo.

—En ese caso, iremos a Gatti's de las Arcadas —dijo Daubeney—. Podría pagar usted el champán, Robert. El espectáculo es gratuito. Vamos. —El jubiloso clérigo volvió a estrechar la mano de Oscar, propinó un afectuoso papirotazo en la oreja a Antipholus, besó ceremoniosamente a Bertha en la frente y entrelazó su brazo al mío—. ¡Soy libre! —exclamó mientras dábamos media vuelta y echábamos a andar por el puente de Westminster.

—¡Id con cuidado! —gritó Oscar al vernos partir—. Te enviaré un telegrama más tarde, Robert. El juego está en marcha. Te necesitare mañana por la mañana... ¡sobrio!

Esa noche no abusé de la bebida. De hecho, estaba de regreso en mi habitación de la primera planta de Gower Street antes de las diez, disfrutando de un solitario vaso de cerveza embotellada. Daubeney no era una compañía demasiado divertida. Mientras paseábamos del brazo por la orilla del río, desde el puente de Westminster a Charing Cross, él se dedicaba a entretener a los transeúntes cantando una selección de sus piezas favoritas del Misal Anglicano. Yo intenté distraerle —y disimular con ello el bochorno que sentía— dándole seria conversación, pero él no estaba en absoluto interesado en nada de lo que yo pudiera decirle.

—¡Cante conmigo, Robert! —chillaba—. ¡Alabad al Señor! ¡Aleluya! —Sacó del bolsillo de su gabán, un bolsillo distinto de aquel en el que había guardado la fotografía de Bertha— una petaca forrada en piel y, entre himno e himno, me apremiaba para que me uniera a él en sus libaciones.

—Es vino de consagración. Normalmente lo llevo encima por si se da el caso de que debo acudir a administrar el bendito sacramento en misión de emergencia. Pero puede tomar un sorbo, Robert. Es más: debe hacerlo. El Señor así lo desea. ¡Alabad al Señor!

Cuando llegamos al muelle situado justo debajo de la estación de Charing Cross, junto a la esquina de Hungerford Lañe, de pronto se calmó. Volvió a meterse la petaca en el bolsillo y, con sus dedos largos y delgados, se limpió con sumo cuidado la saliva de las comisuras de los labios y se peinó el pelo hacia atrás.

—¿Conoce usted el teatro que está debajo de las arcadas del ferrocarril? —preguntó.

—¿El teatro de variedades? —dije—. Sí. He estado allí con Oscar y con Wat Sickert. Es uno de los antros frecuentados por Sickert. Lo ha pintado a menudo.

—¿Ha estado entre bambalinas? —preguntó Daubeney, guiándome por el callejón que salía a Villiers Street.

—No.

—Pues está de suerte. Por una modesta suma, si es usted un caballero, el señor Corazza, el director del teatro, le permite pasar la tarde en el camerino de las coristas. Él mismo se encarga de ofrecer sillones. Podrá ver a las chicas mientras se visten. Y también las verá desvestirse. Incluso podrá tocarles las tetitas. Con las más jovencitas, podrá tragárselas enteras como si fueran melocotones.

Bajo la arcada más ancha del ferrocarril, en la misma entrada del teatro, se congregaba ya el público asistente a la sesión nocturna. El teatro de variedades Hungerford Palace (también conocido como el Gatti's de las Arcadas) atraía a un público universal: carniceros, panaderos, oficinistas y vendedores callejeros, dependientas y matronas, bulliciosos personajes elegantes de la ciudad y retraídas y jóvenes parejas que visitaban por vez primera el West End. Sin embargo, aparte de George Daubeney, no parecía haber ningún otro representante de las sagradas órdenes. Seguí al clérigo con su gabán mientras él se abría paso entre la muchedumbre y nos conducía hacia las sombras en dirección al arco situado detrás.

—Por fin hemos llegado —dijo, llamando con aire conspirador a una puerta camuflada.

—Creo que lo mejor será que me vaya —dije—. Si me disculpa, ha sido un día muy largo.

—Como desee, Robert —respondió al tiempo que la puerta se abría despacio. Vi asomar a una hermosa joven pelirroja de pelo muy corto y rostro maquillado.

La chica reconoció a Daubeney al instante, sonrió y abrió más la puerta para dejarle entrar.

—¿Tu amigo viene también, Georgie? —preguntó, arrugando la nariz y mirándome con expresión divertida. Divisé la silueta de sus pechos bajo el viso.

—No, tengo que irme —me apresuré a responder—. Cuídese, George. Buenas noches.

—Cuidaremos del padre, señor —dijo la muchacha, riéndose y tirando de él hacia dentro—. Cuidaremos bien de Georgie, no tema.

A las nueve de la mañana del día siguiente —del viernes, 6 de mayo de 1892—, mientras desayunaba a solas en mi habitación una salchicha de cerdo fría con una rebanada de pan untada en grasa (y me acordaba de las delicias del huevo de oca, del jamón y de las costillas de cordero de la señora Fletcher que había degustado hacía apenas veinticuatro horas), llegó el mensajero del telégrafo con la prometida citación de Oscar:

VEÁMONOS EN EL DESPACHO DE GILMOUR A LAS DIEZ.
OSCAR.

Yo no andaba sobrado de dinero. Estaba escribiendo mi novela, pero todavía no la había vendido, y aunque ese mes había vendido dos artículos, todavía no me los habían pagado. El casero me apremiaba para que le abonara el alquiler que aún le debía. El abogado de mi mujer, de la que me había separado, me presionaba para que desembolsara ciertos pagos «a cuenta» de su manutención. Como le gustaba decir a Oscar (y lo decía de formas distintas y en días distintos): «Los jóvenes imaginan que el dinero lo es todo. Cuando pasan los años, lo saben».

Pues bien, como andaba corto de dinero, decidí no tomar ni el autobús ni un coche, sino caminar con un par de zapatos gastados los cinco kilómetros que separaban Gower Street de Great Scotland Yard. De ahí que no llegara a las oficinas del Departamento de Investigaciones Criminales de la Policía Metropolitana hasta pasadas las diez y media.

Oscar estaba repantigado en el despacho de Archy Gilmour y se había puesto ya manos a la obra. La habitación era oscura y pequeña y estaba mal ventilada y parcamente amueblada. Encontré a mi amigo incómodamente sentado en el borde de una silla de oficina de respaldo duro. Vestía uno de sus trajes de verano más extravagantes: la chaqueta y los pantalones eran de color gris paloma; el chaleco, de abotonadura alta y amarillo canario; sobre unos botines grises llevaba unas polainas de tela amarilla; su ojal comprendía un hibisco dorado dispuesto sobre un ramillete de lavanda; sobre sus rodillas sostenía un sombrero de paja y unos guantes de cabritilla amarillos. Cuando el sargento Gilmour me hizo pasar, el inspector detective (que vestía, como yo, un desgastado traje de diario marrón) estaba de pie de cara a Oscar, apoyado contra un pesado escritorio de caoba y escuchaba atentamente cruzado de brazos.

—Buenos días, señor Sherard —dijo con tono cordial (le agradecí que recordara mi nombre)—. Tome asiento. —No se movió. Simplemente señaló con la cabeza la silla de respaldo duro situada junto a la de Oscar—. El señor Wilde relata las historias como pocos hombres saben hacerlo. Me tiene totalmente embelesado. Debería escribir para el *Police News and Law Courts Weekly Record*.

—Lo he confesado todo, Robert. He violado el juramento secreto del Club Sócrates. ¡Le he contado al inspector todo sobre nuestra cena en el Hotel Cadogan del

domingo pasado y sobre nuestro estúpido juego de «asesinato»! Y, aunque parece estar al corriente de todos los pormenores, él me ha escuchado con exquisita cortesía.

—Como recordarán, interrogamos hace poco a George Daubeney —explicó el inspector—. Se mostró muy disponible y absolutamente cooperador. De hecho, se sinceró enseguida: nos contó todo sobre la cena y el juego y también nos reveló que había citado a su exprometida como su pretendida «víctima».

—¿Cree usted que pudo haberla asesinado? —le pregunté.

Gilmour negó con la cabeza.

—¿Asesinarla? ¿Habiendo manifestado antes su deseo de hacerlo? No creo.

—Es un borracho —dije—. Los hombres hacen cosas inesperadas y terribles bajo los efectos del alcohol.

El inspector se rió.

—Se dan contra las paredes, no las atraviesan. En el número veintisiete de Cheyne Walk, tanto las puertas delantera y trasera como la del sótano estaban cerradas con llave por dentro. El reverendo Daubeney estaba fuera de la casa, mirando desde allí al interior. Aunque fue testigo del fuego, no lo provocó. La señorita Scott-Rivers estaba sola cuando murió.

—¿Qué impresión se llevó usted de Daubeney? —preguntó Oscar, haciendo girar despacio el sombrero de paja sobre sus rodillas—. Como hombre, quiero decir. ¿Le cayó bien?

—No —respondió rotundamente el inspector. Es un bicho raro. Y, tal como ha apuntado el señor Sherard, un borracho..., no hay más que verle la cara. Y es también un hombre débil. Cuando terminamos de interrogarle, se quedó ahí sentado, en la misma silla que ocupa usted ahora, señor Wilde, y se echó a llorar. Lloraba como una mujer. No fue un espectáculo agradable.

—El llanto nunca lo es —dijo Oscar.

El policía pelirrojo suspiró.

—En fin, caballeros —dijo, poniéndose en pie y frotándose las manos—, les agradezco la visita; y, por supuesto, debemos mantenernos en contacto. Pero, si he de serles sincero, no creo que nada de lo ocurrido esta semana apunte a que tenemos a un asesino nuevo y desconocido a la vista. —Empezó a dirigirse hacia la puerta. Evidentemente, la entrevista había tocado a su fin.

—¡Mire la lista! —le imploró Oscar, agitando sus guantes amarillos de cabritilla en dirección al pliego de papel que seguía aún sobre el escritorio del inspector.

Gilmour retrocedió y cogió la lista de «víctimas» de Oscar.

—Ya lo he hecho —dijo—. Pero, veamos. —Sus ojos estudiaron el papel con atención—. Elizabeth Scott-Rivers murió en un incendio causado por un accidente. Ése es el veredicto del juez de instrucción. Lord Abergordon era un caballero entrado en años que murió mientras dormía. Ésa es la opinión de su médico... y también la

mía. El actor, Bradford Pearse, parece haberse quitado la vida. Estaba endeudado y era víctima de la persecución de sus acreedores, de modo que no gozaba de un buen estado de ánimo. La correspondencia que me ha enseñado usted no hace sino confirmarlo. Se ha lanzado al vacío desde Beachy Head. Desgraciadamente, eso es algo que ocurre con mucha frecuencia.

—¿Y qué me dice de la cotorra? —preguntó Oscar—. ¿Qué pasa con el pobre *Capitán Flint*?

—Matar aves silvestres no es todavía un delito criminal en Inglaterra —fue la respuesta de Archy Gilmour.

—Sin duda —dijo Oscar, levantándose—. De hecho, entre los miembros de cierta clase, es un pasatiempo nacional.

Gilmour se rió entre dientes.

—Lo lamento por el pobre *Capitán Flint* —dijo amablemente—, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—Es usted un hombre con buenos sentimientos —intervino Oscar, estrechando la mano del inspector—. Y también es usted vegetariano, sin duda.

Como era de esperar, Gilmour pareció sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Por sus dientes, inspector. Lleva pegado un pequeño resto de lechuga y una miga de pan con mantequilla a cada lado de su incisivo izquierdo. Sólo un auténtico vegetariano desayuna un sándwich de ensalada.

Gilmour soltó una carcajada y abrió de un tirón la puerta de su despacho.

—Me maravilla usted, señor Wilde. Es un príncipe de los trucos. Y también su propio detective. No precisa usted mi ayuda.

—Oh, ya lo creo que sí, inspector. —Siguió sin moverse mientras Gilmour esperaba junto a la puerta—. Eche una mirada al siguiente nombre de esa lista de víctimas potenciales... ¿Sería usted tan amable?

Gilmour volvió a estudiar por encima el papel.

—El señor Victor Amteim.

—Es un tipo interesante —dijo Oscar—. Un boxeador muy bien relacionado. Dotado de un físico extraordinario. Trabaja en el anfiteatro del Astley. Cuatro personas eligieron al señor Amteim como su «víctima». Creo que su vida corre peligro, inspector. He venido a pedirle que le conceda protección policial.

—Ya lo hemos hecho —fue la respuesta de Archy Gilmour—. No sé si sabe que es uno de los nuestros, señor Wilde.

16.

Una cita en Baker Street

—Estoy perplejo —dijo Oscar—. ¿Así que Victor Amteim es oficial en activo de la Policía Metropolitana?

—Ya no —respondió Gilmour, sujetando abierta la puerta de su despacho y de pie junto a ella en evidente anticipación a nuestra inminente salida—. Lo era.

Oscar dejó sus guantes y el sombrero sobre el escritorio de caoba del inspector.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—En la década de 1870 —respondió Gilmour, pasándose la lengua por las encías para limpiarse el resto de lechuga de los dientes—. Se unió al cuerpo poco después de dejar Irlanda. No es ningún secreto. Fue campeón de boxeo de la Policía Metropolitana durante seis años seguidos. Encontrará su nombre grabado en letras doradas en un panel de la primera planta. Deben de haber pasado por delante en el vestíbulo de entrada al edificio. Me sorprende que, con su vista de halcón, lo haya pasado por alto.

—Pero ¿ya no es policía? —insistió Oscar, todavía de pie junto al escritorio del inspector.

—No. Sirvió en el cuerpo durante diez años y después, de forma, a mis ojos, demasiado apresurada, decidió probar suerte como boxeador profesional y entró en el circuito, apostándolo todo en el cuadrilátero. Creo que no le ha ido mal. Ha sobrevivido. Sin embargo, no me parece que haya disfrutado del éxito que esperaba. El boxeo profesional es un juego sucio, aunque poco a poco ha ido limpiándose gracias a la influencia de lord Lonsdale y de lord Queensberry.

—Entiendo entonces que, aunque el señor Amteim dejara la Policía Metropolitana, no perdió el contacto con ustedes —dijo Oscar, pensativo.

—Correcto.

—De modo que Amteim es un confidente de la policía.

—Se mueve entre hombres de toda suerte y condición —respondió Gilmour—. Es inteligente y observador. Y para nosotros su labor es de inestimable valor.

—¿Y le recompensan por sus esfuerzos?

—El trabajador bien merece que se le remunere su trabajo.

Oscar cogió su sombrero y sus guantes, se volvió hacia Gilmour y le miró a los ojos.

—Dígame, inspector —dijo—, ¿acudió Amteim a la cena del Hotel Cadogan en calidad de espía?

—En absoluto. Fue simplemente como invitado del secretario de su club..., el

señor Byrd, ¿no es ése su nombre? Tengo entendido que Amteim y Byrd son amigos desde hace años. Podría decirse que son «amigos de feria». Amteim no asistió el domingo por la noche al Hotel Cadogan para atender ningún asunto relacionado con nosotros. Por lo que yo sé, la Policía Metropolitana no tiene ningún interés especial en ninguno de los miembros de su club... ni en sus invitados. —Gilmour dobló la lista de «víctimas» de Oscar y le devolvió el papel—. Nuestro hombre, Amteim, no está permanentemente de guardia, aunque me gustaría pensar que sí está siempre en *qui vive*. Nada tiene que temer de su círculo, señor Wilde. Sin embargo, sí es cierto que tiene enemigos entre los miembros de la comunidad criminal..., enemigos que se ha granjeado en nuestro nombre. Somos conscientes de nuestra responsabilidad con él. Por ello no perdemos de vista a Victor Amteim. Puede quedarse tranquilo al respecto, señor Wilde.

Nos despedimos del pelirrojo detective y nos marchamos. Al pasar por el vestíbulo de Great Scotland Yard, nos detuvimos a inspeccionar los diversos cuadros de honor que colgaban de la pared lateral adyacente a las escaleras. Entre los héroes deportivos de la Policía Metropolitana, no nos costó encontrar el nombre de Amteim. Cuando por fin salimos a la calle, Oscar se detuvo y se ajustó el sombrero hasta perfilar con él un airoso ángulo. Se rió entre dientes.

—Podemos quedarnos tranquilos, Robert. Palabra del inspector Gilmour de Scotland Yard. —Entrelazó su brazo al mío y alzó la mirada hacia el sol—. Creo que se impone una copa de Perrier Jouët para celebrarlo, ¿no te parece? Como bien sabemos, la pasión por el placer es el secreto de la eterna juventud.

Cruzamos juntos la acera y subimos al coche de Oscar. Si le gustaba el aspecto de un cochero —o de su caballo—, mi pródigo amigo no dudaba en tener a un *brougham* esperándole todo el día... y toda la noche.

—A Albemarle Street, cochero —ordenó.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mientras nos acomodábamos en el coche.

—Creo que unos palitos de queso con el champán —respondió con una malévola sonrisa en los labios—. Hay un nuevo chef pastelero en el Hotel Brown. Sus sabrosas creaciones están levantando controversia entre la vieja *clientèle*, y el muchacho necesita nuestro apoyo.

—¿Y qué pasa con el caso?

—Ya has oído lo que ha dicho el inspector, Robert. No hay nada de lo que preocuparse.

Me sorprendió que Oscar hubiera decidido ir al Brown. El hotel, fundado por James Brown, exmayordomo de lord Byron, no era uno de los lugares frecuentados por él. Según decía, el revestimiento de caoba de sus paredes le resultaba demasiado triste. Al llegar al hotel, sin embargo, me vi doblemente sorprendido ante la efusividad con la que el portero del establecimiento saludaba a mi amigo:

—¿Otra vez nos visita usted, señor Wilde? No hay manera de tenerle lejos de nosotros.

Mientras Oscar le daba un chelín, yo le lancé una mirada interrogante.

—He venido a desayunar aquí esta mañana, Robert. Y a usar el teléfono. Debo reconocer que es un aparato de lo más excitante. Va a cambiar nuestras vidas, sobre todo la de los dramaturgos. Imagina si hubiéramos tenido teléfono en tiempos de Shakespeare..., no habría habido necesidad de hacer uso de esos jadeantes e indeseados mensajeros.

Me condujo por el vestíbulo del hotel hacia un amplio cubículo con puerta de cristal del tamaño de un puesto de centinela de la guardia real.

—Mira dentro —dijo—. Ahí lo tienes: el auténtico aparato desde el que el señor Graham Bell entabló la primera comunicación telefónica en el Reino Unido. Naturalmente, cuando estoy en el West End, vengo al Brown a hacer desde aquí todas mis llamadas. Es como bajar a la fuente misma del Nilo. Ya tengo cuenta aquí.

—¿Y a quién has venido a llamar esta mañana? —pregunté al tiempo que dejábamos a nuestra espalda el vestíbulo para adentrarnos en un salón oscuro y húmedo. Un anciano camarero nos acompañó hasta un par de sillones de cuero semiocultos entre un bosquecillo de palmeras en sus tiestos. Aunque no resultaba fácil saberlo con seguridad, todo parecía indicar que estábamos solos.

—Una botella de Perrier Jouët —le dijo Oscar al camarero—, a poder ser de 1880. Y, si es tan amable, una fuente de palitos de queso de Massimo. —Esperó a que el hombre se marchara para responder a mi pregunta—. Esta mañana he hecho dos llamadas telefónicas, Robert, y ambas de larga distancia... Quizás eso te explique por qué estoy un poco ronco. El teléfono todavía no es un medio adecuado para susurrar naderías. Primero he llamado a la comisaría de policía de Eastbourne. Aunque la verdad es que no han sido de demasiada utilidad, al menos se habían puesto en contacto con el guardacostas. Desgraciadamente, no hay noticias de Bradford Pearse..., ni vivo ni muerto. Después he llamado a South Norwood, a la residencia del doctor Arthur Conan Doyle.

—¿Y cómo estaba Arthur?

—No sabría decirte. No se ha puesto al teléfono. Según me ha dicho la señora Doyle, Arthur estaba en su cobertizo, trabajando en sus esculturas, y no deseaba que se le molestara. Sin embargo, me aseguró que espera que nos reunamos con él en el teatro mañana por la noche y promete asistir a la fiesta benéfica de Tite Street el domingo por la tarde.

—¿Piensas seguir adelante con la fiesta estando las cosas como están? —pregunté.

—¡Por supuesto que sí! —declaró despreocupadamente.

El anciano camarero llegó con nuestro champán helado y con los palitos de queso

de Cheshire. Felizmente, las dos cosas respondieron con creces a las expectativas de Oscar. Mientras bebía y mordisqueaba los palitos, cerró los ojos para saborear el momento. Cuando por fin los abrió, dijo:

—Ningún hombre civilizado se lamenta jamás de ningún deleite, y no hay hombre incivilizado que llegue jamás a saber lo que es el placer. —Volvió a llenar mi copa—. ¿Cómo estuvo George Daubeney? —preguntó.

—¿Anoche? No me quedé con él mucho rato —respondí—. Como pudiste ver, estaba bebido. Le dejé en Gatti's, en manos de una corista.

—Sí —dijo Oscar, vaciando despacio su copa y sonriendo—. El clero anglicano siente cierta debilidad por esa dirección.

Me reí. Partió el último palito de queso en dos y me ofreció el plato.

—¿De verdad crees que podemos «estar tranquilos»? —pregunté.

—Según nos han asegurado, Amteim está en buenas manos.

—¿Y Constance? —dije—. ¿Está ella a salvo?

—De momento, eso creo.

—¿Vuelve a estar Edward Heron-Allen hoy con ella? —inquirí. Lo cierto es que intenté que la pregunta sonara lo más despreocupada posible.

—Así es —respondió Oscar, sacudiéndose las migas de los palitos de la chaqueta y tirándolas al suelo.

—Santo Dios —estallé—. Pero ¿es que ese hombre no tiene casa propia?

—Sí, la tiene —dijo Oscar—, y es allí donde vive su esposa. Prefiere estar en la mía porque en ella vive mi mujer. El melocotón que no está al alcance de nuestras manos, el del huerto del vecino, siempre resulta más apetecible que la manzana que yace en el suelo del propio.

—¿Te fías de él, Oscar?

—Me fío de Constance, Robert. Totalmente. Pero también he oído lo que dijo Amteim sobre ella y sobre Heron-Allen..., y mientras le oía, pude leer entre líneas. Nadie conoce mejor a mi esposa que yo, Robert. Soy plenamente consciente de que debo velar por su reputación y por su seguridad. Te complacerá por tanto saber que esta noche he cancelado tanto mi cena con Bram Stoker como mi copa de última hora con Bosie Douglas. Esta noche me iré a casa a leerles un cuento a mis hijos antes de dormirse y a disfrutar de una cena *à deux* con la señora Wilde. Y después de la cena, para complacerla, jugaremos una partida de *piquet*. Hay una cosa infinitamente más patética que perder a la mujer de la que estás enamorado y es haberla conseguido y haber descubierto que su pasatiempo favorito es una partida de *piquet*.

—Pero tú amas a Constance —protesté—. Sé que la amas.

—La amo, Robert, pero ya no la encuentro tan interesante como antes. —Me miró con unos ojos afligidos y abiertos como platos—. Es algo que ocurre a veces —dijo. Vació el resto del Perrier Jouët en nuestras copas—. ¿Y cuáles son sus planes

para esta noche, señor Sherard?

—Voy a reunirme con Sickert —dije—. Vamos a un teatro de variedades.

—¿Al Gatti's? —preguntó con una sonrisa.

—No lo sé. Al que Wat prefiera.

—No permitas que te lleve por el mal camino, Robert. Y no te vayas a dormir muy tarde. Mañana requeriré tus servicios. Como siempre, te necesito como testigo.

—Entonces, ¿no abandonamos el caso?

—Todo lo contrario. Hoy podemos relajarnos. Mañana interrogaremos a un aspirante a asesino... en Baker Street.

—¿En Baker Street? —Me reí—. ¿En el número doscientos veintiuno letra be?

—No —fue su respuesta—. En la otra punta de la avenida. En el número veinte. No lo olvides. Nuestra cita es a mediodía.

—Seré puntual —dije.

Pero no lo fui. Wat Sickert y yo disfrutamos de lo que se conoce comúnmente como «una noche en la ciudad». Del anochecer al amanecer fuimos de una punta a otra de Londres inmersos en un feliz abandono. Wat alquiló para ello un coche equipado con copas de cristal y con una cubitera para el champán. Era tan desprendido con su dinero como Oscar, aunque sus posibilidades fueran considerablemente menores. Presenciamos el espectáculo de primera hora en el Gatti's de las Arcadas —donde no logré distinguir a la corista de George Daubeney— y asistimos después a la última representación del Collin's Music Hall de Islington Green, pues Wat declaró estar profundamente enamorado de la muchacha que representaba a Godiva (cuyo caballo, a diferencia de su cabello, era auténtico). Cenamos costillas de cordero y patatas hervidas en el Sydney's Supper House del Strand y tomamos cervezas, vino y licores (el orden lo he olvidado ya) en una variedad de restaurantes, bares y tabernas desde el Café Royal de Picadilly Circus al Olde Cheshire Cheese de Fleet Street. Y, allí donde íbamos, Wat se encontraba con alguna amiga: una camarera o una florista, una actriz o una modelo. Tenía con las mujeres una facilidad de trato que yo jamás he tenido. Se tomaba la vida con un desparpajo que yo jamás me he atrevido a contemplar. Esa noche pude ser testigo de que fumaba sus cigarros al revés, encendiendo el extremo que el común de los mortales suele meterse en la boca. Según me dijo, en los cigarros de Manila, las hojas más pequeñas y más sabrosas siempre se utilizan en el extremo más fino.

—Es una pena desaprovecharlas —me dijo.

También me confesó que el cigarro «tiraba mejor» cuando se aspiraba el humo por el extremo más grueso, porque «así es como lo hacen en Filipinas».

Al final de la noche, cuando ya no nos quedaban cigarros y el Cheshire Cheese cerraba sus puertas, Wat me llevó a un burdel de Maiden Lane.

—¿Por qué hemos venido? —le pregunté.

—Porque la dirección me parece divertida —dijo.

—Pero estás casado, Wat. ¿A ti te parece que esto está bien?

—Oh, Robert —exclamó—, ¡qué espantosa esta costumbre cristiana de inventarle pecados a todo el mundo! ¡Te aseguro que no la entiendo! ¡No sé qué es lo que se pretende con ella! Dejados ser felices. Dejad que nos permitamos un poco de relajación en nuestras vidas domésticas.

Soltó entonces una repentina carcajada y me rodeó la espalda con el brazo antes de cruzar juntos la acera y entrar al burdel.

—Te he traído aquí pensando tanto en ti como en mí, Roben. Esto te hará bien. No tiene sentido que sigas suspirando por Constance. La señora Wilde no será jamás tuya..., ni el amor ni el dinero pueden conquistarla. Y tú lo sabes y eso te entristece. Pero cuando hay frustración en Tite Street, se encuentra el consuelo en Maiden Lane. Aquí, tanto el solaz como la dulzura están garantizados... y por la módica cantidad de cinco chelines. No encontrarás aquí a ninguna de esas virgencitas de cinco libras. Estas chicas conocen bien su trabajo. No te desilusionarán. Te gustará, te lo prometo.

Y, ni que decir tiene que en ese momento me gustó..., más o menos. Estaba loco de deseo. Wat tenía razón respecto a eso. Sin embargo, a la mañana siguiente, mientras que él amaneció despreocupado, yo lo hice con jaqueca y con una conocida sensación de *ennui*.

El sábado, 7 de mayo de 1892, otro «brillante día» según mi diario, llegué al número veinte de Baker Street a la una en punto. Aunque no me costó encontrar la dirección, me quedé de una pieza cuando descubrí al llegar que se trataba de una casa de baños turcos. El aspecto exterior del edificio era cuando menos decepcionante. Desde fuera, la casa parecía una capilla de la Orden de los Inconformistas necesitada de algunas reparaciones. Por dentro, tenía todo el aspecto del palacio de un califa de una pantomima de Drury Lane. En el recibidor, un vestíbulo verde y dorado con forma de un gigantesco panal, me dieron la bienvenida (por así decirlo) un par de asistentes enanos: dos feos hombrecillos de rostro amarillento. Aunque parecían tener las cabezas idénticas —de hecho, podrían perfectamente haber sido gemelos—, sus atuendos no podían haber resultado más dispares.

Uno, el que era ligeramente más alto de los dos, llevaba un tosco traje de sargo marrón y una camisa sucia sin cuello y desabrochada. El otro iba equipado de pies a cabeza con un disfraz típicamente teatral, vestido no tanto como Alí Babá, sino como uno de sus cuarenta ladrones. En cuanto entré, el del traje marrón me miró y desapareció detrás de una cortina de color azafrán que colgaba al fondo de la estancia. Su compañero me miró sin interés aparente y dijo bruscamente:

—¿Primera o segunda clase? ¿Treinta y seis o media corona?

Yo me había gastado en Maiden Lane todo mi dinero.

—Creo que me esperan —mascullé, sin saber qué otra cosa decir—. He venido a

encontrarme con el señor Wilde.

El vigilante soltó un gruñido.

—Ah, así que usted es el «invitado», ¿eh? —Su acento le acercaba más a Oíd Kent Road que a la Vieja Bagdad. Cogió entonces una toalla de lino de una cesta de mimbre situada en el rincón del vestíbulo—. A estas alturas deben de estar en la sala de calor. Está en el piso de abajo, por las escaleras; la cuarta sala a la izquierda. Tómese su tiempo para llegar o se desmayará —añadió con una risilla demoníaca.

—Quizá se desmaye de todos modos —dijo una voz procedente de detrás de las cortinas—. Ahí abajo están a cincuenta grados.

Seguí el consejo del vigilante y me tomé mi tiempo. Al otro lado del vestíbulo, el edificio estaba oscuro, húmedo y silencioso como una catacumba. En el vestuario de primera clase en el que me cambié me pareció ver no más de media docena de montones de ropa. En la primera sala de vapor, calentada gracias a un tiro de chimenea de ladrillo de un metro de alto por unos veinte centímetros de ancho que recorría tres de las paredes, me encontré sentado delante de un obeso anciano de barba plateada (sir John Falstaff, desnudo) a quien habría tomado por muerto de no haber sido por sus ronquidos. En la segunda cámara me senté solo, sudando profusamente y respirando con gran dificultad, admirando el exquisito embaldosado Craven Dunhill que me rodeaba, aunque preguntándome cómo y por qué esas curiosas —y nada baratas— saunas metropolitanas se habían vuelto de repente tan populares y numerosas.

Por fin, entré a la última cámara. El calor en la «sala caliente» era abrumador y el vapor tan denso y pegajoso que tardé unos instantes en ver que era allí donde estaban Oscar y sus dos compañeros, sentados el uno al lado del otro y desnudos sobre una losa de porcelana como Shadrach, Meshack y Abednego^[15] en el endiablado horno.

—¿Eres tú, Robert? —susurró Oscar débilmente—. *Enfin!*

—Lo siento muchísimo... —empecé.

Él me interrumpió.

—No te disculpes, amigo. No hay tiempo. Estoy intentando que su señoría confiese antes de que terminemos todos cocidos.

A ambos lados de Oscar Wilde estaban sentados lord Alfred Douglas y Francis, vizconde de Drumlanrig. Oscar estaba repantigado entre ellos como una marsopa en una playa: tenía la piel gris, salpicada de extraños manchurroneos de un leve color rosa, los brazos y los hombros parecían pesarle en exceso y tenía el pecho y el estómago cubiertos de una desagradable capa de grasa. Llevaba una toalla sobre las rodillas. Aunque sólo tenía treinta y siete años, parecía una vieja fulana *en deshabilité* dibujada por Toulouse-Lautrec. Los jóvenes sentados a su lado, de veintiún y veinticuatro años respectivamente, parecían estatuas esculpidas por el mismísimo Miguel Ángel. Tenían una piel blanca y suave como el alabastro. No es que fueran

apuestos. Eran hermosos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté divertido.

—Lord Drumlanrig es el director de la cadena de baños turcos London and Provincial Turkish Bath Company. Hoy somos sus invitados, Robert. Al parecer, esta experiencia obrará maravillas en nuestra salud... Cura la gota en una sola sesión.

—Creía que habíamos venido a interrogar a un posible asesino —respondí, más irritado de lo que me habría gustado parecer.

—Y así es. Drumlanrig reconoce que eligió al finado lord Abergordon como su «víctima», pero se niega a explicarme por qué..., y tampoco quiere decirme si fue él quien lo hizo.

—Por supuesto que no «lo hice», Oscar —replicó Drumlanrig, cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra las baldosas que tenía a su espalda—. Y no es sólo la gota la que se beneficia de un baño turco. La dispepsia, los edemas, la escarlatina, los abscesos...; lo curamos todo.

—¿Por qué? —insistió Oscar—. ¿Por qué eligió a Abergordon como «víctima»?

—Porque era un viejo carcamal.

—Eso no es motivo suficiente, Francis.

Drumlanrig giró la cabeza hacia Oscar y abrió los ojos. Los tenía de color azul celeste.

—Si quiere saber la verdad...

—Tengo que saberla.

—Si tiene que saberla...

—Puede que la vida de mi esposa dependa de ello —dijo Oscar muy serio.

La frente de Drumlanrig se arrugó.

—No entiendo por qué. De verdad que no lo entiendo.

—Confíe en mí.

—Confía en él —dijo Bosie.

—Muy bien —dijo por fin Drumlanrig, estirando la espalda contra la pared y cubriéndose con la toalla—. No maté a Andrew Abergordon, aunque sí deseaba verle muerto, y, que Dios me perdone, me alegra sobremanera que ya no esté entre nosotros. Me hizo la vida imposible.

—Creía que era su padrino —dijo Oscar.

—Y lo era, y como tal se creía guardián de mi bienestar moral. Estaba plenamente convencido de que yo había caído en el mal camino, de que había «descendido al pozo de la degradación», o al menos ésas fueron sus palabras.

—¿Qué pretendía decir con eso? —preguntó Oscar con los ojos como platos.

—Me acusaba de haber cometido actos inmorales con otros hombres. Y acusó también a mi amigo y mecenas, lord Rosebery, de ser mi corruptor. Lord Abergordon le dijo a mi padre, y Dios sabe a quién más, que yo había cometido actos de sodomía

con el barón de Rosebery.

—¿Con Primrose? —preguntó Oscar.

Me reí. No pude evitarlo.

—¿A lord Rosebery se le conoce como Primrose?^[16] —farfullé.

—Es su apellido, Robert —dijo Oscar con una sonrisa—. Como bien sabes, los nombres lo son todo. —Se volvió entonces hacia Francis Drumlanrig—. Y, dígame ¿estaban justificadas las acusaciones de lord Abergordon? ¿Por eso deseaba verle muerto?

Drumlanrig se levantó súbitamente y se volvió a mirar a Oscar.

—Naturalmente que no lo estaban. ¡En absoluto! No eran más que viles calumnias... con las que no hizo sino arruinar mi reputación —añadió, cubriéndose el rostro con las manos.

—Y la de lord Rosebery —dijo Oscar con voz queda.

—Así es —masculló Drumlanrig, cogiendo su toalla y anudándosela alrededor de la cintura—. Por supuesto. Acabó por completo con nuestra reputación... Abergordon estaba destruyendo nuestras vidas con sus condenadas mentiras..., con sus viles calumnias y sus asquerosas falsedades.

—Creo que exageras con tus protestas, Frankie —susurró Bosie, ladeando su hermosa cabeza.

—Debo protestar —exclamó Drumlanrig—. Para ti no representa ningún problema hablar del amor entre hombres, Bosie. Tú puedes ensalzar las virtudes del amor griego cuanto desees... ¡Quieres ser poeta! Pero yo quiero ser político. Lord Rosebery quiere ser primer ministro. Existe una gran diferencia entre las reglas aplicables a ambos casos. —El joven vizconde se volvió hacia Oscar—. Sí, deseaba silenciar a Abergordon. Recé para verle muerto. Y deseé su muerte con toda mi alma. Pero no le maté.

—¿Por qué fue el jueves a Eastbourne? —preguntó Oscar, incorporándose y secándose el rostro con la toalla.

—¿A Eastbourne... el jueves?

—A Eastbourne el jueves.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Tengo que saberlo.

—Fui a Eastbourne el jueves —empezó Drumlanrig— para ver al duque de Devonshire... y hablar con él de política. Tiene casa allí y me invitó a comer. Soy el secretario de lord Rosebery. En otoño volveremos a tener un gobierno liberal. El señor Gladstone será de nuevo primer ministro, no le quepa duda. Pero ni siquiera el señor Gladstone puede seguir eternamente en el cargo. Cuando lo deje, si el duque de Devonshire no le sucede, puede que sea el barón de Rosebery quien lo haga.

Oscar empezó a ponerse en pie. Bosie y yo le ayudamos. Se anudó la toalla a la

cintura y encontró otra que se puso al hombro. Nos dedicó una benevolente sonrisa.

—Me parezco a César, ¿verdad? —preguntó. Nos reímos. Tendió la mano y tocó a Francis Drumlanrig en el brazo—. Primrose Rosebery es mucho mayor que usted, ¿me equivoco?

—Tiene cuarenta y cinco... Casualmente, hoy cumple cuarenta y cinco años. El 7 de mayo es su cumpleaños.

—¿Y le quiere como él a usted?

—Le admiro más que a nadie en el mundo. Es un gran hombre. Y parece que... que me valora. Acaba de enviudar y se siente solo. Pasamos mucho tiempo juntos. Nos queremos como se quieren dos hombres.

—Tráigale esta noche al teatro, se lo ruego. Si está libre, tráigale a ver mi obra al Saint James. Podría ser su regalo de cumpleaños.

17.

Lleno absoluto

Ese sábado por la noche, como llevaba ocurriendo todas las noches desde el 20 de febrero de 1892, el Teatro Saint James registraba un lleno absoluto. La obra de mi amigo había sido un auténtico triunfo desde la noche de su estreno.

A pesar de que yo debía de haber ido al teatro mil veces a lo largo de mi vida, mentiría si dijera que recuerdo haber vivido una noche más memorable, o más *sensacional*, que la noche del estreno de *El abanico de lady Windermere*. Dudo mucho que quienquiera que estuviera allí en esa ocasión haya podido olvidar la experiencia: el humor y la humanidad de la obra, la *sorpresa* que causó (nadie sabía qué esperar), la relumbrante naturaleza del público (*le tout monde* estaba allí), y el escándalo —el *outrage*— provocado por el discurso de Oscar en el escenario. Cuando concluyó la representación y desde los palcos y desde la platea se oyeron gritos de «¡El autor!», Oscar salió de entre bambalinas y se dirigió despreocupadamente al centro del escenario, situándose tras las candilejas y estudiando detenidamente el auditorio. Llevaba un clavel verde en el ojal de la solapa y un cigarrillo encendido en su mano enguantada en malva. El público guardó silencio. Oscar alargó el instante y siguió fumando su cigarrillo lánguidamente hasta que por fin habló.

—Damas y caballeros, quizá no resulte demasiado propio fumar delante de ustedes, pero... ¿quizá tampoco resulte muy propio que me molesten mientras estoy fumando! He disfrutado *inmensamente* de esta noche. Los actores nos han deleitado con una *deliciosa* representación de una obra *preciosa*, y su entendimiento ha resultado de una indudable inteligencia. Les felicito por el gran éxito de su actuación, lo cual me lleva a pensar que tienen la obra *casi* en tan alta estima como yo mismo.

En esa primera representación, Oscar nos había regalado a varios de nosotros un clavel verde para que lo luciéramos en el ojal de la solapa. Lo dispuso todo para que uno de los miembros del elenco también llevara uno.

—¿Qué significa, Oscar? —le pregunté—. ¿Cuál es el significado del clavel verde?

—No significa nada, Robert. Nada en absoluto. Y eso es justamente lo que nadie imaginará...

Para la representación del 7 de mayo, Oscar había reservado catorce de los palcos privados del teatro para sus invitados especiales. La velada pretendía ser una noche de «agradecimiento» a todos los amigos que habían dado su apoyo a la campaña de recaudación de fondos de Constance para la Asociación para la Racionalidad en el

Vestir y para todos aquellos que habían prometido apoyar a Oscar en su campaña de ayuda al Earl's Court Boys Club. Nuestro anfitrión lo había dispuesto todo para que los caballeros encontraran claveles verdes en cada uno de los palcos (aunque no todos los caballeros se los pusieron. «No es mi estilo, viejo amigo», dijo Conan Doyle). En el último minuto, Oscar me envió al mercado de Covent Garden a comprar pequeños ramilletes de primulas que había decidido regalar a cada una de las damas en honor del cumpleaños de lord Rosebery. Las señoras estuvieron encantadas y Primrose Rosebery se declaró «sinceramente emocionado por el gesto... Cándidamente, ligeramente abrumado».

Lord Rosebery y lord Drumlanrig se sentaron con Oscar y con Bosie en el palco real. En el palco contiguo estaban sentados Charles y Margaret Brooke, el raja blanco y Raneé de Sarawak, con Constance y el eternamente atento Edward Heron-Allen. («La señora Heron-Allen ha sido también invitada, te lo aseguro —dijo Oscar—. Y también la señora de Conan Doyle. Y la del señor Stoker y la señora de Sickert. Sin embargo, ninguna de ellas ha venido. Están todas indispuestas. Independientemente de lo que decidas llevar a cabo para hacer fortuna, Robert, no intentes jamás inventar una cura para la jaqueca. No encontrarás mercado para ella»). Yo estaba sentado con Wat Sickert y Bram Stoker en el otro extremo del auditorio, en el palco situado directamente delante del de Constance y sus amigos. Nunca la había visto más hermosa que esa noche. Llevaba el vestido que lucía todas las noches que fue a ver *El abanico de lady Windermere*. Era un talismán. Se lo había puesto esa propicia primera noche y Constance era tan supersticiosa como su marido. Era un vestido de brocado azul, con mangas oblicuas y un largo cuerpo decorado con perlas y seda antigua. El vestido era una pieza magnífica, inspirada, al parecer, en los vestidos de la corte del reinado de Carlos I, aunque Constance lo lucía con gran sencillez. Sickert me sorprendió mirándola anhelantemente y no dudó en atacarme.

—Se comporta usted como un auténtico estúpido, Sherard —dijo—. Cuanto más suspire por ella, más infeliz será. Constance sólo tiene ojos para Oscar. Ese idiota de Heron-Allen revolotea alrededor de ella día y noche y lo máximo que ella hace es dejar que el dorso de su mano roce la de él. Mire hacia otro lado, hombre... mientras todavía conserva la cordura. —Me dio sus gemelos y me invitó a que escudriñara con ellos el teatro—. Dígame sí hay alguien que le guste y yo le informaré de sus posibilidades.

Herido por su reprobación, tomé los gemelos de Wat y los utilicé para echar una mirada al recinto. Indudablemente, había algunas mujeres hermosas a la vista. Y también alguna que otra rareza. En uno de los palcos más pequeños situados en el piso superior estaban las dos amigas de Oscar, la señorita Bradley y la señorita Cooper, las poetisas sáficas que escribían juntas bajo el seudónimo de Michael Field.

—¿De qué diantre han venido disfrazadas? —pregunté a Sickert, devolviéndole

los gemelos.

El pintor apuntó con los gemelos a las excéntricas damas.

—Lamento decir que de cabreras tirolesas... y todo parece indicar que están provocando un efecto perjudicial en el vecindario. Aunque el teatro está abarrotado y no queda una sola entrada a la venta, el palco contiguo al de ellas está vacío.

El palco vacío era el que Oscar había reservado para Victor Amteim.

Cuando las luces del teatro se apagaron y la orquesta inició la obertura (era la de *Il Seraglio* de Mozart), Walter Sickert me murmuró:

—¿No hemos tenido noticias de Bradford Pearse?

—No, que yo sepa.

—Entonces, ¿es cierto? —susurró Stoker desde la parte posterior del palco—. Corre el rumor de que se ha suicidado... saltando al vacío desde Beachy Head. Empujado por sus acreedores. Cuando le vieron en Eastbourne, ¿cómo estaba?

—Vimos la representación. No vimos a Pearse. Desapareció antes de que pudiéramos verle.

—No puedo creer que se haya suicidado —susurró Stoker—. Es algo totalmente impensable en un hombre como él. ¿Creen que quizás hayan asesinado al pobre diablo?

El telón del Teatro Saint James se levantó para mostrar el soleado salón matutino del establecimiento de lord Windermere en Carlton House Terrace. El decorado era elegante (obra de un inspiradísimo señor H. P Hall) y provocó una oleada de encantados aplausos.

Durante el intermedio, se pidió a los invitados de Oscar que se reunieran con él para disfrutar de un refrigerio en un extremo del vestíbulo situado en la parte trasera del anfiteatro. La multitud era considerable. Me abrí paso a codazos y empujones para reunirme con mi amigo. Deseaba alertarle de la ausencia de Amteim, pero cuando por fin llegué hasta él, antes de que pudiera hablar, él me hizo callar.

—Soy plenamente consciente de la situación —dijo, dándome una copa de champán—. Tranquilízate, Robert. Permite que te presente al barón de Rosebery. Como sabrás, hoy es el cumpleaños de su señoría.

Saludé con una inclinación de cabeza al gran hombre que me sonrió con unos ojos de párpados enormes. Era un avezado político: de inmediato me hizo sentir como si fuéramos íntimos amigos.

—¿No le parece una obra deliciosa? —dijo—. Todo el mundo está encantado. Aun así, lord Drumlanrig me informa de que los críticos están divididos.

—Sí —intervino Oscar complacientemente—. Cuando los críticos dividen, el público une.

—Cierto, señor Wilde —prosiguió lord Rosebery, riéndose entre dientes y observando a la multitud congregada a su alrededor—. Es un aforo maravilloso. Eso

es lo que más me asombra. El foso y el gallinero están tan llenos como los palcos y la platea. ¿Quién es toda esta gente?

—Una pregunta de fácil respuesta —dijo Oscar—. Son sirvientes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rosebery.

—Exactamente lo que acabo de decir. Los criados escuchan las conversaciones que tienen lugar en los salones y en los comedores. Oyen a la gente hablar de mi obra y sienten curiosidad. Por eso llenan el teatro. No hay más que observar la perfección de sus modales para darse cuenta de que son sirvientes.

—Es usted un hombre muy peculiar, señor Wilde —dijo lord Rosebery—. Espero que la obra se publique.

—A su debido tiempo. Mi edición ideal es de quinientos ejemplares que utilizaría como regalo de cumpleaños para amigos particulares, seiscientos más para el público en general y cien para el mercado norteamericano.

En ese momento sonó el timbre que anunciaba el comienzo del segundo acto. Volví a saludar a su señoría con una inclinación de cabeza y él volvió a ofrecerme su sonrisa de político. Cuando ya me iba, le susurré a Oscar lo más discretamente que pude:

—¿Sabes que Amteim no ha venido?

Él respondió con una sonrisa y no se molestó en bajar un ápice la voz:

—En cualquier caso, no le pierdo de vista. Disfruta de la obra, Robert. Encontrémonos después de la representación en la puerta de actores.

Cuando regresé a mi palco, encontré a Sickert y a Stoker que todavía seguían lamentando el destino del pobre Bradford Pearse, sin dejar de repetir (¡de nuevo!) que, de entre todos los hombres, Pearse carecía de un solo enemigo en el mundo.

—¿Dónde ha estado? —preguntó Sickert—. Espero que no persiguiendo a la señora Wilde. —Me hizo entrega de sus gemelos—. Eche una mirada al gallinero, al fondo a la izquierda: la joven mulata con las lentejuelas en el pelo. ¿No es justo su tipo?

Tomé los gemelos de Sickert y, sólo por complacerle, inspeccioné con ellos a la muchacha. Era, sin duda, extremadamente atractiva; el pintor tenía buen ojo.

—Y, mire —añadió—, las cabreras tirolesas ya no están solas. El palco contiguo está lleno.

Apunté con los gemelos hacia lo que hasta entonces había sido el palco vacío y vi a un hombre alto vestido de noche que estaba de pie a un lado, desde donde observaba el auditorio. No era Amteim.

—Le conozco —dije.

Sickert y Stoker entrecerraron los ojos y estudiaron el gallinero con la mirada.

—Todos le conocemos —dijo Bram Stoker, saludando con la mano a la distante figura—. Es Charles Brookfield.

—No asiste como invitado de Oscar.

—Quizá no —dijo Stoker—. Aun así, le tenemos aquí. Está obsesionado con Oscar y con esta obra. Como bien saben, está preparando su propia parodia sobre *El abanico*. Se estrena dentro de dos semanas y supongo que estaremos todos invitados.

—La verdad es que no me sorprendería nada que alguien asesinara a Charles Brookfield —dijo Wat Sickert justo cuando las luces del teatro empezaban a apagarse.

Al término de la representación, la ovación fue extraordinaria. No había duda de que Oscar había escrito una obra que hacía las delicias de las multitudes. Aunque en esa ocasión el autor se resistió a la tentación de responder a la llamada a escena, mientras el público le aclamaba, Oscar se quedó de pie en la parte delantera del palco real y, con un regio gesto de la mano y la cabeza echada hacia atrás, acusó recibo de la aprobación de su público. Y, mientras los espectadores abandonaban la sala, siguió de pie en lo alto de la escalera principal del teatro, apoyado contra la barandilla de bronce, recibiendo, como era de rigor, los aplausos de desconocidos y los agradecimientos de sus amigos.

—¡Gracias! ¡Gracias, señor Wilde! Debo celebrar mi cumpleaños más a menudo —exclamó lord Rosebery cuando los Douglas y él pasaron junto a Oscar.

—¡Bravo, Oscar! Me voy corriendo a tomar el tren —chilló Conan Doyle, apretando el paso—. No sabe cuánto lamento que Touie no haya podido venir. Nos vemos mañana, viejo amigo.

Fueron pocos los que se quedaron, básicamente porque ya era tarde y porque, en cualquier caso, la mayoría de los amigos de Oscar que habían sido invitados esa noche estaban también invitados a la fiesta de recaudación de fondos de la tarde siguiente.

—Es imposible llevar a escena una obra de cuatro actos de estructura libre —se rió con satisfacción Charles Brooke, apretando el hombro de Oscar al pasar.

—¡Este es nuestro fin de semana totalmente dedicado a los Wilde! —corearon la señorita Bradley y la señorita Cooper, enviándole besos a su anfitrión desde el otro extremo de la multitud.

—Realmente han venido disfrazadas de cabreras tirolesas —le susurré a Sickert.

—Al menos nos han ahorrado los *Lederhosen* —fue su susurrada respuesta.

Cuando la muchedumbre por fin se evaporó y pude despedirme de Sickert y de Stoker, fui a reunirme con Oscar en la escalera. Mientras me acercaba a él, pude ver a Charles Brookfield al otro lado de la escalera. Estaba de pie hablando con un hombrecillo que no vestía traje de noche, sino un traje de sargo marrón. Oscar también reparó en su presencia.

—¡Charles! ¡Charles! —le gritó. Brookfield empezó a bajar silenciosamente los escalones de mármol con la mirada al frente—. ¡Charles! —le gritó Oscar—. No

huya.

El actor se detuvo y miró a su alrededor, fingiendo no reconocer la dirección desde la que le llamaban.

—¡Charles! —volvió a gritarle Oscar—. ¡Buenas noches!

—¡Ah, Oscar! —Brookfield se acercó a donde estábamos mi amigo y yo—. No le había visto. Me dirigía al guardarropa.

—No puede ser —dijo Oscar—. Es una noche demasiado cálida para llevar abrigo.

—Siempre jugando a los detectives, ¿eh, Oscar? —dijo Brookfield arqueando una ceja—. ¿Quién mató a la cotorra del Hotel Cadogan el martes por la noche? Eso es lo que quiero saber.

—¿Le ha gustado la obra que ha visto en el Teatro Saint James este sábado por la noche? —respondió Oscar—. Eso es lo que yo quiero saber.

—Venga a ver *El poeta y las marionetas* y lo descubrirá. Venga al estreno... el día diecinueve. Le mandaré entradas. Creo que se divertirá. Y no habrá ningún discurso por parte del autor al final de la representación... se lo garantizo.

—¿No aprueba usted el discurso que di la noche del estreno de *Lady Windermere*?

—No he sido el único —respondió secamente Brookfield.

—¿Fue el tono o el contenido lo que le provocó su desagrado? —preguntó Oscar—. ¿O quizá mi cigarrillo?

—Las tres cosas.

—Es usted un anticuado, Brookfield. Se cree el colmo de la modernidad, pero lo cierto es que se ha quedado totalmente anclado en el ayer. Sí, el concepto anticuado es sin duda que el dramaturgo debería aparecer al término de la obra y limitarse a dar las gracias a sus amigos por su apoyo y su presencia. Me alegra decir que he alterado eso. El artista no puede degradarse hasta el punto de convertirse en el sirviente de su público. Aunque siempre he reconocido el aprecio cultural que los actores y que el público han demostrado hacia mi obra, también he reconocido que la humildad está hecha para el hipócrita y la modestia para el incompetente. La asertividad es a la vez el deber y el privilegio del artista.

—Gracias por sus palabras, Oscar —dijo Brookfield, asintiendo con la cabeza—. Han sido tremendamente iluminadoras.

—De nada, Charles.

—Buenas noches, Oscar. —Brookfield se volvió de espaldas y descendió la escalera desierta, agitando una mano en el aire al bajar—. Pero no olvide nuestro desafío... ¿Quién mató a la cotorra? Ésa es la cuestión. Y, si mal no recuerdo, hay trece guineas en juego.

—Buenas noches, Charles —se despidió Oscar—. Espero que no encuentre el

guardarropa cerrado.

Sin volver la vista atrás, Brookfield cruzó las puertas giratorias del teatro y salió a Saint James Street. Le seguimos con la mirada.

—¿Por qué te empeñas en hacer de él tu enemigo, Oscar? —pregunté.

—Porque no puedo tenerle como amigo, Robert.

El vestíbulo del teatro se había quedado vacío. Un pálido joven vestido de noche (el ayudante de dirección del teatro) subía en ese momento la escalera al tiempo que iba apagando las lámparas de gas una a una. De pronto aparecieron por detrás de nosotros dos mujeres que llevaban un par de andrajosos abrigos. Por un momento, creí que se trataba de la señorita Bradley y de la señorita Cooper que habían vuelto con un nuevo disfraz. De hecho, eran un par de limpiadoras. Una, equipada con una fregona y un cubo, se puso manos a la obra de inmediato y empezó a limpiar el suelo de mármol de Siena. La otra, cargada con una pesada escoba, comenzó a barrer vigorosamente cada uno de los tramos de alfombra hindú de la escalera.

—Míralas —susurró Oscar—. ¡Qué sencillez la suya! ¡Y cuánta fealdad! Y, sin embargo, qué jóvenes son. La industria es la raíz de toda la fealdad.

—Vamos, Oscar —dije tomando a mi amigo del brazo—. Tenemos que irnos.

—¿Para qué? —exclamó—. ¿Para tomar champán mientras ellas siguen aquí trabajando sin descanso? —Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó dos billetes nuevos de cinco libras. Acto seguido los desdobló.

—No seas absurdo, Oscar —le siseé—. Esto equivale al sueldo de tres meses.

—Lo absurdo es que nosotros nos podamos permitir cualquier cosa, Robert, y que lo único que ellas puedan permitirse sea la abnegación. —Se acercó a las dos mujeres y le dio a cada una un billete de cinco libras. Las dos limpiadoras le miraron, totalmente perplejas—. Con los saludos de lady Windermere —dijo—. Buenas noches, señoras. Gracias.

La acera del Teatro Saint James estaba desierta. Vimos a Charles Brookfield al otro lado de la calle, solo y de espaldas a nosotros, con la mirada en el escaparate de la tienda de vinos Demery & Holland.

—¿Has podido ver quién era su «amigo»? —preguntó Oscar.

—¿El que estaba con él en la escalera hace apenas unos instantes? ¿El hombre del traje marrón?

—Sí..., un feo hombrecillo de rostro cetrino y ojos de hurón.

—Creo que es uno de los empleados del baño turco de Baker Street —respondí.

—¿En serio? —dijo él—. Me sorprendes. —Vimos a Brookfield alejarse por Saint James en dirección a Picadilly—. Quienquiera que sea, parece una curiosa compañía para un hombre tan refinado como Brookfield.

Un par de coches pasaron traqueteando por delante de nosotros.

—¿Constance se ha ido a casa? —pregunté.

—Sí, con los Brooke y con Heron-Allen. —Me miró y sonrió—. Esta noche también yo me iré a casa —dijo.

Sonreí a mi vez.

—Me alegra oírlo, Oscar.

—Creo que es necesario.

—¿Estás muy preocupado por su seguridad?

—No, aún no..., al menos no mientras Amteim siga con vida. No, Robert, seguro que te divertirá saberlo... Esta noche me voy a casa por algo que he oído decir a mis hijos.

Encontré una cerilla con la que encenderle el cigarrillo.

—De boca de los niños...

—Cierto. Anoche, sin ir más lejos, les estaba contando cuentos sobre unos niños que se portaban mal y que hacían llorar a su madre, y sobre las cosas tan terribles que les ocurrirían a menos que se portaran mejor. ¿Y qué crees tú que respondió uno de ellos? ¡Cyril me preguntó que cuál era el castigo reservado para los papás que se portan mal y no vuelven a casa hasta altas horas de la madrugada y hacen llorar aún más a sus madres!

Me reí.

—Chico listo. ¿Quieres que pare un coche, Oscar?

—Todavía no —respondió, tomándome del brazo y alejándome con él del Saint James hasta doblar por King Street—. Tenemos una cita en la puerta de actores.

—¿Ahora? —pregunté—. ¿No se habrán marchado ya a casa los actores?

—Probablemente. Pero no hemos quedado con ninguno de ellos.

—¡Soy yo! —siseó una voz en la oscuridad.

Aunque había una farola cerca y un farol de gas encendido en la pared junto a la puerta de actores, no logré ver a nadie.

—¡Soy yo! —volvió a sisear la voz—. Aquí abajo.

Miré hacia el lugar de donde procedía la voz y vi brillar sus ojos en la oscuridad. Era Antipholus, el muchacho negro del Circo Astley. Estaba oculto en la entrada, agachado en el suelo. Cuando nos acercamos, se levantó de un salto y saludó a Oscar.

—¿Cómo estás, mi pequeño funambulista? ¿Qué noticias nos traes del Rialto? ¿Dónde ha estado Amteim desde tu último informe?

El muchacho se puso al instante en posición de firmes.

—En el Cuadrilátero de la Muerte toda la tarde, señor, entrenando, entrenando duro, y sudando aún más. Lord Queensberry vino y se quedó media hora. Luego el señor Amteim se dio un baño, se vistió y tomó un coche para ir al Hotel Cadogan.

—¿Le seguiste?

—Le seguí.

—¿Cómo? —pregunté—. Supongo que no lo hiciste en coche.

El muchacho soltó una risilla.

—¡No, señor! En mi bicicleta. Me agarré a la parte trasera del coche del señor Amteim y dejé que tirara de mí durante todo el camino, de puerta a puerta.

—¿Te vio alguien?

—Desde luego el señor Amteim no, señor. Creo conocer bien mi oficio.

—¿Qué ocurrió en el Cadogan? —preguntó Oscar.

—Entró con un surtido de cajas de colores.

—Espero que fuera material de escena —dijo mi amigo— para el espectáculo de mañana.

—Luego volvió a salir y regresó al Astley en el mismo coche. El viaje de ida y vuelta le costó dos chelines.

—¿Y después? —preguntó Oscar.

—Y después, cuando debería haberse cambiado y haber venido al teatro como usted me había avanzado, señor Wilde, se encontró con el reverendo George.

—¿Así es como le llamas? —pregunté—. ¿Te cae bien el reverendo George?

—Bastante bien, señor. Es nuestro *padre*^[17]. Puede que sea un poco demasiado dulce con Bertha, pero ya sabe cómo son los curas. De todos modos, sus propinas son propias de un caballero.

—¿Y qué es lo que hicieron el señor Amteim y el reverendo caballero?

—Se marcharon juntos... a The Bucket of Blood^[18].

—¿A The Bucket of Blood? —pregunté.

Oscar se rió.

—Se refiere a The Lamb and Flag de Rose Street, Robert. Cómo se nota que no frecuentas demasiado la calle.

—¿Por qué le llaman The Bucket of Blood? —pregunté.

Mi amigo me dedicó una mirada compasiva.

—Por las peleas a puño descubierto que tienen lugar en el local. Son combates profesionales, por dinero, pero siempre evitando estrictamente el código que marcan las Reglas de Queensberry. —Se volvió entonces hacia el muchacho—. ¿Cuánto tiempo pasaron allí?

—Toda la noche. Hasta ahora. Vi marcharse al reverendo George y luego seguí al señor Amteim de regreso a su alojamiento situado en la parte trasera del circo. Oí girar la llave en su cerradura. Luego estuve observando la ventana hasta que vi apagarse las velas. Debería estar a salvo hasta mañana por la mañana, señor Wilde, a menos, claro, que le asesinen mientras duerme.

—Gracias, Antipholus —dijo Oscar, dándole una moneda—. Aquí tienes tu reluciente chelín.

18.

Madame la Guillotine

Victor Amteim no murió asesinado mientras dormía. A decir verdad, cuando volvimos a verle (el domingo por la tarde en Tite Street con motivo de la velada benéfica de Oscar), estaba exultante de vida. Chisporroteaba de energía. Aunque teóricamente estaba allí sólo para tomar parte en el espectáculo en calidad de ayudante del ilusionista Alphonse Byrd, su porte y su actitud poco o nada tenían en común con la de un humilde empleado. Mientras que Byrd, vestido completamente de negro, se quedaba de pie en el extremo más apartado del abarrotado salón de la primera planta de los Wilde, custodiando en silencio su mesa de mago como un enterrador con su ataúd, Amteim, que también iba vestido de negro, se movía como pez en el agua entre la multitud, asintiendo con la cabeza aquí, sonriendo allí, como el hijo de la familia que saludaba a un puñado de parientes lejanos al pasar. Era un hombre que llamaba la atención por su imponente altura y atractivo físico. Era memorable por su cabeza afeitada, sus cálidos ojos azules y su curiosa y rasposa voz.

—Es realmente atractivo —apuntó Willie Hornung, de pie junto a la chimenea, sirviéndose una copa de ponche de frutas mientras observaba la escena.

—Es una extraña mezcla —dije—. No llego a comprenderle. Tiene la corpulencia de un boxeador...

—Y los modales de un donjuán —añadió Conan Doyle, rascándose el bigote con la boca de la pipa—. Yo no le perdería de vista.

—Ninguno de nosotros lo hará —dijo Walter Sickert con una sonrisa maliciosa—. Es la atracción estelar de la tarde.

—Hoy no —intervine—. Quizá mañana en el Circo Astley, donde celebrará su combate de gala para dar buena muestra de los méritos de las Reglas de Queensberry. Pero creo que hoy su presencia quedará un poco más deslucida. Es el ayudante del mago.

—En cualquier caso, será en él en quien estén fijas todas las miradas —dijo Sickert, sirviéndose un segundo helado del aparador—. Soy un gran *connoisseur* de los teatros de revista. Amteim tiene lo que se necesita.

Conan Doyle saludó el comentario con un sorbido y se elevó del suelo sobre las puntas de los pies durante un instante.

—¿Eso cree? Lo dudo.

—Yo no —respondió Sickert—. Por algo estamos aquí hablando de él. Hay en su presencia algo que atrapa nuestra atención.

—Sí —refunfuñó Doyle—. Su chulería.

Willie Hornung se rió y se subió el *pince-nez* sobre la nariz para observar mejor a Amteim.

Sickert agitó su cucharilla de postre en el aire.

—Le he visto pelear... sólo en una ocasión. Y he podido hablar con él... solamente una vez, cuando me senté a su lado durante la cena el domingo pasado. Aunque apenas le conozco, ha dejado en mí una profunda impresión. ¿Por qué? Pues porque, a su manera, es un artista... tanto en el cuadrilátero como fuera de él.

—No me parece un artista muy sutil, ¿no cree? —dije. Mientras yo hablaba, Amteim recibía los saludos de nuestra anfitriona. Se llevó a los labios la mano de Constance como si fueran viejos amigos.

—Recuerda siempre la regla de oro de Whistler, Robert: «En el arte, nada importa mientras seas descarado».

Si bien es cierto que Victor Amteim fue esa tarde la atracción estelar de la velada, también lo es que tuvo una dura competencia. Para empezar, tuvo que competir con los pequeños Wilde. Oscar y Constance habían engalanado a sus hijos para la ocasión. Llevaban unos trajes de terciopelo de color naranja y verde, con camisas de volantes y zapatos de hebilla. Cyril iba disfrazado del Pequeño Lord Fauntleroy y Vyvyan, su hermano menor, a causa de su pelo rizado, representaba al chiquillo que aparece en *Bubbles*, el famoso cuadro de John Millais. Los propios niños, como bien se encargaban de explicar a todo aquel que se detenía a admirarles y a acariciarles, habrían sin duda preferido haber acudido vestidos con sus idénticos trajes de marinero (confeccionados con auténtica tela naval, con cabos coronados por verdaderos cuchillos), «pero esto es lo que papá quería, y es la fiesta de papá».

En cuanto a su propio vestuario, «papá» sin duda había tomado buena nota de la regla de oro de Whistler. El color de la chaqueta y de los pantalones de Oscar era azul ultramarino; el chaleco era de brocado de oro; la corbata, carmesí; en el ojal lucía una copa de rey encajada en un pequeño abanico de hojas de palomilla de muro. Según explicó, el «*tout ensemble*» estaba inspirado por los gemelos que llevaba para la ocasión: «Un maravilloso regalo de Wat Sickert... Son una exquisitez, ¿no te parece? Se niega a decirme dónde los encontró... Todos tenemos nuestros secretos».

Los gemelos eran de esmalte, exquisitos y extraordinarios. Representaban una casi perfecta reproducción en miniatura de *La Virgen de las Rocas* de Leonardo da Vinci. Como explicó Oscar con los ojos velados por las lágrimas, el color de su chaqueta iba a juego con el del manto de la Virgen; el chaleco estaba inspirado en los ropajes del pequeño Cristo; la corbata era del mismo tono que la túnica del ángel Uriel, y la solapa incluía plantas que habían sido incluidas en el cuadro: «La copa de rey simboliza el Espíritu Santo, y la palomilla de muro representa la constancia».

Conan Doyle chupó con fuerza su pipa cuando Oscar le acercó el puño de la camisa para que el doctor lo inspeccionara con detenimiento.

—No estoy seguro de poder expresarle mi aprobación, Oscar —gruñó.

—¿Por qué?

—No sé si sabría decírselo —masculló Doyle—. Es sólo que no me parece adecuado, eso es todo.

—¿Cuándo empieza la magia, papá? —El Pequeño Lord Fauntleroy tiraba de la manga de su padre.

—¡Ahora! —dijo Oscar—. ¡En este preciso instante! —Y reunió a sus dos hijos y se los llevó al extremo de la habitación donde Alphonse Byrd y Victor Amteim esperaban para empezar con la actuación—. El público —seríamos un total de treinta personas— encontró sillas o taburetes donde sentarse, apoyándose contra la repisa de la chimenea o contra el piano. Constance tomó asiento en un sofá situado junto a los dos artistas, en compañía de su amiga Margaret Brooke y de la señora Robinson, la clarividente, sentadas una a cada lado de ella, y Charles Brooke y Edward Heron-Allen se sentaron en los brazos del sofá. La señorita Bradley y la señorita Cooper, que habían aparecido vestidas con immaculados trajes de noche de caballero, se habían sentado con las piernas cruzadas en el suelo delante de la multitud, con Bosie, lord Drumlanrig, Vyvyan y Cyril a su lado. En el último momento, justo cuando el reloj del vestíbulo dio las cinco, Arthur, el mayordomo, la señora Ryan, la cocinera, y Gertrude Simmonds, la institutriz de los dos pequeños, asomaron por la puerta para ver el espectáculo.

Por fin, los invitados terminaron de acomodarse y Oscar habló. Lo hizo con voz queda (de hecho, casi tuvimos que aguzar el oído para oírle) y en sus ojos seguían brillando los restos de las lágrimas.

—Había una vez —empezó— un imán... y en su vecindario más próximo había también pequeñas limaduras de acero.

—¡Va a contarnos un cuento! —exclamó Cyril.

—¡Silencio! —dijo Constance, llevándose el dedo índice a los labios.

Oscar elevó un poco la voz.

—Un día, dos o tres de las pequeñas limaduras sintieron un repentino deseo de ir a visitar al imán y empezaron a hablar de lo agradable que podría resultar la visita. Otras limaduras próximas a ellas oyeron la conversación y también se sintieron contagiadas por el mismo deseo. Y otras más se unieron a ellas hasta que por fin todas las limaduras empezaron a discutir la cuestión, de modo que el vago deseo que en un principio las había asaltado se convirtió en impulso. «¿Y por qué no vamos hoy?», dijeron algunas. Pero otras opinaban que lo mejor era esperar al día siguiente... Mientras tanto, sin que las limaduras se hubieran dado cuenta, se habían ido acercando involuntariamente al imán, que seguía inmóvil, aparentemente ajeno a ellas.

Oscar sacó de su bolsillo la pitillera de plata.

—Y así siguieron —prosiguió, recorriendo la estancia con la mirada mientras hablaba— acercándose insensatamente cada vez más a su vecino... Y, cuanto más hablaban, más sentían aumentar en su interior el impulso, hasta que las más impacientes declararon que irían ese mismo día, independientemente de lo que decidiera el resto. Algunas llegaron incluso a decir que era su deber visitar al imán y que tendrían que haberlo hecho hacía tiempo. Y, mientras hablaban, fueron acercándose más y más, sin darse cuenta de que se movían. Por fin, fueron las impacientes las que se salieron con la suya y, presas de un irresistible impulso, todas al completo exclamaron: «No tiene sentido esperar más. Iremos hoy. Ahora. Inmediatamente». Y entonces empezaron a avanzar en una masa unánime, y al instante siguiente estuvieron enganchadas a cada lado del imán. Entonces el imán sonrió..., pues las limaduras de acero no tenían la menor duda de que estaban haciendo esa visita movidas por su propia voluntad.

Oscar hizo una pausa y miró a su alrededor. Luego sonrió y encendió el cigarrillo.

—¡Bravo, papá! —exclamó el Pequeño Lord Fauntleroy, rompiendo a aplaudir.

Conan Doyle se inclinó hacia Wat Sickert sin dejar de chupar su pipa y murmuró:

—¿Quién había dicho usted que era la «atracción estelar»?

Oscar saludó con una breve inclinación de cabeza y luego volvió a levantarla, dio una lenta calada a su cigarrillo y, entre una nube de humo de color gris claro que ni siquiera se molestó en despejar, prosiguió:

—Lo que les ha congregado hoy aquí, damas y caballeros, es su generosa voluntad. Juntos, esta tarde, hemos recaudado más de treinta libras en beneficio del Earl's Court Boys Club. Gracias a ustedes, estos chiquillos —toscos muchachos, muchachos de clase obrera, pilludos de la calle algunos de ellos— podrán adquirir disciplina, buena forma física y destreza aprendiendo a boxear en un cuadrilátero de boxeo adecuado, con auténticos guantes de boxeo ¡y fieles a las Reglas de Queensberry! —Esta vez fueron Drumlanrig y Conan Doyle los primeros en aplaudir.

—Disciplina, buen estado de forma y destreza... —repitió Oscar, dejando a la vista sus dientes y una sonrisa maliciosa—. Sin duda es eso lo que se necesita en Earl's Court. Ni que decir tiene que aquí, en Chelsea, nos inclinamos más hacia la indulgencia, la indolencia y la holgazanería.

—¡Qué malvado es usted, Oscar! —siseó la señorita Cooper.

—Por eso le queremos —murmuró lord Alfred Douglas a su lado.

Oscar se acercó a la repisa de la chimenea.

—En breve se servirá champán helado y caviar ruso —anunció—. Pero antes... —tendió el brazo hacia la arena que acababa de abandonar— ¡el espectáculo!

—¡Sí! ¡Sí! —chillaron Cyril y Vyvyan al unísono.

—Damas y caballeros, den la bienvenida a Alphonse Byrd, maestro de la magia y príncipe de la ilusión que esta tarde nos visita y que ha sido la reciente atracción del

Victoria Music Hall, de Solihull, en su día héroe del circuito por las West Midlands y actualmente el niño mimado de la despensa del Hotel Cadogan, junto con su capaz ayudante, el David y Goliat del Circo Astley, ¡el señor Victor Amteim!

Oscar levantó las manos sobre su cabeza y aplaudió con fuerza al tiempo que Byrd apareció en solitario desde un rincón del salón y saludó con una reverencia. Era un hombre flaco, pálido y desconcertantemente solemne para tratarse de un artista. Cuando saludó, lo hizo con una gran reverencia, dejando que el brazo le colgara hacia delante de modo que sus dedos casi tocaron el suelo. Tenía la coronilla calva y salpicada de manchas, y el poco pelo que aún conservaba era blanco y ralo. Se quedó inclinado hacia delante, manteniendo la reverencia más tiempo del que resultaba cómodo, y luego, de pronto, cuando el aplauso remitió, se incorporó abruptamente, extendió los brazos cuan largos eran y en ese momento ¡dos enormes ramos de flores de papel de brillantes colores aparecieron en cada una de sus manos! Mientras conteníamos el aliento, nos reíamos y estallábamos en vítores, Byrd dio un paso hacia Constance y con suma delicadeza depositó los dos ramos sobre sus rodillas, como lo habría hecho un doliente que hubiera acudido a depositar un par de tributos florales sobre una tumba.

La actuación duró media hora. Su destreza era cuando menos considerable. Sin esfuerzo aparente, y desprovisto de cualquier sombra de emoción, con apenas un comentario y la ayuda mínima de Amteim, hizo desaparecer cartas y sombreros de copa. Sacó un violín de una caja de cartón vacía que había agujereado repetidamente con un estoque. Transformó naranjas en limones, limones en bolas de billar y un paraguas plegado en una bandera del Reino Unido. Oscar disfrutó especialmente cuando convirtió una jarra de agua en una garrafa de vino.

—Ha sido desde siempre mi truco favorito —murmuró.

El clímax del espectáculo no incluía el encantamiento de serpientes ni la deglución de fuego, como yo había esperado. Constance había vetado ambos números, que fueron reemplazados por una celebración que Oscar describió jubiloso como «los peores excesos de la Revolución Francesa».

—Finalmente —anunció Alphonse Byrd—, ¿o quizá debería decir «*finalement*»? (ése fue el único guiño humorístico de toda su presentación), permítanme presentarles a *Madame La Guillotine*. Hoy es su cumpleaños. Felicitémosla.

Mientras Byrd hablaba, Amteim se adelantó cargando con un objeto alto y pesado, envuelto en una sábana de seda negra. Tendría una altura de dos metros aproximadamente y una anchura de poco más de medio metro, un poco más pequeña que un espejo de cuerpo entero. Con una floritura, retiró la sábana y dejó a la vista lo que parecía ser la réplica exacta de una guillotina. Los dos pequeños Wilde chillaron encantados. La señorita Bradley y la señorita Cooper dejaron escapar sendas risillas. El resto de las damas congregadas en el salón contuvieron el aliento.

—Este instrumento de ejecución —dijo Byrd, sin inmutarse— se utilizó por primera vez en las calles de París, en la plaza de la Grève, para ser precisos, esta semana hace cien años. Nuestro modelo es más pequeño que el original francés, pero es muy sólido. Las vigas son de pino galés; la cuchilla, de acero de Sheffield, y el tocón, de roble inglés. Y funciona a la perfección... ¡Vean!

De una cesta colocada bajo la mesa de mago, Amteim cogió una col enorme y la sostuvo en alto sobre las yemas de los dedos para que todos pudiéramos verla. Hizo entrega de la col a Byrd, que la tomó a su vez y, tras calcular su peso la colocó sobre el tocón de ejecución, bajando sobre ella una barra de madera con forma de yunque de buey para asegurar su colocación. Luego, no sin cierta ceremonia, el mago desató la fina cuerda que sujetaba la cuchilla en lo alto de la guillotina. Mantuvo tensa la cuerda para impedir que la cuchilla se moviera.

—Observen —susurró con suavidad, cerrando los ojos y apartando la mirada de la escena. Se detuvo. Inspiró hondo y contuvo el aire en los pulmones—. ¡Ahora! —gritó con una repentina y aterradora vehemencia, soltando la cuerda y dejando caer la cuchilla, que se deslizó al instante (afilada, veloz y silenciosa) y aterrizó con un pequeño chasquido sobre el tocón de roble. La col cayó al suelo, limpiamente cortada en dos.

El salón estaba en silencio. Alphonse Byrd abrió los ojos y lo que vio provocó en él una más que evidente satisfacción. Amteim se agachó y recuperó las dos mitades de la col. Las sostuvo por separado en sus manos y saludó con una inclinación de cabeza.

Por primera vez en el curso de la tarde, Alphonse Byrd sonrió.

—Gracias —dijo—. Su atención es para mí más valiosa que su anterior aplauso —añadió, mirando el aparato que tenía a su lado—. Nuestra guillotina parece estar en perfecto funcionamiento —prosiguió—. Ha llegado el momento de ponerla a prueba como es de rigor. Hace cien años, en el París de la primavera de 1792, un caballero llamado Nicolas Jacques Pelletier fue el primer hombre que perdió la cabeza bajo la cuchilla de *Madame La Guillotine*. Hoy, cien años después, a finales de la primavera de 1892, en la ciudad de Londres, ¿contamos quizá con algún voluntario que sea lo suficientemente valiente como para seguir sus pasos?

—¡Sí! —chilló el Pequeño Lord Fauntleroy, levantándose de un brinco y agitando la mano en el aire.

—No..., ¡por favor! —jadeó Constance Wilde, tendiendo su brazo hacia el pequeño. Las señoritas Bradley y Cooper tiraron juntas del niño hasta que volvió a estar sentado en el suelo.

—¿Por qué no? —preguntó furioso el pequeño—. ¿Por qué no?

—La señora Wilde tiene razón —dijo Byrd—. Este no es un juego para niños.

—¡Cumpliré once años el cinco de junio! —chilló Cyril.

—Aun así —dijo Byrd solemnemente—. Creo que para esta misión se requieren los servicios de un caballero ligeramente mayor. —Recorrió la estancia con ojos como dardos—. ¿A quién le gustaría colocar la cabeza sobre el tocón?

Willie Hornung se movió junto a la chimenea. Levantó el brazo y dijo amigablemente:

—Yo podría intentarlo.

Conan Doyle retuvo a su joven amigo a su lado con una rápida mano sobre su hombro. Nadie más se movió.

Byrd se volvió despacio hacia Amteim.

—Muy bien —dijo—. En ese caso, deberé pedirle a mi asistente que haga honor a su cargo. —El boxeador sonrió y empezó a quitarse la chaqueta. Byrd se volvió de nuevo hacia la guillotina, alzó la cuchilla y volvió a asegurarla en su punto de partida. Sacó un pañuelo de seda de su bolsillo y limpió con él los restos de col del filo. Luego levantó el tablón de madera que había sujetado la col e invitó a Amteim, que para entonces se había quitado ya la corbata, el cuello y los cierres de la camisa, a que colocara la cabeza sobre el tocón.

El boxeador, que no había dejado de sonreír en ningún momento, se arrodilló tras la guillotina. Con sus enormes manos morenas se agarró a cada uno de los extremos del tocón, se inclinó hacia delante y colocó la cabeza en el lugar indicado. Levantó entonces el rostro y estudió al público durante un instante. Byrd aseguró la madera superior alrededor de su cuello para inmovilizarlo.

—¿Les parece éste un espectáculo adecuado para una fiesta infantil? —preguntó Conan Doyle desde la posición que ocupaba junto a la chimenea.

—¡Sí! —chilló Cyril Wilde, aplaudiendo encantado. Vyvyan se había acercado a gatas por encima de la señorita Cooper y se había tumbado sobre las rodillas de su madre.

—Ya casi estamos —dijo Byrd—. Dentro de un instante, nuestras celebraciones tocarán a su fin. La decapitación propiamente dicha no lleva más que un tercio de segundo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bosie con una risilla.

Alphonse Byrd miró a Victor Amteim.

—¿Preparado, señor? —preguntó—. ¿Preparado para lo que está a punto de suceder?

—Preparado —respondió su ayudante con voz áspera y ronca.

—¿Desea que le vende los ojos?

—No.

—Muy bien —dijo Byrd con voz queda—. El momento de la ejecución ha llegado.

Se volvió hacia la guillotina y con un gesto solemne desató la cuerda, que

mantuvo en tensión con una mano. Acercó la otra a la cuchilla y con suavidad pasó el dedo índice por el filo. Se estremeció y de pronto contuvo el aliento antes de mostrar el dedo a la habitación. Un diminuto pinchazo de sangre violeta burbujeó hasta convertirse en una gota. Byrd se llevó el dedo a la boca y lo mantuvo allí. Luego, como ya lo había hecho anteriormente, cerró los ojos y apartó la cabeza.

—Observen —susurró con voz queda—. Miren atentamente.

Amteim bajó la cabeza. Ya no podíamos verle los ojos, pero en el vértice de su cráneo, en el interior de una mella superficial, claramente visible, palpitaba firmemente un pulso. Byrd se quedó quieto. Esperamos. No se oía nada, salvo a Oscar dando una calada a su cigarrillo.

—¡Ahora! —chilló Byrd con una vehemencia aún mayor que antes. Soltó la cuerda y la cuchilla cayó, precipitándose contra el tocón de roble en apenas un instante.

De cada uno de los rincones de la estancia se elevaron chillidos de alarma y de incredulidad.

—¿Qué ha ocurrido, Oscar? —siseó Sickert.

—¿Está muerto? —preguntó Cyril Wilde, expectante.

—¡No es más que un juego! —exclamó Oscar.

—¡Naturalmente! —gritó Byrd, sonriendo por segunda vez.

Al parecer, la cuchilla había atravesado el cuerpo de Amteim, se la podía ver claramente a ambos lados de su cuello, pero el boxeador no estaba muerto. Despacio, levantó la cabeza y abrió los ojos como platos. Sonrió y, con su voz rasposa, declaró:

—Parece que he sobrevivido.

Cuando el boxeador habló, Byrd se puso manos a la obra: alzó rápidamente la cuchilla, levantó la barra de madera y liberó a su asistente de la guillotina. Amteim se puso en pie al acto, rodeó el letal aparato y ocupó de inmediato su lugar junto a Byrd. Juntos saludaron con una reverencia. De pronto, el salón del número 16 de Tite Street se llenó de risas y de aplausos.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Cyril, corriendo hacia los dos hombres, boquiabierto de admiración.

—Enhorabuena, caballeros —dijeron la señorita Bradley y la señorita Cooper, poniéndose en pie.

Constance llamó al mayordomo.

—Arthur, es hora de servir el champán.

—Creo que lo necesitamos —dijo Edward Heron-Allen.

—¡Creo que nos lo merecemos! —exclamó Margaret Brooke—. Tengo los nervios destrozados.

Su marido se secó su amplio rostro enrojecido con el pañuelo y se rió entre dientes:

—No estoy seguro de si mi caritativa donación debe aumentar o menguar después de haber visto esto.

La señora Ryan y Gertrude Simmonds cruzaban ya el salón con bandejas cargadas de cortos barquillos moldeados como diminutos botes de remos y rellenos de una cucharadita de caviar.

Oscar se adelantó y estrechó afectuosamente la mano de los dos artistas.

—Señores Byrd y Amteim —dijo—. Gracias. Dudo que el propio señor Irving hubiera deleitado con mayor brillantez este salón.

—¿Cómo lo han hecho, papá? —preguntó Cyril, tirando de la levita de la chaqueta azul marino de su padre.

—No debemos permitir que se haga la luz en la magia —respondió su padre.

—¿Por qué no, papá?

—Porque un secreto hermoso se vuelve banal cuando se revela.

En absoluto convencido, el pequeño se puso a examinar la guillotina mientras Byrd y Amteim empezaban a desmantelarla.

—Mira, papá —chilló, excitado—, el dedo del mago sigue sangrando.

—Sólo un poco —dijo Byrd, envolviéndoselo con un pañuelo.

—El señor Byrd corre sus riesgos por su arte —explicó Oscar—. Todo artista debe hacerlo. —Sonrió a Amteim, que en ese instante envolvía la cuchilla de la guillotina con un tapete—. Me alivia sobremanera que haya sobrevivido usted a su propia ejecución, señor.

El boxeador se rió y lo miró fijamente a los ojos.

—Y si sobrevivo hasta mañana a mediodía, señor Wilde, creo que podremos considerar cerrado el caso.

—¿Puedo quedarme con la col? —preguntó Cyril, cogiendo una de las dos mitades y llevándosela al pecho.

—Naturalmente —dijo Amteim—, siempre que tu padre lo permita.

Oscar suspiró.

—Intento dar ejemplo. Llevo una copa de rey en el ojal inspirada en *La Virgen de las Rocas* de Leonardo y mi hijo anhela media col recuperada de la guillotina... ¿Qué puedo hacer?

—¿Eso es que sí, papá? —preguntó el pequeño. Y, dando por hecho que así era, y sin esperar una respuesta, corrió a reunirse con su madre para mostrarle su trofeo.

El mayordomo apareció junto a Oscar con una bandeja de champán.

—¿Una copa, caballeros? Se la han ganado.

Amteim a punto estuvo de aceptar, pero Alphonse Byrd le detuvo.

—Creo que no, señor Wilde. Éste no es exactamente lugar para nosotros, ¿no le parece? Recogeremos nuestras cosas y nos iremos.

—Como quiera —respondió Oscar.

Despidió al mayordomo con un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa y juntó las yemas de los dedos en un silencioso *salaam*. Luego se volvió hacia Byrd y Amteim.

—Estoy en deuda con ustedes, caballeros. Pasaré mañana por el Cadogan y pondremos solución a eso.

Los artistas siguieron recogiendo su parafernalia mientras Oscar se disponía a moverse por el salón. Me encontró cerca, junto al piano, zampando caviar y dejando que la señora Robinson «me leyera» la mano.

—¿Ve también algún asesinato en la palma de Robert, señora Robinson? —preguntó burlón.

Ella, que estaba sentada en el taburete del piano, inclinó la cabeza a un lado y alzó los ojos hacia él.

—No, señor Wilde —respondió con firmeza—. Cada uno de nosotros es único y cada mano distinta. En la del señor Sherard no veo ninguna muerte repentina ni tampoco ningún asesinato..., ¡sino numerosos matrimonios!

—Estoy a la espera de divorciarme, señora Robinson —dije con voz queda.

—Eso es algo que ha de llegar —respondió la señora con ánimo conciliador—. Pero volverá a casarse... dos veces.

—¡No puedo creerlo! —exclamé.

—Quizá no quiera creerlo —dijo—, pero está claramente escrito. Mire... —Mantuvo mi palma abierta—. Su línea de la vida es larga y firme... desde aquí hasta aquí... y, cortándola, como puede ver, tiene diminutos racimos de líneas paralelas que son como puentes. Cada uno de esos puentes representa un matrimonio. Y hay tres a lo largo de su línea de la vida... —Alzó la mirada y me sonrió. Luego se volvió hacia Oscar, le tomó la mano derecha, la volvió boca arriba y la puso junto a la mía—. Veamos: cuando observamos la línea de la vida del señor Wilde, ¿qué vemos? Es más profunda que la suya, y más ancha... Los ríos fluyen más deprisa, las corrientes son más profundas y más poderosas...

—¿Y cuántos puentes cruzan mi vida? —preguntó Oscar, inclinándose más hacia delante para verse la mano.

—Sólo uno —fue la respuesta de la señora Robinson—. Éste. —Vi entonces las diminutas líneas paralelas que había mencionado.

—¿Y dónde está esa «muerte repentina» que vio en mi desgraciada mano?

—Aquí —dijo la señora Robinson, posando la afilada uña de su dedo en una concentrada confusión de diminutas líneas que resultaban sin duda evidentes en la palma de Oscar... y que desde luego no aparecían en la mía—. Su mano es el mapa de su vida, señor Wilde —explicó la adivina, pasando suavemente los dedos por la palma de mi amigo—. Al mirar su mano veo desplegarse un paisaje ante mis ojos, con sus colinas, sus valles, sus densos bosques y sus campos abiertos, y entre ellos

veo también correr las aguas del río principal: su línea de la vida, con sus múltiples afluentes (ríos más pequeños, arroyos, riachuelos, torrentes y barrancos, cada uno de los cuales representa una corriente distinta de su vida). Donde este arroyo linda con este campo, señor Wilde, yo veo un remolino... y me preocupa.

—«Donde este arroyo linda con este campo...» —repitió Oscar—. ¿Elige usted sus palabras a conciencia, señora?

—Eso espero —respondió ella—, aunque trabajo más con imágenes que con palabras. Las líneas de su mano dibujan formas. Veo el paisaje de su vida, pero también veo imágenes de muchas criaturas de Dios ocultas en él. Y cada una de las imágenes cuenta su historia. Mire la base del dedo anular del señor Sherard. ¿Qué ve?

Observé atentamente mi mano.

—¿Un triángulo? —sugerí.

—Sí —dijo ella.

—¿Y un segundo triángulo dispuesto encima? —me aventuré a decir.

—Yo veo una estrella de mar, señor Sherard —declaró ella.

—¿Y qué significa una estrella de mar?

—Normalmente una isla.

—Vaya —dije—. Me crié en la isla de Guernsey...

—Sí —se burló Oscar—, y yo me crié en la isla de Irlanda, pero no veo ninguna estrella de mar en la base de mi dedo anular.

—No —intervino la señora Robinson, acercándose a los ojos la palma de Oscar—, y sin embargo sí tiene dibujada una criatura..., un pájaro. —Me mostró la mano de mi amigo—. Es claro como la luz del día, ¿no le parece?

—¿Un pájaro? —exclamó él—. ¿Un pájaro, dice usted? ¿Será una cotorra?

La señora Robinson se rió y empujó la mano de Oscar hacia él.

—No sea absurdo, señor Wilde. No se parece en nada a una cotorra. Mire las largas patas y el pico alargado... ¿Una garza real, quizá?

Alphonse Byrd y Victor Amteim pasaron junto a nosotros cargados con el material que habían utilizado para su espectáculo. Edward Heron-Allen les seguía con Cyril sentado sobre sus hombros. El Pequeño Lord Fautleroy llevaba la col pegada al pecho.

—Nos vamos ya, señor Wilde —dijo Byrd—. Al parecer nos ha pedido un coche. Le estamos sumamente agradecidos.

—Disculpe, mi querida señora —dijo Oscar, retirando la mano que sostenía la de la señora Robinson—. Debo acompañar a estos caballeros a su carruaje.

Les seguimos al vestíbulo donde encontramos a Constance charlando con Conan Doyle y con el joven Willie Hornung.

—Gracias por una velada tan maravillosa, caballeros —dijo la señora Wilde.

Alphonse Byrd se limitó a asentir con su calavérica cabeza y dijo:

—Buenas tardes, señora.

Victor Amteim, en cambio, dejó sus bultos en el suelo y se preparó para estrechar la mano de su anfitriona. Al hacerlo, justo cuando se inclinaba hacia Constance, se llevó la mano al pecho en un gesto desesperado, le dio la espalda y cayó de cabeza por las escaleras.

Nos quedamos paralizados. Cyril, que seguía sobre los hombros de Heron-Allen, soltó un chillido alarmado y también la col que sostenía en las manos y que cayó escaleras abajo tras los pasos de Amteim. Cuando la col llegó al pie de la escalera y siguió rodando hacia el cuerpo del boxeador, Oscar se asomó a la barandilla, se echó a reír y empezó a aplaudir antes de volverse hacia su hijo.

—No te preocupes, hijo mío —dijo—. Es sólo un juego.

19.

La Virgen de Guadalupe

—Pero ¿cómo diantre supo que era sólo un juego, señor Wilde?

—¿Quiere usted que seamos amigos, señor Hornung? Sé que apenas hace una semana y un día que nos conocemos, pero ya estamos almorzando juntos un lunes. Y, señor Hornung, del mismo modo que ninguna dama lleva joyas en el campo y que ningún caballero lleva zapatos marrones en la ciudad, los caballeros jamás almuerzan juntos los lunes a menos que vean la perspectiva de una verdadera amistad. —Oscar levantó su copa de Le Montrachet 1865 en dirección a Willie Hornung—. Si vamos a ser amigos, Willie, y creo que lo somos, preferiría que me llamara Oscar...

Oscar estaba relajado como nunca. Era el día siguiente (lunes, 9 de mayo de 1892) y mi amigo y yo almorzábamos con Willie Hornung y Arthur Conan Doyle en el comedor de paredes revestidas de paneles de roble del Hotel Cadogan. Hornung, la menguante violeta de Conan Doyle amablemente regada por Oscar, se estaba convirtiendo en una flor mucho más robusta. El joven levantó su copa hacia nuestro anfitrión, se empujó con el dedo el *pince-nez* nariz arriba y repitió su pregunta:

—¿Cómo supo que era un juego, Oscar?

Él sonrió y contempló su plato. Había pedido lo que él llamaba un «ligero almuerzo, un almuerzo de lunes»: langosta fría con mayonesa fresca y ensalada de pepino, jalea de tomate y patatas nuevas.

Hornung insistió:

—Todos creíamos que había muerto. Y entonces, cuando usted se rió y él se levantó y saludó con una inclinación de cabeza, no supimos qué pensar... ¿Acaso le había avanzado que era eso lo que tenía en mente?

—No —respondió él, ensartando un trozo de langosta con el tenedor y hundiéndolo en la mayonesa—. Pero enseguida intuí que estábamos siendo testigos de una mera puesta en escena: comedia, no tragedia.

—A mí me pareció muy real —dijo Conan Doyle, comiendo con apetito las patatas nuevas.

—Sí —dijo Oscar—. Amteim se llevó la mano al lado izquierdo del pecho como lo haría un hombre en pleno ataque al corazón, pero hubo también algo que, siendo médico, creí que usted había visto, Arthur... Cuando siente dolor de verdad, el paciente se tensa, ¿no es así? En cambio, nuestro hombre, según pude observar cuando se separó de Constance y se volvió de espaldas en lo alto de la escalera, lejos de tensar sus tendones, me pareció que relajaba deliberadamente todo su cuerpo. Se estaba preparando para la caída. Cayó escaleras abajo de cabeza, con los miembros

totalmente laxos, no como lo habría hecho un hombre que fuera presa del dolor, sino como un viejo actor del Circo Astley en su día libre.

—Pero ¿qué es lo que hizo, señor Wilde... Oscar?

—Imagino, Willie, que simplemente improvisó al ver que se le presentaba la ocasión. —Cubrió una rodaja de pepino con una pequeña porción de jalea de tomate—. Supongo que lo hizo por unos cuantos motivos: para pavonearse, para divertirse, para eclipsar a Alphonse Byrd, pues a fin de cuentas nadie negará que Byrd había estado admirablemente bien durante el espectáculo... Supongo que también lo hizo en atención a aquellos de nosotros que estaban allí ayer por la tarde y que habían estado aquí, en el Hotel Cadogan, el domingo por la noche. Quizá deseaba mostrar su desprecio por quienesquiera que le hubieran elegido como su «víctima» el domingo pasado. Estaba desafiándoles, a ellos y a su estúpida amenaza de muerte. Estaba simplemente haciéndoles beber de su propio jarabe, como reza el dicho.

—Desde luego, corrió un alto riesgo —dije—. Esta noche se celebra su gran combate. Podría haberse roto algo cayendo como lo hizo ayer.

Oscar se rió entre dientes.

—Unos cuantos escalones en Tite Street no suponen la menor amenaza para «David y Goliat» Amteim, Robert. Además, para un hombre como él, el riesgo es lo que una segunda botella de este delicioso borgoña blanco será para nosotros: algo totalmente inherente a un día bien aprovechado. —Agitó una mano esperanzada en dirección al sumiller.

—No más vino para mí, gracias, Oscar —declaró con firmeza Conan Doyle—. Voy de camino a la revista *Strand*. Me espera una tarde de duras negociaciones.

—¿Sigue planeando asesinar a Sherlock Holmes? —pregunté.

—En mi cabeza y en mi corazón ya está muerto —respondió Doyle, limpiándose su enorme mostacho con la servilleta—. Pero en mi cuenta corriente, sigue estremeciéndose y retorciéndose. —Sorbió por la nariz y sacudió los hombros como si de pronto le hubiera sorprendido una corriente de aire.

Hornung se inclinó sobre la mesa y susurró con tono conspirador:

—El *Strand* ofrece a Arthur mil libras por una docena de historias.

—El dinero no lo es todo —masculló Conan Doyle, avergonzado por la revelación de su joven compañero.

—Eso no es cierto —murmuró Oscar casi como si hablara para sus adentros. Yo no dije nada (por mi novela corta titulada *Agatha's Quest* acababa de recibir de Trischler & Co. la magnífica suma de quince libras y quince chelines).

—Naturalmente que el dinero es importante —añadió Hornung muy serio—, pero ¿no es acaso la genialidad a lo que deberíamos aspirar?

—No, no, no —gimoteó Oscar al tiempo que indicaba con una señal al sumiller que una segunda botella de Le Montrachet llegaba a la mesa con un más que evidente

retraso—. No aspire jamás a la genialidad, Willie. El público británico es maravillosamente tolerante, pero tiene sus límites. Lo perdona todo..., excepto la genialidad.

Todos nos reímos. Conan Doyle dejó la servilleta sobre la mesa.

—Usted y los británicos parecen llevarse estupendamente, Oscar. A los británicos les encanta su obra. Y toleran sus excentricidades.

—Pero desprecian mis ojales —replicó él con un profundo suspiro—. Cuando voy por la calle veo el modo en que los transeúntes miran la solapa izquierda de mi chaqueta y sé lo que están pensando...

—Lo único que piensan, Oscar, es que su gusto poco tiene que ver con el de usted —dijo Conan Doyle, recostándose contra el respaldo de la silla y dedicando a su amigo una amplia sonrisa—. Lo que quiero decir, viejo amigo, es que no hay más que verle. Ahí fuera tenemos una hermosa mañana de mayo y luce usted un exagerado tulipán negro en la chaqueta. Parece un cuervo muerto.

—Lo llevo en honor de Gustave Flaubert —respondió Oscar, lanzando una apesadumbrada mirada al tulipán—. Ayer hizo doce años que murió. Era todo un maestro. Le reverencio. Y, todos los años, el ocho de mayo compro tulipanes en su honor. Le recuerdo como a él le habría gustado ser recordado. Flaubert decía: «*Il est doux de songer que je servirai un jour à faire croître des tulipes*»^[19].

—Sí —dijo Conan Doyle con una risilla—. Siempre fue poseedor de *le mot juste*. —Llegó el sumiller con nuestra segunda botella de Le Montrachet. El doctor consultó su reloj de bolsillo—. Ni que decir tiene que *monsieur* Flaubert jamás tuvo que vérselas con el editor de la revista *Strand*. Tengo que marcharme dentro de un momento, Oscar. ¿Me permiten que tome una rápida taza de café antes... mientras ustedes disfrutan del vino y piden el postre? Antes de marcharme tengo que saber cuáles han sido los esfuerzos a los que ha dedicado usted la mañana. Ha estado usted interrogando a los empleados del hotel, ¿no es así?

Oscar estaba probando el vino con expresión de absoluta aprobación. Dejó la copa sobre la mesa y miró fijamente a Conan Doyle.

—Así es —dijo.

—¿Y hay algún punto vital sobre el que desearía reclamar mi atención?

—Simplemente sobre el curioso incidente protagonizado por la cotorra durante la mañana... en el curso de las horas inmediatamente anteriores a su desafortunada muerte, Arthur.

—Por lo que tengo entendido, la cotorra no protagonizó nada durante la mañana.

Oscar esbozó entonces su maliciosa sonrisa.

—Ese es precisamente el curioso incidente.

Conan Doyle negó con la cabeza.

—No estoy seguro de entenderle.

—Robert y yo llevamos aquí desde las diez de la mañana —explicó Oscar—. Hemos interrogado a todos y cada uno de los miembros del servicio que trabajaron el martes pasado. La cotorra fue vista por última vez en su jaula poco después del desayuno. Nat, el botones, y Nellie, una de las criadas, confirmarán con su testimonio lo que digo. A partir de ese momento, nadie parece haber reparado en el pobre *Capitán Flint* hasta que a las tres descubrieron su cuerpo destrozado.

—¿Y tan sorprendente le resulta eso? —preguntó Conan Doyle, dejando caer con suavidad dos terrones de azúcar en el café.

—El *Capitán Flint* era una criatura parlanchina —dijo Oscar—. Según Bosie, impertinente y gárrula. Por eso mi querido muchacho quería acabar con la vida del animal. Habitualmente, la cotorra del Hotel Cadogan hacía notar su presencia. Al parecer, esa mañana no fue así. Curioso, ¿no les parece?

—No necesariamente —dijo Conan Doyle—. Sin duda cualquier visitante ocasional repararía en la cotorra al entrar al hotel, pero los miembros del servicio, acostumbrados como estaban a pasar por el vestíbulo a menudo, probablemente se habían habituado a su presencia. ¿Había mucha actividad en el hotel esa mañana?

—Mucha más de lo que suele ser habitual, y el Cadogan andaba corto de personal. Tanto el director de día como su ayudante estaban indispuestos, de ahí que Byrd estuviera en activo. Según el registro de entradas del hotel, hubo siete llegadas durante la mañana y, a primera hora de la tarde, debían abandonar el establecimiento un grupo de catorce señoras norteamericanas. Durante todo el día, a decir de todos, hubo numerosas idas y venidas por el vestíbulo. El botones y el portero reconocieron a un buen número de clientes habituales: Bram Stoker y Charles Brookfield vinieron a desayunar; la señora Langtry ocupó su mesa de costumbre, la de allí, para el almuerzo; como bien sabe, Constance y Edward Heron-Allen llegaron poco antes de las tres.

—¿Estuvo desierto el vestíbulo algún rato..., aunque solo fuera un momento?

—Oh, sí —dijo Oscar, que tenía en ese momento una fresa Kentish ensartada en la punta de su tenedor de postre y la sumergía felizmente en la copa de vino—. El portero reconoció que había tenido que abandonar con frecuencia su puesto para ayudar a bajar el equipaje de las señoras norteamericanas. Y, a intervalos regulares, Nat, el botones, hizo lo mismo. El vestíbulo estuvo constantemente desierto y la puerta principal siempre abierta. Lo cierto es que cualquiera que esa mañana tuviera acceso al hotel pudo asimismo tener acceso a la jaula de la cotorra. Cualquiera pudo asesinar al *Capitán Flint*.

—Cualquiera pudo haberlo hecho... —reflexionó Conan Doyle, haciendo girar su cucharilla de café entre los dedos—. Sí, cualquiera pudo disponer de los medios y de la ocasión... Pero ¿quién tenía un móvil? —El médico añadió otro terrón de azúcar a su taza—. ¿Quién era el dueño de la cotorra? ¿Perteneecía acaso al hotel?

—No, era propiedad de Alphonse Byrd. El *Capitán Flint* llegó con él cuando el hotel abrió sus puertas. Según palabras del portero, Byrd y la cotorra eran inseparables.

—Lo creo —dijo Willie Hornung muy serio—. Yo tuve una cotorra cuando viví en Australia. La llamé *Capitán Cook*. Las cotorras son criaturas extraordinarias; en muchos sentidos, son como las personas. Pueden conversar y también contar. *Capitán Cook* podía contar hasta diez. Y establecen vínculos muy estrechos. Pueden llegar a ser tremendamente celosas. —Hornung se calló de pronto. Evidentemente, tenía la sensación de haber hablado cuando no le tocaba. Tomó un sorbo de vino de su copa y masculló—: En fin, en cualquier caso, ésa fue mi experiencia en Australia.

Oscar sonrió al nervioso joven y puso su mano sobre la de él.

—Cuando miro el mapa y veo lo feo que es Australia —dijo—, me vienen ganas de ir allí y ver el modo de hacer de él un lugar más hermoso. ¿Podría llevarme un día, Willie? ¿Cree que me sentiría cómodo en Sydney?

—Caballeros —gruñó Conan Doyle, aclarándose la garganta—. ¿Podríamos ceñirnos al asunto que nos ocupa? Byrd le profesaba un gran cariño a su cotorra...

—Adoraba a esa criatura —dijo Oscar compasivo, retirando la mano de la de Willie Hornung y mirando a Conan Doyle a los ojos.

—¿Tenía Byrd algún enemigo?

—Al parecer, aparte de Amteim, no es un hombre de muchos amigos, pero tampoco se le conocen enemigos. Quienes trabajan con él en el hotel parecen aceptarle como es..., un tipo poco agradable. No le tienen simpatía, pero tampoco les desagrada. Desde luego, no puede decirse que le desprecien. Nada sugiere que el desafortunado *Capitán Flint* fuera asesinado por alguien que guardara rencor al señor Alphonse Byrd.

—En ese caso, la muerte de la cotorra sigue siendo un misterio —dijo Conan Doyle con un breve suspiro. Sacó su reloj de bolsillo del chaleco—. Tengo que irme —anunció, retirando la silla y levantándose rápidamente.

—Iré con usted —dijo Willie Hornung, tomando un último sorbo de vino y quitándose la servilleta de la camisa—. Podemos compartir coche de camino al centro.

Oscar y yo nos pusimos en pie y estrechamos la mano del bondadoso médico y de su joven pupilo. El vasto círculo de amistades de mi amigo incluía a hombres de toda suerte y condición. Casi todos ellos resultaban a su modo fascinantes, pero con muchos de ellos yo me sentía claramente incómodo. Con Arthur Conan Doyle y con Willie Hornung, en cambio, siempre me sentí cómodo.

—¿Les veremos esta noche? —les preguntó Oscar cuando ya se alejaban en dirección a la puerta—. El combate de Amteim empieza a las ocho.

Conan Doyle nos saludó con la mano mientras se alejaba.

—Tenemos nuestras entradas. Allí estaremos sin falta.

Cuando se marcharon y Oscar y yo volvimos a sentarnos y a disfrutar de los restos del Le Montrachet del 65, le dije a mi amigo:

—Si Amteim sobrevive a esta noche, si mañana por la mañana sigue vivo y en perfecto estado, ¿crees que todo habrá acabado? ¿Crearás entonces que la maldición habrá dejado de tener efecto?

—Sentiré que puedo dormir más tranquilo en mi cama —respondió despacio—. Y también que mi querida esposa puede descansar más segura en la suya. Pero seguiré preguntándome por el destino de Bradford Pearse. ¿Cayó o le empujaron? Y todavía tengo que resolver el misterio de lo ocurrido con el *Capitán Flint*. De lo contrario me veré obligado a dar al condenado Brookfield sus trece guineas. —El vino amarillo de su copa estaba salpicado de restos de fresa. Oscar observó el líquido con expresión reflexiva—. ¿Quién mató a la cotorra, Robert? Ésa es la cuestión. *Quia tué le perroquet?* —Cogió la botella. Estaba vacía—. Flaubert tenía una cotorra disecada en su escritorio para que le diera inspiración, ¿no es cierto? Creo que utilizó a la cotorra en *Un coeur simple*. No he leído esa historia. ¿Tú sí? Tengo que hacerlo. —De pronto se animó—. ¡Lo haré! Esta misma tarde. ¿Tienes un ejemplar, Robert? Yo no. Iremos a comprar uno a la Librería Francesa. Pediré la cuenta e iremos ahora mismo a Beak Street. Quién sabe, hasta puede que encontremos allí a tu amigo el reverendo George Daubeney, ¿no te parece? Es allí donde le conociste. La Librería Francesa es uno de los lugares que frecuenta, ¿o no es eso lo que dijiste? —Agitó la servilleta alegremente hacia el jefe de camareros—. Me muero de ganas de decirle a nuestro cochero que vamos a Beak Street en busca de un corazón sencillo. Le divertirá saberlo. Bebe, Robert. La partida está en marcha.

El trayecto en coche desde Sloane Street a Beak Street nos llevó media hora. Habríamos tardado menos si, durante el camino, Oscar no hubiera insistido en detenerse en cada uno de los estancos que encontrábamos hasta que encontró uno que tenía una lata de cigarrillos Player's Navy Cut.

—Amteim me hizo un gran servicio dándome a conocer esta marca, Robert. Como bien dijo, no son cigarrillos propios de caballero, pero es precisamente su tosquedad lo que les da su encanto. Es lo que un hombre necesita después de una buena langosta, fresas y un borgoña blanco.

Nuestro cochero, que según Oscar era «un viejo amigo», no dio la menor impresión de saber quién era Oscar ni de entender ni una sola del puñado de ocurrencias, observaciones y reflexiones sobre Flaubert que él le fue lanzando alegremente durante el trayecto. Cuando Oscar hablaba, el hombre simplemente sorbía y chupaba su cigarrillo. En el momento en que llegamos a nuestro destino y, con gran ceremonial, Oscar le pidió que fuera tan amable de esperarnos al tiempo que le hacía entrega de un soberano de plata a modo de «pago parcial», el hombre

respondió con un superficial asentimiento y se guardó el soberano en el bolsillo como si se tratara de una moneda de seis peniques.

La *Librairie Française* de Beak Street era un imán para las almas civilizadas del Londres de la década de 1890. Desde fuera, tenía el aire tranquilizador de la sombrerería de una novela de Jane Austen, pero tras la fachada estilo regencia con su atractivo escaparate de varios cristales, se escondía un emporio tenuemente iluminado y lleno de humo que recordaba más a París o a Marsella (o incluso a Atenas o a Argel) que a Bath o a Cheltenham Spa. Además de los libros y de los periódicos de toda suerte y descripción (¡entre los que se incluía un buen número de ejemplares que cualquier escritor respetable odiaría describir!), *monsieur* Hirsch, el francés que había abierto la tienda en 1889, albergaba un rico surtido de lujos galos que normalmente no se obtenían en Londres: productos de aseo típicamente franceses, cigarrillos franceses, quesos franceses, profilácticos de estilo continental y botellas de absenta.

—Huele la corrupción —dijo Oscar cuando empujamos la puerta de la librería y una campanilla tintineó para anunciar nuestra llegada.

En el interior de la tienda se respiraba un aire cargado y profusamente impregnado de incienso. Cerramos la puerta de entrada a nuestra espalda y la campanilla volvió a tintinear. Al parecer, éramos los únicos clientes, pero no estábamos solos.

—¡Santo Dios! —exclamó alarmado mi amigo cuando una masa de plumas amarillas y verdes voló violentamente hacia nosotros—. ¿Es eso una cotorra?

Un pequeño pájaro rebotó de un lado a otro de la abigarrada habitación, lanzándose frenéticamente contra las paredes, las lámparas y los cuadros. Buscamos refugio inútilmente junto a la puerta. Por fin, la criatura se posó encima de una estantería.

—Es un canario —dije—. Uno de los dos miembros de una pareja.

Oscar lo observó con recelo desde abajo.

—Conocidos sin duda como *Edmond* y *Jules*.

—Pues sí. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. Simplemente lo he adivinado. Estamos en una librería francesa. Era de esperar que el dueño bautizara a sus canarios gemelos en honor de los hermanos Goncourt.

Sonreí.

—*Monsieur* Hirsch tiene también un mono.

Oscar suspiró.

—¿Y lo viste de grumete? Qué deprimente.

—*Bonjour, messieurs!* —saludó una voz familiar desde algún rincón de la neblina que dominaba la librería. Era el honorable reverendo George Daubeney. Apareció sonriente de detrás de una estrecha cortina de cuentas situada en el extremo más

alejado de la tienda. Iba sin afeitar y tenía los ojos enrojecidos y la boca llena de una espesa capa de saliva, aunque estaba de muy buen humor. Llevaba la carpeta de un pintor sujeta con un lazo azul. La puso sobre el abarrotado mostrador y nos estrechó afectuosamente la mano—. Qué inesperado placer —dijo, limpiándose las comisuras de los labios con el pulgar y el índice—, aunque no por ello menos agradable. — Llevaba unos guantes blancos de algodón de noche.

—¿Qué novedades hay sobre su herencia, George? —preguntó Oscar, ofreciendo al clérigo uno de sus cigarrillos.

—Siguen siendo alentadoras, aunque no hay nada definitivo.

—Habíamos pensado que le encontraríamos aquí —añadí, sosteniendo una cerilla con la que encender su cigarrillo y el de Oscar.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? Estoy sustituyendo a Charles en la tienda... a *monsieur* Hirsch. Hoy aquí está todo muy tranquilo. Son mis primeros clientes.

La mirada de Oscar no se apartaba de la carpeta de pintor. George Daubeney sonrió de oreja a oreja.

—He estado explorando algunos de los tesoros escondidos de Charles. —Desató el lazo alegremente y abrió la carpeta—. Son reproducciones de obras maestras de Peter Paul Rubens. Sé que aprecia usted los encantos de un busto generoso, Oscar.

Contemplamos una exquisita reproducción del célebre cuadro de Rubens titulado *Cimone e Ifigenia*.

—¿Deliciosas, verdad? —se regodeó el clérigo, pasando los dedos por los suntuosos senos de las damas.

—¿Ah, sí? —pregunté, sorprendido—. ¿Es eso cierto, Oscar? ¿«Aprecias los encantos de un busto generoso»? —Profundamente divertido, lancé una mirada interrogante a mi amigo, cuyo rostro no desveló nada mientras seguía contemplando en silencio el cuadro y daba silenciosas caladas a su cigarrillo.

—Por supuesto que sí —prosiguió alegremente Daubeney—. Recuerdo bien la propaganda: los carteles que promocionaban el Embellecedor de Senos de Madame Fontaine recomendado por el mismísimo «doctor en estética». «Tan seguro como que el sol saldrá mañana, agrandará y embellecerá su busto».

—Las palabras no eran mías —respondió fríamente Oscar.

—Pero su retrato aparecía en el cartel, junto a un ramo de lirios, una profusión de girasoles y, si mal no recuerdo, la doncella de senos más generosos y más hermosa que se haya visto jamás.

—¿Es eso cierto, Oscar? —pregunté, maravillado—. ¿Diste tu bendición al Embellecedor de Senos de Madame Fontaine?

—De eso hace muchos años —dijo—. Creo que en esa época tú vivías en París.

—Oh, sí, Robert —prosiguió Daubeney con lúbrico regocijo—. Nuestro Oscar es un célebre *connoisseur* de la silueta femenina.

—Mis preferencias se han ido refinando con los años —dijo despreocupadamente mi amigo, buscando otro Player's Navy Cut en su bolsillo.

Daubeney pasó la primera reproducción para dejar otra a la vista.

—Entiendo entonces que actualmente prefiere algo menos obvio, ¿me equivoco, Oscar? Más sutil, menos chillón, más *gamine*. ¿Quizás algo así? —La muchacha desnuda del cuadro estaba de pie sobre un manto de seda roja, envuelta en piel y mirando directamente al pintor. Sus redondos senos descansaban sobre sus brazos cruzados—. Según sabemos, su nombre es Helen Fourment. Ésa es toda la información que tenemos sobre ella.

—Era la hija de alguien —dijo Oscar con voz queda—, o la hermana de alguien...

Daubeney se rió.

—Pero todavía no era la esposa de nadie. No hay más que ver la inocencia de su rostro. Miren su boca. Es una virgen..., de eso no cabe duda. —Pasó a la siguiente reproducción—. Ésta es mi favorita. Me he fijado en los gemelos que lleva usted, Oscar. Algo me dice que quizás ésta sea también su favorita.

Mi amigo llevaba los gemelos de esmalte que se había puesto el día antes, los que encerraban una diminuta reproducción de *La Virgen de las Rocas* de Leonardo da Vinci. La reproducción del cuadro de Rubens que George Daubeney acababa de mostrar llevaba por título *El origen de la Vía Láctea*. Era un cuadro en el que aparecía la Virgen María ofreciendo su pecho izquierdo al niño Dios. Con sus manos enguantadas, el reverendo sostuvo en alto la reproducción del cuadro para que Oscar la contemplara más de cerca.

—Regálese la vista con el pezón, amigo mío. Es un espectáculo que revive en uno la fe, ¿no le parece?

Oscar dio una profunda calada a su cigarrillo.

—¿Es el entusiasmo que demuestra del todo apropiado para un clérigo, George?

—Dios nos dio la semilla para que la repartiéramos, Oscar —respondió el reverendo casi en un susurro. Cerró la carpeta y empezó a atarla con el lazo azul—. Si le satisfizo a usted *La Virgen de las Rocas*, tengo otros gemelos similares. Acaba de llegarme de América *La Virgen de Guadalupe*...

—¿Y el precio? —Mi amigo arqueó las cejas y ladeó la cabeza—. ¿Cinco libras, como siempre?

—Así es —dijo Daubeney—, y, como siempre, la calidad está del todo garantizada.

Oscar guardó silencio y contempló al clérigo.

—Ahora entiendo por qué se quitó usted los gemelos cuando buscó refugio en la iglesia la mañana siguiente al incendio de Cheyne Walk. No fue porque no hicieran juego, sino porque se dio cuenta de que muy pronto sería interrogado por la policía...

Daubeney le sonrió al tiempo que limpiaba con la punta de la lengua las pequeñas gotas de sudor que perlaban las comisuras de sus labios.

—¿Se fijó usted? —dijo—. Sí, me quité los gemelos porque temí que dieran un mensaje erróneo. Mi limitada experiencia me ha enseñado que los oficiales y los hombres del cuerpo de la Policía Metropolitana no aprecian como nosotros las sutilezas de las bellas artes.

Oscar cerró de golpe su pitillera y se volvió de espaldas al mostrador de la tienda para recorrer la habitación con la mirada.

—De hecho, George, esta tarde simplemente buscamos un libro. *Un coeur simple*, un relato breve de Gustave Flaubert.

Daubeney se secó la boca con el dorso de la mano y se movió apresuradamente por la habitación hasta detenerse a escudriñar un estante en particular. Pasó los dedos por los lomos de varios ejemplares.

—Desgraciadamente, todo parece indicar que Charles no lo tiene. —Se volvió a mirar a Oscar y se encogió de hombros—. Puedo ofrecerle *Madame Bovary*. Tenía unos pechos deliciosos.

—¿Es ése uno de los rasgos definitorios de la novela? —preguntó Oscar entre risas.

—Lo es cuando la leo —fue la respuesta de Daubeney.

—Tenemos que irnos —anunció mi amigo, empujándome de pronto hacia la puerta—. Ni que decir tiene que le veremos esta noche, George..., en el combate de Amteim.

—Por supuesto. Soy el *padre*. El combate requiere mi bendición.

—Entonces, *à tout à l'heure, mon ami*. Salude de nuestra parte a *monsieur* Hirsch.

Nuestro ceñudo cochero esperaba donde le habíamos dejado: al final de Beak Street, delante de la taberna Crown. Cuando subimos al coche, Oscar apuntó:

—Al menos hemos aprendido algo esta tarde, Robert.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A que la señorita Elizabeth Scott-Rivers se libró de una buena cuando el honorable reverendo George Daubeney rompió su compromiso. —Oscar se dirigió entonces al cochero—: No hemos logrado encontrar un corazón sencillo en Beak Street, cochero. Llévenos ahora al Cuadrilátero de la Muerte, pasando por Gower Street y por Tite Street, si es usted tan amable.

20.

Las Reglas de Queensberry

Para sorpresa nuestra, cuando cinco minutos antes de las ocho, esa noche llegamos al anfiteatro del Circo Astley, descubrimos que las limaduras de acero de la ciudad de Londres no habían sido presa de una irresistible atracción hacia el imán del Cuadrilátero de la Muerte. Las gradas superiores del anfiteatro estaban cerradas y, en la planta baja del auditorio, los asientos situados alrededor del cuadrilátero registraban un cuarto de entrada.

Buscamos algún rostro conocido, aunque en vano. Al final, mientras buscábamos el consuelo de una copa, encontramos a un puñado de amigos agrupados en un extremo del bar situado tras la platea. Oscar, con un traje de noche de color azul oscuro y una simple rosa roja en el ojal de la solapa, se quedó de pie en el centro del salón casi desierto con los brazos extendidos.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

—Viendo su obra, Oscar —respondió amablemente Charles Brookfield—, o probablemente haciendo cola en Shaftesbury Avenue con la esperanza de comprar entradas para la mía. Lo que se ofrece aquí esta noche no es más que una simple charada, un «combate de demostración». No vale nada.

—En ese caso, ¿por qué hemos venido? —preguntó Oscar, aceptando agradecido una de las tazas de champán barato que en ese momento nos ofrecía Bram Stoker.

—Estamos aquí en honor de Queensberry —respondió Brookfield—. El marqués es un buen hombre. Hemos venido a darle nuestro apoyo, así de simple. —Aceptó uno de los cigarrillos de Oscar—. Dentro de unas semanas, el Caballero Jim Corbett se enfrentará a John L. Sullivan, el Muchachote de Boston, en el campeonato del mundo de boxeo de los pesos pesados, el primer combate de competición oficial que se celebra con guantes almohadillados siguiendo las Reglas de Queensberry. Ese día hará historia. Esto no es más que el aperitivo, la oportunidad para que aquellos que no conozcan las Reglas de Queensberry o tengan todavía sus dudas acerca de ellas puedan verlas llevadas a la práctica. —Miró su reloj de bolsillo—. Esta noche, a juzgar por lo que veo un poco más tarde de lo que reza el anuncio, su amigo Amteim se enfrentará contra otro abuelo en un combate «amistoso» para dar una muestra de «combate limpio según el estilo Queensberry». Amteim afirma que no escatimará ningún golpe, pero les garantizo que tampoco se verterá una gota de sangre. —Brookfield recorrió con los ojos el bar desierto. De reojo, hizo un guiño a Oscar—. Sin sangre, no hay público.

—¿Alguien ha visto a Amteim? —pregunté.

—Todos nosotros —respondió Edward Heron-Allen—. Está en su camerino, dejándose cortejar. Su amigo, el reverendo Daubeney, le atiende, rociándole con agua bendita.

—Sickert está también allí, retratando al gran hombre mientras se prepara para el combate —añadió Bram Stoker, sin duda divertido ante la idea mientras nos servía el champán.

—¿Y lord Queensberry? —preguntó Oscar.

—También está allí —dijo Brookfield, sonriendo para sus adentros mientras estudiaba el penacho de humo que se elevaba desde su cigarrillo—. Como no podía ser de otro modo.

Stoker se rió entre dientes.

—Su señoría es ciertamente obsesivo. No deja de susurrar su mantra al oído de Amteim: «Nada de lucha libre, nada de abrazar, ningún golpe por debajo de la cintura».

Todos nos reímos.

—Como bien sabe, Oscar —dijo Brookfield, alzando la mirada—, las Reglas de Queensberry son muy claras respecto a los abrazos y a los golpes por debajo de la cintura.

Oscar sonrió y tomó un sorbo de champán.

—¿Boxeó usted en la universidad, Charles? —preguntó.

—No. Prefería el críquet. Me veía mejor vestido de blanco.

—Siempre me ha parecido que las posturas que adoptan los jugadores de críquet son en cierto modo indecentes —dijo Oscar alegremente, dejando caer la colilla del cigarrillo en los restos de su champán. Luego me tocó el brazo—. Vayamos a desearle suerte a Amteim, Robert. —Miró a Edward Heron-Allen—. ¿Dónde ha encontrado el cortejo del gran hombre?

—Justo ahí, detrás de nosotros —respondió Heron-Allen, señalando una puerta pintada de marrón situada a un lado del bar en la que se leía el letrero de PRIVADO—. Los camerinos están en el pasillo de la izquierda. El de Amteim es el primero.

Dimos con él sin problema. Y dentro, de pie en el centro de la habitación, encontramos al boxeador muy animado, rodeado de un numeroso y peculiar séquito. El inspector Gilmour de Scotland Yard era uno de sus miembros; también lo eran Arthur Conan Doyle y su joven amigo Willie Hornung. El honorable reverendo George Daubeney estaba allí. Se había afeitado y se había cambiado de ropa desde la última vez que le habíamos visto y no estaba rociando a Amteim con agua bendita, como nos habían dicho, sino que al parecer ayudaba al joven Antipholus, que estaba de pie en un taburete de tres patas detrás de Amteim, aplicando una especie de aceite sobre los hombros y la espalda desnuda del boxeador. Amteim tenía en las manos unos grandes y aparatosos guantes de boxeo de cuero almohadillados, firmemente

atados a las muñecas con cordones de cuero. No se encargaba personalmente de atarse los cordones. Tampoco lo hacían dos criadas, sino que, de la mano izquierda se encargaba un joven agente de policía, uno de los hombres de Gilmour que iba vestido con el uniforme oficial de la Policía Metropolitana, y de la derecha el propio Walter Sickert, que llevaba lo que parecía ser su propia versión del uniforme de la guardia nacional de Transilvania.

—Más fuerte, caballeros, por favor. ¡Más fuerte! —ordenó Amteim, riéndose mientras daba la orden.

Agachado a los pies del boxeador estaba la simiesca figura de John Sholto Douglas, octavo marqués de Queensberry. Iba vestido de noche, aunque su aspecto distaba mucho de ser *soigné*. Tenía la cara roja y bañada en sudor y las manos negras. Estaba de cuclillas, incómodamente instalado sobre sus asentaderas con el pie derecho de Amteim sobre las rodillas, examinando la bota del boxeador como un herrero que inspeccionara la herradura de un caballo.

—No están permitidas las botas con muelles —masculló—. Ni las patadas, arañosos, mordiscos o topetazos. Los abrazos tampoco. Ni los golpes por debajo de la cintura.

Cuando entramos al camerino y vimos la escena, Amteim nos gritó:

—Bienvenidos, caballeros. Como ven, sigo vivo.

Conan Doyle, Hornung, Gilmour y Sickert nos saludaron a su vez. Lord Queensberry alzó la mirada hacia Oscar.

—¿Están mis hijos con usted?

—Lord Alfred no, su señoría —respondió él en son de broma—. Según tengo entendido, están cenando con mi madre. No obstante, tengo constancia de que lord Drumlanrig espera venir. Es un ferviente creyente en los beneficios del boxeo... y en las Reglas de Queensberry. —Saludó al semirreclinado marqués con una inclinación de cabeza—. Me han dicho que Drumlanrig ha estado reuniendo importantes sumas de dinero para el Earl's Court Boys Club.

—¿Está con él Primrose?

—Creo que lord Rosebery espera también poder venir, sí.

—Bien —gruñó el marqués, centrando su atención en la otra bota de Amteim—. Ahora podrán ver cómo combaten los hombres de verdad.

Detrás de nosotros, en la puerta del camerino, apareció un hombre bajo con un sombrero alto. Llevaba en la mano una enorme campanilla de mano que hizo sonar tres veces.

—El combate dará comienzo dentro de diez minutos, caballeros. Les ruego que abandonen la habitación. Sólo pueden permanecer aquí los entrenadores y asistentes. El combate dará comienzo en diez minutos. Les ruego que abandonen la habitación.

Sin mayor dilación hicimos lo que se nos pedía, no sin antes desear suerte a

Amteim.

—¿No está Byrd entre los miembros de su equipo? —preguntó Oscar cuando ya nos marchábamos.

—No —respondió el boxeador, corriendo por la habitación y lanzando al aire golpes con ambos puños—. Byrd tiene turno de noche hoy en el Cadogan, aunque no importa. Me ha visto combatir ya muchas veces. Lord Queensberry y el inspector Gilmour han tenido la amabilidad de velar por mis intereses. Estoy en buenas manos.

El séquito se marchó. Oscar y yo fuimos los últimos visitantes que abandonaron el camerino. Amteim paró de correr y se quedó de pie solo entre el inspector de policía y el marqués, elevándose sobre ellos con la cabeza erecta, los brazos extendidos y reluciente como un gladiador romano.

—Buena suerte, amigo mío. No me cabe duda de que esta noche vencerá el mejor.

—Gracias —respondió el boxeador con su voz rasposa—. Y a la hora del desayuno, Oscar, todas sus preocupaciones habrán terminado. Yo habré sobrevivido y usted tendrá la certeza de que esto no ha sido más que un juego.

Nos reunimos de inmediato con el resto de grupo y regresamos al auditorio cruzando el bar situado detrás de la platea. Francis Drumlanrig y lord Rosebery habían llegado ya y estaban sentados juntos y solos en el centro de una de las filas que Amteim había reservado para sus invitados. Oscar se unió a ellos enseguida, acompañado de Conan Doyle y de Willie Hornung. Yo tomé asiento en la fila situada inmediatamente detrás de ellos con George Daubeney, Walter Sickert y Edward Heron-Allen.

Este último no me inspiraba ninguna simpatía. Era demasiado encantador, demasiado inteligente, demasiado culto y demasiado leído. Fuera cual fuera el tema de conversación, Heron-Allen siempre tenía que dar su opinión o compartir alguna experiencia. Cuando, en la fila de delante, lord Rosebery hizo en el curso de su conversación con Conan Doyle una referencia casual al querido Stradivarius de Sherlock Holmes, Heron-Allen se inclinó hacia delante para ofrecer su propio parecer sobre la historia de la elaboración italiana de violines, recordándonos que él mismo había sido aprendiz de George Charnot, «el más grande creador de violines de nuestro tiempo», y que su tratado (el de Heron-Allen) titulado *Pasado y presente de la manufactura de violines* había alcanzado su quinta edición. Cuando Wat Sickert apuntó despreocupadamente que, viendo lo que se retrasaba el comienzo del combate de boxeo, habría hecho bien en llevarse el libro que había tomado prestado de la biblioteca, Heron-Allen inmediatamente se embarcó en un relato sobre las horas que había pasado en la Bodleian Library de Oxford preparando su traducción literal de *Los Rubaiyat* de Ornar Khayyam. Cultura persa medieval, biología marina, meteorología, prostitución, boxeo... Edward Heron-Allen siempre tenía algo que decir acerca de cualquier tema. Lo que más me enfurecía era el modo en que su

manera de apropiarse de cualquier tema parecía divertir a quien le escuchaba. Había también quien lo encontraba inmensamente atractivo..., eso era innegable, como también lo era que algunas de las cosas que decía no estaban exentas de cierta fascinación.

En los instantes anteriores al inicio del combate, la conversación se centró en las peleas de gallos. Inevitablemente, Heron-Allen era una autoridad en la materia. Al parecer, había convivido en el norte de África con tribus que criaban aves de pelea: gallos, aves de presa y también cotorras. Había aprendido allí a cortar la cresta y el zarzo a los gallos, a cubrirle la cabeza a la criatura para mantenerla en calma antes de una pelea y a afilar las espuelas naturales de sus patas. En algunas culturas, en partes de la India y África, las aves se enfrentaban a «talón desnudo», empleando sólo sus garras innatas a modo de armas. En otros países de Europa y de América, las aves disponían de «arpones» o «espolones» hechos a mano: puntas curvas y afiladas, a veces de hasta cinco centímetros de longitud, que llevaban atadas a las patas con brazaletes de cuero. Según nos dijo el propio Heron-Allen, en su casa de Chelsea tenía una valiosa colección de espolones de plata procedentes de varios países.

—Espero que ninguno sea de Inglaterra —dijo el doctor Conan Doyle.

—Hay uno de Escocia —respondió Heron-Allen, sin ocultar su orgullo—. Las peleas de gallos siguen siendo legales al norte de la frontera.

—Lamento oírlo —respondió el buen médico—. Cuando lord Rosebery y su partido vuelvan al gobierno, confío en que pongan freno a semejante barbaridad.

Rosebery le sonrió.

—No lo ponga usted en duda, doctor.

Por fin, quizá treinta minutos después de que tomáramos asiento, empezó el combate humano. El retraso, como supimos más tarde, había sido provocado por algo tan poco siniestro como era la llegada tardía del rival de Amteim. Alfred Diego (concebido en Lisboa y nacido en Merseyside) había llegado para el combate desde Liverpool. A pesar de que allí Diego tenía una reputación, en Londres era prácticamente un desconocido. Lord Queensberry, que conocía tan bien el boxeo inglés como cualquiera, había elegido a Diego como el oponente adecuado para Amteim en base a un principio de «justicia». Los dos hombres eran de edad, peso y corpulencia semejantes. Ambos tenían fama de «boxeadores limpios», los dos tenían experiencia en el combate con guantes y se decía de ellos (cosa que ellos mismos defendían) que jamás habían sufrido una derrota en un combate profesional. Aunque ni que decir tiene que el combate que iba a celebrarse en el Cuadrilátero de la Muerte no era, técnicamente hablando, un enfrentamiento profesional, sí conllevaba cierta gratificación económica. Queensberry pagaba a cada uno de los hombres diez libras por sus esfuerzos, con un plus de diez libras adicionales para el vencedor, con la condición de que durante el combate no se transgrediera ninguna de las Reglas de

Queensberry.

Cuando los contrincantes aparecieron juntos por primera vez en el cuadrilátero, un rugido sordo recorrió el auditorio del anfiteatro del Astley. En cuanto sonó la campanilla y dio comienzo el primer asalto, todos los hombres que poblaban el lugar se pusieron instintivamente de pie.

—A uno se le acelera la sangre en las venas, ¿no les parece? —comentó Rosebery.

—Son un par de contrincantes muy desiguales —apuntó Oscar—. Son la Bella y la Bestia.

Estaba en lo cierto. Los dos boxeadores estaban igualados en lo que tocaba a su altura y corpulencia, pero sus fisonomías no podían haber sido más distintas. Los rasgos de Amteim eran sorprendentemente proporcionados; tenía unos ojos claros y redondos y la piel suave e inmaculada como la de una niña. Diego, en cambio, tenía una piel áspera y mugrienta como la de un jabalí verrugoso, y un rostro feo, magullado y abollado que parecía haber sufrido los golpes de una pala. A pesar de eso, cuando dio comienzo el combate, pareció ser el que estaba más en forma y el más rápido de los dos.

Durante los primeros cinco asaltos, Amteim apenas se movió mientras Diego bailaba ágilmente a su alrededor. Aunque conservó su posición sin demasiados problemas, mantuvo los guantes pegados defensivamente a la cara y en ninguna de las escasas ocasiones en que lanzó un golpe, siempre con la derecha, dio en el blanco.

Entre cada uno de los asaltos de tres minutos de duración, los púgiles se retiraban a sus rincones durante un intervalo de sesenta segundos. Mientras Gilmour pasaba una esponja por el rostro de Amteim y Queensberry le susurraba instrucciones al oído, Edward Heron-Allen nos concedió el beneficio de su sabiduría.

—Se anuncia un largo combate. Algo me dice que nuestro hombre se está paseando de un lado al otro del cuadrilátero deliberadamente. Podríamos llegar a los veinte asaltos.

—En la vida real —dijo Wat Sickert— no hay más que un asalto. Los combates más espontáneos apenas duran diez segundos. Se propina el golpe, la hoja del cuchillo penetra en la carne, se dispara el tiro... y todo ha terminado.

—Pero esto es un deporte —dijo Conan Doyle.

—No —replicó Sickert—, esto es una pantomima. Un guiñol para adultos.

Los siguientes cinco asaltos resultaron tan anodinos como los primeros. Diego mantuvo en todo momento una actitud ofensiva y no parecía cansarse. Daba vueltas una y otra vez alrededor de su rival, intentando golpearle y no paraba de lanzar golpes a la cabeza, luego abajo y de nuevo a la cabeza en rápida sucesión, obligando a Amteim a retroceder, pero sin conseguir impactarle con el guante.

—Ya veo cómo la Belleza conserva su preciosidad —dijo Oscar—. Se mantiene

apartada del sol. Se oculta entre las sombras, lejos del hálito del dolor.

—No creo que al público le guste demasiado —murmuró Heron-Allen.

—Paciencia —dijo George Daubeney—. La paciencia será recompensada. Siempre lo es.

En el decimoquinto asalto la predicción de Heron-Allen se hizo realidad. El ruido de descontento se inició al fondo del anfiteatro con un enojado chillido:

—¡Por el amor de Dios, Amteim! ¡Empieza a pelear de una vez!

Otras voces cercanas se unieron enseguida a ésta y los gritos se propagaron como el trueno por el recinto. Instantes después, doscientos hombres gritaban al unísono:

—¡Pelea, pelea, pelea!

Curiosamente, fue Diego —quien durante casi una hora había sufrido todo el desgaste— el que pareció espoleado por los gritos de la multitud. Se acercó a Amteim y en vez de golpear a su rival frontalmente empezó a lanzar primero un derechazo y luego un gancho de izquierda a la cabeza de su enemigo. Amteim se vio obligado a agacharse y a balancearse para evitar los golpes. Aunque mantuvo la guardia alta en todo momento, empezó a moverse por el cuadrilátero más enérgicamente, desplazándose a derecha y a izquierda, adelante y atrás, incitando a un Diego cada vez más frenético a que le siguiera.

Pero fue en el decimonoveno asalto cuando la naturaleza del encuentro dio un cambio de ciento noventa grados. En el momento en que el árbitro gritó «Decimonoveno asalto» y sonó la campanilla, Victor Amteim, como si de pronto se hubiera convertido en un hombre totalmente poseído, saltó sobre su rival. Salió disparado hacia él y le soltó un poderoso derechazo. Pillado con la guardia baja, Diego se tambaleó hacia atrás y cayó torpemente contra las cuerdas, desgarrándose la oreja al caer. Aunque parezca increíble, en vez de ir a rematarlo, Amteim pareció retroceder, saltando hacia atrás y propinando pequeños golpes al aire vacío mientras parecía esperar a que su rival recobrarra fuerzas y volviera al combate. Diego mordió el anzuelo y se abalanzó sobre su asaltante con los puños insuficientemente alzados. Cuando estuvo a una distancia adecuada, la escena se congeló durante una fracción de segundo y en el recinto se hizo el silencio al tiempo que Amteim echaba atrás el brazo derecho y, con una fuerza asombrosa, soltaba un solo golpe en el centro exacto del rostro deforme de Diego. La cabeza del hombre se inclinó violentamente hacia atrás, salpicando con su sangre, y se le doblaron las rodillas. Luego cayó despacio al suelo como una torre al derrumbarse.

Y quedó tendido en el suelo.

—Diez, nueve, ocho... —gritó el árbitro.

—Siete, seis, cinco... —rugió la muchedumbre.

—¡Esperen! —chilló George Daubeney.

—Santo Dios, se está levantando —jadeó lord Rosebery.

—Un pequeño toque de Lázaro esta noche —murmuró Oscar.

Aunque Alfred Diego estaba tumbado en el suelo, no había perdido la conciencia. Nada más lejos. Mientras el árbitro seguía contando «tres, dos, uno...», el hombre, ensangrentado aunque resistente, logró ponerse de rodillas y, echando la cabeza hacia atrás, se levantó con un movimiento firme y pareció reírse, como desafiando a Amteim a emplearse a fondo con él. En todo caso, el expolicía apenas se limitó a moverse a su alrededor. Durante los sesenta segundos siguientes, y hasta que sonó la campanilla, los dos boxeadores se movieron en recelosos círculos, lanzándose y eludiendo golpes sin demasiada convicción, como si simplemente estuvieran entrenándose a la espera de que pasara el tiempo.

—Veinte asaltos —dijo Heron-Allen cuando llegó el descanso—. ¿Qué les había dicho?

—¿Cree usted que la suerte del combate se decidirá en éste? —pregunté.

—¿Usted no?

Miré a lord Queensberry y al inspector Gilmour y les vi concentrados en su labor en el rincón de Amteim. El policía secaba el torso del boxeador con una toalla y estrujaba una esponja húmeda alrededor de su boca. El marqués estaba de cuclillas, susurrando urgentemente al oído de su campeón.

—Mi padre estará imposible esta noche —masculló lord Drumlanrig—. Cuando triunfa, se pone insoportable.

—¡Fin del descanso! ¡Vigésimo asalto! —gritó el árbitro.

El asalto no duró mucho. Esta vez, Diego se anticipó al golpe de Amteim y lo esquivó limpiamente, fintando a la izquierda antes de saltar a la derecha, atrayendo a Amteim hacia él. Sin embargo, mantuvo la ventaja tan sólo durante un instante. Enseguida se hizo evidente que había dado todo lo que podía dar; ya nada le quedaba: las piernas no le aguantaban. El público sintió que el clímax era inminente.

—¡A muerte, a muerte, a muerte! —tronaban los espectadores, pateando el suelo y agitando sus puños cerrados en el aire cuando Amteim se desplazó ligeramente hacia delante y empezó casi metódicamente a martillar a su rival en la cabeza con golpes alternos.

—Le va a dejar inconsciente como siga golpeándole así —exclamó Oscar—. Hay que poner fin a esto.

—No tardará —gritó Heron-Allen—. Mire la sangre.

De pronto había sangre por todos los rincones del cuadrilátero. Los dos boxeadores estaban bañados en ella, que caía sobre sus cuerpos hasta la lona del suelo. Y, aun así, el público seguía pidiendo más:

—¡A muerte, a muerte, a muerte!

Cuando el árbitro corrió hacia los dos púgiles gritando «¡Alto! ¡Alto!», Victor Amteim propinaba ya sus últimos golpes: un golpe de izquierda, un derechazo y un

formidable gancho de izquierda. Alfred Diego se desplomó al suelo.

—¡Se acabo! —exclamó Oscar.

—A Dios gracias —masculló Conan Doyle.

George Daubeney se separó de nosotros y bajó corriendo por la pasarela hacia el cuadrilátero.

En su esquina del ring, vi al marqués de Queensberry con las manos sobre las orejas, celebrando la victoria entre brincos.

En el interior del cuadrilátero, Victor Amteim se apartó dando tumbos del cuerpo de Diego y se volvió hacia el público con un gesto triunfal. Estaba pálido, pero le ardían los ojos. Levantó los brazos a modo de saludo y en cuanto lo hizo pudimos presenciar el horror de lo que teníamos ante nuestros ojos. La sangre manaba libremente de sus muñecas, deslizándose por sus brazos desnudos. Cuando George Daubeney y el árbitro llegaron a su lado, los ojos de Amteim se cerraron y cayó muerto en brazos de los dos hombres.

21.

Una pulsera con dije

—Estoy plenamente convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las que están aún por venir, ni la altura, ni la profundidad, ni nada que forme parte de la creación podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo nuestro Señor, Amen.

El honorable reverendo George Daubeney, arrodillado junto al cuerpo de Victor Amteim, se persignó con dedos ensangrentados y temblorosos y se volvió a mirarnos. Había lágrimas en sus ojos. Daubeney y el árbitro habían arrastrado el cuerpo de Amteim desde el auditorio al camerino y lo habían colocado encima de un abrigo en el suelo.

—¿Está muerto? —preguntó Oscar.

—No ha habido tiempo para administrarle la extremaunción —dijo Daubeney.

—¿Está muerto? —repitió Oscar.

Arthur Conan Doyle se había acuclillado junto a la cabeza de Amteim y en ese momento le tomaba el pulso del cuello.

—Me temo que sí, viejo amigo. No hay duda.

—Eso me había parecido —dijo Oscar con voz queda—. Es fácil saberlo. Cuando un hombre muere, su espíritu se desvanece. Nunca se queda con él, sino que desaparece al instante.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, en el nombre de Dios? —El marqués de Queensberry irrumpió en el camerino como un toro en plena desbandada. Llevaba un látigo en la mano. Lo hizo restallar una y otra vez contra el taburete de tres patas que Antipholus había utilizado un par de horas antes para cubrir de aceite al boxeador y rugió—. En el nombre de Dios, ¿va a decirme alguien qué es lo que ha ocurrido?

—Algo que no estaba contemplado en las Reglas de Queensberry —murmuró Oscar—. Su campeón ha muerto, señoría.

—¡Eso es imposible! —chilló Queensberry, girando en círculos látigo en mano como un derviche para mantenernos a todos a distancia.

—Tal parece, lord Queensberry —dijo el inspector Gilmour. Se puso en posición de firmes al hablar—. Lo siento mucho.

—¿Que lo siente, dice? —rugió Queensberry—. ¿Que lo siente? Jamás había oído semejante incompetencia.

—¿Tenemos a un hombre muerto delante de nosotros y habla usted de «incompetencia»? —dijo Oscar con un hilo de voz.

—¿Y qué otra cosa podría ser? —rugió el marqués—. Gilmour dijo que tenía el

edificio lleno hasta la bandera de oficiales de policía de paisano. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—No lo sé —respondió el inspector, muy serio—. No lo sé, pero tengo intención de averiguarlo. Amteim era uno de nuestros hombres.

—Sí —gruñó Queensberry—, eso me había dicho. —Apuntó con el látigo al cuerpo estirado en el suelo del boxeador—. Todos podemos ver cómo cuidan ustedes de sus hombres. —Recorrió la habitación con la mirada sin ocultar en ningún momento su enojo—. ¿Dónde se ha metido el árbitro?

—Ha ido a ver a Diego y a sus segundos —explicó Daubeney, poniéndose en pie y retrocediendo para alejarse del cuerpo que seguía tumbado en el suelo—. Le ha parecido que era su deber.

—Dos de mis hombres están con Diego —dijo el inspector Gilmour—. Le interrogaré en cuanto se haya recuperado.

Oscar negó con la cabeza.

—Alfred Diego nada tiene que ver con este penoso asunto.

Conan Doyle se había movido hasta el costado del cuerpo de Amteim y se había arrodillado sobre el borde del abrigo para inspeccionar sus muñecas y sus brazos.

—Esto es obra del diablo —masculló.

—No lo dudo —dijo Oscar, obligándose a acercarse un poco más al cadáver.

—Es absolutamente grotesco —prosiguió Doyle, desatando despacio los cordones empapados en sangre que habían sujetado los guantes de boxeo a las muñecas de Amteim.

—Endiabladamente ingenioso por lo que puedo ver —dijo Oscar lúgubrementemente. Se inclinó sobre el cadáver y examinó atentamente con los ojos entrecerrados los brazos sin vida de Amteim—. Son como las heridas de un mártir... Que Dios tenga piedad de quien haya cometido esta atrocidad.

—Es absolutamente terrible —dijo Conan Doyle, negando con la cabeza—. En todos mis años de experiencia, jamás había visto algo parecido.

Queensberry se había calmado por fin y seguía en pie, látigo en mano y con los brazos en jarras, mirando fijamente el cuerpo bañado en sangre que estaba estirado en el suelo.

—Admiraba a este hombre. Era casi como un hijo para mí. Era mejor que mis propios hijos. Estaba dotado de una nobleza natural y era además un buen boxeador, fuerte y en forma. Y era también inteligente y astuto. Sabía dosificarse..., cosa hartamente infrecuente. Y encima era un hombre decente y de conducta intachable, algo más infrecuente todavía.

Archy Gilmour se agachó junto a Conan Doyle. Aunque el policía le llevaba al médico unos cuantos años, nadie lo habría dicho. Con su pelo rojo y su rostro ansioso, de tez clara y cubierta de pecas, parecía un joven actor representando por

primera vez en su carrera el papel de un inspector de policía. Intentó expresarse con autoridad, pero sonó simplemente desconcertado.

—¿Y bien, doctor? —preguntó.

—Es tan espantoso como parece, inspector —respondió Doyle, dando la vuelta con cuidado a la muñquera de cuero de uno de los guantes de boxeo de Amteim y dejando a la vista una dentada cuchilla de cuatro centímetros de longitud. Tiró de la muñquera con los dedos y desgarró el cuero empapado, revelando una segunda cuchilla, ésta más pequeña que la primera, y luego una tercera y una cuarta—. ¿Lo ve?

—No lo entiendo —gruñó Queensberry—. ¿Qué significa todo esto?

—Es muy sencillo —dijo Oscar—. Alguien ha cosido una serie de diminutas cuchillas afiladas, dentadas y letales al relleno de cuero de las muñqueras de los guantes de Amteim. Durante el combate, a medida que él empezaba a sudar y los cordones se iban aflojando, con el movimiento de las muñecas las cuchillas han ido cortando el relleno... Cuanto más golpeaba y más fuerte lo hacía, más facilitaba que las cuchillas alcanzaran la carne, y al final terminaron por cortarle las venas de las muñecas.

—No sólo las venas —dijo Conan Doyle—. Amteim podría haber sobrevivido a eso. También le han cortado las arterias, o, para ser más exactos, se las han rebanado. —El doctor indicó con el índice cada lado de las muñecas ensangrentadas del boxeador—. En ambas manos, le han cortado la arteria radial y la ulnar.

—¿Explica eso que haya tanta sangre? —preguntó el policía pelirrojo, contemplando los brazos, el pecho y las piernas cubiertas de sangre de Amteim.

—Sí —fue la respuesta de Conan Doyle—. Es la cantidad de sangre que ha perdido y la velocidad con que la ha perdido lo que le ha matado.

—El pobre desgraciado chorreaba sangre —dijo Oscar—. Miren a Daubeney. Está cubierto de ella.

Todos nos volvimos a mirar al reverendo George, que había llevado a Amteim desde el cuadrilátero al camerino. En ese momento estaba de pie delante de nosotros como el asesino de Banquo, con las manos y el pecho de la camisa relucientes con la sangre del hombre que acababa de fallecer.

Edward Heron-Allen estaba situado justo detrás de Daubeney, junto a la lámpara de gas colocada en el rincón de la habitación.

—Disculpen mi intervención —dijo, elevando quizás un poco demasiado la voz—, pero mi tío era cirujano y siempre he tenido entendido que un corte en una arteria sana no reviste peligro porque, a diferencia de las venas, las arterias disponen de un músculo inherente que se contrae para impedir el paso de la sangre.

—Y así es, en efecto —dijo Conan Doyle, estudiando a Heron-Allen con un interés más que evidente—. Eso es correcto. Por sí solo, un único corte limpio en una

muñeca puede no ser fatal..., como muchos suicidas poco entusiastas saben ya.

—Y quienquiera que haya hecho esto lo sabía también —apuntó Oscar, arrodillándose no sin cierta dificultad y examinando con ojos entrecerrados las muñequeras de los guantes de boxeo de Amteim—. De ahí la multiplicidad de cuchillas... y la variedad de ángulos.

—Sí —dijo Conan Doyle con tono formal y eficiente a la vez, recostándose contra el respaldo de la silla y rascándose el bigote—. En este caso, los vasos sanguíneos han sufrido repetidos cortes y, para ser más exactos, observo que los cortes han sido infligidos tanto verticalmente como en diagonal.

—¿Existe la posibilidad de que Amteim no haya sentido el dolor? —pregunté.

—Así es —respondió el doctor, negando con la cabeza—. Especialmente en el fragor del combate.

—Un hombre puede perder una pierna en el fragor del combate y no darse cuenta de ello —intervino cortante lord Queensberry.

—Con su permiso, inspector... —Oscar, que seguía aún de rodillas, se inclinó sobre el cuerpo de Amteim y cogió con el pulgar y el índice derechos una de las diminutas cuchillas y la sostuvo en alto. No tendría más de un centímetro y medio de longitud y una anchura de medio centímetro. Cuando la separó del borde del guante, vimos que estaba sujeta a una segunda cuchilla por un fino hilo. La segunda cuchilla estaba sujeta a la tercera, la tercera a la cuarta, y así sucesivamente. Oscar sostuvo en el aire la cadena de pequeñas cuchillas. En total eran siete.

—Es como una pulsera con dijes —dijo Heron-Allen.

Oscar miró al amigo de su esposa sin la indulgente sonrisa que era habitual en él.

—Más o menos, Edward —dijo fríamente.

—¿Le han... asesinado? —preguntó el marqués de Queensberry vacilante, como si justo en ese instante acabara de entender la verdad de lo ocurrido.

—O quizá se haya quitado la vida —sugirió Oscar.

El inspector de policía alzó una mirada incrédula hacia él. Tendió la mano por encima del cadáver ensangrentado del boxeador.

—¿Así? —preguntó.

—Usted estaba en la habitación cuando Amteim se puso los guantes, inspector. Si mal no recuerdo, uno de sus hombres le ayudó a atárselos... con la ulterior asistencia de Wat Sickert. Recuerdo perfectamente que Amteim le pidió que le ajustara más los cordones. Insistió especialmente en ello. Quizás el señor Heron-Allen esté en lo cierto: quizá para Victor Amteim éstas fueran una suerte de pulseras con dijes. Quizá buscara una muerte pública...

—¿Como una forma de absolución? —preguntó el reverendo George.

—Exacto —respondió Oscar—. Un suicidio en público... encima de un escenario, en una arena, dentro del Cuadrilátero de la Muerte...

—Eso es del todo absurdo, amigo —apuntó Conan Doyle.

—Amteim no era un hombre con tendencias suicidas —protestó lord Queensberry.

—¿No le parece el suicidio permisible en ciertas circunstancias, señoría? —preguntó Oscar al marqués—. No sólo permisible, sino loable... e, incluso, según las circunstancias, ¿hasta heroico? —Guardó silencio y recorrió el camerino con la mirada—. Hay algo de heroico en esta escena sangrienta, ¿no les parece?

—No —respondió secamente Conan Doyle—. A veces va usted demasiado lejos, Oscar.

Él empezó a levantarse, no sin esfuerzo. Parecía casi estar riéndose para sus adentros. Cuando le ayudé a ponerse en pie, me apretó el brazo.

—Estoy de acuerdo con el doctor Doyle —dijo el inspector Gilmour—. El suicidio queda totalmente descartado. Estuvimos todos con Amteim antes del combate y no hay duda de que estaba de un humor excelente. No era el de un hombre que está a punto de quitarse la vida.

—Lo mismo podría decirse de Bradford Pearse —apuntó Oscar.

—¿Y por qué iba Amteim a quitarse la vida, señor Wilde?

—¿Y por qué iba a hacerlo Bradford Pearse, inspector?

—¿Quién es Bradford Pearse? —exigió saber lord Queensberry—. ¿Qué tiene que ver con todo esto? ¿Cuál es su implicación en este asunto?

—Ninguna, señoría —se apresuró a responder el inspector de policía—. Es un amigo del señor Wilde. No tiene nada que ver con este asunto.

—¿Está usted seguro? —preguntó Oscar, arqueando una ceja.

—Del todo, señor Wilde. Estoy convencido de que Victor Amteim ha sido asesinado... y de que su trágica y prematura muerte nada tiene que ver con usted ni con ninguno de sus amigos; nada que ver con su cena ni con su estúpido juego.

—¿Qué diantre es todo esto? —gruñó lord Queensberry impacientemente, golpeándose el costado del muslo con el látigo.

—Nada, señoría —respondió el inspector de policía—. Simplemente deseo que el señor Wilde comprenda que Victor Amteim ha sido asesinado porque era uno de los nuestros..., porque estaba del lado de la ley y del orden. Era un confidente de la policía. Esa clase de hombres son necesarios, y también valientes. Arriesgan sus vidas y a veces pagan un alto precio por ello. Amteim tenía enemigos, criminales habituales, hombres viles que deseaban acabar con su vida por lo que era y también por lo que sabía.

—Esos criminales habituales suyos están dotados de una imaginación maravillosamente dramática, inspector —declaró Oscar con tono burlón—. Uno espera que un confidente de la policía muera a golpes de porra, o acuchillado en un callejón oscuro, o incluso de un tiro mientras baja a la calle de un coche..., pero verle

morir, como ha sido el caso de Amteim, víctima de un par de pulseras mortales cosidas al relleno de sus guantes de boxeo le lleva a uno a pensar en una banda de criminales un poco fuera de lo común, por así decirlo.

—Si me disculpa, señor Wilde —dijo el inspector de policía—, tenemos trabajo que hacer. —Recorrió la estancia con la mirada, abriendo aún más los ojos y aclarándose la garganta, y tendió las manos con las palmas abiertas, como barriéndonos de la habitación—. Agradecería al doctor Doyle que se quedara hasta que llegue el cirujano de la policía. En cuanto al resto de ustedes, caballeros, pueden irse. Gracias por su ayuda.

—¿Me necesita aquí, inspector? —gruñó lord Queensberry, frotándose la nuca con el látigo y echando una última mirada al cuerpo de Amteim estirado en el suelo.

—No, gracias, señoría. Puede marcharse.

—Pero, inspector —intervino Oscar—, ¿no desea preguntarle a lord Queensberry acerca de los guantes?

—¿Qué pasa con los guantes? —preguntó Gilmour visiblemente irritado.

—¿Quién dio a Amteim los guantes de boxeo que llevaba puestos?

—Yo —respondió lord Queensberry—. Hace una semana. Eran nuevos..., como bien lo especifican las Reglas de Queensberry.

—¿Los examinó antes de dárselos a Amteim?

—Así es —respondió el marqués—. Estaban en perfecto estado. Confeccionados por los señores Sims y Pittam. Son los mejores guantes de boxeo que pueden comprarse en el mercado.

—¿Y los trajo usted personalmente el lunes pasado? —El inspector de policía escuchó impacientemente mientras Oscar proseguía con su interrogatorio.

—Así es —respondió lord Queensberry—. En esa caja. —El marqués señaló con el látigo una caja de cartón vacía que estaba abierta en el suelo, en un rincón de la habitación.

—¿Amteim inspeccionó los guantes?

—Sí. Se los probó. Y se manifestó perfectamente satisfecho con ellos.

—¿Se los puso durante las sesiones de preparación?

—No. Eso habría ido en contra de las reglas. Por lo que yo sé, los dejó aquí, en la caja, hasta hoy.

Gilmour estaba a punto de intervenir, pero Conan Doyle puso la mano sobre el brazo del policía para interrumpirle.

—Y, entre el lunes pasado y esta noche —prosiguió Oscar—, ¿quién, según usted, lord Queensberry, podría haber tenido acceso a esta habitación y a esa caja?

—Cualquiera. Al menos, cualquiera que tuviera algún modo de acceder al edificio. Los camerinos carecen de cerradura.

Oscar sonrió.

—¿Se había fijado en eso?

—Yo me fijo en muchas cosas, señor Wilde. Debería usted saber que no soy tan simple como suponen algunos.

—No lo pongo en duda, señoría —respondió Oscar elegantemente. Se dirigió hacia la puerta del camerino y se quedó justo en el umbral. Se volvió y miró al pasillo de izquierda a derecha antes de volverse de espaldas y estudiar la habitación con atención—. No hay cerraduras en las puertas de los camerinos y las entradas al anfiteatro del Circo Astley son muchas y variadas.

—Hemos estado vigilándolas —dijo secamente el inspector Gilmour.

—Estoy seguro de ello, inspector. A fin de cuentas, Amteim era uno de ustedes. Permita que le haga una pregunta: ¿cuántos hombres tenía vigilando el edificio?

Gilmour vaciló.

—¿Y bien? —dijo Oscar.

—Dos.

—El edificio cuenta con seis puertas de acceso, inspector. Cinco de ellas están cerradas, salvo los días en que hay función. Una de ellas está abierta a diario cuando abre la taquilla. Hay, además, tres entradas para comerciantes. Y una puerta de entrada de artistas que lleva a un interesante pasadizo que comunica el embarcadero del Támesis directamente con la arena del circo. Imaginemos que Antipholus, el muchacho que vigila la puerta de acceso de artistas no es parte de la conspiración y que ninguno de sus dos agentes son corruptos. Eso dejaría aún una multitud de entradas y de oportunidades para cualquiera que deseara deslizarse al interior del edificio y manipular los guantes. Todo ello asumiendo, claro está, que no haya sido el propio Amteim quien lo hiciera... Estoy de acuerdo con usted, inspector. Tiene trabajo que hacer. No le entretendremos. Nos marchamos ya.

Nos despedimos con una inclinación de cabeza y nos fuimos enseguida del circo. Fuera, en la calle oscura, mientras esperábamos en la acera, pudimos ver debajo de una farola, justo delante de nosotros, al otro lado de la calle, apoyada contra el parapeto del embarcadero, una figura menuda y familiar vestida con un traje andrajoso. La luz brillaba sobre su rostro amarillo. Mientras esperábamos para cruzar la calle, pasó un furgón de policía y el hombrecillo se ocultó en la oscuridad.

—¿Nos está vigilando? —pregunté.

—Nos vigila —dijo Oscar lúgubrementemente—, o quizás espera... espera el momento para saltar.

22.

La cuadrícula de Oscar

A la mañana siguiente, la del martes, 10 de mayo de 1892, cuando, según mi diario, las calles de Londres amanecieron «húmedas y sombrías» y el cielo estaba «nublado y amenazador», me reuní con mi amigo Oscar Wilde en el comedor de paredes revestidas de paneles de roble del Hotel Cadogan poco después de las diez y media. Había acudido al hotel en respuesta a su urgente convocatoria: un telegrama que había llegado a mi habitación de Gower Street a las nueve:

VEN AL CADOGAN DE INMEDIATO.
TRAE CHANCLOS E INSPIRACIÓN. OSCAR.

Encontré a mi amigo sentado solo a una mesa de un rincón, rodeado de los restos del desayuno. Sostenía un lápiz y un cigarrillo en la mano derecha; en la izquierda, una copa de vino portugués Arinto. Tenía delante un pliego de papel densamente abigarrado de líneas, fechas, nombres y rectificaciones.

Cuando me acerqué a la mesa, Oscar levantó los ojos y me miró. Llevaba el pelo perfectamente cepillado y acababa de afeitarse, pero tenía un par de círculos de color ocre bajo sus ojos enrojecidos.

—¿Ha dejado ya de llover? —preguntó, sonriéndome afectuosamente y fumando su cigarrillo sin prisa.

—Por el momento —respondí. Me senté a su lado y recorrí la mesa con los ojos en busca de una taza de café—. ¿Cómo estás esta mañana? —pregunté.

Cerró los ojos y exhaló por la nariz un largo y lento mistral de humo de cigarrillo.

—Estoy exhausto, Robert. Completamente. —Y, sin soltar el cigarrillo ni el lápiz, cogió la cafetera y me sirvió una taza—. Creía que el desayuno me animaría. He pedido arenques ahumados. ¡Menuda locura, Robert! Los arenques en el desayuno son como los adoquines en la callejuela de una catedral: una atractiva perspectiva y un maldito trabajo cuando te toca enfrentarte a ellos. Me he pasado una hora quitándoles las diminutas espinas.

—¿Qué es esto? —pregunté, indicando el pliego de papel.

—Esta es la razón que me ha llevado a convocarte aquí hoy, Robert. Es mi cuadrícula.

—¿Tu cuadrícula? —repetí confundido.

—Una nueva herida infligida al lenguaje, Robert; una deformación derivada de la palabra «cuadro». Desde el siglo catorce el conjunto de cuadros se ha utilizado como una simple parrilla para asar alimentos sobre el fuego. En el siglo diecinueve, el

conjunto de cuadros ha derivado en «cuadrícula», que a su vez se ha convertido en una herramienta esencial para los investigadores y estudiosos. Como bien recordarás, Robert, en 1871 inicié mis estudios en el Trinity College de Dublín, donde gané la Medalla de Oro de Berkeley en Griego y fui elegido beneficiario de una de las becas dotadas por la reina. Recordarás también que en 1874 me fui a Oxford, donde se me concedió una beca en el Magdalen College y que en 1876 conseguí una matrícula de honor en Estudios clásicos. Dos años más tarde, logré una nueva distinción en *Literae humaniores* y, en 1878, mi carrera universitaria alcanzó su clímax cuando leí el poema que me valió el Newdigate Prize en el sagrado recinto del Sheldonian Theatre. —Hizo una pausa mientras el camarero me servía una copa de Arinto y rellenaba la suya. Oscar tomó un sorbo de vino y prosiguió—: Sin duda esos logros escolásticos tuvieron su importancia, Robert, o al menos así lo sintió mi madre, pero no era suficiente, o no del todo... Puedo soñar en hexámetros virgilianos, puedo traducir a Homero de corrido, puedo desenmarañar a Tucídides con un simple parpadeo, pero para llegar a controlar el caso que nos ocupa, amigo, es decir, para empezar a controlarlo..., ¡necesito una cuadrícula!

No pude reprimir una risilla.

—Y bien, ¿qué es exactamente esta cuadrícula? —pregunté.

—Es una ingeniosa red de líneas perpendiculares y verticales uniformemente espaciadas. Es la suerte de sistema que Miguel Ángel o Galileo deberían haber concebido hace siglos, pero que al parecer no supieron ver. En esencia, es un sistema para ordenar tus pensamientos. Y, en el caso que nos ocupa, los míos han estado claramente revueltos.

—¿Y ahora?

—Ahora, al menos —dijo pasándome el pliego de papel por encima de la mesa—, entiendo la naturaleza del desorden. He dispuesto toda la información de que disponemos en la cuadrícula.

Estudié atentamente el pliego de papel. Era fácil de leer. Oscar era extravagante en sus modales y florido en su discurso, pero su letra era sorprendentemente pulcra.

LA CUADRÍCULA DE OSCAR.

La cuadrícula creada por Oscar Wilde durante el desayuno del Hotel Cadogan el martes, 10 de mayo de 1892

<i>Nombre de la «víctima»</i>	<i>Elegida por</i>	<i>Fecha y acontecimiento</i>
Señorita Elizabeth Scott-Rivers	Honorable reverendo George Daubeney	Domingo, 1 de mayo Muerte por fuego
Lord Abergordon	Lord Drumlanrig	Lunes 2 de mayo. Muerte natural
		Martes, 3 de mayo.

		<i>Psittacicidio</i>
Sherlock Holmes	Willie Hornung	Miércoles, 4 de mayo
Bradford Pearse	¿?	Jueves, 5 de mayo. ¿Asesinato o suicidio?
Victor Amteim	Robert Sherard	Viernes, 6 de mayo
Victor Amteim	Walter Sickert	Sábado, 7 de mayo
Victor Amteim	¿?	Domingo, 8 de mayo
Victor Amteim	¿?	Lunes, 9 de mayo. ¿Asesinato o suicidio?
El Tiempo, el Viejo Escultor	¿?	Martes, 10 de mayo
Eros	Victor Amteim	Miércoles, 11 de mayo
Papeleta en blanco	¿OW y Arthur Conan Doyle?	Jueves, 12 de mayo
Sr. Oscar Wilde	¿?	Viernes, 13 de mayo
Señora de Oscar Wilde	¿?	Sábado, 14 de mayo

—¿Y qué nos dice todo esto?

—Nos dice lo que no sabemos, que es mucho..., y también nos dice que parte de lo que sabemos carece por completo de sentido.

Le miré confundido.

—Sabemos quién estaba en el condenado encuentro del Club Sócrates la noche del uno de mayo, pero todavía no sabemos con todo detalle qué víctima escogió cada uno de los invitados. Necesitamos averiguarlo. Esta mañana, antes de desayunar, he telefoneado a Arthur Conan Doyle.

—¿Cómo estaba? —pregunté.

—En plena forma. Nunca ha estado mejor. Convencido de que el inspector Gilmour tiene razón y la extraña y sangrienta muerte de Amteim nada tiene que ver con nosotros. Según palabras de Arthur, se trata simplemente de una «desafortunada coincidencia». Todavía no eran las nueve cuando he hecho mi llamada. El buen doctor había completado ya sus ejercicios gimnásticos y había desayunado unas gachas y no arenques, como hombre sensato que es. Me ha dicho que había planeado pasar la mañana en su cabaña, moldeando el barro húmedo mientras pensaba en la forma de librarse de una vez por todas de Sherlock Holmes. Estaba de tan buen humor como un niño de coro en Navidad... hasta que le he hecho una pregunta sobre el uno de mayo...

—Ah —murmuré, inclinándome hacia delante.

Oscar me sonrió.

—Eres un público encantador, Robert. Nunca te faltarán los amigos.

—¿Y bien? —dije—. ¿Qué le preguntaste?

—Le pregunté al doctor Doyle si me había elegido a mí como su «víctima»

—Le pregunté al doctor Doyle si me había elegido a mí como su «víctima» particular la noche en que jugamos a ese estúpido juego de «Asesinato». Pareció horrorizado por la pregunta... De hecho, incluso conmocionado ante semejante sugerencia. «¿Por qué iba a elegirle, Oscar?», preguntó. «¿Y por qué no?», fue mi respuesta. «Willie Hornung eligió como víctima a Sherlock Holmes», le recordé, «y Willie es amigo suyo». «Willie no es más que un idiota», dijo Arthur. «¿Fue usted quien me eligió, Arthur?», insistí. «Por supuesto que no», respondió, y lo dijo realmente indignado. «Entonces, ¿a quién eligió?», le pregunté. —Oscar tomó otro sorbo de vino. Lo tragó despacio y cerró los ojos.

—¿Y bien? —le apremié impaciente.

Abrió los ojos y me miró fijamente.

—«A nadie», dijo Arthur. «No he elegido a nadie».

—¿Qué diantre ha querido decir con eso?

—«¿Qué quiere decir, Arthur?», le pregunté. «¿No eligió a nadie?». «Eso es», repitió él. «No deseaba participar en el juego, de modo que no elegí a nadie. La papeleta en blanco que sacamos de la bolsa era la mía».

—Vaya... —dije.

—Bien puedes decirlo, Robert —dijo Oscar con una sonrisa—. Le dije entonces a Arthur por teléfono: «No puede ser suyo el papel en blanco que sacamos de la bolsa, amigo mío». «¿Y por qué no?», preguntó. «Porque, Arthur, la papeleta en blanco que sacamos de la bolsa... era mía», le expliqué.

—Pero, Oscar —dije con suma cautela—, yo estaba en la cena. Te estuve observando durante el juego y estoy seguro de que te vi escribir un nombre en tu papeleta... Estoy convencido.

—El ojo puede ser engañoso, Robert. Sin duda me viste apoyar la punta de la pluma en un trozo de papel, pero la punta estaba seca. Moví la pluma sobre el papel, pero no dejé en él marca alguna.

—Santo cielo —murmuré, dejando la copa sobre la mesa—. Eso significa que...

—Sí... —musitó Oscar, encendiendo otro cigarrillo—. De la bolsa sólo se extrajo una papeleta en blanco, pero hay dos personas que afirman ser propietarias de la misma... y dos personas en las que uno en principio confía. El cristal se oscurece, Robert. La trama se espesa. El misterio se enturbia. A pesar de mi cuadrícula, estoy perdido. Quizá como el pobre y condenado Holmes, debería buscar la inspiración en las drogas o en el violín. ¿Tienes cocaína en tus habitaciones, amigo? ¿O un Stradivarius que puedas prestarme?

—No —respondí entre risas—. El único instrumento musical que tengo es un triángulo. Si lo quieres, estaré encantado de prestártelo.

—¿Un triángulo? Qué sabio de tu parte, Robert. Y qué fácil de llevar.

Sonreí y volví a mirar la cuadrícula.

—«Asesinato de cotorras» —respondió—. Me preocupa tu educación clásica, Robert. ¡Eres el biznieta de William Wordsworth!

Decidí pasar por alto el comentario.

—Las muertes de este caso son ciertamente muy inusuales —apunté.

—¿Verdad? —dijo inclinándose hacia delante—. Elizabeth Scott-Rivers consumida por el fuego; Bradford Pearse desaparecido entre las olas; en cuanto a Victor Amteim, estamos ante una muerte provocada por cientos de cortes..., un homicidio de dimensiones apocalípticas.

—Lord Abergordon muerto mientras dormía —dije devolviéndole el pliego de papel.

—O al menos eso es lo que nos han dicho. —Se bebió el vino de su copa y apagó vigorosamente el cigarrillo. Luego indicó con la mano al camarero que nos trajera la cuenta—. ¿Cómo crees que planea matarme el asesino? —preguntó con una sonrisa.

—¿Realmente crees que tu vida corre peligro, Oscar?

—Ya has visto al feo hombrecillo de piel cetrina y ojos de hurón. Me sigue por alguna razón, Robert..., y no creo que sea benigna. Sin duda mi vida corre peligro... y también la de Constance. La he amado y le debo mucho. Me casé con ella y ahora debo protegerla.

—Quizá deberías pedirle a Gilmour que pusiera vigilancia policial en Tite Street —sugerí.

—Aún no. Constance no sabe todavía nada de todo esto. No quiero alarmarla antes de que sea estrictamente necesario. Según la lógica de la cuadrícula, ambos deberíamos estar a salvo hasta el viernes. Las muertes ocurren secuencialmente y en el día señalado. —Bajó la vista hacia la cuadrícula—. No me sorprende que sea el viernes trece el día fijado para mi condena. —Con una sonrisa en los labios, dobló la hoja de papel y se la guardó con cuidado en el bolsillo de la chaqueta—. Tenemos tres días para resolver el misterio, Robert. Tres días para dar por fin con nuestro asesino. —Se guardó el lápiz y la pitillera, se limpió los labios con la servilleta y la dejó suavemente encima de la mesa.

—¿Crees que lo conseguiremos? —pregunté confundido al verle tan optimista a pesar de las circunstancias.

Se levantó y se alisó el chaleco con un gesto muy profesional.

—Cuando pienso en todo lo que nuestro Señor pudo hacer en tres días al término de la Semana Santa, me lleno de esperanza, Robert. Con tu ayuda, amigo mío, y con la de nuestra cuadrícula, todo es posible. Vamos.

También yo me levante.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—A encontrarnos con los sospechosos, uno a uno. A entrevistar por turno a cada uno de los hombres que asistió a la cena del Club Sócrates... y a conocer su secreto.

uno de los hombres que asistió a la cena del Club Sócrates... y a conocer su secreto. Debemos empezar por aquí. ¿Has traído tu libreta?

Encontramos a Nat, el pecoso botones amigo de Oscar, en la puerta del Hotel Cadogan.

—Buscamos al señor Byrd, Nat —dijo Oscar, dando al chico una moneda de seis peniques—. ¿Está por aquí?

El muchacho alzó los ojos hacia el viejo reloj situado al pie de la escalera.

—Estará en su habitación, señor Wilde, aunque debe de estar despierto. ¿Les acompaño?

Nat nos condujo por una serie de puertas cubiertas de tapetes, a través de un laberinto de oscuros pasillos que desembocaban en una estrecha escalera de piedra ubicada en la parte trasera del edificio.

—Son setenta escalones, señor Wilde —dijo el muchacho, solícito—. ¿Podrá usted?

—¡No tengo la menor idea! —exclamó él—. Nunca he intentado hazaña semejante.

Lo cierto es que Oscar subió los escalones dando muestras de una gran agilidad. Se detuvo en cada uno de los descansillos para hacer al muchacho una pregunta distinta. ¿Qué opinaba Nat del señor Byrd? Le caía bien: Byrd era mago y a Nat eso le gustaba. ¿Tenía el señor Byrd muchos amigos? Aparte del señor Amteim, ninguno, al menos que Nat supiera. El señor Byrd pasaba la mayor parte del tiempo solo. ¿Cómo se había tomado el director nocturno del hotel la muerte del *Capitán Flint*? Según Nat, la cotorra lo era todo para el señor Byrd. «Adoraba a esa cotorra, señor Wilde... Simplemente la adoraba». ¿Había visto el muchacho al señor Byrd la noche anterior? Sí, el señor Byrd había estado en el hotel toda la noche, como siempre. «Estuvo la mayor parte del tiempo en su oficina o en el vestíbulo. Mi turno acabó a las diez, señor Wilde, como es habitual. Estoy seguro de que el señor Byrd no salió del hotel en toda la noche». Cuando llegamos al ático, Nat nos condujo por un estrecho pasillo alfombrado de techo tan bajo que Oscar tuvo que agachar la cabeza. A ambos lados del pasillo había puertas de pino sin pintar ni barnizar y la única luz provenía de una ventana redonda situada en el extremo más alejado.

—Todos los empleados masculinos internos del hotel duermen aquí —explicó el muchacho—. Yo comparto cuarto con Billy, el otro botones, y con Dan y Jonty, los dos pinches de cocina. Nuestra habitación está justo delante de la del señor Byrd. Es aquí. —Habíamos llegado a la última puerta del pasillo.

—Gracias, Nat —dijo Oscar, sacando otra moneda para el muchacho—. Nos has traído a la cumbre. Nos las arreglaremos para encontrar el modo de bajar.

El chico cogió la moneda con la mano izquierda y con la derecha nos presentó un saludo militar. Luego, con una sonrisa, abrió la mano izquierda para dejar a la vista la

derecha por encima de la cabeza y extendió la palma para mostrar en ella la moneda de Oscar.

—¡Bravo! —dijo.

—¿Qué edad tienes, muchacho? —preguntó Oscar.

—Quince años, señor —respondió el chiquillo—. Casi dieciséis.

—La edad de Romeo..., una edad perfecta. Sigue así, Nat. El secreto de permanecer joven es no experimentar ninguna emoción poco favorecedora. Me has entendido, ¿verdad?

—No entiendo una sola palabra de lo que dice, señor Wilde, aunque sé que es buena cosa.

El muchacho se alejó por el pasillo y Oscar llamó sonriente a la puerta del dormitorio de Byrd.

—¡Pase! —gritó una voz desde dentro.

Entramos a la habitación, un cuarto oscuro e incómodamente caldeado. Un olor desagradable impregnaba el aire: el olor a sudor y a leche rancia.

—¿No cierra usted su puerta con llave, señor Byrd? —preguntó Oscar.

—Confío en no tener nada que temer —respondió él. Estaba sentado en el borde de la cama, vestido aunque sin afeitado. No se movió cuando entramos a la habitación, sino que siguió sentado tal cual estaba, con los estrechos hombros hacia delante, y la cadavérica cabeza gacha. Sobre la mesita de noche, una lámpara de gas daba una luz deprimente.

—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó Oscar.

Byrd asintió. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas. Entre ellas asomaba un pequeño retazo de tela que apretaba y hacía girar entre su cerrado puño derecho y la palma ahuecada de su mano izquierda.

—Sí —dijo prácticamente en un susurro—. Me he enterado. El señor Sickert y el señor Brookfield vinieron anoche al hotel. No a verme a mí, por supuesto. Vinieron a tomarse una última copa, eso es todo. Pero cuando se marchaban me crucé con ellos en el vestíbulo. Me contaron lo ocurrido.

—Lo siento —dijo Oscar.

—Amteim era mi amigo —dijo Byrd levantando la mirada hacia nosotros por primera vez. La triste luz de la habitación me mostró la angustia que teñía sus ojos.

—Le conocía hace mucho, ¿verdad? —preguntó Oscar.

—Veinte años. Media vida. Nos conocimos en el cruce de caminos. —Giró despacio la cabeza y recorrió la habitación con los ojos, como si la viera por primera vez. Seguí su mirada. La habitación estaba abarrotada de cajas, baúles y maletas: el material y los elementos que formaban parte de su espectáculo de magia. Se hizo el silencio.

—¿En el cruce de caminos? —repitió Oscar por fin.

—¿En el cruce de caminos? —repitió Oscar por fin.

—Así es —respondió Byrd duramente—, el cruce en el que Amteim, mitad caballero, tomó el camino hacia la fama y la fortuna y yo el que me ha llevado hasta el lugar en el que ustedes me ven ahora.

—Vaya —dijo Oscar—. De modo que usted era un caballero... No me había dado cuenta.

—¿Ah, no? —dijo Byrd, mirándole directamente a los ojos—. Mi padre era un caballero, un comerciante de Liverpool, y mi madre, una dama. Mi padre murió el día que cumplí dieciocho años. Se pegó un tiro. Era dueño de un barco y lo perdió en los mares de China. Cuando su barco naufragó, su fortuna se hundió con él. Un comerciante sin medios deja de ser un caballero.

En esa época yo estaba en la universidad, señor Wilde..., en su universidad, la misma en la que usted ganó todos esos premios.

—No lo sabía —dijo Oscar—. ¿En qué colegio estudió? Yo fui al Magdalen.

—Lo sé —respondió Byrd mirándose de nuevo las manos—. Yo fui al New.

—Ah —intervino Oscar amigablemente antes de volverse hacia mí—. ¿A qué facultad fuiste tú, Robert?

—También al New College —respondí.

—Eso me parecía.

—Y tampoco yo terminé mi licenciatura —añadí.

—Yo ni siquiera terminé mi primer trimestre —dijo Byrd—. Me marché de Oxford quince días después de la muerte de mi padre. Me dediqué entonces a viajar. Decidí seguir los pasos de mis héroes de infancia: Maskelyne y Cooke, los grandes ilusionistas. Mi padre me había llevado a verles al Egyptian Hall de Picadilly. Me quedé maravillado al ver todo lo que hacían. Quería ser como ellos y me fui a trabajar para ellos. Fui su aprendiz durante dos años. Ellos me enseñaron mi oficio.

—Lo aprendió usted bien —dije.

—Aprendí el oficio, sí, y aprendí a dominar los trucos. Aunque mi técnica era impresionante, según el propio John Maskelyne, carecía de la «chispa inmortal». No lograba «cautivar» al público.

—Porque no les miraba a los ojos —sugirió Oscar.

—Exactamente —respondió Byrd mirándole fijamente—. Eso es. Me faltaba valor. Según John Maskelyne, para ser un gran ilusionista hay que ser atrevido y tener lo que él llamaba «donaire». Yo no era lo uno ni tenía lo otro.

—Pero Victor Amteim tenía ambas cosas... ¿Bastaba eso para los dos?

Byrd dejó escapar una risa hueca.

—Parece usted conocer bien mi historia, señor Wilde.

—Simplemente la intuyo —respondió amablemente Oscar.

—Amteim también vino a trabajar con Maskelyne y Cooke. Éramos de la misma

Yo era mejor mago, pero su presencia era inigualable. Completamos nuestro aprendizaje con Maskelyne y Cooke y decidimos empezar juntos.

—¿Cómo «Amteim y Byrd»?

—Así es.

—¿Y les fue bien? —preguntó Oscar.

—Podríamos haberlo conseguido. Gracias al señor Maskelyne, teníamos algunos contactos. Conseguimos unos cuantos contratos. Ni que decir tiene que éramos los últimos de la fila porque éramos jóvenes y nadie nos conocía, pero las perspectivas eran buenas. Con el tiempo habríamos salido adelante, pero Amteim era impaciente... y se distraía con facilidad. Empezó a boxear. Vio en el boxeo una vía más segura hacia la gloria. Y entonces, de pronto, casi por capricho, entró en el cuerpo de la Policía Metropolitana. Allí le dieron la oportunidad de boxear y también un sueldo fijo.

—¿Y le abandonó?

—Siguió su camino, pero no perdimos el contacto. Nunca lo perdimos.

—Pero ¿abandonó usted el escenario? —preguntó Oscar.

—Sin Amteim poca elección me quedaba. John Maskelyne tenía razón, señor Wilde. Yo no tenía ni arrestos ni donaire. Ni tampoco era lo bastante alto como para que me aceptaran en la Policía Metropolitana. —Alzó los ojos para mirarnos, hizo una mueca y separó los dedos para dejar caer revoloteando al suelo un puñado de plumas verdes.

—Pobre *Capitán Flint* —dijo Oscar.

Byrd se inclinó hacia delante y recogió cada una de las diminutas plumas. En total, había trece.

—¿Dónde está ahora su cotorra? —preguntó Oscar.

—Descansa en paz —respondió Byrd.

Recorrí la habitación con los ojos al tiempo que me preguntaba en qué caja, baúl o armario el infeliz director de hotel había depositado los restos mortales de su emplumado amigo.

—No está aquí —dijo con una carcajada seca—. Está en mi jardín..., junto al cementerio de Brompton.

Oscar pareció sorprendido.

—¿Tiene usted un jardín, señor Byrd?

—Es una pequeña propiedad. Ahora la jardinería es mi única diversión. Trabajo de noche en el hotel para poder cultivar mi pequeña parcela durante el día. Llevo una vida sencilla, señor Wilde. «No hay como necesitar poco para estar más cerca de los dioses».

Oscar sonrió.

—Reconozco el verso. —Bajó la mirada hacia Alphonse Byrd y cambió el peso

—Reconozco el verso. —Bajó la mirada hacia Alphonse Byrd y cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro—. Y, hablando de Sócrates, señor Byrd, permítame que vaya al grano y después el señor Sherard y yo dejaremos de molestarle. Durante la cena de nuestro club celebrada el domingo pasado, en el curso de mi estúpido juego, ¿recuerda que fue lord Alfred Douglas quien nombró al *Capitán Flint* como la víctima de su elección? —Byrd asintió, pero no dijo nada. Oscar prosiguió—: Estoy seguro de que lord Alfred no tenía la menor intención de hacer daño al pájaro. Fue simplemente uno de sus chistes menos afortunados... y por ello, y en su nombre, desearía presentarle mis disculpas. Pero la pregunta sigue en pie: ¿quién cree usted que mató a la cotorra, señor Byrd?

Él bajó la cabeza y perdió la mirada en las plumas que tenía en la mano.

—¿Quién haría algo así? —murmuró—. No tengo la menor idea. Un monstruo, sin duda.

Oscar insistió.

—¿No tiene la menor idea, señor Byrd?

—No. No sé quién pudo hacerlo.

—¿Y quién cree que pudo matar a Victor Amteim? —preguntó Oscar.

—Oh —respondió Byrd, sin vacilar—. Estoy seguro de que la policía podrá responderle a eso.

—¿Habla usted en serio? —replicó Oscar.

—Victor Amteim trabajaba para ellos. Era confidente de la policía. Le habrá asesinado algún miembro de la fraternidad criminal en un acto de venganza. Su vida pendió siempre de un hilo y él lo sabía.

—¿Explica eso que durante la cena del Club Sócrates, cuando jugamos al «Asesinato», usted eligiera a su amigo como víctima?

Byrd levantó los ojos y se rió al tiempo que miraba a Oscar. La suya fue una risa fácil.

—¿Cómo lo ha sabido, señor Wilde?

—No lo sabía, señor Byrd.

—Fue una broma, nada más, una broma que él supo apreciar. Se lo dije después. Victor bromeaba a menudo sobre la posibilidad de morir asesinado. No parecía preocuparle.

—Tenía arrestos y donaire —dijo Oscar.

—«Nada puede dañar a un buen hombre, ni en vida ni después de muerto» —dijo Byrd, suspirando profundamente y cerrando las manos sobre las plumas de su cotorra.

—Ah —dijo Oscar—. De nuevo Sócrates. —Se volvió hacia mí y asintió con la cabeza, indicando que había llegado el momento de irnos.

—Fui un estudioso de los clásicos en su día, señor Wilde —dijo Alphonse Byrd,

—Sin duda —dijo Oscar, saludándole con una inclinación de cabeza—. Y también un caballero.

23.

Siempre así

—¿Y ahora qué? —pregunté cuando bajábamos los escalones del Hotel Cadogan que llevaban a Sloane Street.

Había color en las mejillas de Oscar y una chispa iluminaba sus ojos. Se detuvo durante un instante a ponderar su siguiente movimiento y anunció:

—Creo que deberíamos doblar a la izquierda.

Me tomó del brazo y me condujo en dirección a Knightsbrige. En cuanto lo hizo, oímos un repentino y penetrante estruendo a nuestra espalda. Nos volvimos al instante y vimos, justo detrás de nosotros, los restos de una gran teja negra que se había desprendido del tejado del hotel. En silencio, levantamos la mirada hacia lo alto del edificio. Las ventanas de todas las plantas estaban cerradas. Ni una sola cortina se movió. Un par de palomas revolotearon sobre el tejado hasta posarse encima del puñado de chimeneas.

—Vayamos a la policía —dije alarmado.

Oscar se rió.

—¿Por una teja suelta del tejado de un hotel?

—Podría haberte matado.

—Pero no lo ha hecho —dijo sin perder la calma—. Y a ti tampoco.

—Vayamos a la policía —repetí.

—Todo a su tiempo —dijo—. Primero tengo que ir a la oficina de correos. Debo enviar unos telegramas... a Oxford, a Eastbourne, a Bosie y a Constance.

—¿A Constance? —pregunté al tiempo que él volvía a tomarme del brazo y me llevaba en la dirección que había elegido—. ¿No íbamos a almorzar con ella en Tite Street?

—Y así es —respondió felizmente—. Mi telegrama llegará después del almuerzo. Así le mostraremos por anticipado nuestro agradecimiento. —Oscar había entrelazado su brazo con el mío. Llevaba la cabeza erguida y ligeramente inclinada hacia atrás (le gustaba sentir la brisa en su cabello castaño), pero sus ojos me miraron desde las alturas y sonrió—. Cuando Constance y yo nos conocimos, Robert, nos telegrafiábamos al menos dos veces al día, y yo corría en cualquier momento desde el rincón más remoto de la tierra para verla durante una hora y hacer con ella todas esas tonterías propias de los amantes sabios. El romance se nutre de la repetición. ¿Crees que si me comporto como antaño sentiré por ella lo que sentí en su día?

No le respondí. ¿Qué podía decirle?

Cuando llegamos a la esquina de Knightsbridge y Brompton Road y nos

detuvimos en la acera, Oscar retiró su brazo del mío para sacar su pitillera.

—¿Qué te ha parecido el amigo Byrd? —preguntó ofreciéndome un cigarrillo.

—Me ha parecido una criatura un poco patética —respondí.

—Desde luego. —Prendió una cerilla y protegió la llama con las manos. Luego encendió mi cigarrillo—. Pero me ha intrigado el hecho de que el gran John Maskelyne haya sido uno de sus mentores.

—¿Acaso es Maskelyne uno de tus héroes? —pregunté, dando una calada a mi cigarrillo sin demasiada satisfacción. Era un Player's Navy Cut, más del gusto de Oscar que del mío.

—Como maestro de la ilusión teatral, Maskelyne no tiene parangón —dijo Oscar. Aprovechando que momentáneamente no había tráfico, se dispuso a cruzar la calle. Le seguí—. Ni que decir tiene que si mañana le atropellaran en la calle me gustaría saber cómo le recordarían —añadió entre risas mientras me conducía entre un ómnibus y un carro repartidor de leche.

—No te sigo, Oscar —le dije.

—Maskelyne es mundialmente famoso por sus trucos, sus conjuros y sus números de levitación. Aun así, ¿cómo le juzgará la posteridad? —Habíamos alcanzado la seguridad de la acera contraria—. Sí no me equivoco, ha pasado a la fama precisamente gracias a un invento que nada tiene que ver con los escenarios: la cerradura para los lavabos públicos que precisa de una moneda de un penique para funcionar.

—Santo Dios —exclamé, dejando caer mi cigarrillo en la alcantarilla—. ¿Maskelyne es el autor de ese invento?

—Así es —respondió él—, y del eufemismo «gastar un penique» que lo acompaña. Yo soy un poeta y dramaturgo que lleva toda su vida dando vueltas a las palabras, Robert. Aun así, y aunque viviera mil años, ¡dudo mucho que se me ocurriera una frase destinada a ser la mitad de famosa que ésa! Desgraciadamente, no podemos elegir la naturaleza de nuestra propia inmortalidad.

Me reí entre dientes.

—Me pregunto cómo te recordarán a ti, Oscar.

Habíamos llegado a la abarrotada entrada de la oficina de correos de Knightsbridge. Oscar se detuvo. Los clientes pasaban junto a nosotros de camino a sus asuntos.

—Me recordarán por mi caída —dijo con una dulce sonrisa—. Mi fin será el principio de mi notoriedad, estoy convencido de ello. Siempre lo he estado. —Sostuvo su palma abierta delante de mí—. La señora Robinson lo ha visto en mi desgraciada mano. —Oscar hablaba a menudo de la posibilidad de su muerte prematura y habitualmente lo hacía con cierto deleite melodramático—. Si me asesinan a fines de esta semana, Robert, se me conocerá por siempre como el

dramaturgo que murió un viernes trece. Me convertiré en el Kit Marlowe del siglo diecinueve y seré recordado tanto por el modo en que encontré la muerte como por la forma en que viví mi vida.

—No vas a morir asesinado el viernes —insistí.

Mientras hablaba, justo cuando pronuncié las palabras «no vas a morir asesinado el viernes», el brazo de un hombre se abrió paso de un empujón entre mi amigo y yo y de pronto vi el cañón plateado de una pistola apuntando al pecho de Oscar. El corazón me dio un vuelco y sentí un intenso y repentino mareo.

—Por el amor de Dios —grité sin pensarlo, agarrando la mano que sujetaba la pistola y levantándola en el aire.

—¡Tranquilo, muchacho! —exclamó Bosie Douglas, desternillándose de risa y liberándose de mi mano—. No está cargada.

Di un paso atrás y miré presa de un horrorizado asombro al apuesto joven que estaba delante de nosotros. Llevaba unos pantalones blancos de criquet, un *blazer* verde oscuro y un sombrero de paja amarillo y lucía una amplia y ridícula sonrisa en el rostro. Abrazó a Oscar y le besó en la mejilla mientras me tendía su mano abierta. Llevaba en ella la pistola más extraordinaria que yo había visto hasta entonces. No sería más larga que una pitillera: la cámara para los cartuchos era circular, de plata, y estaba repujada como la cascara de un caracol. El único cañón de la pistola no debía de ser más largo ni más ancho que un dedo.

—Bonita, ¿verdad? —ronroneó Bosie—. Es francesa. Obra de *monsieur* Turbiaux de París. Al parecer, la velocidad de la boca es bastante deficiente, pero ¿qué más da eso? Sólo pienso utilizarla una vez... y muy de cerca. Mi querido papá no sentirá nada... Aunque ¿ha sentido algo alguna vez?

—Guárdala, Bosie —le advirtió Oscar, dando la espalda al joven aristócrata y protegiéndose los ojos con el dorso de la mano—. Estás exhibiéndote.

Lord Alfred Douglas se rió, besó el cañón de la diminuta pistola y se la guardó en el bolsillo del *blazer*.

—Acabo de gastarme un chelín enviándote un telegrama, Oscar —dijo apartándose de la puerta de la oficina de correos y observando desdeñosamente a los miembros del público que le miraban boquiabiertos y perplejos—. Tengo que irme a Oxford mañana. Mi tutor reclama mi presencia. Dice que si no aparezco en su despacho a las doce con mi ensayo en la mano me expulsarán.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Oscar receloso, arqueando una ceja.

—Quiero que me acompañes mañana a Oxford. Podrías escribirme el ensayo en el tren.

—No seas absurdo, Bosie.

—No seas cruel, Oscar. Por favor. No tiene que ser un ensayo muy largo. Ni

tampoco muy bueno. Tan sólo una o dos páginas sobre «La evolución sobre la idea moral». No tengo la menor noción de por dónde empezar, y tú escribirás algo hermoso e inteligente... Por favor, *cher ami*. Mi futuro académico depende de ello.

Oscar miró al joven y suspiró. Empujó hacia atrás el sombrero de paja del muchacho. Un mechón de pelo rubio cayó sobre el ojo derecho de Bosie.

—Lord Alfred Douglas, eres absolutamente ridículo. No te expulsarán de la universidad por no presentar un ensayo a tiempo, pero quizá sí te metas en un buen lío por desfilas por las calles de Londres en posesión de una pistola y con intenciones de matar. Aun así... —sonrió y negó fatigosamente con la cabeza—. Simplemente velando por tu protección —prosiguió—, y por ningún otro motivo, te acompañaré mañana a Oxford.

Bosie aplaudió y soltó un grito de entusiasmo.

—¡Gracias, viejo amigo! ¡Gracias! ¿Y el ensayo?

—Lo trabajaremos juntos en el tren.

El muchacho propinó un afectuoso puñetazo en el hombro de su amigo mayor.

—Eres un sol, Oscar. Eres el mejor.

—Y ahora, Bosie —dijo Oscar con firmeza—, cuando haya terminado de enviar mis telegramas, espero que te unas a nosotros y vengas a almorzar a Tite Street.

—No —respondió enseguida el muchacho—. No puedo, lo siento. Almuerzo como mamá. Se lo he prometido. Vamos a celebrar la última humillación de papá. —Miró su reloj e hizo una mueca—. Tengo que irme. Llego tarde. —De pronto nos miró y sonrió de oreja a oreja, claramente entusiasmado—. Pero, claro, anoche... ¡estuvisteis allí! En el Cuadrilátero de la Muerte..., justo donde todo sucedió. Al parecer, había sangre por todas partes. Los periódicos no hablan de otra cosa. Pobre Amteim, ¡asesinado aun a pesar de mantenerse fiel a las Reglas de Queensberry! —Se echó el *canotier* hacia delante—. Mañana tienes que contármelo todo, Oscar. Escribe ese ensayo esta noche, viejo amigo, y así podremos charlar en el tren. Será mucho más divertido. «La evolución de la idea moral»... Bastarán unas mil palabras. A las nueve en Paddington. En el andén de Oxford, como de costumbre. ¿Te encargas tú de los billetes? Bendito seas, Oscar. Adiós, Robert.

Me estrechó la mano y luego abrazó a Oscar y se marchó. Con lord Alfred Douglas era siempre así.

Oscar entró a la oficina de correos para enviar sus telegramas. Yo encontré a un vendedor de periódicos y le compré una selección de los diarios de la tarde. Todos llevaban en portada el misterioso asesinato ocurrido en el Circo Astley... y la mayoría lo hacían con todo lujo de detalles. El *Standard* describía a Amteim como a «una conocida figura de los círculos del boxeo que, como hemos podido saber, tenía una doble vida como confidente de la policía». El *Evening News* informaba de que el inspector Gilmour de Scotland Yard disponía de una serie de potenciales

sospechosos, «notables villanos decididos a destruir a Amteim por lo que éste sabía». En una de las páginas interiores, el *Star* incluía fotografías de algunos de los miembros del distinguido público que había sido testigo de los trágicos acontecimientos ocurridos la noche anterior, incluido el marqués de Queensberry, el barón de Rosebery, el doctor Arthur Conan Doyle y el señor Oscar Wilde.

En el coche que nos llevó a Tite Street, mientras estudiábamos la prensa y Oscar se reía entre dientes y chasqueaba la lengua al tiempo que leía, sugerí que quizá deberíamos intentar esconder los periódicos de la mirada de Constance.

—El estilo de la prosa es horroroso, Robert, estoy de acuerdo —respondió él, negando desesperadamente con la cabeza—. Debemos proteger a mi cordero lo mejor posible. Es muy sensible.

—Hablo en serio, Oscar.

Me miró y sonrió.

—Difícilmente podremos mantener en secreto la masacre de anoche, Robert. Amteim estuvo invitado en nuestra casa hace apenas dos días. Su inesperada muerte..., el modo horrible en que ha sido asesinado; seguramente los criados no hablarán de otra cosa... Pero tienes razón. Todavía no hay necesidad de hablarle a Constance de la cena del Club Sócrates ni de mi estúpido juego y sus mortales consecuencias...

—¿No crees que deberíamos advertirla si su vida corre peligro?

—¿Con qué propósito? La experiencia me dice que una preocupación compartida es una preocupación multiplicada por dos. En cualquier caso, creo que estará segura hasta el viernes.

Ya en Tite Street, Arthur, el mayordomo, salió a recibirnos a la puerta.

—Lamento lo del señor Amteim, señor. Feo asunto.

—Sin duda, Arthur. Muy feo. ¿Está la señora Wilde?

—Está arriba, señor. El almuerzo se servirá dentro de quince minutos.

Subimos al primer piso. Oscar siguió hasta el segundo, «a gastar un penique», dijo pícaramente, y a buscar a su esposa. Yo entré al salón. Era mi estancia favorita de la casa de Tite Street, un espacio en el que, a pesar de la tendencia imperante en el momento, reinaba un orden extraordinario. Sobre el papel pintado de las paredes, colgaban aguafuertes de James Whistler y de Mortimer Menpes. El techo, único en su género, era también obra de Whistler: ¡había pintado en él un despliegue de plumas de pavo real! Pasé junto al magnífico piano pintado situado en un rincón del salón y miré desde allí el jardín trasero de los Wilde, un espacio pequeño y un poco vacío. De pie junto a la ventana me sentí abrumado por una curiosa sensación... Tuve la impresión de que un poder invisible me observaba; de pronto, fui consciente de una cercana «presencia» invisible.

Me volví y recorrí la estancia con los ojos. Allí no había nadie. De nuevo miré

por la ventana y una vez más sentí una oculta «presencia». Miré entonces al suelo y mis ojos siguieron el blanco rodapié hasta el borde de los flecos de las cortinas de veludillo que enmarcaban la ventana. Bajo el borde de la cortina vi un par de pies enfundados en unos botines.

Horrorizado, y sin pensarlo dos veces, corrí la cortina y agarré la figura que se ocultaba detrás. La cogí por el cuello y la obligué a arrodillarse. Entonces vi quién era y le espeté:

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

Despacio, Edward Heron-Allen se levantó al tiempo que se sacudía los pantalones y se ajustaba el cuello de la camisa.

—Tranquilo, muchacho —dijo—. No está usted en su casa, por si no lo sabía.

Miré al hombre y le vi tan relajado, tan seguro de sí y tan autocomplaciente, que el odio me comprimió la garganta.

—¿Qué diantre estaba haciendo detrás de esa cortina? —pregunté.

—Esperar a Constance —respondió alegremente.

Su respuesta me hizo arder de rabia.

—¿Esperar a Constance? —repetí enojado.

—Estábamos jugando al escondite. A menudo jugamos juntos, algo perfectamente natural. Es lo que suelen hacer los hermanos.

—Usted no es hermano de la señora Wilde —le siseé.

—Como si lo fuera —respondió—. La quiero como un hombre quiere a su hermana..., relajadamente, sin complicaciones.

—No le comprendo.

—Ya lo veo —dijo Heron-Allen—. Usted también quiere a Constance..., pero su amor está manchado de culpa. No la quiere usted como un hermano, sino como un hombre quiere a una mujer. La ama con el corazón colmado de deseo, con lujuria en sus ojos. Y eso no le resulta fácil porque también quiere a Oscar, y Constance es la fiel esposa de Oscar.

—No sé de qué me habla.

—No tiene importancia —dijo Heron-Allen—. La lujuria y el amor me interesan particularmente, eso es todo.

—Además de la manufactura de violines, las peleas de gallos y la literatura prohibida de Persia —añadí, sin tan siquiera intentar disimular mi desprecio.

—En cuanto a la tierra de nadie que existe entre la lujuria y el amor, es mucho lo que podemos aprender de los persas —dijo pasando por mi lado en dirección al espejo que colgaba sobre la chimenea. Se miró en él y se retocó el pelo con delicadeza. Luego se humedeció el dedo índice con la lengua y con sumo cuidado se peinó las cejas—. En lo concerniente a la carnalidad, otras culturas tienen mucho que enseñarnos. Como bien sabe, he estudiado la zoofilia, es decir la cópula entre el

hombre y el animal, y también la necrofilia. Resulta muy intrigante intentar descubrir dónde termina la lujuria y dónde empieza el amor...

—¿Y es ésa la clase de cosas con las que edifica a la señora Wilde cuando ustedes dos juegan juntos a sus «juegos»? —pregunté.

—No —se rió—. Por supuesto que no. La señora Wilde y yo somos amigos, amigos de verdad; eso es todo. Mi mujer lleva fuera un mes. Ha ido a ver a su hermana y a su bebé recién nacido. Oscar está siempre ocupado con sus cosas. Constance y yo pasamos tiempo juntos porque disfrutamos sobremanera de nuestra mutua compañía. Jugamos juntos y eso nos hace más felices. Es una pena que en Inglaterra sólo se permita jugar a los niños.

De pronto se abrió la puerta del salón. Era Constance, más hermosa que nunca.

—¿Así que era aquí donde te escondías? —le reprendió—. El almuerzo está servido. Vamos, Oscar está empezando a impacientarse.

Durante el almuerzo (crema de guisantes, costillas de cordero a la plancha y tarta de manzana y de grosella) hablé muy poco. No puede decirse lo mismo de Edward Heron-Allen. Oscar, degustando su borgoña blanco, y Constance, que tomaba limonada, le miraban con evidente admiración, como quien tiene delante a su hijo predilecto, a un prodigio infantil. El abanico de intereses de Heron-Allen era sin duda extraordinario, como impresionante era la profundidad de su erudición. La verdad sea dicha, no pude encontrarle tacha ni en términos de decoro ni de discreción. Aunque inevitablemente hablamos del asesinato de Amteim, Heron-Allen pasó por alto los detalles más escabrosos de la muerte del boxeador y se desvió de su tónica habitual para llevar la conversación hacia temas más alegres: la belleza e inteligencia de los hijos de los Wilde, los orígenes de la afición de los ingleses por comer manzanas, la sutileza de las últimas sonatas para violín de Mozart, lo absurdo de los nuevos cuadros expuestos en la Royal Academy, las perspectivas del *Rey Lear* del señor Irving y el continuo éxito de Oscar en el Saint James.

Después del almuerzo, Constance invitó a Heron-Allen a dar un paseo por Hyde Park con ella y con los niños. Para mi asombro, Oscar (para el que un simple paseo por Piccadilly era una caminata de tres kilómetros, y una caminata de tres kilómetros algo del todo impensable) propuso que él y yo les acompañáramos.

—Oscar —exclamó su esposa, tan perpleja como yo—, ¿se puede saber qué diantre te ocurre?

—¿Acaso no digo en mi obra que la salud es el deber primordial en la vida? —respondió él, levantándose e inspirando hondo al tiempo que posaba ligeramente los dedos sobre su diafragma—. Creo que un paseo después del almuerzo resultará de lo más vigorizante. —Expulsó el aire despacio y luego, aparentemente exhausto, empezó a palparse el bolsillo de la chaqueta en busca de la pitillera que guardaba en el bolsillo—. Aunque quizá tengas razón, querida. Puede que llegar hasta el parque

sea llevar las cosas demasiado lejos. Quizá podríamos simplemente subir hasta el cementerio de Brompton.

—¿Y llevar a los niños a un cementerio, Oscar? —dijo Constance, frunciendo el ceño—. ¡No hay duda de que algo te ocurre!

—No me refería al cementerio —se apresuró a aclarar él—, sino a los pequeños huertos municipales que se encuentran al sur del recinto.

—¿Tenéis huertos municipales cerca? —preguntó Heron-Allen entusiasmado—. Me encantaría verlos.

Oscar y yo nos echamos a reír a la vez.

—¿Qué les resulta tan gracioso, caballeros? —preguntó Constance con tono reprobador.

Oscar estalló entonces.

—Que Edward diga que le gustaría ver nuestros huertos... Estoy convencido de que habla en serio.

—Y así es —dijo Edward Heron-Allen muy serio—. Siento un especial interés por el desarrollo de la horticultura urbana.

Nos llevó no más de media hora llegar a la pequeña extensión de huertos situados al sur del cementerio de Brompton. Oscar y Heron-Allen iban delante. Oscar empujaba orgulloso a Cyril, su hijo mayor, que iba por la calle en un carrito de niño mientras que Heron-Allen llevaba a su ahijado Vyvyan sobre los hombros. Constance y yo les seguíamos del brazo, un poco retrasados. Fue un paseo delicioso. Heron-Allen estaba en lo cierto: cuando Constance se agarró con fuerza de mi brazo para cruzar la calle, mis sentimientos hacia ella estuvieron efectivamente teñidos de culpa.

Los huertos, cuando por fin dimos con ellos, eran un espectáculo poco remarcable: diez pequeñas parcelas de tierra de no más de seis metros cuadrados cada una, todas cubiertas de maleza y mal atendidas.

—No me parece que les tengan demasiado cariño —dijo tristemente Heron-Allen, dejando a su ahijado en tierra. Los dos pequeños Wilde echaron a correr felices entre las parcelas, saltando entre los macizos, olisqueando las flores que encontraban a su paso y arrancando la vegetación. Casi enseguida, en el borde de los huertos, junto a las barandillas que rodeaban el cementerio, los niños descubrieron un pequeño montículo de tierra recién removida y empezaron a clavar en ella pequeños palos de madera.

—¿Es un castillo de arena, papá? —preguntó Cyril.

—No —respondió Oscar—. Creo que es la tumba de una cotorra.

Constance, que caminaba en ese momento con Heron-Allen, no le oyó.

—Esto es un poco triste, ¿no te parece?

—No hay nada más triste que un jardín desatendido —fue la respuesta de Heron-Allen.

Vyvyan corrió hasta su madre con un ramillete de hierbajos y de hojas en la mano.

—Te he hecho un ramo, mamá —anunció con una pronunciada reverencia al tiempo que ofrecía a su madre su pequeño manojito de vegetación.

—Gracias, cariño —dijo ella, conmovida por la ofrenda de su hijo y agachándose para besar al niño—. Quizás el tío Edward pueda decirnos qué es lo que me has traído.

Constance entregó el verde ramo a Heron-Allen, que lo examinó con atención.

—Veamos: tenemos algunas ramas y también malas hierbas —dijo con tono aprobador—. Bien hecho, ahijado. —Se arrodilló junto al niño y, como un buen profesor, examinó con él cada una de las hojas—. Creo que ésta es zanahoria silvestre. Ésta, aunque parezca increíble, es la hoja de la chirivía. Se puede comer la chirivía, pero no la hoja. Ésta, sin embargo, sí es comestible. Y está deliciosa. —Mordió el rizado brote verde—. Se llama perejil.

—Correctamente conocido como *Petroselinum* —añadió Oscar, acercando a Cyril para que se uniera a la lección—. Los Wilde somos grandes admiradores de la cultura clásica, Edward. Mis hijos han sido latinistas *ab ovo*.

Heron-Allen se rió complacientemente.

—Bueno —prosiguió—, ésta creo que es una *Conium maculatum*. Una flor hermosa, pero no debes comerla. —Arrancó entonces el suave tallo verde y lo tiró a la orilla del camino—. Pero ésta, que no es tan hermosa, es realmente deliciosa. —Sostuvo la delicada hoja bajo la nariz de Vyvyan y la rascó—. ¿La hueles? Te hará bien. Es una *Feoniculum vulgare*.

—¿Hinojo común? —pregunté.

—Así es —respondió Heron-Allen, levantándose—. Muy apreciado también por los persas. Lo llaman *raaziyaan*.

Durante el camino de regreso a Tite Street, Constance iba delante empujando el carrito de Cyril en compañía de Heron-Allen, que volvía a llevar a Vyvyan sobre los hombros. Cada vez que cruzábamos una calle, yo sentía una absurda punzada de celos al ver que el joven abogado tendía la mano para tocar y sujetar el esbelto brazo de Constance.

Mientras caminábamos, Oscar y yo fumábamos nuestros cigarrillos, pero apenas hablamos. Cuando llegamos a Tite Street, él se detuvo.

—Hay mucho que hacer desde ahora hasta el viernes, Robert. Ya sabemos quién mató a la cotorra, ¿no?

—¿Lo sabemos? —pregunté.

Sonrió.

—Creo que sí... Pero ¿quién mató a Victor Amteim? Ésa es la cuestión. ¿Y por qué? Y las cuchillas que rebanaron las muñecas del pobre hombre... ¿eran espolones

de gallo?

24.

Preguntas

Al final de la tarde, Edward Heron-Allen se marchó por fin. La familia se reunió en la puerta del número 16 de Tite Street para despedirle. Oscar abrazó calurosamente a su joven amigo y los dos niños se abrazaron a sus piernas, intentando impedirle que se fuera. Vi cómo Constance le acariciaba afectuosamente la oreja y la mejilla mientras la daba un beso de despedida.

—Yo también debo irme —dije, cuando Constance se llevó a los niños arriba para bañarles y contarles sus cuentos.

—¿Una copa de champán antes de marcharte? —sugirió Oscar. Fue hasta el fondo del pasillo y gritó hacia la cocina—. ¡Arthur! —Me llevó entonces a su estudio, decorado en rojo y amarillo, de la planta baja. El suelo estaba sembrado de un batiburrillo de montones de papeles y de tambaleantes pilas de libros. Oscar se abrió paso por la habitación hacia su célebre escritorio (el mismo en el que Thomas Carlyle había escrito su *Historia de la Revolución Francesa*) como un sapo obeso saltando entre hojas de loto—. Mira esto —dijo.

—¿Qué es?

Sostuvo entre el índice y el pulgar un diminuto objeto curvo parecido a una uña engastada en plata.

—Es un espolón de gallo mexicano..., según Heron-Allen.

Al parecer, es el orgullo de su colección. Lo ha traído esta mañana. Le ha parecido que me interesaría verlo. —Me dio la hoja en miniatura—. Cuidado. Está afilada como una cuchilla.

Examiné atentamente el reluciente espolón —estaba tan pulimentado que llegaba a brillar— y se lo devolví a Oscar, que lo dejó encima del escritorio.

—Demasiadas preguntas, Robert —murmuró—. Demasiadas preguntas y muy poco tiempo.

—Si ésta es una carrera contra el tiempo, Oscar —dije, bajando la voz—. Si realmente crees que tu vida puede verse amenazada el viernes, ¿crees que tu visita a Oxford de mañana es esencial?

—Lo es —respondió sin mirarme, pero cogiendo un libro de lo alto de uno de los montones y hojeándolo—. Y no lo digo pensando en Bosie.

—¿Quién mató a la cotorra, Oscar? —pregunté. No dijo nada, sino que siguió leyendo—. ¿Quién mató a la cotorra? —siseé.

Apartó los ojos del libro para mirarme.

—Estás empezando a hablar como Charles Brookfield, Robert.

—Pero si lo sabes debes decírmelo, Oscar.

Se rió.

—Y ahora estás empezando a hablar como Bosie. Debes escribir tu propio ensayo, Robert... Comprueba la evidencia por ti mismo; llega a tus propias deducciones; saca tus propias conclusiones.

—Ah... —dije con una sonrisa, recostándome sobre el respaldo de la silla y cruzándome de brazos—. No lo sabes con seguridad, ¿es eso?

Cerró el libro de golpe.

—Tienes razón, Robert. Creo saberlo, pero no estoy seguro. No estoy nada seguro. Como bien nos recuerda Sócrates, el verdadero conocimiento radica en saber que no sabemos nada. El rompecabezas sigue siendo un auténtico revoltijo. Todavía quedan secretos por desvelar.

Arthur, el mayordomo, llegó con el Perrier Jouët. Dejó la bandeja con el champán en la mesita que estaba colocada junto a la puerta del estudio y saludó a su señor con una inclinación de cabeza. Oscar le devolvió el gesto.

—Sirve el champán, Robert. Necesitamos vaciar la botella y despejar nuestras cabezas. ¿Tienes a mano tu libreta y el lápiz?

Mientras tomábamos el burbujeante champán —estaba maravillosamente frío; «puro y amarillo como un rayo de luna de mayo», dijo Oscar— fui tomando nota de las instrucciones de mi amigo. Mientras él estaba en Oxford, yo me quedaría en Londres. Volvería a visitar a Byrd al Hotel Cadogan y reservaría allí un salón privado para celebrar una cena el viernes por la noche. Oscar me pidió que diera instrucciones a Byrd para que invitara a todos los que habían estado presentes en el encuentro del Club Sócrates celebrado el domingo, 1 de mayo, a que volvieran al Cadogan con motivo de una cena especial —«una cena conmemorativa»— la noche del día 13.

—Dile a Byrd que, como la vez anterior, seremos catorce para la cena. Dile también que quiero que nos sirvan el mismo menú... y los mismos vinos.

—¿Y la misma disposición de asientos? —pregunté.

—No exactamente —dijo—. Puedes decirle que yo mismo me encargaré del *placement*. Y, Robert, podrías ponerte en contacto con el inspector Gilmour de Scotland Yard y preguntarle si estará libre para unirse a nosotros. Pídele que venga acompañado de algún oficial como invitado.

—¿Quieres tener a la policía en la cena?

—Sí —respondió lanzando una mirada soñadora a su champán—. Sin Victor Amteim y el pobre Bradford Pearse, nos faltará gente a la mesa.

Sorteó con cuidado las hojas de loto de libros y de papeles y se quedó de pie mirando por la ventana que daba a Tite Street.

—Y mientras estés con Gilmour, intenta descubrir cuáles son sus progresos sobre la identificación de los «notables villanos» que, según sus sospechas, son los

culpables del asesinato de Amteim. Y entérate de si ha recibido alguna noticia de Eastbourne..., ya sea de la policía o de los guardacostas.

Vacíé mi copa y volví a depositarla en la bandeja.

—Sin duda voy a estar ocupado —dije guardándome el lápiz y la libreta en el bolsillo.

—Eso espero —respondió, y se volvió hacia mí con una sonrisa—. Y, si tienes tiempo, quizá podrías visitar a alguno de nuestros testigos. No hemos interrogado al joven Willie Hornung. Y tampoco hemos oído lo que Wat Sickert tiene que decir.

—¿Crees que pueden tener algún «secreto», Oscar?

—Tendrán secretos, Robert, no te quepa duda. Lo realmente importante es saber si sus secretos son relevantes para el caso que nos ocupa. —Se volvió a mirar por la ventana—. Y ahí tienes tu coche —anunció—. Justo a tiempo.

—Yo no he pedido ningún coche —dije sorprendido.

—Lo sé —respondió dedicándome otra resplandeciente sonrisa—. Lo he pedido yo. Es mi regalo.

—¿Cuándo lo has pedido, Oscar? —pregunté receloso.

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —repetí divertido.

—Sí —fue su respuesta—. Ahora mismo.

Le miré. El vino había dado color a sus mejillas. De pronto, parecía exultante.

—Cuando Arthur nos ha traído el champán —explicó—, le he dado la señal. Es un arreglo que tenemos nosotros. Yo junto las manos a modo de *salaam*. Si junto los cuatro dedos de cada mano, eso significa que le estoy pidiendo que salga a la calle y que me pida un carruaje de cuatro ruedas. Si lo que necesito es uno de dos, en mi *salaam* simplemente junto las yemas de dos de los dedos de cada mano. —Me dedicó una inclinación de cabeza y juntó las manos a modo de demostración—. Sabía que tenías que volver a casa después de nuestra copa. Se me ha ocurrido que te iría bien tomar un coche, eso es todo.

—Eres extraordinario, Oscar.

—Me gusta pensar que eso es cierto —dijo feliz—. Y tú eres un buen amigo, Robert..., aunque tienes que aprender a ser más observador. —Sacó del bolsillo de la chaqueta su cartera de piel de serpiente verde (era su favorita) y extrajo de ella tres billetes de una libra que enseguida me ofreció—. Para tus gastos de mañana, amigo mío. Y no admito protestas. Tú tienes muy poco dinero y yo mucho. Si no lo reparto ahora, seguro que con el tiempo terminarán robándomelo.

—Gracias —dije—. Anotaré todos mis gastos.

—¡Ni hablar! ¡Ni se te ocurra, por el amor de Dios! —gritó, visiblemente alarmado ante semejante posibilidad. Me rodeó la espalda con el brazo y me acompañó a la puerta—. No eres un empleado bancario, Robert. Ni tampoco un

contable. Eres un poeta publicado y biznieto de un laureado. Alguien como tú debería saber que las riquezas materiales poca importancia tienen. A todo hombre pueden robarle sus riquezas materiales, cosa que jamás puede ocurrir con las riquezas auténticas. En el arcón del tesoro de tu alma hay infinidad de cosas preciosas que nadie podrá arrebatarte jamás.

Miré su rostro sonrojado y sonreí.

—¿He oído eso antes en algún sitio, Oscar?

—¿Acaso hemos tomado el champán demasiado deprisa? —preguntó. Me besó en la frente—. Adiós, Robert. —Se despidió de mí con la mano—. Si mañana por la noche llego a tiempo, nos tomaremos una última copa en el Albemarle. Pongamos a las diez... ¿A las once como muy tarde? Hasta entonces, *bonne chance, mon brave!* —Cuando subía al coche, le oí decir—: No me parece que Heron-Allen sea nuestro hombre, ¿estás de acuerdo conmigo?

No supe qué pensar. No sabía por dónde empezar a hacerlo. Oscar era un excelente detective porque, a pesar de ser poeta, era también un estudioso de la cultura clásica. Aunque su modo de emplear las palabras era elaborado y adornado, florido y plagado de extravagantes giros, pensaba con una precisión absoluta. No era simplemente un hilador de frases perfectas: tenía una profunda comprensión de la gramática y de la sintaxis, la imaginación de un poeta y una gran capacidad de análisis exhaustivo. A la mañana siguiente, la del miércoles, 11 de mayo de 1892, agradecí haber tomado al menos nota de sus instrucciones.

Hice exactamente lo que me había pedido. Empecé el día tomando un coche al Hotel Cadogan, en Sloane Street. Allí vi a Byrd y le pedí que hiciera las disposiciones oportunas para la cena del Club Sócrates del viernes por la noche. Me aseguró que estaría encantado de satisfacer los deseos de Oscar. Desde el hotel llamé por teléfono a Arthur Conan Doyle y fue él quien me dio los detalles sobre dónde podía encontrar a su joven amigo Willie Hornung. Desde Sloane Street tomé otro coche a Fleet Street y encontré allí a Hornung en mangas de camisa y con su *pince-nez*, sentado en el rincón más oscuro de las pobremente iluminadas oficinas del sótano de una «conocida publicación» de la que yo jamás había oído hablar.

Resultó que Hornung había sido nombrado recientemente ayudante de dirección del *Gentlewoman: An Illustrated Weekly Journal for Gentlewomen*. El pobre hombre, sentado en un taburete alto, pluma en mano, lograba parecer consternado y desesperado a la vez.

—No tengo tiempo para hablar —dijo dejando la pluma sobre la mesa y mesándose ansiosamente los densos y rubios cabellos—. Tengo que terminar un artículo sobre la goma de mascar antes del almuerzo. ¡La goma de mascar! ¿Se imagina? Dicen que es la última moda en Norteamérica y que, para Navidad, toda dama que se precie estará mascando la dulce goma del señor Wrigley. Yo no me lo

creo..., pero el editor insiste. Es un ogro. Ojalá hubiera aceptado el puesto que me ofrecieron en el *Forget-Me-Not*. Es otro semanario femenino, aunque compuesto básicamente de ilustraciones. Me habría limitado simplemente a escribir los pies de foto. Arthur me aconsejó que optara por este puesto... y así lo he hecho, aunque no lo estoy disfrutando en absoluto, se lo aseguro. Ni un ápice.

Me quedé unos minutos con el infeliz joven en su anodino rincón, consolándole con la premisa de que Oscar había sido en su día editor de una revista femenina mientras formulaba al pobre muchacho unas preguntas sobre la noche del 1 de mayo y le apremiaba para que me revelara sus «secretos». Según me dijo, recordaba muy poco de la cena del Club Sócrates. Se había sentido muy «abrumado» por la ocasión. Sí recordaba que Bradford Pearse, que estaba sentado a su lado durante la cena, parecía haber bebido considerablemente y también lo que describió como «una desagradable conversación» entre Charles Brookfield y Arthur Conan Doyle.

—¿Recuerda lo que se dijo en esa conversación? —pregunté.

—Arthur decía que creía que Oscar había errado en su vocación, y que, de haberlo elegido, podría haberse convertido en un detective privado tan brillante y perceptivo como el propio Sherlock Holmes. Brookfield se burló de sus palabras y respondió: «La idea de que Oscar Wilde pueda ser detective es del todo absurda. Aunque, bien pensado, también lo es la figura de Oscar Wilde como persona. Oscar Wilde es un charlatán».

—¿Eso dijo en la cena?

—Después de la cena, cuando nos preparábamos para marcharnos. Supongo que estaba borracho.

—¿Y Conan Doyle le reprendió por sus palabras?

—Arthur se mostró muy calmado, muy digno. Simplemente dijo: «Señor Brookfield, la historia le demostrará que los llamados charlatanes son siempre los pioneros. Del astrólogo vino el astrónomo; del alquimista, el químico; del hipnotizador, el psicólogo experimentado. El matasanos de ayer es el profesor de mañana. El señor Wilde nada tiene de absurdo. Simplemente vive muy por delante de su tiempo».

—¿Y qué respondió a eso Brookfield?

—«Un hermoso discurso, sin duda, señor, pero no pienso cambiar la opinión que tengo de Oscar Wilde».

Mientras hablaba, Hornung no dejó de mirar por encima del hombro como si temiera la inminente llegada del monstruoso editor que le había empleado como asistente.

—Perdóneme, Robert —dijo—. Debo volver a mi goma de mascar.

—¿Y qué hay de su «secreto»? —pregunté—. Oscar dice que todo el mundo tiene su «secreto». ¿Cuál es el suyo?

Hornung soltó una risilla nerviosa y se empujó el *pince-nez* sobre el puente de la nariz.

—Oscar ya conoce el mío. Es mi nombre...

—¿Su nombre?

—Me hago llamar William. De hecho, aunque todo el mundo me conoce como Willie, ése no es mi nombre de pila.

—¿Y ése es su secreto?

—Sí —respondió, volviendo a mesarse los cabellos.

—¿Y cuál es su nombre de pila? —pregunté.

—Ernesto —dijo—. Mi nombre es Ernesto. A Oscar pareció resultarle muy divertido.

Dejé a Hornung y caminé bajo la primaveral luz del sol desde Fleet Street al Strand, bajando por Savoy Hill a la orilla del río, pasando por delante del Gatti's de las Arcadas (el teatro de variedades favorito de George Daubeney y de Wat Sickert) y de la estación de Charing Cross hacia Scotland Yard. El inspector Gilmour no estaba en su oficina y no se le esperaba hasta antes del anochecer. Había salido a resolver un caso («en el East End», siguiendo el rastro de un puñado de «conocidos villanos») y su ayudante y el ayudante de su ayudante habían salido con él. Según me dijo el sargento que estaba en recepción, un amable oficial ya entrado en años, podía esperar «noticias sobre el asesinato de Amteim en cualquier momento. Desde luego, a lo largo de la semana». Dejé una nota a Gilmour, firmada en nombre de Oscar, en la que le invitaba a cenar al Hotel Cadogan el viernes por la noche a las siete y media, conminándole a que llevara con él a uno de sus ayudantes.

Desde Scotland Yard me dirigí al puente de Westminster, donde tomé otro coche a King's Road, con destino al Chelsea Arts Club. Encontré a Walter Sickert en la sala común del club, el gran estudio situado en la parte trasera del edificio, sentado a solas con un plato de jamón y de cebollas en vinagre y una botella de vino argelino. Cuando llegué, estaba leyendo una carta. Levantó hacia mí la mirada con lágrimas en sus ojos color verde esmeralda.

—Sírvese una copa —dijo, empujando la botella de vino hacia mí—. Estoy leyendo una carta de un amigo que vive en París. Conocía a Van Gogh, el pintor holandés que se suicidó.

Me serví una copa de vino.

—A pesar de que los cuadros de Van Gogh están llenos de vida, de sol y de color, el pobre hombre fue tan desgraciado en este mundo que se suicidó. —Agitó hacia mí la carta que estaba leyendo—. ¿Sabe cuáles fueron las últimas palabras de Van Gogh antes de morir? «*La tristesse durera toujours*».

—La tristeza durará por siempre —traduje.

—No —dijo Sickert, llevándose la copa a los labios—. «La tristeza jamás

desaparecerá». No es lo mismo... —Ensaltó una cebolla en vinagre con el tenedor—. ¿Cree usted que era así como se sentía Bradford Pearse?

—¿Ha tenido noticias de él? —pregunté.

—Ninguna —dijo—. ¿La ha tenido Oscar?

—No lo creo.

Sickert se sonó la nariz con un enorme pañuelo azul y asintió con la cabeza hacia el sobre pequeño y abierto de color de ante que estaba junto a la carta sobre la mesa.

—Oscar me ha enviado un telegrama. Me ha dicho que pasaría usted a verme. Es un buen hombre..., un poco absurdo, naturalmente, pero básicamente bueno.

Sonreí. Me resultó divertido oír a Wat Sickert, con su desproporcionada pajarita, sus polainas amarillas y el bigote encerado, describir a Oscar como «un poco absurdo».

Sickert prosiguió:

—Conozco a Oscar desde que era niño. Como ya debe de saber, solía venir a pasar las vacaciones con mi familia. Fue maravilloso con mi madre cuando mi padre murió. No había forma de consolar a mamá... hasta que llamábamos a Oscar. Le hablaba de mi padre con una inmensa dulzura y con un humor muy tierno. Con él, mamá volvió a aprender a reír. —Se enjugó más lágrimas de los ojos y agitó la botella vacía en el aire con la esperanza de captar la atención del camarero—. Naturalmente, hay gente que no soporta a Oscar... y que le tiene por un espantoso aburrido. ¿No fue usted quien me dijo que Victor Hugo se quedó dormido durante una de las piezas más ingeniosas de Oscar?

Me reí.

—Así fue. —El camarero llegó con una nueva botella—. Claro que en esa época *monsieur* Hugo ya era muy anciano —añadí.

Sickert volvió a llenar nuestras copas.

—Brindemos a la salud de Oscar —dijo—. Es un gran hombre, y un encanto. Y también un gran amigo. No tardará en desvelar el secreto de estas misteriosas muertes, acuérdesse de lo que le digo. ¿Quién mató a la cotorra? ¿Quién empujó al pobre Bradford Pearse a su desgracia? ¿Quién acuchilló las muñecas del boxeador? Yo no tengo la menor idea, pero sé que Oscar descubrirá la verdad. Es un genio para este tipo de cosas.

Cogí una de las cebollas en vinagre del plato de Sickert.

—Gilmour de Scotland Yard también está a cargo del caso —dije.

El pintor dejó la copa sobre la mesa con un gesto dramático, salpicando la mesa de vino.

—Olvídese de Gilmour de Scotland Yard —exclamó con tono reprobador—. Oscar lo hará, y lo hará él solo, sin la ayuda de nadie. Dos pintores se sientan juntos pintando el mismo objeto, pero sólo uno de los cuadros vale. Whistler me enseñó eso.

Whistler decía a menudo que «el secreto del éxito está sólo en una paleta». Oscar resolverá este caso sin ayuda. —Se rió y volvió a llenarse de vino la copa—. Y eso es una gran suerte porque, desgraciadamente, yo no tengo ayuda que ofrecerle. Ni un solo recuerdo que pueda serle de utilidad, ni tampoco ningún útil *aperçu*. Debo terminarme el vino y volver a mi estudio. ¿Qué planes tiene para esta tarde, Robert? Yo estaré descubriendo los encantos de una nueva modelo. Pasaré el resto del día en compañía de una piel inmaculada, dotada de unos diminutos tobillos, gráciles muslos, una fina cintura y unos pechos tan pequeños y firmes que bien podrían ser los de un muchacho... ¿Alguna vez ha pintado una virgen, Robert?

—No —respondí—. No soy pintor.

—¿Y se ha acostado con alguna? —añadió agitando la copa en el aire—. Es prácticamente lo mismo.

25.

Preguntas, preguntas

A las once de esa misma noche, con una jaqueca provocada por el exceso de vino argelino, entré al salón de fumadores del Club Albemarle, en el número 36 de Albemarle Street, Picadilly. Para mi sorpresa, Oscar ya estaba allí. Le encontré de pie junto a la chimenea, con el codo derecho suavemente apoyado en la repisa de roble y la mano derecha acunando una gran copa de *brandy*. No estaba solo. Sentados en los sillones de cuero situados a ambos lados de la chimenea, estaban los hermanos Douglas. Bosie, que parecía ir vestido con ropa de tenis, estaba lánguidamente repantigado, con los brazos desplomados sobre el suelo, la cabeza inclinada a un lado y los ojos cerrados. Francis, lord Drumlanrig, en cambio, iba vestido de noche y estaba sentado muy erguido en el borde del sillón, con el rostro encendido y expresión alerta. Miraba a Oscar con expresión resoluta.

—No te has olvidado de nosotros —exclamó mi amigo al verme llegar—. Creíamos que quizá lo habías hecho. —Enseguida me di cuenta de que estaba de ánimo burlón.

—¿Cómo ha ido en Oxford? —pregunté acercándome al aparador y sirviéndome un vaso de *brandy* con soda muy poco cargado—. ¿Algún progreso?

—Oxford —dijo Oscar, que parecía extraordinariamente fresco a pesar de la hora y de que había tenido un largo día— ha sido exactamente lo que esperábamos, ni más ni menos. Me enorgullece decirte, Robert, que nuestro ensayo ha sido considerado material Alpha. Sócrates, Spinoza, Saint-Simon, Safo..., los hemos invocado a todos y el tutor de Bosie se ha quedado claramente sorprendido. Al parecer, el anciano caballero no ha reparado en que nuestras referencias han sido elegidas únicamente en base a su encanto aliterativo. No ha dejado de masticar felizmente su pañuelo durante nuestra exposición y al final nos ha ofrecido a cada uno una copa de jerez.

—¿Has leído el ensayo de Bosie en voz alta en su lugar?

—Lo he escrito y también lo he leído. Bosie se lleva los honores. Es extraordinario lo que somos capaces de conseguir cuando nos lo proponemos. Estoy seguro de que Sickert habrá compartido contigo la máxima de Whistler: «En el arte, nada importa siempre que seas sincero». Según mí experiencia, eso también es aplicable a la vida.

Lord Drumlanrig seguía mirando fijamente a Oscar. Tenía veinticinco años y no era tan apuesto como su hermano menor. Francis Drumlanrig tenía lo que Oscar llamaba «una belleza útil: de las que sirven aunque no inspiran». El joven aristócrata se adelantó aún más en el sillón.

—Si eso es todo, Oscar —dijo torpemente—, tengo que irme. Debo reunirme con lord Rosebery antes de medianoche. Me espera. Gracias por la copa.

Se levantó y tendió la mano a Oscar, que la estrechó al tiempo que se volvía a mirarme.

—Francis ha tenido la amabilidad de unirse a nosotros después de cenar —explicó—. Tenía que hacerle unas preguntas y él las ha respondido todas... y ha sido de una gran ayuda. Debo decir que se ha sometido a mí interrogatorio con una elegancia extraordinaria. —Oscar soltó por fin la mano del joven—. Se sonroja. Está avergonzado. No tiene por qué. He preguntado a lord Drumlanrig si había conocido a Victor Amteim antes de la cena celebrada en el Club Sócrates el uno de mayo. Ha reconocido que sí, aunque sólo lo había visto en una ocasión. Fue un encuentro secreto y breve, una cita a escondidas en el puente de Westminster... concertada por Amteim a petición propia.

El joven par se cuadró, con los brazos a los costados, las mejillas encendidas y los ojos firmemente clavados en la rejilla de la chimenea vacía.

Oscar prosiguió:

—Amteim le dijo a lord Drumlanrig que circulaban ciertos rumores: rumores de desagradable naturaleza que apuntaban que el mayor de los dos hombres ejercía una influencia perniciosa sobre el más joven. Como sabes, lord Drumlanrig es el secretario político de lord Rosebery. Amteim le advirtió que ciertas personas, entre ellas el propio marqués de Queensberry, decían que lord Drumlanrig y lord Rosebery eran amantes.

—Negué cualquier acción deshonestas —dijo Drumlanrig con voz ronca, sin apartar la mirada de la rejilla—. Lo negué rotundamente.

—Lo negó rotundamente —repitió Oscar con amabilidad—. Le dijo a Amteim que no se entrometiera en temas que no le concernían. Y que se ocupara de sus propios asuntos. Y lo hizo sin demasiados rodeos.

—¿Le amenazó? —pregunté.

—Sí —dijo Francis Drumlanrig, volviéndose a mirarme con unos ojos oscuros y desconcertados—. Le amenacé... por así decirlo. Le amenacé, pero no le asesiné. —Se agachó y cogió un periódico del suelo—. Ahora debo irme, Oscar. Discúlpenme. Buenas noches, Oscar. Buenas noches, Sherard.

—Vaya... —dije con un suspiro en cuanto Drumlanrig se marchó—. Vaya, vaya...

—No hay duda de que hay mucho que meditar —dijo Oscar—. Y supongo que también habrá mucho de lo que informar, Robert.

Ambos hemos tenido unos días muy ocupados. —Se terminó el vino y dejó la copa en la repisa de la chimenea—. Ahora vamos a dormir. Pasaré la noche en el club. Te recogeré en Gower Street a mediodía. —Me rodeó la espalda con el brazo y

me condujo hacia la puerta—. Vamos, salgamos de puntillas. Dejaremos a Bosie durmiendo aquí. Su triunfo en Oxford le ha dejado exhausto.

También yo estaba exhausto, y atontado. Llegué a mi habitación de Gower Street justo cuando el reloj daba la medianoche y aun así no apagué la luz hasta pasadas las tres de la madrugada. Primero, me permití distraerme releiendo e intentando esbozar una respuesta a otra inoportuna carta del abogado de mi esposa, de la que acababa de separarme. Luego decidí escribir mí diario mientras seguía teniendo frescos en la cabeza los acontecimientos del día. Y, finalmente (y también fatalmente), empecé a leer un licencioso ejemplar que George Daubeney me había recomendado durante una de nuestras visitas a la Librería Francesa. Por fin, saciado de las absurdas payasadas de las libidinosas monjas y novicias del *Couvent de la Concupiscence*, dejé el libro a un lado y cerré los ojos. Me quedé dormido casi al acto y desaparecí del mundo durante nueve horas. Fue Oscar quien me despertó, repicando en la puerta de la calle con su bastón.

Miré por la ventana y le saludé con la mano. Iba inmaculadamente vestido, con un chaquetón de color gris paloma y unos guantes de un tono amarillo limón (tenía ropa en un surtido de clubes y de hoteles de Londres). Él me saludó a su vez levantándose el sombrero de copa de seda negro y señaló al carruaje que nos esperaba junto a la acera. Me vestí a toda prisa (¡con la misma ropa del día anterior!) y bajé corriendo las escaleras para reunirme con él.

—No he tenido tiempo de afeitarme —me disculpé al subir al coche.

—No importa —dijo—. Vamos a un pub. Tu aspecto es exactamente *comme il faut*.

—Debo de parecer un espantapájaros —dije, consciente de que ni siquiera me había peinado—. Tú, en cambio, pareces muy... civilizado.

Se rió entre dientes.

—Con sombrero de copa y un chaquetón de buen corte cualquiera, hasta un contable, puede parecer civilizado. —Se retocó el capullo de rosa que llevaba prendido en el ojal de la chaqueta—. En cualquier caso, estoy encantado con mi ojal. Esta rosa recibió su nombre en honor de santa Juana de Arco. Mañana es día trece, el día de su santo. Hoy, esta rosa es blanca. Mañana, el capullo se abrirá y podrás ver unos pétalos rojos como el fuego.

—Sí —dije—. Mañana es día trece. Viernes, trece.

—Eso es —concedió Oscar—. Día de mala suerte para algunos.

Me volví a mirarle: allí estaba, ese hombre extraordinario, supremamente inteligente, superlativamente culto y profundamente civilizado.

—Eres muy supersticioso, ¿verdad?

—Digamos que me lo tomo con filosofía y lo adrezo como puedo —dijo.

Me reí.

Me miró muy serio.

—La verdad es que adoro las supersticiones, Robert. Son lo que da color al pensamiento y a la imaginación. Lo opuesto al sentido común. El sentido común es a su vez el enemigo del romance. Disfrutemos pues de cierta dosis de irrealidad y no caigamos en la tentación de volvernos ofensivamente cuerdos.

El carruaje giró hacia el sur y se adentró por Charing Cross Road.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Desgraciadamente, a ningún lugar demasiado romántico. A tomar una cerveza y unos sándwiches a un pub de Wellington Street con Bram Stoker y Charles Brookfield. Son nuestros últimos «testigos».

—¿Y qué hay de George Daubeney? —pregunté—. ¿Has interrogado al honorable reverendo?

—Aún no. Él y yo tendremos un *tête-à-tête* esta tarde... a instancia suya. Tiene algo que enseñarme. Algo que, según me ha dicho, hará mis delicias.

—¿También yo estoy invitado?

—No, Robert. Al parecer, lo que desea ofrecer es sólo apto para mis ojos.

—Es un clérigo curioso, ¿no te parece?

—En absoluto —exclamó—. Según me dice la experiencia, todos los clérigos están obsesionados con la carnalidad y con la corrupción. Creo que las consideran su especialidad.

Yo empezaba ya a despertarme. Las bromas de Oscar estaban reavivándome... y sus rarezas, su fino humor y la facilidad con la que aceptaba las debilidades de los demás me ayudaban a recordar por qué le consideraba la mejor compañía del mundo.

Mientras nuestro carruaje traqueteaba por Charing Cross Road hacia el Strand, y a petición de Oscar, le di un breve informe de mis encuentros del día anterior. Cuando terminé, me vi obligado a añadir:

—Me temo que no he hecho demasiados progresos, Oscar. Desgraciadamente, no estoy a tu altura. Ni tampoco a la de Sherlock Holmes.

—Olvídate de Holmes —replicó él en un alarde de cordialidad—. Has cubierto el terreno, y lo has hecho bien. Te estoy sumamente agradecido —añadió dándome una palmada en la rodilla a modo de felicitación.

—¿Y tú? —pregunté.

—Creo que algún progreso he hecho —respondió, mirando por la ventanilla del carruaje. El coche se había detenido momentáneamente: nuestro caballo parecía haberse distraído por un abrevadero situado a un lado de la calzada. Oscar se volvió a mirarme—. ¿Qué te ha parecido lord Drumlanrig? —preguntó.

Vacilé.

—¿Puedo seguir el consejo de Whistler? —pregunté a mi vez—. ¿Puedo ser sincero?

Se rió.

—¿Vas a decirme que lord Drumlanrig es nuestro asesino?

—Es muy posible, ¿no crees? —dije—. Los Douglas son una extraña familia... Irritables, testarudos, tocados por cierta sombra de locura...

—Cierto. Douglas significa «agua oscura» en gaélico. Y mi filosofía, como bien sabes, es «*Nomen est omen*». Pero, de todos los miembros de la familia que he conocido hasta la fecha, Francis Drumlanrig me parece el menos tocado por la locura, el más cuerdo.

—Pero Francis Drumlanrig eligió a su padrino, lord Abergordon, como víctima... y lord Abergordon está muerto. Él mismo ha reconocido que amenazó a Victor Amteim... y Victor Amteim está muerto...

El carruaje volvió a moverse. Oscar encendió un cigarrillo y asintió con la cabeza hacia mí como diciendo: «Sigue».

Y así lo hice, sin saber exactamente si debía o no hacerlo.

—Francis Drumlanrig —dije despacio— es el heredero del marqués de Queensberry, ¿no?

—Sí.

—Pero Francis no tiene buena relación con su padre porque al marqués no le gustan las compañías que frecuenta el muchacho. Lord Queensberry no siente especial simpatía por los gustos de lord Rosebery ni por los de... —vacilé.

—¿Oscar Wilde?

—Sí —dije—. El marqués de Queensberry no aprueba la íntima amistad de su hijo con Oscar Wilde. Si Francis Drumlanrig limpiara el mundo de todos los Wilde, ¿no haría eso ganar puntos al joven barón a ojos del monstruo de su padre?

—Tan ingenioso como sincero, Robert —dijo Oscar sondándome benévola-mente. Proseguí, animado por sus palabras:

—Dejando a la cotorra a un lado, había seis personas en la lista de víctimas. ¿Quién más tenía motivos para matar al menos a cuatro de ellas?

El carruaje se detenía ya. Oscar tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie.

—Oh, Robert —exclamó empujando la portezuela del coche—. ¡Ten cuidado con llegar a peligrosas conclusiones!

—¿A qué te refieres?

—A que no deberías dar por hecho que alguien tiene motivos para matar a más de una de las víctimas...

Ayudé a mi amigo a bajar del carruaje.

—No te sigo —dije.

—¿No podría nuestro asesino simplemente haber tenido a una víctima en mente... y ocuparse de matar al resto simplemente para cubrir sus movimientos, causando así la confusión para lanzarnos arena a los ojos?

Descendí del carruaje con Oscar en la esquina de Wellington Street y el Strand y, perplejo, alcé la mirada hacia el cielo despejado.

Oscar pagó al cochero y nos dirigimos al pub Duke of Wellington.

—Cerveza y sándwiches —murmuró sin ocultar su desgana en cuanto entramos al abarrotado salón lleno de humo. Enseguida vimos a Bram Stoker. Estaba en la barra, mirando hacia la puerta y esperándonos. No había ni rastro de Charles Brookfield.

—Les manda sus disculpas —dijo Stoker, dándonos a cada uno una pinta de cerveza caliente y oscura.

—¿Ah, sí? —preguntó Oscar, mirando la cerveza con ojos de una más que evidente desconfianza.

Stoker se rió. Era un hombre de constitución osuna. Tendría la misma altura que Oscar, como poco un metro ochenta y cinco, y era tan voluminoso como él. Sin embargo, mientras que Oscar parecía gordo y fofo, Stoker era fuerte y corpulento. Cuando se reía, todo su cuerpo se agitaba.

—No, Oscar. Tiene razón —rugió entre risas al tiempo que se rascaba su desaliñada barba pelirroja—. Charles Brookfield no les manda sus disculpas. Simplemente ha decidido no unirse a nosotros.

Stoker tomó su jarra y nos llevó hacia un reservado situado en un oscuro rincón al fondo de la habitación. Dispuestos en una mesa del reservado, había cuchillos, tenedores, platos, copas de vino, servilletas, una bandeja rebosante de trozos de carne fría, otra de cangrejo en salsa y dos botellas abiertas de vino de Alsacia.

—Acomódense, caballeros —dijo Stoker amigablemente—. Nunca creí que a Oscar le atrajeran demasiado los sándwiches.

—Por todas las maravillas del mundo —ronroneó él agradecido, al tiempo que acomodaba su corpulencia en uno de los bancos del reservado—. Mi felicidad ha remontado el vuelo. Gracias, Bram.

Stoker encendió una cerilla y prendió dos velas colocadas en el centro de la mesa. Tenía unos brillantes ojos azules y unas coloradas mejillas de granjero. Me sonrió.

—Oscar y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Sus padres se portaron muy bien conmigo en Dublín cuando era niño. Sir William Wilde era un héroe para mí.

—Además de médico, mi padre era escritor y anticuario —añadió Oscar a modo de explicación.

—Era un gran hombre, un buen hombre y un hombre fuerte —dijo Stoker, llenando nuestras copas—, hasta que el caso le partió la vida.

—¿«El caso»? —pregunté—. ¿Acaso sir William era también detective aficionado?

—No —respondió Oscar con una sonrisa—. Sir William era más bien un galán profesional. «El caso» fue una desafortunada calumnia. Mi padre fue acusado de

haber anesthesiado a una paciente con cloroformo y de haberla violado después. Naturalmente, no era cierto, pero sí lo era que la dama en cuestión y él habían mantenido una relación ilícita, aunque consentida. El caso supuso su ruina. Bram está en lo cierto. Le «partió» la vida.

—He ahí una lección para todos nosotros, caballeros —dijo Stoker, sonriéndonos desde el otro lado de la mesa—. Mantengámonos lejos de los tribunales a toda costa. ¡Salud!

Alzamos y entrecrocamos nuestras copas.

—Ahora —dijo Oscar mientras se servía una porción de cangrejo en salsa— explíqueme por qué Brookfield no está aquí.

—Siente una especial aversión hacia usted, Oscar. Así de simple. Está obsesionado con usted, pero al mismo tiempo no puede ni verle. Imagino que en el Club Sócrates, durante ese infernal juego suyo, usted fue la víctima elegida por él. Está enloquecidamente celoso de usted. De hecho, todos lo estamos. —Stoker me miró y me guiñó el ojo—. Yo lo estoy desde que era jovencito.

—Bobadas, Bram —dijo Oscar encantado, volviendo a servirse otra porción de cangrejo—. Memeces. —Me miró—. Soy yo el que estaba enloquecidamente celoso. Stoker me robó al amor de mi vida. La vio, me la robó, y no volvimos a verla.

—Contaba con la ventaja de la edad, Oscar —dijo Stoker.

—Sí —respondió, oliendo el vino con evidente satisfacción—. Por lo menos me queda ese consuelo. —Tomó un sorbo del vino de Alsacia y volvió a dejar la copa en la mesa. Luego se inclinó hacia mí confidencialmente—. Florrie Balcombe, la señora Stoker, es muy hermosa.

—Lo sé —dije—. He asistido a algunos estrenos en el Liceo. He visto cómo los caballeros se levantaban en los palcos y en platea para poder verla mejor.

—Constance Lloyd, la señora Wilde, también es muy hermosa —dijo Bram Stoker sin la menor afectación.

—Cierto —dije, y noté que me sonrojaba.

—Robert está un poco enamorado de mi esposa —murmuró Oscar dándome unas cariñosas palmaditas en el dorso de la mano.

—No me sorprende —dijo Bram Stoker—. Supongo que eso debe de ocurrirle a la mayoría de los hombres.

—Y aun así —dijo Oscar inclinándose hacia atrás en el banco y encendiendo su primer cigarrillo desde que habíamos ocupado nuestros asientos— hay un hombre que quiere matarla.

—No es posible —dijo Stoker—. No puedo creerlo.

—Pues es cierto —replicó Oscar con voz queda. Se inclinó hacia delante para acercarse más a nuestro anfitrión—. ¿A quién eligió como «víctima» cuando jugamos a mi condenado juego?

—Al Tiempo, el Viejo Escultor —respondió Stoker con una sonrisa. Se tiró de la barba con gesto contrito—. Cumpliré cuarenta y cinco años en noviembre.

—¿Y cuál es su «secreto», amigo mío?

—¿Mi secreto? Mi secreto es una tontería. Mi secreto es que en el fondo de mi corazón sigo teniendo veinticinco.

—Vaya —dijo Oscar, terminándose el vino de su copa—. En el fondo de mi corazón yo ni siquiera he cumplido los diecinueve.

Nos tomamos las dos botellas de vino de Alsacia y pedimos una tercera. Hablamos de la juventud y de la belleza, del buen vino y de la buena comida. Bram amonestó a Oscar cuando éste fue a servirse una tercera porción de cangrejo. Cangrejo en salsa. Según dijo, el cangrejo en salsa le había llevado a soñar con vampiros. Hablamos de la sátira sobre *El abanico de lady Windermere* de Charles Brookfield, y de los retratos de actrices *en deshillé* de Walter Sickert; de George Daubeney, de casas en llamas y de ropa interior femenina (el abuelo de Bram había sido fabricante de enaguas). Hablamos de cotorras, de monos y de asesinatos: Bram había regalado un mono como mascota a W. S. Gilbert y nos habló de un conocido suyo^[20] que reconocía haber asesinado en una ocasión a un desconocido «casualmente y sin motivo alguno». Fue un almuerzo maravillosamente amistoso y, aunque tocamos muchos temas periféricos a nuestro «caso», no estuve muy seguro de hasta qué punto habíamos hecho algún progreso realmente sólido.

A las tres, no obstante, una vez más en la esquina de Wellington Street y del Strand, Oscar se declaró claramente satisfecho. Bram Stoker había regresado al Liceo (para asistir a los ensayos del *King Lear* del señor Irving) después de insistir en pagar el almuerzo («Yo me llevé a la chica, Oscar. Puede quedarse con el cangrejo en salsa») y tras haber consentido en asistir al Hotel Cadogan la noche siguiente, lo que, según sus propias palabras, sería «el extraordinario encuentro adicional del Club Sócrates».

—Espero que sepa lo que hace, Oscar —exclamó Bram alegremente mientras se alejaba calle arriba en dirección al teatro—. Y no tema..., llevaré a Brookfield a su cena, se lo prometo.

—¿Y ahora qué, Oscar? —pregunté.

—¡Quedas en libertad, mi Ariel! Al menos por esta tarde... Vuelve a Gower Street y pon fin al problema con el abogado de tu esposa. Yo pasaré a hacerle una breve visita al inspector Gilmour. Necesito asegurarme de que mañana por la noche se unirá a nosotros. Después tengo mi cita con el honorable reverendo George Daubeney... en Beak Street, en la trastienda. Según me ha dicho, no me decepcionará... Y más tarde, Robert, lo creas o no, me iré a casa. Vuelvo al calor de la familia. Esta noche ceno con mi esposa.

—Me alegra oírlo —dije estrechando calurosamente de pronto la mano de mi

amigo—. Como debe ser, Oscar. ¿Y mañana?

—Mañana es día trece —dijo—. Mañana será otro día.

—¿Desayunamos juntos? —pregunté.

—No, mañana no —respondió agitando su bastón hacia un coche que pasaba en ese momento—. Mañana pasaré el día en Eastbourne, Robert. Tomaré el primer tren. Y tú, si eres tan amable y encuentras el momento, pasarás el día en Tite Street. El señor Heron-Allen no te molestará. La señora Heron-Allen ha regresado a la ciudad, así que también el señor Heron-Allen debe regresar al calor del hogar... Mañana necesito que seas el ángel guardián de Constance, amigo. Ve a Tite Street a las diez de la mañana, Robert. Y, hasta que yo te lo diga, no pierdas a mi esposa de vista.

El orden de asientos de la cena del Club Sócrates en el Hotel Cadogan para el viernes, 13 de mayo de 1892

Oscar Wilde

Reverendo George Daubeney – Willie Hornung

Edward Heron-Allen – Lord Alfred Douglas

Arthur Conan Doyle – Lord Drumlanrig

Robert Sherard – Walter Sickert

Inspector Roger Ferris – Bram Stoker

Charles Brookfield – Inspector Archy Gilmour

Alphonse Byrd

26.

Viernes 13

En el suroeste de Londres, el viernes, 13 de mayo de 1892, fue lo que bien podía haber sido un domingo, 1 de mayo: un día frío y vigorizante aunque el sol brillaba claro y luminoso en el cielo. Hice lo que Oscar me había pedido. Llegué al número 16 de Tite Street, en Chelsea, un minuto antes de la diez. Aunque Arthur, el mayordomo, parecía estar esperándome, no así Constance. Cuando Arthur me llevó al salón del primer piso, encontré a la señora Wilde sentada a la mesa junto a la ventana, leyendo un libro.

Alzó la mirada y, en cuanto me vio, exclamó:

—¡Robert! ¡Qué maravillosa sorpresa! Oscar acaba de salir. Se ha ido a Eastbourne. ¿Te quedarás y me harás a mí una visita? Estoy encantada de verte. La mujer de Edward ha vuelto a casa y él ha regresado al nido. Ya no tengo a nadie con quien jugar. Me he quedado sola.

Cerró el libro, se levantó, corrió a mí encuentro y me besó levemente en la boca. No me cabe duda de que para ella el gesto no tuvo ninguna importancia. Era simplemente su forma de ser. La estreché entre mis brazos y, al sentir el calor de su cuerpo contra el mío, disfruté de la suavidad de su piel. Oscar me había dicho no hacía mucho (una noche, en el Club Albemarle, después de habernos tomado dos botellas de champán) que ya no podía amar a su esposa como debía hacerlo un marido. «No la culpo, pobre criatura. Culpo a la naturaleza —dijo—. La naturaleza es asquerosa. Toma la belleza y la marchita. Marchita con las cicatrices de la maternidad el cuerpo de marfileña blancura que hemos adorado. Es odiosa. Contamina el altar del alma».

Hacía ocho años que yo conocía a Constance, desde la época de su compromiso con Oscar, y, a mis ojos, con el paso del tiempo su belleza no sólo no había menguado, sino que había aumentado. En ese momento tenía treinta y cuatro años y su figura era ligeramente más rellena de lo que lo había sido en los días de su virginidad, pero el tiempo y la maternidad le habían dado un resplandor (una luminosidad) que no había tenido cuando era una muchacha. Cuando la conocí, su hermosura natural estaba enmascarada por su reticencia también natural. Era hermosa, pero era también tan tímida que resultaba casi torpe. Con el tiempo seguía siendo hermosa y, aunque a veces se mostraba incómoda entre desconocidos, como norma general mantenía una compostura (una discreta seguridad en sí misma) que a mí me resultaba absolutamente irresistible. Oscar era mi mejor amigo. Estar con él resultaba siempre estimulante, pero, para ser sincero, yo no siempre me encontraba

cómodo. En compañía de Oscar, me sentía tenso. En la de Constance, en cambio, estaba siempre relajado.

Cuando por fin la solté de entre mis brazos, ella no se separó de mí. Me miró a los ojos y sonrió. Aunque deseé volver a besarla, me limité simplemente a mirar a la mesa situada junto a la ventana y dije:

—¿Qué estás leyendo?

Se sonrojó.

—¡Me avergüenza decir que estoy leyendo mi propio libro! —Se separó de mí y, entre risas, se cubrió el rostro con las manos—. ¡He estado leyendo mis propios relatos, Robert!

—¿Es éste tu nuevo libro? —pregunté moviéndome con ella hacia la mesa—. Ya sabes que me encantó el primero.

—Eran cuentos de hadas para niños, Robert —replicó burlona—. ¡Es imposible que te hayan «encantado»!

—Pues así es —insistí—. ¿Cómo se titula el nuevo?

Cogió el fino ejemplar, encuadernado en cuero azul, y me lo dio.

—*Hace mucho tiempo* —fue su respuesta—. Más cuentos de hadas. Oscar se ha mostrado muy halagador con ellos.

—¡También yo lo haré! —declaré—. Léeme uno, ¿quieres, Constance? —le pedí poniéndole el libro en las manos—. ¡Léemelos todos!

—No seas ridículo, Robert —dijo, pero hizo lo que le pedí.

Pasamos toda la mañana sentados juntos a la mesa situada junto a la ventana delantera de Tite Street. Los relatos eran deliciosos, tan encantadores y fantásticos como los cuentos de hadas del propio Oscar, aunque ni tan melancólicos ni tan barrocos en su estilo. En cuanto Constance terminaba de leer uno de sus cuentos, yo la animaba a que leyera otro. Ella protestaba cada vez, y cada vez accedía. Y mientras leía y pasaba las páginas del libro con la mano derecha, yo sostenía su mano izquierda en la mía. De vez en cuando, durante su lectura, ella levantaba los ojos de la página y me sonreía. En una ocasión, cuando yo había puesto su mano boca arriba sobre la mesa y la acariciaba lentamente con las yemas de los dedos, ella preguntó:

—¿Qué haces, Robert?

—Estudio las líneas de tu mano —dije—. Quiero saber lo que te depara el futuro. Constance cerró los dedos sobre los míos.

—No mires con demasiada atención —dijo—. Hasta la señora Robinson se niega a decirme lo que ve en ella.

Poco después de mediodía, Gertrude Simmonds, la institutriz de los niños, llamó a la puerta del salón. Llevaba de la mano al pequeño Vyvyan. Venía a preguntar si la señora Wilde deseaba almorzar en compañía de sus hijos y si yo me uniría también al grupo.

—Oh, sí —exclamó Constance, levantándose y yendo hacia la puerta—. El señor Sherard desea sin duda ver a los niños.

Mientras hablaba con la institutriz y besaba a su hijo menor, yo me quedé mirando por la ventana que daba a Tite Street. En la acera de enfrente, de pie bajo una farola y mirando hacia la casa, reconocí dos figuras que me resultaron familiares: Antipholus, el chiquillo negro del Circo Astley, y su hermana Bertha. El muchacho le había dado la mano a la niña, que a su vez sostenía en la suya el aro de madera que George Daubeney le había regalado. Cuando me vieron mirarlos, Antipholus levantó el brazo y me saludó amigablemente con la mano. Yo le devolví el saludo.

—¿A quién estás saludando? —preguntó Constance.

—A nadie —mentí volviéndome a mirarla—. Alguien a quien he creído reconocer —añadí—, pero me he equivocado. —Cuando volví a mirar por la ventana, Antipholus y Bertha habían desaparecido.

Almorzamos con los pequeños en la habitación de los niños. Eran una pareja encantadora, de modales perfectos y más maduros de lo que correspondía a su edad. Cuando Cyril dijo: «Papá nos está enseñando latín, pero a mí me suena todo a griego» y yo me reí, él añadió orgulloso: «Es un chiste mío, no de papá». En cuanto terminamos de almorzar, dejamos que los niños se echaran su siesta y regresamos al salón.

Mientras tomábamos el café, Constance me dijo lo mucho que amaba a Oscar y el padre y marido perfecto que era a sus ojos.

Protestó cuando dije:

—Temo que a veces te tenga un poco abandonada.

—¡Nunca! Siempre nos lleva en el pensamiento..., siempre. Espero recibir en cualquier momento un telegrama de Eastbourne. Me manda mensajes encantadores desde allí adonde va.

—¿Qué hace en Eastbourne? —pregunté—. ¿Lo sabes?

—Supongo que debe de tratarse de algún asunto literario —dijo con su voz dulce—, o quizá sea simplemente que Bosie necesita tomar un poco de aire marino. Oscar necesita más estímulos de los que le podemos dar aquí. Soy consciente de ello. —Me sonrió—. Y no me causa ningún problema. Estoy casada con Oscar Wilde, el hombre más inteligente de Europa. Y uno de los más dulces. No puedo pedirle más a la vida, Robert.

Se produjo un silencio entre nosotros. Miré hacia la ventana.

—Antes del almuerzo —dijo—, cuando saludabas a alguien que estaba en la calle, ¿se trataba por casualidad de un muchacho negro y una niña?

Clavé la mirada en mi taza de café y murmuré que, en efecto, así era.

—Están a menudo ahí fuera —dijo Constance—. Creo que Oscar les envía para que me vigilen.

Esa tarde en Tite Street me dio algo que ninguno de mis tres matrimonios me ha dado: una muestra de satisfacción doméstica. Constance y yo jugamos al *piquet*; tomamos el té al caer la tarde (con los mejores panecillos de la señora Ryan, mermelada casera de ciruelas y crema amarilla de Cornualles) y ayudamos juntos a Gertrude Simmonds a bañar a los niños. Yo les leí luego uno de los cuentos de hadas de Constance como pequeño regalo antes de acostarse. A las seis, Arthur encendió la chimenea del salón y Constance y yo nos quedamos de pie delante del hogar y brindamos con una copa de jerez. Fue todo muy fácil y relajado, extremadamente confortable y reconfortante. Era, según pude entender, lo que yo más deseaba tener en la vida.

Cuando el reloj de la repisa de la chimenea dio las siete, oímos el repiqueteo de cascos de caballo y el traqueteo de ruedas en la calle. Constance corrió a la ventana.

—Ése debe de ser Oscar —exclamó.

Miramos a la calle al tiempo que un carruaje se detenía delante de la puerta principal. Esperábamos ver bajar a alguien del coche, pero no fue así. En vez de eso, un muchacho saltó a la acera desde el pescante. Era Nat, el pecoso botones del Hotel Cadogan. Llevaba un sobre en la mano.

Un instante más tarde, Arthur entró al salón con el sobre en una pequeña bandeja de plata.

—Para el señor Sherard, señora.

—Es de Oscar —dije. Abrí el sobre y leí la nota:

Todo bien. Estamos preparados. Ven ahora mismo al Cadogan. Ven como estés y hazlo ahora. No te retrases. Constance estará a buen recaudo. Antipholus está de guardia y la policía está en sobre aviso. No le digas nada a mi esposa..., salvo que su marido la ama y llegará a casa justo después de medianoche.

Doblé la nota cuidadosamente y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo que irme —dije.

—¿Te requiere Oscar? —preguntó—. ¿Es él quien te llama?

—Sí.

No preguntó nada más. Ni dónde estaba ni tampoco con quién o por qué.

—Dice que estará en casa justo después de medianoche —añadí.

—Oh, bien —dijo acompañándome a la puerta al tiempo que entrelazaba su brazo con el mío—. Me alegra saberlo. Dile que le mando todo mi amor. Le estoy muy agradecida por haberte enviado aquí hoy. —Alzó su luminoso rostro hacia el mío—. Ha sido una ocasión deliciosa, ¿verdad?

—Ha sido perfecta —dije, y la besé en los labios. Veinte minutos más tarde, cuando llegué al comedor privado del Cadogan, encontré, para mi asombro, la estancia *en fête*. Las risas, las conversaciones a viva voz y el tintineo de las copas llenaba el caluroso y humeante aire del comedor.

—Todo el mundo parece encantado —le comenté a Walter Sickert, al que

encontré de pie y solo junto a la puerta con un buen vaso de whisky con soda en la mano.

—Encantadísimo —repitió—. ¿Has oído alguna vez hablar del condenado que antes de morir pidió disfrutar de un buen banquete? Creo que el principio es el mismo. Están todos aquí... y todos parecen estar exacerbadamente animados. ¡Fúmate un cigarro! —Me ofreció uno de sus Manilas favoritos. Lo acepté, recordando colocármelo en la boca del revés.

—¿Celebremos algo?

—Así es —respondió encendiendo una cerilla y sosteniéndola en alto ante mí—. Ese cuadro que esperaba vender... ¡por fin lo he vendido! Se acabaron para mí las exposiciones y las galerías. Ya no creo en eso de vomitar todo tu pasado, tu presente y tu futuro en la habitación de un tratante durante tres semanas, barriendo con ello la virginidad de los cuadros... No, como toda madre astuta, ahora caso a mis hijas una a una, discretamente, a algunas bien, a otras mal. A ésta... ¡la he casado bien! Toma otro cigarro... para después. —Me metió otro Manila en el bolsillo delantero de la chaqueta.

No cabía duda de que Wat ya estaba borracho. Eran apenas las siete y media y sin embargo tuve la sensación de que no era él el único que había bebido demasiado. El ambiente reinante en la sala parecía rozar la histeria. A nuestra derecha pude ver al reverendo George Daubeney con el rostro encendido por el vino. Su mano derecha reposaba sobre la cabeza de Willie Hornung, al parecer ofreciendo al muchacho algún tipo de absolución. Justo delante de nosotros estaban Conan Doyle y Bram Stoker, hablando a voz en grito.

—Novedades sobre la rata gigante de Sumatra —exclamó Arthur—. ¡Ése es un relato para el que el mundo aún no está preparado!

—Cuéntelo, hombre —tronó Bram golpeando amistosamente al doctor con el puño cerrado—. Cuéntelo... y aterrorice con él a sus lectores. Es lo que desean. Es lo que tengo planeado hacer con mis vampiros.

—Y lo hará, Stoker, lo hará —intervino Charles Brookfield.

—Será mejor que me acerque a saludar a Oscar —murmuré a Wat Sickert.

—No hace falta —dijo él antes de terminarse el vino de su copa—. Le habrá visto ya, sin duda. No se le escapa nada.

Oscar estaba de pie con lord Alfred Douglas y con Francis, lord Drumlanrig, en el extremo opuesto del salón, junto a la cabecera de la mesa del comedor. Sickert estaba en lo cierto. Ya me había visto. Cuando yo me abría paso entre la multitud, él golpeó su copa de champán con un cuchillo de pescado y pidió silencio.

—El señor Sherard ha llegado. Pueden servir la cena. *À table*, caballeros, *à table*.

La compañía se congregó y se desplazó alrededor de la mesa, estudiando las tarjetas con los nombres de cada uno para encontrar su sitio.

—El menú y los vinos son los mismos que servimos la última vez que nos conocimos —gritó Oscar—, pero el *placement* ha cambiado en algunos casos. —Con el índice indicó a George Daubeney y a Willie Hornung que se acercaran a él—. He sentado a mi derecha y a mi izquierda, al padre y al amigo del *Gentlewoman*.

—Ya veo que, como de costumbre, me he llevado la peor parte —apuntó Charles Brookfield—. Sentado entre el policía y el secretario del club. —Preguntó entonces desde su extremo de la mesa—: ¿Acaso soy yo su principal sospechoso, Oscar?

—Está sentado entre hombres de alto rango, Charles —respondió Oscar dando muestras de su habitual amabilidad—. Creía que le gustaría.

Cuando todos hubimos encontrado nuestros asientos, Oscar volvió a hacer tintinear su copa de champán con el cuchillo.

—Silencio, caballeros, se lo ruego. —Ocupamos nuestros lugares detrás de las sillas y miramos a nuestro anfitrión. Él bajó la copa y volvió a dejar el cuchillo de pescado encima de la mesa. Cuando el salón guardó silencio, mantuvo durante unos segundos la tensión del momento. Iluminado desde abajo por la parpadeante luz de las velas, parecía una de las figuras de los dramáticos cuadros de Wat Sickert: el actor principal de pie ante las candilejas, a punto de declamar el prólogo de la obra. Y es que, en realidad, eso es exactamente lo que Oscar era en ese instante.

Sus ojos escudriñaron los nuestros sin prisa.

—Gracias por haber tenido la amabilidad de estar aquí esta noche, caballeros —dijo por fin—. Les estoy inmensamente agradecido por haber mostrado su disponibilidad con tan poco tiempo de antelación. Cuando hayamos cenado, explicaré exactamente por qué les he convocado hoy aquí... y por qué he pedido al inspector Gilmour y al inspector Ferris de Scotland Yard que se unan a nuestro grupo. Les damos calurosamente la bienvenida a esta reunión extraordinaria del Club Sócrates. —Asintió en dirección a los oficiales de policía al tiempo que un suave murmullo recorría la mesa—. No han venido solos —añadió, dirigiendo una mirada hacia la puerta del comedor—. Según tengo entendido, hay ocho policías dentro y alrededor del hotel esta noche..., uno de los cuales reconocerás, Robert. —Bajó la voz y se inclinó sobre la mesa hacia mí—. El feo hombrecillo del baño turco resulta no ser un asesino, sino un espía de la policía. Y no es a nosotros a quien ha estado vigilando, amigo, sino a lord Rosebery. Al parecer, el exsecretario de Asuntos Exteriores y sus socios están sometidos a una permanente vigilancia policial...

Lord Alfred Douglas chasqueó la lengua, impaciente.

—Creía haberte oído decir que estaban a punto de servir la cena, Oscar.

—Y así es, Bosie. —Oscar sonrió a su joven amigo y asintió con la cabeza hacia la mesa en un gesto de disculpa—. Demos gracias al Señor y, mientras lo hacemos, detengámonos un instante a recordar a aquellos que hemos perdido desde la última vez que nos vimos en esta habitación hace una docena de noches.

Bajó la cabeza, cerró los ojos y con sus dedos largos y elegantes se agarró con fuerza al respaldo de la silla. Nos quedamos en silencio durante al menos un minuto —o quizá más— y luego, sin que nadie le animara a ello, George Daubeney bendijo la mesa.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Benedic, Domine, nos et haec tua dona, quae de tua largitate sumus sumpturi, per Christum Dominum nostrum.*

Al unísono, vigorosamente y a viva voz, respondimos:

—Amén.

Cuando nos sentamos a cenar, el ambiente exageradamente festivo que me había recibido al llegar al salón se transformó de inmediato. Mientras el camarero del hotel —nuestro único servicio— nos servía los *hors d'oeuvres*, Alphonse Byrd, el único de los presentes que vestía de noche, se movía alrededor de la mesa sirviendo el primero de varios vinos exquisitos. Era un extraordinario *crémant* de Alsacia, burbujeante y chispeante, que complementaba a la perfección el caviar, la langosta y atún en escabeche. Yo estaba sentado delante de Wat Sickert, que alzó su copa hacia mí y susurró:

—El condenado disfrutó de un copioso banquete.

Mientras tomaba mi vino, recorrí la mesa con la mirada. Estudié, uno a uno, los rostros de los invitados. No supe ver a ningún asesino entre nosotros. Ninguno de mis compañeros de mesa me pareció poseedor de la marca de Caín. Hasta Edward Heron-Allen (que hablaba a voz en grito con lord Alfred Douglas sobre la fornicación entre monos machos en la selva peruana) daba la impresión de ser un hombre con la conciencia perfectamente tranquila. En cada esquina de la mesa vi a tipos libres de culpa enfrascados en cómodas conversaciones. En la cabecera, Charles Brookfield charlaba amigablemente con los dos inspectores de policía; y, sentado a la cabecera opuesta, Oscar, sonriente, tenía a George Daubeney y a Willie Hornung tomados del brazo. Se inclinó sobre ellos y le preguntó a Conan Doyle:

—¿Cómo va la escultura, Arthur? Imagino que ya debe de estar casi terminada.

—Pues sí, así es. ¿Se lo ha dicho Tuie?

—No, pero le he visto tan profundamente concentrado en ella que entiendo que ha debido de estar trabajando con una fecha de entrega. Intuyo que se trata entonces de un regalo... ¿de cumpleaños?

—Acertó de nuevo, Oscar. Pero ¿el cumpleaños de quién? ¿Llegan a tanto sus poderes de deducción?

—Tiene que tratarse de una dama —dijo Oscar—. A ningún hombre se le ocurre hacer un regalo de cumpleaños a otro.

—¡Salvo cuando me regalas pitilleras para el mío! —exclamó Bosie—. Hermosas pitilleras, elegantemente inscritas. —Sacó una del bolsillo y la agitó en el aire.

Oscar ignoró a su joven amigo y siguió mirando con ojos pequeños y brillantes a

Conan Doyle:

—No es para su esposa, Arthur. Su cumpleaños es en agosto, lo recuerdo bien. Tampoco para su querida, pues le conozco, amigo mío: es usted todo un caballero y jamás tendrá una. De modo que debe de ser para alguna mujer de su familia... Su madre, su tía..., ¿quizá su hermana? —Soltó la manga de Daubeney y con la mano derecha dio un palmetazo triunfal sobre la mesa—. ¿Tiene usted una hermana, Arthur? ¡Yo creo que sí!

—La tiene —exclamó Willie Hornung—, y es muy hermosa. Muy, muy hermosa.

Oscar se volvió en la silla y miró al joven amigo de Conan Doyle. Vi brillar las lágrimas en los ojos de ambos.

—Habla usted totalmente en serio, Willie. No me cabe duda. Está usted enamorado de la hermana de Arthur. Decláresele, muchacho, ¡el día de su cumpleaños!

Willie Hornung enrojeció y Arthur Conan Doyle se rió y repiqueteó con los dedos en la mesa a modo de aplauso. Oscar llamó a Alphonse Byrd, que acababa de tomar asiento entre Charles Brookfield y el inspector Gilmour.

—¡Byrd! —exclamó—. ¡Byrd! ¿Qué dice Sócrates sobre el matrimonio? Es usted un gran estudioso de los clásicos, un hombre del New College, debería saberlo...

De pronto, la mesa se quedó en silencio y todas las miradas se fijaron en Alphonse Byrd. El secretario del club vaciló durante un instante y luego se levantó despacio y miró a Willie Hornung.

—«Mi consejo es que te cases. Si encuentras una buena esposa, serás feliz. Si no, te convertirás en filósofo».

—¡Sí! —exclamó Oscar entusiasmado, despertando un coro de aplausos y de risas en la mesa.

Mientras disfrutábamos de la cena, el ambiente que reinaba en el salón se mantuvo tranquilo, pero a medida que un plato seguía al otro —y que Byrd y el camarero llenaban y rellenaban nuestras copas con exquisitos vinos—, las bromas fueron remitiendo. La conversación siguió siendo fluida alrededor de la mesa, pero el punto de histeria empezó a disiparse. A las diez —yo estaba sentado al lado de Conan Doyle, que miraba regularmente su reloj Hunter—, cuando las carnes habían sido ya retiradas, aunque antes de haber servido los postres y las delicias saladas, vi cómo Oscar llamaba al camarero y le susurraba algunas instrucciones al oído. Luego dijo en voz alta, aunque sin dirigirse a nadie en particular:

—Y ahora que estamos más calmados, creo que ha llegado el momento de empezar.

27.

Respuestas

Oscar retiró su silla de un empujón y dejó con cuidado la servilleta encima de la mesa. Alphonse Byrd estaba junto a él con una copa limpia y una pequeña jarra de vino amarillo.

—Sólo media copa, gracias, Byrd. Tengo trabajo por delante.

Tamborileó con las yemas de los dedos en el borde de la mesa y se levantó. En la habitación reinó el silencio. Las velas parpadearon, serviciales.

Walter Sickert se inclinó hacia mí y susurró:

—Empieza el espectáculo...

Desde el asiento que ocupaba entre los dos policías, Charles Brookfield, ahuecó las manos alrededor de su boca y preguntó a la mesa:

—¿Quién mató a la cotorra, Oscar? ¡Eso es lo que queremos saber!

Él sonrió al tiempo que bajaba la cabeza hacia una vela para encenderse el cigarrillo.

—Todo a su tiempo, Charles —dijo. Y lo dijo amablemente, con un ánimo casi juguetón—. Hay que aprender a mantener el tempo de este tipo de cosas —añadió con una sonrisa—. Llegaremos a la cotorra a su tiempo, pero con su permiso, Charles, empezaremos por el principio. —Volvió a incorporarse y, por un momento, apoyó levemente las manos en los hombros de George Daubeney y de Willie Hornung, que estaban sentados a cada lado de él. Luego recorrió la mesa con la mirada y dio una pausada calada a su cigarrillo. Cuando estuvo seguro de que todas las miradas estaban fijas en él, empezó.

—Gracias, caballeros —dijo—. Gracias una vez más por haber tenido la amabilidad de asistir a esta cena esta noche. —Hablaba con voz suave, agradable al oído. Sickert la comparó en una ocasión al sonido de un «cello que alguien tocaba en una estancia próxima»—. Les estoy inmensamente agradecido a todos y cada uno de ustedes. Como bien recordarán, la última vez que nos reunimos aquí, jugamos, instigados por mí, a un juego..., un juego llamado «Asesinato» de consecuencias imprevistas y espantosas... No sabría decirles cuánto lamento ahora ese juego. Mi pobre excusa es que en ningún momento tuve la menor intención de causar ningún daño con él.

El inspector Gilmour se movió incómodo en la silla.

—Cierto es que salvo uno, todo los que han perdido la vida durante los últimos trece días podrían haber sido igualmente asesinados. Aun así, no negaré que mi estúpido juego actuó como desencadenante de una mortal serie de acontecimientos, y

que lo hizo cuando lo hizo. Y, dado que el juego fue idea mía y sólo mía, creo que es también responsabilidad mía desentrañar el misterio de sus consecuencias. Les he pedido que vengan aquí esta noche, caballeros, para cumplir con mi deber con ustedes: desvelarles quién de ustedes ha matado a quién... y por qué.

—¿Está diciendo que hay un asesino entre nosotros, Oscar? —preguntó Willie Hornung, con el rostro encendido de pura excitación.

—Así es.

El inspector Ferris levantó la mano, como un vacilante escolar sentado en los bancos traseros de la clase.

—Si va a ser descubierto, señor Wilde, ¿por qué cree que su asesino ha accedido a venir?

—Buena pregunta —masculló el inspector Gilmour.

—Pues por curiosidad —murmuró Charles Brookfield—. Oscar es irresistible. Todos deseamos ver a Oscar Wilde en acción.

—Y además Byrd sirve unos caldos magníficos —ronroneó lord Alfred Douglas, recostándose en el respaldo de la silla y guiñándole un ojo a nuestro anfitrión.

—Declinar mi invitación para esta noche, haberse mantenido oculto o haber huido... habría sido equivalente a una admisión de culpabilidad —dijo Oscar mirando directamente al inspector Ferris—. Nuestro asesino ha venido aquí esta noche precisamente para afirmar con su presencia su inocencia. Ése es su estilo. Así ha sido desde el principio.

La habitación recuperó la calma. Oscar se volvió hacia la derecha y miró al honorable reverendo George Daubeney, que le devolvió la sonrisa con los ojos acuosos.

—Su copa de vino está vacía, George —dijo—. Tome la mía. —Oscar dio al clérigo su copa de vino amarillo—. Empecemos por el principio —prosiguió—, aquí, con el reverendo George... —Éste alzó su copa hacia él y sonrió. Oscar se volvió a dirigirse a toda la mesa—. Como recordarán, caballeros, cuando el domingo pasado jugamos al juego de «Asesinato», la primera papeleta que se extrajo de la bolsa de terciopelo del señor Byrd fue la del señor Daubeney... El señor Daubeney nombró a la señorita Elizabeth Scott-Rivers, que había sido antaño su prometida, como su «víctima». Lo sabemos porque así nos lo dijo él mismo. Como recordarán, montó un buen lío a la hora de decírnoslo... Lo cierto es que en ese momento tuve la impresión de que protestaba demasiado..., como volvió a hacerlo más tarde, esa misma noche, cuando no dejaba de repetir que había bebido más de la cuenta mientras que yo mismo, con mis propios ojos, le había visto beber como mucho dos copas de vino.

Daubeney miró fijamente a Oscar y se secó los labios.

—No olvide que somos amigos, Oscar. Nos conocemos bien, ¿no es así?

Él le devolvió la mirada.

—Creo que le conozco mejor yo a usted que usted a mí, George.

Daubeney se rió y dedicó una mirada a la mesa.

—La muerte de Elizabeth fue un accidente —dijo rotundamente—. Pregunten al juez. O a la policía.

—No, no fue un accidente —declaró Oscar, apagando el cigarrillo—. Fue un asesinato, George, un asesinato de lo más ingenioso, un asesinato inspirado en una conversación que tuvo usted la tarde del domingo, uno de mayo, en el número dieciséis de Tite Street... con mi esposa.

Daubeney negó con la cabeza, incrédulo.

—No sé de qué habla, Oscar.

—Oh, ya lo creo que sí, George —respondió Oscar sin perder en ningún momento la calma—. Esa tarde, en nuestra caritativa velada de recaudación de fondos para la Asociación para la Racionalidad en el Vestir, Constance le contó que todos los años, sólo en la ciudad de Londres, decenas de mujeres pierden la vida en incendios domésticos, víctimas de las llamas en sus casas junto a la chimenea, cuando se les incendia la ropa accidentalmente por el chisporroteo de alguna brasa, un carbón encendido o alguna chispa que salta desde el fuego. Lo que le contó mi esposa le *inspiró*... para asesinar a su exprometida, haciéndola arder en llamas... Deseaba usted liberar al mundo de la mujer que en su día le buscó la ruina y que podía volver a buscársela. Esa tarde, y desde su inocencia, mi bondadosa esposa le sugirió el método perfecto para llevarlo a cabo. Constance le dio la idea, George. Y yo, gracias a mi infeliz juego, le di la oportunidad.

Se hizo el silencio mientras Oscar encendía su segundo cigarrillo.

—Señor Wilde —dijo el inspector Gilmour—, parece usted olvidar que cuando encontramos el cuerpo de la señorita Scott-Rivers su casa estaba cerrada desde dentro. Tengo plena certeza de ello. Yo mismo comprobé todas las cerraduras.

—Cuando llegó a la escena de los hechos, inspector, la casa estaba sin duda cerrada desde dentro. Pero no era así cuando el señor Daubeney llegó al número veintisiete de Cheyne Walk.

El inspector Ferris retiró su silla de la mesa.

—No se preocupe, inspector —dijo Daubeney volviéndose hacia el policía y levantando su copa hacia él—. No pienso huir. No tengo nada que ocultar.

Oscar entrecerró los ojos al mirar al clérigo.

—Tiene usted mucho que ocultar, George..., demasiado. Y su ingenio, por llamarlo así, es mostrarse sumamente abierto para que nadie le crea capaz de semejante maldad...

—Que Dios le perdone, Oscar. Creía que éramos amigos. —Daubeney negó con la cabeza y se tomó el vino de su copa. Estaba tan tranquilo que costaba en efecto creerle culpable de algo. Recorrió la mesa con la mirada y sonrió al resto de los

invitados—. La casa estaba cerrada desde dentro, caballeros. El fuego ardía enfurecidamente cuando intenté entrar en ella forzando la ventana de la planta baja, pero el impacto de las llamas me golpeó y caí de espaldas. Podría haber rescatado a Elizabeth y lo habría hecho. Ésa es la verdad.

—No, George, ésa no es la verdad. —Oscar se volvió hacia el reverendo Daubeney y le miró sin inmutarse. Hasta que concluyó su relato no volvió a apartar ni una sola vez los ojos del clérigo—. La verdad de lo ocurrido es ésta, George: el domingo, uno de mayo, hacia la medianoche, usted salió del Hotel Cadogan y se fue caminando desde aquí por Sloane Street y cruzando King's Road hasta la orilla del Támesis. Decidido y plenamente consciente de sus actos, se dirigió al número veintisiete de Cheyne Walk, la casa de la señorita Scott-Rivers. Vio luz en la ventana del salón de su exprometida y llamó a la puerta. Fue la señora de la casa quien salió a abrir, pues los criados habían salido. Estaba sola y así se lo hizo saber..., y en cuanto se lo dijo, aprovechó usted la ocasión. La mató allí mismo... al instante, despiadadamente y sin el menor remordimiento. A sangre fría.

Daubeney se secó la boca con una mano temblorosa.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo la maté?

—No estoy seguro de eso —respondió Oscar—. Imagino que la estranguló. Tenía los ojos muy abiertos cuando encontraron su cuerpo.

—Esto es grotesco —murmuró Conan Doyle.

La mirada de Oscar siguió fija en George Daubeney.

—Pues es aún peor, Arthur, créame. —Se inclinó todavía más hacia Daubeney—. Mató usted a la señorita Scott-Rivers y arrastró su cuerpo por el salón hasta la chimenea para colocarlo junto al hogar. Luego regresó a la puerta de la calle y la cerró con llave por dentro. Bajó al sótano y se aseguró de que la puerta de la calle y la del jardín estuvieran también cerradas con llave. —Oscar dio una calada a su cigarrillo—. La escena estaba dispuesta... y lo único que le quedaba por hacer era volver al salón y encender la cerilla... o, con las pinzas del fuego, sacar una brasa de la chimenea y prender con ella el vestido de su víctima... Prendió fuego al cuerpo de la pobre mujer y esperó a verlo presa de las llamas antes de escapar. Fue un trabajo fácil. La vio arder y salió entonces por la ventana del salón. Y los bomberos del embarcadero que le vieron de pie en el alféizar de la ventana simplemente creyeron que intentaba entrar a la casa, no que salía de ella, porque, en el momento en que le vieron, eso es lo que les pareció...

—Y así fue —se apresuró a decir Daubeney.

—No, George. Había demasiados cristales rotos en la zona justo debajo de la ventana... La ventana tenía que haberse roto de dentro afuera y no desde fuera.

—Fue un accidente —protestó Daubeney—. ¡El fuego prendió en su vestido!

—Si el fuego hubiera prendido en su vestido de forma accidental, George, jamás

habrían encontrado su cuerpo junto a la chimenea. Cuando una mujer ve que se le quema el vestido, no se queda junto al lugar de donde proceden las llamas, sino que se aleja de él..., intenta escapar. Encontraron el cuerpo de Elizabeth-Scott Rivers junto a la chimenea porque fue allí donde usted lo dejó.

Archy Gilmour se levantó y asintió con la cabeza en dirección a su colega oficial.

—¡Deténgale! ¡Queda usted detenido, acusado de asesinato! —ordenó.

Oscar se rió.

—¡Y no sólo de eso! —Levantó su brazo derecho—. Aún no hemos terminado.

George Daubeney no intentó moverse. Cerró los ojos.

—No me encuentro bien —dijo.

—¡Lléveselo! —ordenó Gilmour.

Oscar se volvió hacia el policía.

—Aún hay más, inspector. Si desea usted oírlo.

—¿Acaso no hemos oído ya bastante? —preguntó Conan Doyle.

—Bastante para colgar a un hombre, sin duda —dijo Oscar—. Hemos oído el «qué», Arthur, y también el «cómo». Pero nos falta saber el «móvil»; no hemos oído aún el «porqué».

Alcé la mirada hacia Oscar.

—Sin duda mató a la pobre mujer para hacer fortuna, para heredar la de ella... —dije.

—No, Robert. Cuando mató a Elizabeth Scott-Rivers, Daubeney creía que ella había modificado su testamento. No la mató por su dinero..., eso no fue más que una bonificación accidental. La mató movido por su sed de venganza... y para silenciarla. Ella conocía su secreto.

—Todos tenemos nuestros secretos, ¿no es así, Oscar? —se rió lord Alfred Douglas, tendiendo el brazo por delante de su hermano y quitándole un cigarro a Wat Sickert del bolsillo de la chaqueta.

—Así es —respondió Oscar con voz queda—. Elizabeth Scott-Rivers descubrió el secreto de su prometido una semana antes del día en que iba a celebrarse la boda. De inmediato, y en privado, rompió el compromiso. Poco después, y en público, le denunció por haber roto el compromiso y, en el proceso, le dejó en la ruina. Él nada hizo por defenderse. ¿Por qué? ¿Por qué George Daubeney, supuesto caballero y aparentemente codiciado soltero, hijo de barón, hombre de hábito y capellán segundo de la Cámara de los Comunes aceptó la humillación y la ruina que le infligió la ruptura de su compromiso? Porque no tuvo opción, porque tenía un secreto...

—Seguro que hay una dama implicada en el caso —murmuró Bram Stoker—. Siempre es así.

—O quizás un joven —sugirió Charles Brookfield—. Oscar tiene unos amigos muy curiosos.

—¿Cuál es ese secreto, Oscar? —preguntó impaciente Conan Doyle—. Vamos, hombre. No juegue con nosotros. Suéltelo ya.

Él irguió la cabeza. Dos finos penachos de humo rosado se elevaron de sus fosas nasales.

—George Daubeney es un tratante de prostitutas infantiles —dijo—. Y tiene una especialidad: las niñas. Vende vírgenes... a cinco libras la pieza.

Daubeney no dijo nada. Siguió sentado en su sitio, ahora con la cabeza en las manos. El inspector Ferris se colocó inmediatamente detrás de él.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó Arthur Conan Doyle.

—Por los gemelos —se limitó a responder Oscar.

—¿Los gemelos? —repitió Willie Hornung.

—Los gemelos —dijo Wat Sickert con voz queda.

—Sí, Wat —dijo Oscar, mirando al pintor—. Los gemelos. —Su mirada se paseó por la mesa. Todos, salvo Daubeney, tenían los ojos fijos en él—. Durante la cena del Club Sócrates observé que el honorable reverendo George Daubeney llevaba unos gemelos muy poco habituales..., gemelos distintos. Uno era un sencillo gemelo de plata, muy común, pero el otro era ciertamente exquisito. Era un gemelo con una sobrecapa de esmalte en la que aparecía una reproducción de uno de mis cuadros favoritos: la *Madonna* de Bellini. Cuando volví a ver a Daubeney horas más tarde, cuando él apareció en mi casa de Tite Street después de que hubiera tenido lugar el incendio, los gemelos habían desaparecido. Me extrañó.

Oscar hizo una pausa y mantuvo la tensión del momento con su silencio. Miró expectante a Wat Sickert, que se pasó los dedos por el bigote y no dijo nada. Luego prosiguió.

—La noche de la cena del Club Sócrates me llamó especialmente la atención el gemelo con la imagen de Bellini de George Daubeney porque sabía que alguien más tenía un par de gemelos parecidos..., un amigo, mi amigo..., nuestro amigo... el pintor Walter Sickert.

Oscar tendió su brazo izquierdo en dirección a Wat. Él se inclinó rápidamente sobre la mesa.

—Le compré los gemelos a Daubeney, Oscar. Te lo dije cuando te los di. —Recorrió al resto de los asistentes con la mirada. Había en sus ojos una repentina desesperación. Por un momento, pareció realmente frenético—. Los gemelos mostraban una reproducción de *La Virgen de las Rocas* de Leonardo. Oscar los admiraba tanto que yo mismo se los regalé. No, no es cierto. Se los vendí.

—Por cinco libras —dijo Oscar.

—Sí —respondió Sickert—, por cinco libras. Eso es lo que le pagué a Daubeney. Y eso es lo que te dije.

—Me dijiste que los gemelos te habían costado cinco libras...

—Y así fue —exclamó Sickert—. ¡Así fue!

—Pero lo que no me dijiste, Wat, es que cuando le compraste los gemelos a Daubeney por cinco libras él prometió que los gemelos te serían entregados por un mensajero muy especial: una niña de trece años, una chiquilla de garantizada virginidad...

Sickert retiró violentamente la silla de la mesa.

—No la toqué, Oscar, lo juro. La quería como modelo..., nada más. Quería pintar a una muchacha que estuviera al borde de la feminidad. Quería pintar a una virgen, a una auténtica virgen. Eso es todo.

—¿La desnudaste?

—Se desnudó ella sola. No la toqué. Créeme, Oscar.

Él sonrió y encendió otro cigarrillo.

—Te creo, Wat. Eres mi amigo y sé que eres todo un caballero. Y, por extraño que pueda parecer, estoy en deuda contigo. Tú me vendiste esos gemelos porque me encapriché de ellos y me alegro de que lo hicieras porque, por casualidad, me los puse el día en que Robert Sherard y yo visitamos la Librería Francesa de Beak Street. George Daubeney estaba allí. Me vio con los gemelos y dio por sentado que también yo era hombre que busca vírgenes a cinco libras...

—Vaya, vaya... —murmuró Charles Brookfield.

—Anoche, Daubeney me invitó a Beak Street y me llevó a una habitación del primer piso para presentarme a una chiquilla llamada Rosa que hablaba español. Era una niña hermosísima. Tenía unos ojos redondos y negros y unas pestañas largas como las de un cachorro de jirafa. No podía tener más de once o doce años. Daubeney me dijo que acababa de llegar de México. La llamó Nuestra Señora de Guadalupe. Según dijo, la había «examinado» y daba fe de que sus jóvenes pechos acababan de «moldearse y eran del todo perfectos». La pequeña, según me aseguró, «carecía de vello» y también «de tacha». Disponía de un certificado expedido por una comadrona que garantizaba su virginidad. Me dijo que la virginidad de la niña era mía por cinco libras... y que recibiría además unos gemelos preciosos como recuerdo de nuestro encuentro.

—¡Mi garganta! —gritó George Daubeney, levantando el rostro de las manos—. Me arde la garganta. Tengo el cuello inflamado.

—Su cuello no tardará en quedar partido en dos, señor —dijo el inspector Gilmour de Scotland Yard—. Levántelo, Ferris. Lléveselo al furgón. Que los hombres le retengan allí hasta que hayamos acabado con esto. Dígales que será acusado de asesinato. No mencione este otro asunto. Necesitamos que sobreviva a esta noche.

28.

Respuestas, respuestas

Alphonse Byrd regresó al lado de Oscar con una copa limpia y una pequeña garrafa de vino amarillo.

—No ha tocado su vino, señor Wilde —dijo.

Oscar sonrió y apoyó la mano en el brazo del secretario del club.

—Disculpe, Byrd. Se lo he dado a Daubeney. Me ha parecido que lo necesitaba más que yo... habida cuenta de las circunstancias.

—¿Le apetece ahora un poco, señor?

—Gracias, sólo media copa. —Se volvió hacia el camarero que estaba de pie junto al aparador—. Asegúrese de servir a todos los presentes lo que deseen, si es usted tan amable. Y después únase a nosotros en la mesa.

—¿Que el camarero se siente con nosotros a la mesa? —preguntó Heron-Allen con una mirada divertida en su pálido rostro—. Admiro su democrática iniciativa, Oscar.

—¡Todo ocurre esta noche! —exclamó Bosie Douglas alzando su copa hacia nuestro anfitrión.

Charles Brookfield se inclinó hacia mí y murmuró:

—¿Me equivoco u Oscar siempre ha sentido cierta debilidad por la servidumbre?

—No es una cuestión de democracia —dijo Oscar bondadosamente mientras volvía a sentarse y alzaba luego su copa de vino hacia la luz de las velas—, sino de superstición. —Miró entonces la silla vacía de George Daubeney—. La cena aún no ha concluido y no podemos ser trece a la mesa.

—Se hace tarde, Oscar —dijo Conan Doyle—. ¿Aún no hemos terminado?

Él dejó la copa encima de la mesa y dedicó al médico su sonrisa infantil y torpe.

—Muy pronto estará de camino a South Norwood, Arthur, se lo prometo. Nos quedan tan sólo unos cuantos cabos sueltos.

Conan Doyle se guardó el reloj.

—Me descubro ante usted, mi viejo amigo. Ha descubierto a su hombre con una efectividad realmente admirable.

Oscar inclinó la cabeza hacia el médico.

—Sin embargo, podría haberlo logrado antes de haberle hecho caso, Arthur. En cuanto puso usted los ojos en Daubeney desconfió de él. Me dijo que no era un tipo de fiar.

—¿Eso dije?

—Así es... Aunque, como soy un romántico, ¡me dejé embelesar por su relación

con el circo! Vi payasos allí donde debería haber oído corrupción. Daubeney era capellán de la Cámara de los Comunes y *padre* del circo. Lo improbable de todo ello me deleitó de tal modo que llegó a desarmarme.

En el extremo opuesto de la mesa, Archy Gilmour tomaba notas.

—¿Cuándo empezó a sospechar de él, señor Wilde?

—Durante la cena me desconcertó su interés por parecer ebrio... cuando yo sabía perfectamente que estaba sobrio. También me desconcertaron los gemelos. Supuse que debían de ser alguna suerte de señal, un símbolo, como puede serlo la corbata de un club, pero di por supuesto que su interés se centraba en las mujeres, no en las niñas. Mis sospechas no despertaron del todo hasta que le vi en compañía de una niña, una pequeña, la hermana de un chiquillo que trabaja en el circo. Me turbó el modo en que la tocaba. Y me preocupó cuando vi cómo veneraba una foto que tenía de ella... vestida de Cenicienta y al parecer llorando.

El inspector Ferris regresó al comedor henchido de energía. Tenía el rostro enrojecido y brillante, aunque trajo con él una bocanada del aire frío de la noche. La luz de las velas de la mesa menguó y las llamas parpadearon. Cuando el joven inspector volvió a ocupar su sitio, entre Charles Brookfield y yo, Oscar, con un gesto de la mano, le indicó al camarero, que seguía en la sombra, que se uniera a nosotros. El camarero, un hombre corpulento, perfectamente afeitado y carente de cualquier pretensión, ocupó con discreción el asiento de Daubeney a la derecha de Oscar. En cuanto el inspector Ferris acercó ruidosamente su silla a la mesa, se frotó las manos y asintió hacia Archy Gilmour con expresión satisfecha.

—Ya está en el furgón... esposado. Tres hombres le custodian. No tiene escapatoria... y se muestra totalmente dócil. Se queja de que se encuentra enfermo.

—Es un enfermo de los pies a la cabeza —dijo Charles Brookfield.

—El deseo termina convertido en enfermedad, o en locura, o en ambas cosas —observó Oscar.

—La pena para quienes abusan de los menores son los latigazos, ¿no es así? —preguntó Brookfield.

—¿Y qué entendemos por «menor» hoy en día? —preguntó Bram Stoker.

—De quince años para abajo —fue la respuesta de lord Drumlanrig—. La edad legal pasó de los trece a los quince gracias a la Ley de Enmienda del Código Penal de 1885.

—Le veo muy bien informado, señor mío —dijo Brookfield arqueando una ceja—. ¿La Ley de 1885? ¿No es ésa la misma que condena a los sarasas a trabajos forzados?

—La ley se formuló para proteger a los jóvenes y a los vulnerables —dijo Drumlanrig muy serio—. Lord Rosebery ha tenido mucho que ver en ella.

—¡Buen trabajo, Primrose! —dijo Brookfield alzando su copa hacia Drumlanrig.

—Creo que verá colgado a George Daubeney antes de verle sometido al látigo, señor Brookfield, siempre que sea considerado culpable de asesinato, cosa que sospecho hartamente probable. El señor Wilde ha sido muy convincente en su exposición del caso. —Gilmour miró a Oscar desde su extremo de la mesa—. Necesitaremos que nos facilite una declaración completa por la mañana, señor Wilde.

Oscar asintió.

—Por supuesto, inspector. El señor Sherard ha estado tomando notas. Confío en que le serán de gran ayuda.

—La cuestión es la siguiente —empezó Willie Hornung, inclinándose hacia delante y encendiendo su cigarrillo con el de Oscar—: ¿Cometió George Daubeney el segundo asesinato de la lista? ¿Mató Daubeney a lord Abergordon? Si Daubeney era el capellán de la Cámara de los Comunes sin duda debe de haber tenido acceso a la Cámara de los Loes.

Oscar se rió entre dientes y puso su mano sobre la de Hornung.

—No, Willie. Por una vez, creo que los médicos han estado acertados. Lord Abergordon era un hombre ya mayor que murió mientras dormía... por causas naturales. No fue asesinado.

—Pero a Amteim le asesinaron —dijo rotundamente Heron-Allen estampando el puño contra la mesa—. No hay duda de eso. Estábamos allí. Daubeney también. ¿Mató George Daubeney a Victor Amteim?

—¡No! —exclamó el inspector Gilmour, partiendo en dos el lápiz que tenía en la mano—. No —repitió, esta vez más calmado—. Creo que sobre eso no hay la menor duda.

—El inspector está en lo cierto —dijo Oscar con ánimo conciliador—. Daubeney no mató a Amteim. Quizá no le faltaran motivos. Es posible que ese hombre supiera cosas sobre la vida secreta de Daubeney. Amteim se empeñaba en intentar saber todo lo que podía sobre la vida secreta de los demás. Y es cierto que el reverendo fue el último que estuvo con él. Como bien dice Edward, le vimos allí, en el camerino, con las manos bañadas en la sangre del boxeador. Daubeney quizás hundiera un poco más las cuchillas en las muñecas del pobre hombre, pero no fue él quien las puso allí. Él no fue el asesino de Amteim.

Willie Hornung dio una calada a su cigarrillo.

—¿Mató al menos a Bradford Pearse? —preguntó.

—No —respondió el camarero sentado a la derecha de Oscar—. No, George Daubeney no mató a Bradford Pearse. —El hombre tenía una voz profunda y grave; suave, amigable y curiosamente familiar—. Me alegra poder decir que nadie me ha matado.

—¡Santo Dios! —exclamó Bram Stoker.

—¡Por todos los santos! —gritó Wat Sickert, soltando el cigarro y levantándose.

Rodeó la mesa con los brazos extendidos—. ¡Amigo mío! —exclamó—. ¡Mi Lázaro!

Bradford Pearse se levantó a su vez y saludó a los presentes ante el aplauso que recorrió la mesa. Abrazó a Wat Sickert como si tuviera a su lado a un hermano perdido tiempo ha.

—Y ha estado aquí toda la noche —rugió Bram Stoker—. Nos ha servido la sopa, ha trinchado el asado, nos ha servido el vino...

Bradford Pearse se liberó del abrazo de Sickert y recorrió la mesa con la mirada.

—Es cierto eso que dicen, Bram, de que ¡nadie repara jamás en el maldito camarero!

—Vaya, vaya —murmuró Conan Doyle, volviendo a guardar su reloj en el bolsillo del chaleco—. South Norwood tendrá que esperar. Cuéntenos su historia, Brad. ¿Qué ocurrió? Vamos, cuéntenos.

—No es más que una auténtica estupidez —dijo Pearse, todavía con el brazo alrededor del hombro de Wat Sickert—. He sido un estúpido, Arthur, un maldito estúpido. —Se separó del pintor y de nuevo recorrió la mesa con la mirada al tiempo que nos dedicaba una avergonzada inclinación de cabeza—. Lo reconozco, caballeros. He sido un idiota conmigo mismo... y con mis amigos.

Wat Sickert cogió una silla de un extremo del salón y se instaló en ella entre Oscar y Bradford Pearse.

—No te disculpes, Brad —dijo afectuosamente—. Estamos encantados de verte... incluso sin barba.

—Me disculpo, sí —dijo Pearse volviendo a sentarse—. He provocado en mis amigos una ansiedad del todo innecesaria.

—¿Qué ha pasado, hombre? —repitió Conan Doyle, inclinándose hacia delante y mirando al actor directamente a los ojos.

—Mi historia es muy sencilla —respondió Pearse. Se sentó en la silla con la espalda recta y los hombros echados hacia atrás—. La noche en que jugamos el juego de Oscar, me elegí como mi propia víctima. Lo hice en parte por mera diversión... y en parte porque esa noche, al menos, deseaba desaparecer y dejar de ser de una vez Bradford Pearse. Estaba totalmente apabullado por preocupaciones financieras, caballeros... Apabullado, sí. Ya sé que las deudas forman parte del destino del actor. Estoy acostumbrado a eso y, como norma general, me lo tomo con calma, pues tengo buenos amigos y el señor Ashman es un prestamista compasivo. Sin embargo, esa noche me sentía del todo abrumado. —Miró primero a Wat Sickert y después a Oscar y les tomó la mano a ambos—. Quienes hayan tenido preocupaciones económicas me entenderán perfectamente. —Miró con afecto a los hermanos Douglas y sonrió—. Quienes no hayan pasado por ello, no lo entenderán en absoluto. —Inspiró hondo y se frotó las manos con sus dedos gruesos. Sin la barba parecía mucho más joven.

»La mañana siguiente a nuestra cena me fui a Eastbourne para actuar en la obra

Asesinato a bordo, un absurdo popurrí también conocido en la profesión como *Cómo matar al público de aburrimiento*. Estrenamos en Eastbourne la noche del lunes ante un público limitado y profundamente desagradecido. El martes por la noche me vi sentado en mi camerino del Devonshire Park Theatre, desesperado por mi vida anodina y plagada de deudas mientras leía un ejemplar prestado de un periódico de la tarde. En el periódico, la *Gazette* de Eastbourne, leí varias páginas sobre la muerte de la heredera señorita Elizabeth Scott-Rivers y del ministro del gobierno lord Abergordon. ¡De pronto urdí mi plan! Les seguiría a la tumba. También yo sería una de las “víctimas” del Club Sócrates. Si Bradford Pearse moría, ¿no morirían también con él sus deudas? Todo me pareció de lo más obvio. Y tan fácil. Desaparecería de la noche a la mañana... ¡en Beachy Head! —Señaló dramáticamente a Conan Doyle—. Beachy Head fue idea suya, Arthur... ¡Le debo Beachy Head!».

Conan Doyle se rió y se atusó el bigote.

—Así que es culpa mía, ¿no es eso?

—No —tronó Bradford Pearse pegando las palmas de las manos a la mesa—. La estupidez fue mía y sólo mía. Creí que podía ser libre de un salto, que podía deshacerme de Bradford Pearse... ¡y empezar de nuevo en Norteamérica! Mi plan era empezar una nueva vida... con un nuevo nombre... en un Nuevo Mundo. —Volvió a recorrer la mesa con la mirada. Le brillaban los ojos—. Es algo con lo que todos hemos soñado, ¿no es así, caballeros?

Oscar daba suaves golpecitos en la tapa de su pitillera con un Player’s Navy Cut.

—Sólo los que están realmente desesperados cruzan el océano Atlántico —dijo con un sorbido—. Desde luego, si alguien tiene bastante dinero como para ir a Norteamérica, no debería ir.

Bradford Pearse miró a Oscar y estalló en carcajadas.

—Inevitablemente, mi plan fracasó, frustrado, como debería haber supuesto que lo sería, por el caballero que tengo esta noche sentado a mi izquierda.

Oscar sonrió y encendió el cigarrillo.

—Quizás, olvidó que también yo soy un hombre del teatro, Brad. Escribo obras. El melodrama es lo mío y la farsa me es muy familiar. Su plan tenía elementos de ambos. Me temo que resultaba demasiado teatral para ser mínimamente convincente. Como actor que es, necesita a un público. Quería que le vieran desaparecer, así que nos atrajo a Eastbourne empleando una carta deliberadamente ambigua. Luego, en escena, durante la caída del telón, decidió desaparecer ante nuestros propios ojos. Nos dejó un mensaje en el camerino: ¡ese «CONDIOS» garabateado con maquillaje en un espejo! Para cargar más aún las tintas, sugería que había desaparecido apresuradamente, dejando incompleta la palabra..., pero no había duda de que no se había marchado apresuradamente. Había hecho las maletas y se había llevado con usted sus pertenencias más valiosas.

—Dejé mi bolsa Gladstone en el borde del acantilado —protestó Pearse.

—Sí —dijo Oscar agitando el dedo hacia él en un gesto de fingida reprimenda—. Dejó la bolsa para que la encontráramos y metió en ella el material suficiente para que supiéramos que era suya. Estaba su libreto, un puñado de facturas sin importancia, correspondencia de nulo valor, nada más que un puro efecto dramático, un simple «accesorio» escenográfico. La bolsa no contenía nada que usted quisiera realmente: ni correspondencia personal, ni su diario o algún recibo importante de sus acreedores, ni siquiera una lata de maquillaje. Para cualquier actor de gira, su lata de maquillaje es su posesión más valiosa, y usted no había abandonado la suya. Supe enseguida que no había muerto, Brad. Entendí que simplemente había decidido desaparecer.

—¡Es usted brillante, Oscar! ¡Fabuloso! —exclamó Bradford Pearse con los ojos encendidos.

—Brillante —dijo Oscar—, aunque no valiente. ¿Fabuloso? Quizás..., aunque también imperfecto. Como bien saben, caballeros, siento debilidad por la belleza... y la fealdad despierta en mí un espanto más allá de lo irracional. Y fueron precisamente esas dos cosas las que me impidieron descubrirle en su escondite cuando debería haberlo hecho por primera vez, Brad.

—¡Estás perdiéndolas, Oscar! —exclamó lord Alfred Douglas, recostándose contra el respaldo de la silla y pasándose el cigarrillo con la lengua de un lado a otro de la boca.

—No todos estamos aquí al corriente de las peculiaridades del código estético de Wilde —añadió mordaz Charles Brookfield.

Oscar se inclinó hacia delante y apagó el cigarrillo.

—Bradford se refugió en el faro de Belle Tout, en el cabo de Siete Hermanas, situado a unos dos kilómetros de Beachy Head. Se trata de un feo edificio cuyo guardián, sin duda un hombre de gran corazón, es un farero poseedor de un aspecto peculiarmente repugnante. El día que Bradford desapareció, visité el faro en compañía de Wat Sickert y de Robert Sherard. Ahora me doy cuenta de que la figura que vimos en una ventana superior era la de Bradford Pearse... recién afeitado. En ese momento preferí no seguir más tiempo en el faro. El farero era tan feo (de hecho, era un hombre grotesco: menudo, tuerto, deforme) que me separé de él en cuanto pude. Y me equivoqué. En esa ocasión el estúpido fui yo. Hoy he vuelto al faro de Belle Tout. Como esperaba, encontré allí a Brad y le he traído de vuelta conmigo.

—Me alegro de haber vuelto —dijo Bradford Pearse afectuosamente, estirando el brazo izquierdo y posando una mano grande en el hombro de Oscar.

—¿Y qué ha sido de sus preocupaciones financieras? —preguntó Bram Stoker frunciendo el ceño.

—¡Dejemos que sea la vida la que decida! —exclamó Wat Sickert, tomando su

copa de vino—. Por qué deber si pagar no puedo... ¡y la muerte al rico y al pobre hermana!

Bradford Pearse miró a Bram Stoker, que estaba sentado enfrente de él.

—Han sido solucionadas por un generoso benefactor —dijo.

—Tampoco eran tan cuantiosas —dijo Oscar—. Sólo lo parecían.

—Oscar ha pagado mis deudas —declaró Bradford Pearse—. Me ha dado un cheque de trece guineas.

—Estoy esperando un modesto dinerillo con el que no contaba —intervino Oscar con una sonrisa.

Sickert se había levantado.

—Alegrémonos, amigos míos —exclamó—. Bebamos a la salud del regreso del hijo pródigo, caballeros. De pie. ¿Están sus copas llenas? ¡Brindo por ti, Bradford Pearse!

Nos levantamos y alzamos nuestras copas en honor del actor de poderoso pecho que estaba de pie ante nosotros con los ojos brillantes.

—A su salud, Bradford —dijo Oscar antes de tomar el vino de su copa.

—Y a la suya, Oscar, mi querido amigo.

29.

Trece guineas

—Aprovechando que estoy de pie, Oscar —dijo Conan Doyle con firmeza—, debo irme. No todos podemos dejar que la vida decida por nosotros. Tengo asuntos que atender por la mañana. —Acercó su reloj Hunter a la luz de las velas—. Es casi medianoche. Hace tiempo que debería haberme acostado.

—Quédese hasta las doce, Arthur —dijo Oscar, rodeando la mesa en dirección a su amigo y poniendo una mano a cada lado de los hombros del buen doctor—. Sólo le pido eso. Quédese hasta que el reloj dé la medianoche. Al menos así verá si logro sobrevivir a este día.

—Lo haré, amigo mío —se rió Conan Doyle—. Vivirá usted por siempre.

—Oh, no —exclamó Oscar plantando la palma abierta de su mano ante los ojos de su amigo—. Mi línea de la vida se interrumpe de forma abrupta. La señora Robinson ha visto horrores indecibles en mi triste mano.

Conan Doyle apartó a un lado su mano.

—No debería prestar oídos a los adivinos, Oscar —dijo muy serio. Luego inspiró hondo, arqueó los hombros y miró a los presentes, despidiéndose con una inclinación de cabeza del resto de la compañía—. Buenas noches, caballeros —murmuró.

Salvo los oficiales de policía y Alphonse Byrd, todos los invitados habían vuelto a ocupar sus asientos. Bradford Pearse y Wat Sickert se habían hecho cargo de las bebidas y hacían circular licoreras de oporto, madeira y *brandy* alrededor de la mesa. Bosie Douglas encendía en ese instante otro de los cigarros de Wat Sickert. Charles Brookfield garabateaba una nota en una pequeña libreta de bolsillo. Junto al aparador, Byrd preparaba platos de fruta fresca y una bandeja de quesos ingleses.

—Nosotros también debemos irnos ya, señor Wilde —anunció el inspector Gilmour—. El deber nos llama. Tenemos que acompañar a Daubeney a su celda.

—Prometió quedarse hasta medianoche, inspector —dijo Oscar—. Lo prometió.

—Creo que está usted a salvo, señor Wilde —respondió el policía riéndose entre dientes—. No me parece que vayan a asesinarle aquí, entre nosotros.

—¿Ah, no? —preguntó él arqueando una ceja—. Yo no estaría tan seguro.

—Buenas noches, señor —respondió categóricamente el inspector Ferris, tendiéndole la mano.

Oscar hizo caso omiso de la mano que le ofrecía el policía y se dirigió hacia la cabecera de la mesa.

—Prometieron quedarse hasta medianoche, caballeros —repitió—. Les agradecería que cumplieran con su palabra.

—¡Y no puede usted marcharse, doctor Doyle! —exclamó lord Alfred Douglas—. ¡De lo contrario volveremos a ser trece a la mesa!

Los dos inspectores de policía volvieron a sus asientos en silencio. Sin dejar de sacudir la cabeza con gesto cansino, Arthur Conan Doyle se guardó el reloj en el bolsillo, se alisó el chaleco y una vez más ocupó su lugar.

Alphonse Byrd sirvió los platos de fruta y queso en la mesa y regresó a la silla que ocupaba entre Charles Brookfield y Archy Gilmour. Cuatro de las velas que ardían sobre la mesa parpadearon al unísono y se apagaron. El salón, hasta entonces lleno de humo, quedó sumido en la oscuridad y se hizo el silencio.

—Les agradezco su indulgencia, caballeros —dijo Oscar con voz queda—. Seré breve. Habré terminado al llegar la medianoche, se lo prometo.

—Me alegra saberlo, Oscar —intervino Conan Doyle, tamborileando suavemente con los dedos sobre la mesa—. ¿Qué más tiene que decirnos?

—La verdad sobre Victor Amteim —respondió Oscar sin más preámbulos.

—Todos conocemos la verdad sobre Victor Amteim, señor Wilde —dijo Archy Gilmour—. Recuerde que era uno de los nuestros.

—Sabe usted mucho sobre Victor Amteim, inspector, aunque sospecho que no todo. —Oscar llamó a Alphonse Byrd, que estaba sentado delante de él—. ¿Lleva usted encima su reloj, señor Byrd? ¿Qué hora tiene... exactamente?

El secretario del club replicó:

—No llevo mi reloj encima, señor Wilde, pero desde aquí veo el reloj que está en la pared justo detrás de usted. Exactamente son las doce menos diez.

—Manténgame informado, Byrd, si es tan amable. Hágame saber cuándo está a punto de agotarse el tiempo del que dispongo.

—Como lo desee, señor Wilde —dijo el hombre, uniendo las yemas de los dedos y pegándoselos a los labios. Sus brillantes ojos se entrecerraron y dedicó a Oscar una imperturbable mirada. Dejó pasear la mirada alrededor de la mesa. Cada uno de los hombres allí sentados miraba directa y concentradamente a nuestro anfitrión. Una vez más, Oscar nos tenía a su merced.

—A veces creo que, cuando creó al hombre, Dios sobreestimó en cierta medida sus capacidades —empezó, examinando mientras hablaba el penacho de humo que se elevaba de su cigarrillo—. Victor Amteim poseía muchos de los más elevados dones del Altísimo. Para empezar, nació en Dublín. Tenía una mente despierta y un encanto sin igual, además de fuerza física, valor físico y, en cierto modo, también belleza física. Como personalidad, tenía individualidad, incluso originalidad. Como boxeador, poseía fuerza y talento. Pero, como hombre, tenía una singular carencia. Carecía por completo de emoción. Era un hombre al que lo único que le importaba era él mismo.

»Como sabemos, Victor Amteim era a la vez ayudante de mago, mago, feriante,

policía, campeón de boxeo y confidente de la policía. Y era también, por instinto y por naturaleza, un despiadado e indiscriminado chantajista.

Archy Gilmour se movió en la silla.

—¿Está seguro de eso, señor Wilde?

—Oh, ya lo creo —respondió él alegremente, dando una calada al cigarrillo—. No podía evitarlo. Mostró su auténtica naturaleza a mi amigo Robert Sherard la primera vez que se encontraron, repitiéndole una triste y sórdida historia sobre el padre de mi esposa... Intentó asustar a mi amigo lord Drumlanrig invitándole al puente de Westminster para envenenarle el oído...

—¿Con un veneno con esencia de primula, quizá? —murmuró Charles Brookfield.

—Así es —dijo Oscar—. Cuanto más ultrajante era el rumor, más dispuesto estaba Amteim a divulgarlo. Lo sabía todo de todo el mundo. ¡Pero si hasta sabía más sobre mí que yo mismo! Y utilizaba lo que sabía, primero para encandilar y después para aterrorizar.

»Amteim era un hombre que usaba a otros hombres, que explotaba sus debilidades en beneficio propio... y para su propio placer. Y en su vida no utilizó a otro hombre de modo más cruel que a la infeliz criatura que tengo en estos momentos sentada delante de mí: el director nocturno de este hotel y secretario de nuestro club. El guardián de mi tiempo, el señor Alphonse Byrd.

Los ojos del salón se volvieron para caer sobre la cadavérica figura de Alphonse Byrd, que se había encorvado hacia delante en la cabecera de la mesa con los dedos unidos y firmemente pegados a los labios como si rezara. Siguió como estaba, inmóvil y sin apartar los ojos de Oscar.

—Naturalmente, fue Byrd quien mató a Victor Amteim. Byrd, nacido caballero, aunque jamás haya podido vivir como tal. Byrd, el hábil mago que carecía de lo que John Maskelyne definió como «la chispa inmortal». Byrd, que había sido amigo y socio de Amteim hasta que éste le abandonó para seguir adelante con su propia carrera. Byrd, el «caballero» que, de principio a fin, fue humillado por un «medio caballero».

»Cuando eran jóvenes, Victor Amteim lo utilizó despreocupadamente, sin el menor cuidado ni consideración. Veinte años más tarde, Byrd, director nocturno de un elegante hotel y depositario por tanto de los secretos que llegan a oídos de todos los directores nocturnos, seguía siendo utilizado por Amteim, cuando éste así lo decidía, para que le presentara a personas que pudieran servirle del algún modo o como fuente de habladurías.

»Y, con el tiempo, el gusano se volvió del revés..., como suele ocurrir.

»Cuando, en este mismo salón, ese fatídico domingo por la noche jugamos a ese estúpido juego de “Asesinato”, Alphonse Byrd eligió como “víctima” a Victor

Amteim. Por supuesto que sí.

»Y cuando, en calidad de secretario del club, recogió las papeletas de los miembros de la mesa y descubrió que otras dos personas habían elegido a Amteim como víctima de asesinato, una idea empezó a tomar forma en la mente de Byrd... Si otros despreciaban también a Amteim, si había otros que también deseaban verle muerto...

»Byrd recogió las papeletas de los asistentes a la cena. Las metió en su pequeña bolsa de mago. Al hacerlo, vio que dos de las papeletas estaban en blanco. Sin pensarlo dos veces, casi como un capricho, decidió correr un riesgo. Mientras leía en voz alta los nombres que aparecían en las papeletas a la compañía allí reunida, y no necesariamente en el orden en el que las sacaba de la bolsa, pues los juegos de manos son parte de su oficio, decidió anunciar que la segunda papeleta en blanco era, de hecho, ¡una cuarta! que nominaba a Amteim. Byrd pretendía sugerir que Amteim..., su amigo, era un hombre rodeado de enemigos...

»Esa noche, durante el juego, Alphonse Byrd acariciaba en su mente la idea de asesinar a Victor Amteim. Supongo que el domingo por la noche no fue más que una vaga fantasía, un sueño tan peligroso como delicioso. Pero el lunes por la mañana, cuando se enteró de la muerte de Elizabeth Scott-Rivers, y cuando el martes leyó en los periódicos que lord Abergordon había muerto, vio que su sueño podía hacerse realidad. De pronto sintió que el destino jugaba de su lado. Y aprovechó la ocasión. Se puso manos a la obra. Mató a su cotorra».

—No puede decirse que haya sido una gran pérdida —masculló Bosie Douglas—. Era una criatura repugnante, irritable y repelente.

—Pero Byrd adoraba a esa cotorra —dije, dirigiéndome a Oscar—. Todo el mundo nos lo dijo.

Él me sonrió.

—Precisamente porque Byrd adoraba a su cotorra, y precisamente porque la cotorra le quería y confiaba en él, Byrd pudo tomarla en sus manos y retorcerle el pescuezo sin que el animal dejara escapar un solo sonido, sin el menor aleteo, sin ningún alboroto. —Recorrió la habitación con la mirada, presa de una más que evidente autosatisfacción—. Supe que debía ser Byrd quien mató a la cotorra, porque sólo él podía haberla matado en silencio.

Charles Brookfield se inclinó hacia delante y dejó su libreta encima de la mesa.

—¿Está diciendo que fue el señor Byrd quien mató a la cotorra?

—Así es, Charles —respondió Oscar, dando la última calada a su cigarrillo—. Por eso le he sentado a su derecha esta noche. Me pareció que era lo menos que podía hacer. —Abrió un poco los ojos y apagó el cigarrillo—. A fin de cuentas, el privilegio le va a costar trece guineas.

Brookfield se volvió en su silla, se recostó contra el respaldo y miró fijamente a

Alphonse Byrd, inclinando la cabeza primero a un lado y luego al otro, como un hombre que evaluara un lote a la puja en una subasta o que estudiara una escultura desconocida. Byrd ni se inmutó. Sus pétreas facciones nada expresaban. El inspector Gilmour empezó a levantarse de la mesa.

—El guardián de mi tiempo no ha hablado aún. —Oscar miró por encima del hombro al reloj que colgaba sobre la puerta del salón—. Tres minutos más y habré terminado. —Alzó un poco la voz y aceleró el ritmo cuando retomó su relato—. Alphonse Byrd asesinó al *Capitán Flint* en su oficina el martes, tres de mayo, por la mañana. Mató a la cotorra con sus propias manos, le arrancó las plumas de la espalda y a continuación exprimió la sangre de la pobre criatura en el interior de una petaca de plata..., una como ésta. —Con una mano abrió su chaqueta y con la otra sacó de un bolsillo una elegante petaca de plata—. No olviden, caballeros, que Alphonse Byrd es un mago... adiestrado en el arte de la magia por el propio John Maskelyne. Puede que carezca de la chispa inmortal, pero fue educado por un maestro. Guardó el cuerpo del pájaro, sangre y plumas incluidos, en un cajón de su escritorio hasta el momento en que las necesitara. Poco antes de las tres de la tarde, cuando no hubo moros en la costa, salió sigilosamente de su oficina al vestíbulo de hotel y, en cuestión de segundos, en un simple parpadeo, creó la macabra carnicería que, minutos más tarde, mi esposa y Edward Heron-Allen descubrieron allí.

»Byrd es, como Amteim, un *showman*. Sin embargo, a diferencia del fallecido boxeador, a Byrd, como él mismo ha reconocido, le falta valor. Empezó a pergeñar el asesinato cuando mató al *Capitán Flint*, pero no se decidió a cometerlo hasta más adelante, esa misma semana, cuando se enteró de la desaparición y presunta muerte de Bradford Pearse. Fue entonces, y sólo entonces, cuando decidió que los dioses estaban de su lado. Aunque, naturalmente, sólo cuando los dioses desean castigarnos responden a nuestras plegarias...

Oscar cogió la petaca de plata de la mesa y la hizo girar despacio entre las manos.

—Puede que Alphonse Byrd carezca de valor y de donaire, pero eso no quiere decir necesariamente que le falte ingenio. Asesinó a Victor Amteim de un modo realmente ingenioso. Podría haberle matado durante el espectáculo de magia que ambos ofrecieron en Tite Street, aunque habría resultado demasiado obvio y también demasiado peligroso. El propio Byrd habría estado presente en la escena del crimen y habría sido el primer sospechoso. No, nuestro hombre maquinó matar a Amteim desde la distancia: rodeado de admiradores, en el Cuadrilátero de la Muerte del Circo Astley, mientras él estaba aquí, en el Hotel Cadogan, rodeado de testigos, a más de un kilómetro de la escena del crimen. Como ocurre con los mejores efectos de magia, el asesinato de Victor Amteim se logró con hermosa simplicidad. El concepto lo era todo. La ejecución, lo de menos. Byrd sólo tuvo que manipular los guantes de boxeo de Amteim y enviar a su víctima al encuentro con su destino...

—¿Rellenó los guantes con espolones de gallo como yo sospechaba? —preguntó Edward Heron-Allen.

—No —respondió Oscar—. Con pequeños fragmentos de cuchilla de la guillotina casera de un mago.

El reloj que colgaba encima de la puerta empezó a dar la hora. Archy Gilmour y Roger Ferris se levantaron y se colocaron a ambos lados de Alphonse Byrd. Oscar miró a la mesa y sonrió.

—Es medianoche —dijo el inspector Gilmour.

—Sí —respondió Oscar con voz queda—. Medianoche... y, al parecer, sigo vivo. Arthur Conan Doyle retiró la silla de la mesa.

—¿Y le sorprende?

Oscar se rió.

—No mucho, Arthur, aunque quizás al señor Byrd sí. —Gilmour y Ferris tomaron al impasible Byrd de los brazos y le obligaron a ponerse en pie. El secretario del club no opuso resistencia. Su rostro no demostraba la menor emoción.

—Creo que el señor Byrd esperaba que a estas alturas también yo estuviera muerto o al menos me estuviera muriendo —dijo Oscar—. Aunque no me eligió como su víctima de asesinato, en cuanto tuvo a Amteim satisfactoriamente despachado, creo que no vio ninguna razón para que yo no fuera el siguiente.

Los policías tiraron bruscamente de los brazos de Byrd, poniéndoselos detrás de la espalda. Ferris sacó del bolsillo de la chaqueta un par de esposas y las deslizó alrededor de las muñecas del prisionero.

—Según él —prosiguió Oscar—, la vida no se ha portado bien con Alphonse Byrd. Yo no me he portado bien con él. Hay una belleza en mi vida que hace fea la suya. Le he humillado, menospreciándole, y le he tratado como a un criado cuando, de hecho, es un erudito y un caballero...

»Pero es que Alphonse Byrd no es un caballero. Nat, el botones del hotel, sí lo es. Antipholus, el muchacho negro del circo, él sí es un caballero. Brian Fletcher, el joven actor a quien conocimos de camino a Beachy Head, ¡he ahí a un auténtico caballero! Pero Alphonse Byrd... ¿qué es? Es lo que son la mayoría de asesinos y de rufianes: un hombrecillo curioso, un don nadie de rostro lechoso y anodino, preñado de resentimientos y víctima de un millón de imaginarias ofensas. No es un caballero y menos aún un erudito.

—Nos lo llevamos, señor Wilde —dijo Archy Gilmour, alejando a Byrd de la mesa y empujándole hacia la puerta.

Oscar siguió hablando. Nada parecía poder silenciarle.

—Byrd me dijo que había pasado un trimestre en Oxford, pero enseguida supe que mentía. Le pregunté en qué facultad había estudiado... y él se limitó a responder: «En el New». Ningún hombre que haya estudiado en el New College lo llama «el

New».

Gilmour y Ferris se detuvieron con Alphonse Byrd junto a la puerta del comedor.

—Buenas noches, caballeros —gruñó Gilmour—. Estaremos en contacto con aquellos de ustedes de quienes necesitemos una declaración.

—Creo que necesitaré esto —dijo Oscar agitando la petaca de plata hacia el inspector.

—¿Qué es?

—Supongo que una prueba —respondió Oscar alegremente—. Contiene el vino que el señor Byrd me ha servido esta noche. La segunda copa de vino, para ser más preciso. Dejé que Daubeney se tomara la primera antes de entender que había sido adulterado.

—¿Qué está diciendo, señor Wilde? —preguntó impacientemente el inspector Gilmour.

—Simplemente que, aunque Byrd quizá no sea un estudioso, no hay duda de que sabe apreciar la alusión a los clásicos. Dado que soy el fundador del Club Sócrates y que él es su secretario, le ha parecido apropiado que yo muriera como murió el filósofo. El señor Byrd ha intentado matarme esta noche con el jugo de una planta que cultiva en su pequeño huerto, la *Conium maculatum*: cicuta. En cualquier caso, no tengo intención de presentar cargos. Sólo he tomado un sorbo.

—¿Y qué pasa con Daubeney? —preguntó Conan Doyle, levantándose y yendo hacia la puerta—. Será mejor que vaya a ver cómo está.

—Sí, doctor —dijo Oscar—. Quizá sea una buena idea, aunque dudo mucho que su vida corra peligro. He probado el vino... y no había en él la cantidad de veneno suficiente como para matar a un hombre. El secretario de nuestro club es una de esas tristes criaturas que nunca hacen nada bien. Es incluso posible que Amteim hubiera sobrevivido a su pesadilla en el Cuadrilátero de la Muerte si no hubiera tenido a mano a Daubeney para que hundiera aún más las cuchillas en las malheridas muñecas del boxeador. Pobre y patético Alphonse Byrd. Llévenselo. Carece por completo de la chispa de la inmortalidad.

Gilmour y Ferris se llevaron al detenido de la estancia. Conan Doyle les siguió, no sin antes pedirle a Willie Hornung que le acompañara.

—Mejor será que haga lo que me dicen —dijo el joven empujándose los anteojos sobre el puente de la nariz y despidiéndose con la mano de los presentes al marcharse—. ¡Menuda noche, Oscar! No la olvidaré. ¡Gracias!

Oscar se quedó solo y de pie en la cabecera de la mesa con los brazos colgando sobre los costados. Aunque tan sólo tenía treinta y siete años, de pronto parecía mucho mayor: agotado, acabado. Su rostro, tan vivo y lleno de color cuando instantes antes había contado su relato, estaba ceniciento. Al recorrer el salón con la mirada pareció confundido: pestañeó y sus párpados se cerraron. Vi que le temblaban los

dedos cuando fue a sacar un cigarrillo de la pitillera.

—Menuda noche —se rió entre dientes Edward Heron-Allen, acercándose y estrechando afectuosamente la mano de Oscar—. Es usted extraordinario, amigo mío. Un fenómeno...

—También escribe teatro, por si no lo sabían —dijo Bosie Douglas, retocando la corbata de Oscar con un gesto de indudable propiedad—. Para ser un prerrafaelita, ¡es todo un hombre del Renacimiento!

—Enhorabuena, Oscar —dijo lord Drumlanrig—. Un *tour de force*. Debería haber estudiado derecho. ¿Por qué no lo hizo? ¿Alguna vez se ha planteado dedicarse a la política? Hablo en serio. Rosebery necesita a hombres como usted.

Él le dedicó una vana sonrisa.

—Político... —empezó, pero enseguida se interrumpió—. Y no me fío de los abogados —dijo. Durante un instante vi el temor en sus ojos. Le vi buscar un aforismo que no encontró.

—Esta noche nos quedaremos en casa de nuestra madre —dijo Bosie, inclinándose hacia delante y besando a Oscar con suavidad en la mejilla—. Te veré mañana. ¿Almorzamos en el Café Royal como habíamos dicho?

—Por supuesto —fue la respuesta de Oscar—. A la una.

—Buenas noches, Oscar —dijo lord Drumlanrig.

—Y si ves a papá —añadió Bosie, mientras tiraba de su hermano hacia la puerta—, pégale un tiro por mí, ¿lo harás? Creo que no me atrevo a matarle yo mismo teniéndote a ti en el caso.

Oscar sonrió y vio marcharse a los dos jóvenes del brazo.

—Muy brillante, amigo mío —tronó Bram Stoker, poniendo una relajada mano en su hombro—. Drumlanrig no ha podido estar más acertado. Ha sido sin duda un gran *tour de force*. Ha superado usted incluso al propio Irving. —Lo miró a los ojos y sonrió—. No me extraña que esté exhausto. Váyase a casa, dese un buen baño caliente y disfrute de un buen licor de hierbas. Eso es lo que hace el Jefe. Y siempre funciona.

Charles Brookfield se quedó de pie al lado de Bram Stoker. Llevaba en la mano un cheque por la cantidad de trece guineas.

—Aquí tiene, Oscar —dijo—. Creo que esto es lo que le debo.

—Gracias —dijo él, inclinando la cabeza hacia Brookfield. Tomó el cheque, lo examinó, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego lo miró a los ojos—. ¿Y qué le ha parecido, Charles?

—¿A qué se refiere? —preguntó Brookfield.

—¿Qué le ha parecido? —repitió Oscar.

—¿Se refiere a usted a lo que acaba de ocurrir?

—A mi actuación..., a lo que acaba de ver.

—Ya que lo pregunta, Oscar —empezó Brookfield despacio, midiendo sus palabras—. Ya que lo pregunta, me ha parecido muy semejante al discurso que dio durante el estreno de *Lady Windermere*: brillante a su manera, pero equivocado, imprudente, ligeramente pagado de sí mismo y sin duda exagerado en extremo. Su arrogancia será su perdición.

—No escuche a Brookie, Oscar —intervino Bram Stoker—. No es irlandés. Por eso no entiende las cosas. Ha estado usted brillante, amigo mío..., mucho. No hay palabra que defina mejor lo que ha ocurrido aquí esta noche. ¡Y nos ha devuelto a Pearse! ¿Qué me dice de eso?

Bradford Pearse y Wat Sickert estaban de pie junto a la entrada. El pintor llevaba un cigarro en la mano y apoyaba un elegante codo en el ancho hombro izquierdo de Pearse.

—Nos vamos al Arts Club ahora —anunció—, para celebrar el regreso del hijo pródigo.

Bradford Pearse le asestó un suave puñetazo en son de broma.

—¿Te parece que encontraremos allí distracción, Wat? ¿Se unirán a nosotros algunas de tus modelos? —El actor de ancho pecho rugió encantado ante la idea y soltó un puñetazo al aire—. Gracias, Oscar —exclamó exuberante—. Gracias, mi querido amigo. No sabe cuánto me alegra haber vuelto. El faro era una delicia, pero las distracciones bastante limitadas.

—¿Volverá a dejarse la barba, Brad? —pregunto Bram Stoker, yendo hacia la puerta y llevándose con él a Charles Brookfield—. Esas mejillas tan sonrojadas resultan cuando menos desconcertantes.

—Creo que esta vez será un bigote, como el de Sickert. ¿Qué le parece? Llevo demasiado tiempo con el personaje de viejo lobo de mar. Creo que voy a probar suerte como macho cabrío en la ciudad.

—No le aconsejo que vuelva a representar el papel de camarero —intervino secamente Charles Brookfield—. No se ganaría la vida con ello.

—Soy actor —respondió Pearse alegremente—. Represento los papeles que me tocan.

—¿Vienes con nosotros, Oscar? —preguntó Sickert al tiempo que el grupo se congregaba junto a la puerta del comedor—. ¿Te apetece una última copa?

—No. Voy a seguir el consejo de Bram. Es tarde y tengo ganas de acostarme. Robert me acompañará a casa.

—Buen chico —dijo Bram Stoker, dedicándole una pequeña inclinación de cabeza.

—Buenas noches, caballeros —dijo Oscar alzando la mano para despedirse de sus amigos.

—Buenas noches, Oscar.

—Buenas noches, Oscar.

—Buenas noches, Robert.

—Buenas noches, Oscar. ¡Buen trabajo!

Cuando el cuarteto por fin salió del comedor, saludando con la mano y gritando mientras se marchaban, Wat Sickert se quedó rezagado. Se volvió durante un instante y miró a Oscar con ojos suplicantes.

—No temas, Wat —dijo Oscar afectuosamente—. No hay nada de lo que preocuparse. Ve. Sé que no tocaste a la chiquilla.

Oscar y yo regresamos a Tite Street del brazo dando un paseo. Apenas soplaba viento esa noche y el cielo estaba despejado. En el negro techo del mundo brillaban las estrellas. Mientras caminábamos, Oscar recuperó gran parte de su energía. Cuando cruzábamos Sloane Square para entrar por King's Road y un carruaje tirado por un solo caballo emergió de la oscuridad, casi rozándonos al pasar, él se echó a reír como no lo había hecho desde hacía un mes o quizá más. Fue una risa relajada, feliz y tranquila.

—He sobrevivido —dijo riéndose entre dientes—. He sobrevivido al viernes trece, Robert, ¡y no me han asesinado después de todo!

En el lado opuesto de la plaza, cuando por fin accedimos a la seguridad de la acera, le pregunté:

—¿Quién te eligió como víctima de asesinato, Oscar? ¿Lo sabes?

—Fue Edward Heron-Allen —respondió sin dejar de reírse por lo bajo—. Lo confesó cuando me trajo su valioso espolón. Me dijo que podría casarse con Constance si yo moría. Le contesté que si yo moría, ¡tú te casarías con Constance!

Me reí.

—¿De verdad le dijiste eso, Oscar? —A pesar de que era una idea completamente absurda, oírla en voz alta me encantó.

—Sí..., aunque no estoy muerto, por lo tanto no lo harás. Y la señora Heron-Allen está viva y goza de perfecta salud, y sin duda estará ofreciéndole consuelos maritales a Edward en estos momentos.

Nos habíamos parado bajo una farola. Bajo la pálida y amarilla luz del farol de gas vi sonreír a Oscar. Parecía feliz de nuevo. Encendió un cigarrillo, el último de sus Player's Navy Cut.

—¿Sabes una cosa? —apunté—, durante un tiempo pensé que el asesino era Heron-Allen.

Oscar lanzó la cerilla a la alcantarilla.

—Creía que estabas convencido de que era lord Drumlanrig.

—Y así fue..., aunque después. Estaba totalmente convencido.

Retomamos satisfechos nuestro paseo del brazo.

—Las cosas de las que estamos totalmente seguros no son nunca ciertas —dijo.

Cuando giramos a la izquierda y nos adentramos por el primero de los estrechos callejones que desembocaban en Tite Street, me detuve durante un instante y pregunté:

—Si fue Heron-Allen quien te eligió como víctima, ¿quién eligió entonces a Constance?

—¿No lo adivinas? —preguntó sin detenerse—. Me temo que fue Charles Brookfield.

—¿Brookfield?

—El mismo.

—¿Te lo dijo él?

—No, me lo dijo mi cuadrícula. Por simple eliminación. Sólo pudo ser él.

—¿Brookfield deseaba matar a Constance? —pregunté horrorizado.

—No era más que un juego, Robert —dijo Oscar—. Sin duda, Brookfield deseaba evitarle a mi esposa el suplicio de seguir casada conmigo. —Habló sin rencor. Casi me pareció que la idea le divertía—. El señor Brookfield es todo un personaje...

—Desde luego —concedí agriamente.

—¿Te parece que tiene razón en lo que ha dicho sobre mi actuación de esta noche? —preguntó alzando los ojos hacia el cielo al hablar. No espero a oír mi respuesta—. Creo que quizá la tenga —dijo.

De pronto, cuando llegamos a la esquina de Tite Street, estalló una vez más en carcajadas.

—Como bien sabes, al principio creí que Brookfield era nuestro asesino. Fue la señora Robinson la que me puso sobre esa pista. Cuando examinó las líneas de mi mano, me dijo: «Donde este *arroyo* linda con este *campo*, señor Wilde, veo un remolino, y me preocupa...»^[21]. ¡Di por sentado que mi mano le estaba diciendo que «Brookfield» me traería la ruina!

—¿Y no fue así?

—No lo creo —dijo Oscar con una risa queda—. La señora Robinson cobra una guinea por cada una de sus lecturas y está obligada a decir algo. En nuestra fiesta conoció al señor y a la señora Brooke, al rajá y Ranee de Sarawak y a las señoritas Bradley y Cooper, las excéntricas poetisas conocidas como Michael Field. Nuestra pitonisa introdujo sus nombres en la lectura de mi mano... y yo oí lo que quise oír, no lo que ella me estaba diciendo.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Creía que habías depositado tu confianza en la señora Robinson.

—Y así es. Y, sin duda, volveré a hacerlo. Pero no debo olvidar que la adivinación está aliada con el mundo del espectáculo. A veces resulta difícil distinguir la verdad del mero engaño... Al menos, Brookfield no era nuestro asesino.

—Pero te desprecia, Oscar.

—¿Y acaso le falta razón? Yo le humillo. Le llamo la atención por llevar guantes en una velada puertas adentro. Y le he dado uno de los peores asientos en la cena.

—Brookfield te desprecia y aun así no puede mantenerse alejado de ti. Es como la polilla que revolotea alrededor de la llama. Te desprecia no porque le humilles, sino porque te envidia.

—Vaya —dijo Oscar—. ¿Así que es eso?

—Sí, es eso —respondí con rotundidad.

Habíamos llegado al número 16 de Tite Street. Oscar había metido ya la llave en la cerradura.

—Protégete de la envidia, Robert —dijo, mirándome muy serio—. Mira lo que la envidia hizo con Byrd... y lo que ha hecho con Brookfield. La envidia es la úlcera del alma.

—La envidia es la úlcera del alma —repetí—. Eso es brillante, Oscar, una de tus mejores frases. No temas, la he anotado en mi diario.

—Pero ¿la has atribuido a quien realmente deberías? Fue Sócrates quien la dijo primero. Sócrates, conocido solamente por ese nombre... Creo que estaremos de acuerdo en que Sócrates ha pasado a engrosar el olimpo de los inmortales. —Hizo girar la llave en la cerradura—. Me pregunto qué será de nosotros, Robert. ¿Alcanzaremos el olimpo de los inmortales? ¿Qué nos depara el destino?

Suspiró y abrió la puerta de entrada. Aunque la casa estaba en silencio, se respiraba un ambiente acogedor. Allí, sobre la mesita del vestíbulo, bajo una parpadeante lámpara de gas, había una bandeja de ratán china, y en la bandeja, dos copas de champán, una cubitera de hielo, una botella helada de Perrier Jouët y una nota escrita con la letra firme y redonda de Constance: «Bravo, Oscar. El mejor de los maridos, el mejor de los hombres».

A Oscar se le llenaron los ojos de lágrimas. Me miró y sonrió.

—Lo cierto es que, si he de serte sincero, no me apetece demasiado un licor caliente. Pero una copa de champán antes de acostarme, Robert... ¿Qué mejor manera de terminar el día?

Posdata

«Me gustaría saber qué será de nosotros, Robert. ¿Qué nos depara el destino?».

El mundo sabe muy bien lo que fue de Oscar Wilde. Tras los éxitos de 1893 llegaron los juicios de 1895 y también la desgracia, la prisión y el exilio. Constance murió en Génova en 1898. Oscar, en París, en 1900. Tenía cuarenta y seis años. Como él dijo: «Mi cuna estaba en manos de los Hados».

Es del mismo modo conocido lo que fue de Arthur Conan Doyle. Gracias a Sherlock Holmes, encontró la fama y la fortuna en todo el mundo. Gracias a sus grandes cualidades —a su integridad, su valor y el servicio que prestó a su país durante la guerra de los Bóers—, halló también el honor. Fue nombrado caballero en 1902 por el rey Eduardo VIII. Gracias a Conan Doyle, también el joven Willie Hornung conoció la fortuna. Por sugerencia de Arthur, Willie creó un personaje que rivalizó en éxito con Sherlock Holmes: un embaucador profesional y ladrón de joyas llamado Raffles, «el ladrón aficionado». Y, también gracias a Arthur, conoció el amor. En 1893, se casó con Connie, la hermana menor de Conan Doyle, y llamó a su primer hijo Arthur Oscar en honor a los dos hombres a los que más admiraba, su cuñado y Oscar Wilde. «*Nomen est omen*», dijo en el bautizo de su hijo.

Bram Stoker murió en 1912, después de haber creado a su *Drácula*. Willie Hornung lo hizo en 1921; Arthur Conan Doyle, en 1930. Walter Sickert y Edward Heron-Allen siguen aún con vida. Wat es hoy uno de los grandes hombres del arte inglés y Edward es sobre todo conocido, supongo, por su escandalosa novela *The Cheetah Girl*. Bosie también está vivo. Nos vemos de vez en cuando, cuando estoy en Inglaterra, y hablamos de los viejos tiempos y bebemos champán *vintage* a la salud de Oscar.

Bosie se casó. La verdad es que nunca me gustó demasiado su esposa. (¡Tampoco creo que a él le gustara demasiado!). Su hermano, Francis Drumlanrig, murió en 1894 a la edad de veintisiete años de un tiro cuando cazaba en Somerset. ¿Un accidente? ¿Suicidio? ¿Asesinato? Nadie lo sabe con seguridad. Hasta el fin de sus días, su padre, el marqués de Queensberry, siguió convencido de que Drumlanrig y lord Rosebery eran amantes. Ésa fue la gran obsesión de Queensberry. Y, para su desgracia, el mismo año en que murió su hijo, lord Rosebery fue nombrado primer ministro.

Rosebery mantuvo su promesa a Arthur Conan Doyle. Su administración prohibió las peleas de gallos en Escocia. Y, a su vez, en el mismo año, Bram Stoker también mantuvo su palabra con el doctor y convenció a Henry Irving para que produjera y protagonizara una obra escrita por el creador de Sherlock Holmes. La pieza se tituló

Historia de Waterloo. Fue el último de los grandes éxitos del magnífico actor.

Sin embargo, nada ni nadie logró convencer a Henry Irving para que representara el papel de Sherlock Holmes en el escenario. El primer actor que lo hizo fue Charles Brookfield. Sí, es cierto.

Brookfield siguió obsesivamente interesado en Oscar a medida que pasaban los años. En los primeros meses de 1895 fue él quien facilitó a la policía los nombres y direcciones de varios de los jóvenes de dudosa reputación que, durante su juicio, aportaron pruebas contra Oscar Wilde. Y la noche del 25 de mayo de 1895 —el día en que, en el Old Bailey, Oscar fue juzgado culpable de comportamiento indecente y condenado a dos años de prisión y trabajos forzados— Charles Brookfield y el marqués de Queensberry organizaron una gran fiesta de gala para festejar el veredicto, compartiendo los gastos de la celebración. Brookfield contribuyó con trece guineas.

Agradecimientos

Escribir un libro es una tarea solitaria. Ésta es mi segunda obra de esta serie. Durante su escritura me he sentido animado por la gran generosidad que el público ha demostrado por la primera. Estoy especialmente agradecido a un gran número de distinguidos escritores —entre ellos, David Robinson, Alexander McCall Smith, Anne Perry, Stephanie Barron, Stephen Fry, Roger Lewis, Lee Langley y Theo Richmond— por sus amables palabras y su generoso aliento. Durante las horas más desapacibles que todo escritor pasa sentado delante del ordenador, esa amabilidad cuenta, y mucho.

Debo dar también las gracias al paciente apoyo que he recibido de una gran variedad de amigos, desde mi mejor amiga, Michèle Brown, a mi gran amigo Merlin Holland, nieto y biógrafo de Oscar Wilde, que supo corregirme cuando me equivoqué en la escritura del primer volumen (y que lo hizo con incomparable elegancia) y que espero que vuelva a hacerlo si así lo cree necesario. Confío en que mi retrato de Oscar Wilde se ajuste a la realidad: si ven algún error, les ruego que me escriban para hacérmelo saber.

Como siempre, estoy en deuda con Ed Victor, mi agente literario, a quien debo más del consabido quince por ciento. Llevo en el mundo de la edición más de cuarenta años y puedo decir que Ed es el mejor. Cuenta además con un gran equipo, y estoy especialmente agradecido a Morag O'Brien, su directora de derechos internacionales, que, con elegancia y buen hacer, ha logrado presentar esta serie de libros a los editores del mundo entero. Y le estoy agradecido, no sólo por su profesionalidad, sino también por el hecho de que, gracias a ella, he hecho y sigo haciendo nuevos amigos en países tan distintos como España y Corea del Sur, Lituania y Brasil.

En Estados Unidos y Australia, edita la serie John Murray, que publica asimismo a Arthur Conan Doyle. Deseo también mostrar mi más profundo agradecimiento a Roland Phillips, a Kate Parkin y a sus colegas de John Murray, en Londres; a Trish Grader y a sus colegas de Simon & Schuster, en Nueva York; a Emmanuelle Heurtebize y a sus colegas de Editions 10/18, en París, entre muchos otros, por su considerable contribución, tanto creativa como comercial, a la serie. Entre los primeros, Kate Parkin ha sido además editora, amiga y guía sin igual. Le estoy tremendamente agradecido, a ella y a Jitesh Patel, la inspiradora diseñadora de las cubiertas de las ediciones inglesa y norteamericana.

«Nada de lo que ocurre tiene la menor importancia», dijo Oscar en sus *Frases y filosofías para uso de la juventud*. No creo que hablara en serio. Dar las gracias es importante. Estoy muy agradecido a todos aquellos que han contribuido de algún modo a la creación de este libro —a los que he nombrado y a los que no—, y

naturalmente debo darles especialmente las gracias a ustedes por leerlo. De otro modo, nada de todo esto tendría sentido. Gracias.

GYLES BRANDRETH.
Londres, 2008.



GYLES BRANDRETH. Nació el 8 de marzo de 1948 en Alemania, país en el que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, su padre, Charles Brandreth, servía como oficial jurídico en la Comisión de Control Aliada y contaba entre sus colegas a H. Montgomery Hyde, quien, en 1948, publicó el primer informe completo de los juicios a Oscar Wilde. En 1974, en el Festival de Teatro de Oxford, Gyles Brandreth produjo la primera versión teatral de *Los juicios a Oscar Wilde*, con Tom Baker en el papel de Wilde, y en 2000 editó los expedientes de los juicios para una producción de audio contando con la actuación estelar de Martin Jarvis.

Gyles Brandreth cursó estudios en el Liceo Francés de Londres, en la Bettenshanger School de Kent y en la Bedales School de Hampshire. Como Robert Sherard, Gyles Brandreth estudió en el New College de Oxford, donde fue becario, presidente de la Unión y editor de la revista universitaria, y luego, también como Sherard, se embarcó en la carrera de escritor y periodista. Su primer libro, *Created in Captivity* [Creado en cautividad] (1972), fue un estudio de la reforma carcelaria; su primera biografía, *The Funniest Man on Earth* [El hombre más divertido del mundo] (1974), fue el retrato de un artista del music-hall Victoriano llamado Dan Leno. Más recientemente ha publicado una biografía del actor sir John Gielgud, así como un aclamado diario de sus años como miembro del Parlamento y látigo del gobierno (*Breaking the Code: Westminster Diaries 1990-97*) y dos biografías de la realeza que han alcanzado los primeros puestos en las listas de ventas: *Felipe e Isabel: retrato de un matrimonio* y *Carlos y Camila: retrato de un romance*.

Si los antepasados de Robert Sherard incluían a William Wordsworth, los de Gyles Brandreth incluyen a George R. Sims (1847-1922), poeta de menor renombre que escribió las baladas «Billy's dead and gone to glory» y «Christmas Day in the work-house». Sims fue además el primer periodista que afirmó conocer la verdadera identidad de Jack el Destripador. Pariente de la emperatriz Eugenia y conocido de Oscar Wilde y de Arthur Conan Doyle, Sims fue, probablemente, el primer «columnista del corazón». También fue muy conocido en su día por su apoyo a una «infalible cura para la calvicie: Tatcho. El Regenerador Capilar Geo. R. Sims».

Como locutor, Gyles Brandreth ha presentado numerosas series para la Radio 4 de la BBC, entre las que se incluyen *A Rhyme in Time*, *Sound Advice* y *Whispers* (casualmente, el título de la primera colección de poemas de Robert Sherard). Es invitado habitual de *Just a Minute* y de *Countdown*, y en sus apariciones en televisión ha sido desde el presentador de *Have I Got News for You* hasta el sujeto de *This is Your Life*. Sobre los escenarios, ha sido la estrella de una premiada revista teatral representada en el West End y encarnó al personaje de Malvolio en una versión musical de *Twelfth Night* en Edimburgo. Con Hinge y Bracket, se encargó del guión de la serie de televisión *Dear Ladies*; con Julian Slade, escribió una obra de teatro sobre A. A. Milne (con Aled Jones en el papel de Christopher Robin), y, con Susannah Pearce, ha escrito un nuevo musical sobre Lewis Carroll, *The Last Photograph*.

Gyles Brandreth está casado con la escritora y editora Michèle Brown. El matrimonio tiene tres hijos: un abogado, un escritor y un economista medioambiental.

Notas

[1] Barón de Cawdor: referencia a *Macbeth* y a una de las profecías que las brujas de la obra lanzan sobre él. (N. del T). <<

[2] «Concentrarse en objetivos a largo plazo, sin agotarse». (N. del T). <<

[3] El más ordinario. (N. del T). <<

[4] «Por quién doblan las campanas» de John Donne. (N. del T). <<

[5] *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare. (N. del T). <<

[6] De nuevo una clara referencia al *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare.
(N. del T). <<

[7] Clara referencia a la frase que aparece en *Macbeth* de Shakespeare, obra en la que Macduff tiene un papel protagonista como personaje antagónico al propio Macbeth. (N. del T). <<

[8] Ópera cómica con libreto de W. S. Gilbert, estrenada en el Lyric Theatre de Londres en 1892. (N. del T). <<

[9] «¿Oscar Wilde? Da la impresión de estar representando a lord Byron en un teatro del extrarradio». (N. del E). <<

[10] Queen's Council: abogado inglés de alto rango. (N. del T). <<

[11] Accrington: ciudad industrial de Lancashire. (N. del T). <<

[12] Famosa cueva marina situada en la isla de Saffa, al oeste de Escocia. (N. del T).

<<

[13] «Cacatúa» en inglés. (N. del T). <<

[14] Y así fue. En 1913, a la edad de cincuenta años, fue elegido alcalde de Battersea y se convirtió en el primer alcalde negro del Reino Unido. (N. del E). <<

[15] Los tres amigos de Daniel en la Biblia que se negaron a idolatrar la imagen de oro del rey Nabucodonosor y a los que éste quiso quemar vivos en el horno por ello. (N. del T). <<

[16] «Prímula» en inglés. (N. del T). <<

[17] En español en el original. (N. del T). <<

[18] El Cubo de Sangre. (N. del T). <<

[19] «Qué dulce pensar que algún día serviré para que crezcan los tulipanes». (N. del E). <<

[20] Sir Richard Burton (1821-1890), traductor al inglés de *Las mil y una noches*. (N. del E). <<

[21] Juego de palabras: arroyo (*brook*) y campo (*field*) forman en inglés el apellido Brookfield. (N. del T). <<